

La
BIBLIA
Popular

Génesis

Éxodo

Levítico

Números

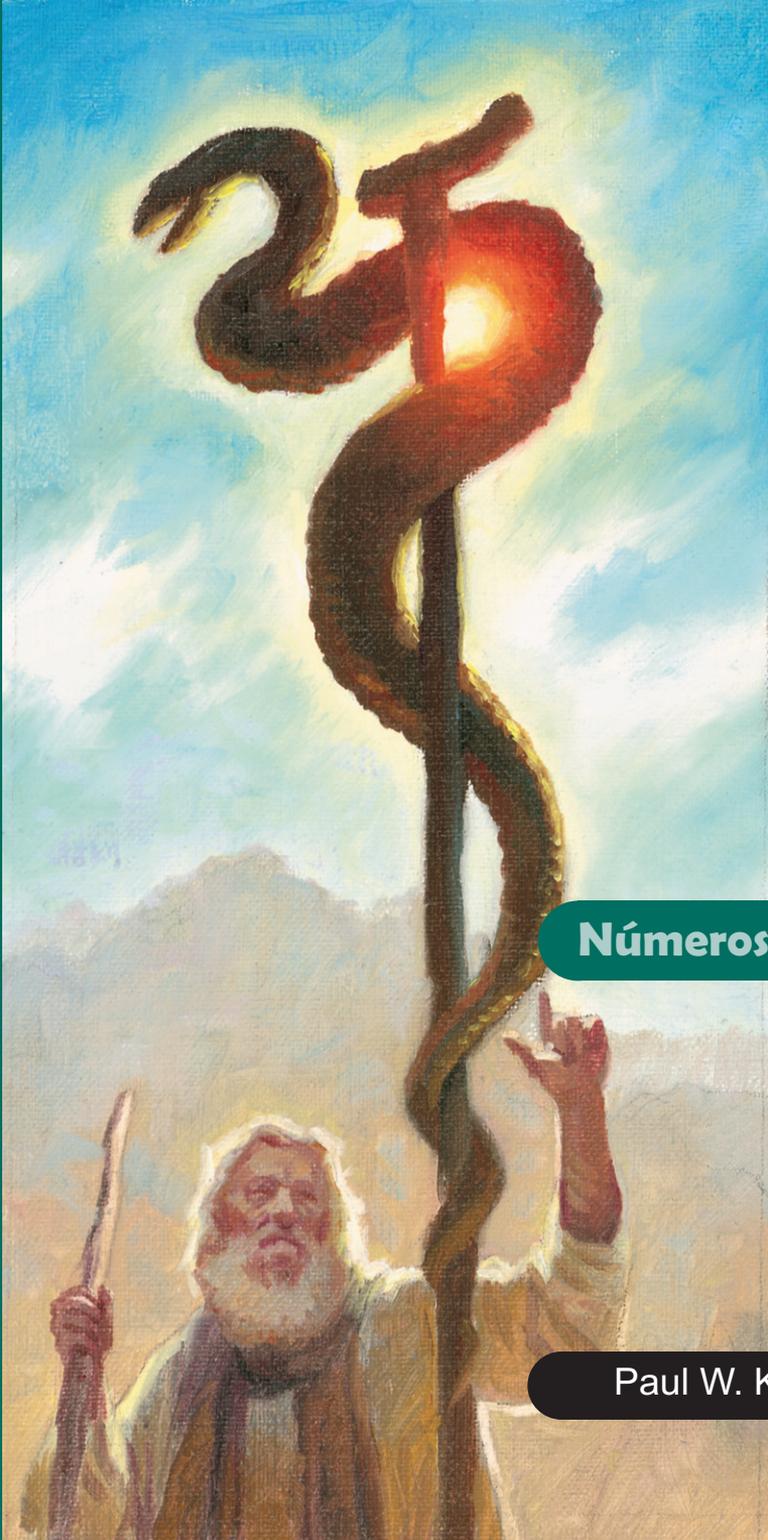
Deuteronomio

Josué

Jueces

Rut

Paul W. Kuske



La Biblia Popular

ROLAND CAP EHLKE

Editor General

JOHN C. JESKE

Editor del Antiguo Testamento

LOREN A. SCHALLER

Editor del Manuscrito

Números

Paul W. Kuske

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers. El diagrama en la página 27 fue diseñado por el artista Kurt Adams de NPH y el mapa en la página 241 por John Lawrenz.

Derechos Reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio sea: electrónico, mecánico, fotocopia, grabado, etc., excepto por citas breves en artículos analíticos, sin permiso previo de la casa de publicaciones.

Texto bíblico:

Versión Reina-Valera 95 ®

© Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.

Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

Library of Congress Control Number: 2001131159
Northwestern Publishing House
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226 3284
© 2001 Northwestern Publishing House
Publicado en 2001
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0-8100-1330-4

CONTENIDO

<i>Prefacio del Editor</i>	iv
<i>Prefacio a la edición en español</i>	v
Introducción.....	1
Del Sinaí a Cades (1-14).....	13
Los años que anduvieron errantes (15-19).....	121
De Cades hasta el Jordán (20-27).....	155
Preparativos en el Jordán (28-36).....	200

ILUSTRACIONES

<i>La serpiente de bronce</i>	<i>cubierta</i>
<i>Moisés</i>	<i>vi</i>
<i>Diagrama del campamento</i>	<i>27</i>
<i>Las uvas de Canaán</i>	<i>109</i>
<i>Matan al que quebrantó el sábado</i>	<i>126</i>
<i>Moisés despoja a Aarón de los vestidos sacerdotales</i>	<i>162</i>
<i>Balaam y el asno</i>	<i>173</i>
<i>Mapa</i>	<i>246</i>

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es precisamente lo que su nombre implica: un comentario bíblico para el pueblo. Incluye el texto completo de las Sagradas Escrituras usando la Versión Reina-Valera 95. Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen el trasfondo histórico, explicaciones del texto y aplicaciones personales.

Los autores de La Biblia Popular son eruditos que tienen un discernimiento intelectual práctico, adquirido en años de experiencia en la enseñanza y la prédica ministeriales. Han intentado evitar el vocabulario técnico que ha hecho que otras series de comentarios sean material solamente útil para estudiosos profesionales de la Biblia.

La característica más importante de estos libros es que tienen como centro a Cristo. Hablando de las Escrituras del Antiguo Testamento, Jesús mismo dijo: “Ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de La Biblia Popular dirige nuestra atención a Jesucristo quien es el centro de toda la Biblia, nuestro único Salvador.

Los comentarios cuentan con mapas, ilustraciones e incluso información arqueológica, cuando es apropiado. Todos los libros disponen de encabezamientos en las páginas, que permiten que el lector encuentre fácilmente el pasaje que busca.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión sobre Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Es nuestra oración que este empeño continúe tal como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bien de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la *Versión Reina-Valera 95*.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la New International Version, no concuerda plenamente con el de la versión Reina-Valera 95, se cita a la Nueva Versión Internacional o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión inglesa no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

El traductor de este volumen es el Lic. Gonzalo Delgadillo de Bogotá, Colombia. La revisión fue hecha por la Sra. Ruth Haeuser y su esposo el misionero David Haeuser de Lima, Perú.

Cuaresma del 2001
Paul Hartman, coordinador
Ronald Baerbock, editor de teología
Publicaciones Multilingües
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin
El Paso, Texas, EE UU



Moisés

Hace treinta y cinco siglos, andaban errantes por el desierto de Sinaí dos millones de personas que, por milagro de Dios, cada día recibían el maná. Otros habían andado por ese desierto y murieron de hambre, pero ahora dos millones de personas prosperaban porque eran el pueblo escogido de Dios. Al mismo tiempo, otros millones también prosperaban en el antiguo Cercano Oriente y dejaban sus huellas en las páginas de la historia, pero la Biblia casi no los menciona. Durante ese tiempo también florecieron y cayeron imperios en otras partes del mundo, pero la atención del Señor se centraba en ese puñado de gente que él llevaba de Egipto a Canaán, dándoles una victoria tras otra.

El relato bíblico se centra en esta nación, porque ella estaba conformada por los descendientes de Abraham, el pueblo con el que Dios había hecho un contrato solemne, un pacto. En ese pacto, Dios le prometió a Abraham que el Salvador iba a venir de ese pueblo. Esa promesa fue motivo suficiente para que la Biblia registrara detalladamente el cuidado amoroso de Dios para ese pueblo.

El libro de Números presenta un segmento crucial de treinta y nueve años de la historia de este pueblo del pacto. El registro histórico de este libro abarca los años que transcurrieron desde cuando los israelitas acamparon en el monte Sinaí hasta cuando acamparon en las llanuras que están al oriente del río Jordán, una generación después.

Tema

“Jehová está con nosotros” (Números 14:9). Ésa fue la confiada respuesta de Josué y Caleb, dos de los doce espías que fueron enviados a explorar Canaán. “Si Jehová se agrada de nosotros, él nos llevará a esta tierra” (versículo 8). Así expresaron su fe estos dos espías. Se aferraban a esta esperanza, a pesar de

que la mayoría de los israelitas aceptaron el informe pesimista de los otros diez espías y se negaron a seguir adelante en el nombre del Señor.

“Jehová está con nosotros.” Esa frase expresaba la certeza de que el Señor ya les había demostrado su presencia a los hijos de Israel de muchas maneras. Les había dado repetidas victorias e incluso les prometió más; los condujo por una serie de dificultades hasta la frontera de la tierra que fluye leche y miel. Cada día les dio milagrosamente comida y agua en un desierto extraño y atemorizante. Cada día les seguía mostrando su presencia por medio de una columna de nube de día y una columna de fuego durante la noche. Instruyó al pueblo con relación a su vida de adoración, dándoles así las normas que iban a regir la nación. En muchas ocasiones, mostró que se interesaba tanto en los individuos como en toda la nación. La evidencia apoyaba abrumadoramente la confiada declaración de Caleb: “Jehová está con nosotros”.

Sin embargo, la reacción de los israelitas contrasta por completo con la absoluta confianza de Josué y Caleb. ¡Qué inconstantes fueron! ¡La confianza que tenían en el Señor era muy frágil! Aunque hubo momentos en los que sirvieron fielmente al Señor, hubo también una larga serie de quejas y rebeliones contra él. Moisés nos cuenta que la rebeldía alcanzó su clímax en un lugar llamado Cades, cerca de la frontera sur de Canaán. El pueblo se negó a seguir la insistente exhortación, llena de confianza, que hacían Caleb y Josué, y, prefiriendo aceptar el informe pesimista de los diez espías, se negó a entrar en la tierra prometida. Al negarse a creer en la promesa de Dios, perdieron el privilegio de tomar posesión de la tierra. Esa decisión (capítulo 14) es el momento crucial del libro.

Antes de ese punto, el libro de Números registra una tensión creciente entre el Señor y el pueblo. Dios fue fiel, pero vemos entre el pueblo una insatisfacción y una rebeldía, crecientes y exasperantes.

Aun después de ese momento crucial, la fidelidad del Señor todavía fue muy evidente en todo lo que sigue. Por eso continuó

disciplinando a su pueblo, con el resultado de que después de andar errantes por el desierto durante los treinta y ocho años después de su rebelión, el pueblo de Israel era mucho menos rebelde. A pesar de que a veces todavía desobedecía a Dios, el pueblo parecía más dispuesto a seguir al Señor y a reclamar la nueva patria que le había prometido. El pueblo de Israel llegó a salvo al río Jordán, y allí su ánimo en la ribera reflejaba la actitud de Josué y de Caleb. Ahora aceptaban la verdad: “Jehová está con nosotros”.

Bosquejo

Las cuatro divisiones naturales del libro de Números se basan en las áreas geográficas en las que acamparon los hijos de Israel. Esas áreas son: (1) de Sináí a Cades; (2) los años de andar errantes por el desierto; (3) de Cades al río Jordán; (4) los preparativos en el río Jordán.

En conexión con cada una de estas áreas geográficas Moisés explica detenidamente tres o cuatro temas que se relacionan con: (1) la vida en la comunidad, (2) la vida de los individuos, (3) la vida de adoración y (4) la vida mientras avanzaban. En la primera y última partes del libro, Moisés escribe acerca de los cuatro temas. Sin embargo, en las dos secciones de en medio, trata sólo tres de ellos. Estas observaciones sugieren el siguiente bosquejo:

Tema: “Jehová está con nosotros”

- I. Del Sináí a Cades (capítulos 1-14)
 - A. La vida en la comunidad (1-4)
El censo de toda la nación; la disposición del campamento; el censo y las responsabilidades de los levitas
 - B. La vida como individuos (5:1-6:21)
Inmundos fuera del campamento; ley de los celos; votos nazareos
 - C. La vida de adoración (6:22-9:14)

La bendición de Aarón; las ofrendas para la dedicación del tabernáculo; las lámparas; separación de los levitas; la Pascua

D. La vida mientras avanzaban (9:15-14:45)

La nube; las trompetas de plata; Tabera; Kibrot-hattaava; María y Aarón; los espías; el informe; la noche de decisión; el día de la presunción

II. Los años que anduvieron errantes (capítulos 15-19)

A. La vida como individuos (15)

Las ofrendas suplementarias; los flecos

B. La vida en la comunidad (16)

La rebelión de Coré

C. La vida de adoración (17-19)

La vara de Aarón; los sacerdotes y los levitas; el agua de purificación

III. De Cades al río Jordán (capítulos 20-27)

A. La vida mientras avanzaban (20,21)

En Cades de nuevo; Edom; Arad; la serpiente de bronce; Moab; la derrota de Sehón y Og

B. La vida en la comunidad (22-26)

Un profeta codicioso; seducido por Moab; el segundo censo

C. La vida como individuos (27)

Petición de las hijas de Zelofehad; Josué

IV. Durante los preparativos en el río Jordán (capítulos 28-36)

A. La vida de adoración (28-30)

El resumen de las ofrendas y fiestas; los votos

B. La vida mientras viajaban (31)

La venganza contra los madianitas; el botín

C. La vida en la comunidad (32:1-35:5)

Las tribus transjordanas; la revisión de las etapas del viaje

por el desierto; las fronteras de Canaán; las ciudades de los levitas

D. La vida como individuos (35:6-36:13)

Las ciudades de refugio; la segunda petición de las hijas de Zelofehad

Título

Cuando le damos el nombre de “Números” al cuarto libro del Antiguo Testamento, estamos siguiendo la Septuaginta (una traducción del Antiguo Testamento hebreo al griego, que se hizo alrededor del año 285 a.C.). Los traductores de la Septuaginta deseaban indicar que el libro registra varios conteos de los hijos de Israel.

Esos conteos fueron especialmente importantes en dos ocasiones. La primera sucedió en el monte Sinaí, cuando los israelitas salieron de Egipto, e incluyó a todos los hombres de veinte años o mayores y que eran aptos para la guerra. El segundo conteo ocurrió una generación más tarde, a orillas del río Jordán. En ese momento se determinó que había muerto toda la generación de varones que se había contado en el primer censo (con excepción de Josué y Caleb). Se había llevado a cabo el juicio del Señor sobre una generación infiel.

Desafortunadamente, el título “Números” ha llevado a mucha gente a creer que todo el libro consiste en estadísticas áridas. Tal vez la gente estaría más dispuesta a leer este libro si siguiéramos la costumbre de los hijos de Israel de utilizar la primera palabra de cada libro como su título. Entonces el título de Números sería “En el desierto”. ¡Con qué nitidez resume esta frase el contenido del libro! Sigue el rastro de la historia del pueblo de Dios durante los treinta y nueve años que anduvo errante desde el monte Sinaí hasta el río Jordán. Con más exactitud, el libro de Números muestra cómo Dios protegió, bendijo, disciplinó, mantuvo, perdonó y dirigió a los hijos de Israel mientras estuvieron en el desierto. El libro termina con la nota alegre de que el Señor, el

Dios de la gracia gratuita y fiel, después de cuatro siglos, cumplió la promesa que le hizo a Abraham. Los israelitas habían acampado en el río Jordán y estaban listos para tomar posesión de la tierra que siglos antes se le prometió a Abraham para sus descendientes.

Contexto histórico

Todas las fechas que se mencionan en Números, se definen con relación a la salida de Egipto o a la partida del monte Sinaí. No hay referencia específica a sucesos externos que puedan ayudarnos a determinar el momento exacto que en ocurrieron los acontecimientos que se narran. Por otro lado, como las fechas se determinan por los sucesos que se registran en el Éxodo, fijaremos la fecha de la salida de los israelitas de Egipto aproximadamente en el año 1446 a.C., y la partida del monte Sinaí como un año más tarde. Tal vez el lector quiera revisar las páginas 5 y 6 del volumen de *Éxodo* de La Biblia Popular, con el fin de obtener mayores detalles acerca de las fechas.

Autor

La declaración “habló Jehová a Moisés”, aparece por lo menos ochenta veces en el libro de Números; otras cien veces se nos dice simplemente que Dios habló. Por esta razón podemos deducir que Moisés escribió lo que Dios le dijo. En efecto, en Números 33:2, el Señor le ordenó a Moisés de manera explícita que escribiera una lista de las “jornadas” del viaje en el desierto. En otras ocasiones las instrucciones de Dios fueron tan detalladas que resulta natural suponer que Moisés, quien había tenido el privilegio de hablar cara a cara con Dios, las escribió.

En la época de Jesús, este libro se incluía en la colección de cinco libros titulada “La Ley de Moisés”. (Para ser más precisos, el término hebreo significa “Las instrucciones de Moisés”). En consecuencia, toda referencia en el Nuevo Testamento a la “Ley

de Moisés” es evidencia adicional de que Dios en realidad considera a Moisés el autor del cuarto libro de la Biblia. Cristo mismo puso su sello de aprobación en la exactitud de Números cuando le dijo a Nicodemo: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado” (Juan 3:14; ver Números 21:4-9).

Moisés el mediador del antiguo pacto

El Señor escogió a Moisés para ser el más grande de los profetas. Refiriéndose a él dijo:

“Cuando haya entre vosotros profeta de Jehová,
me apareceré a él en visión,
en sueños le hablaré.
No así con mi siervo Moisés,
que es fiel en toda mi casa.
Cara a cara hablaré con él,
claramente, y no con enigmas,
y verá la apariencia de Jehová” (Números 12:6-8).

¡Con cuán notable claridad se expresa el oficio especial que el Señor le dio a Moisés! Dios mismo habla más ampliamente de la superioridad de Moisés, mostrando la relación directa entre Moisés y Cristo en la conocida profecía: “Un profeta como yo te levantaré Jehová, tu Dios, de en medio de ti, de tus hermanos; a él oiréis” (Deuteronomio 18:15; vea también el versículo 18). Es asombroso el paralelo que existe entre Moisés y el profeta que iba a venir. Sin embargo, estas palabras también señalan la superioridad del profeta que iba a venir (Jesús), el que merece toda nuestra atención.

Otra semejanza entre la obra de Moisés y la obra de Cristo es que ambos fueron *mediadores* entre los pecadores y el Dios santo. En el Nuevo Testamento, el término *mediador* se utiliza en

diversas ocasiones para esbozar los paralelos y los contrastes entre Cristo y Moisés. Los dos se desempeñaron como mediadores de Dios para comunicar mensajes al hombre. También fueron mediadores de los hombres, al llevar sus necesidades y peticiones delante del Señor celestial. Identificamos esas dos funciones con los oficios profético y sacerdotal.

En su función profética, Moisés le anunció al pueblo, una y otra vez, la voluntad de Dios. Las instrucciones que tenía que dar por mandato del Señor iban desde la construcción del tabernáculo de reunión, al censo y al juicio de un hombre que recogía leña en el sábado. Siempre que los israelitas hacían la voluntad del Señor, Moisés destacaba cuidadosamente su obediencia. La repetición verbal de las instrucciones mostraba el meticuloso cuidado con que los hijos de Israel debían obedecer al Señor. Puede parecer tedioso, pero no puede haber duda respecto a su obediencia. Todo esto subraya la fidelidad con que Moisés llevó a cabo su misión como profeta del Señor.

Moisés también se desempeñó como sacerdote. Antes de que se estableciera el sacerdocio de Aarón, Moisés ofrecía los sacrificios. Se nos dice que él fue el sacerdote en la dedicación del tabernáculo de reunión (Éxodo 40:29). Moisés ejerció otra función sacerdotal cada vez que desempeñó el papel de intercesor a favor del pueblo: ya fuera rogando por el pueblo que había adorado el becerro de oro (Éxodo 32:1ss), o presentando ante el Señor la necesidad de agua (Números 20:6), o rogando por los israelitas cuando se habían negado a entrar en la tierra prometida (Números 14:13 en adelante). Incluso en la ocasión en que expresó su disposición a perder su salvación, si con ello salvaba a su pueblo (Éxodo 32:32).

También hay un paralelo con el oficio de Cristo como rey. Moisés fue el líder político del pueblo de Israel. Bajo la dirección de Dios, él les dio las órdenes de marcha (Números 9:23). Fue el juez de los israelitas, aunque necesitó la ayuda de otros (Éxodo 18:15 en adelante). En otra ocasión se le indicó que nombrara setenta ancianos para que le ayudaran en los deberes

administrativos (Números 11:16-25). En el oficio de rey, Moisés se desempeñó como siervo del Señor para mantener el orden en el pueblo de Israel.

Por lo tanto, Moisés combinó en su persona los oficios de profeta, sacerdote y rey. Con el correr del tiempo, la función sacerdotal les fue entregada a Aarón y a sus descendientes. Cuando Moisés murió, la función de rey pasó a Josué. El oficio profético continuó cuando Dios envió profetas en los años siguientes.

Sin embargo, a pesar de la notable semejanza entre la obra de Moisés y la de Cristo, la superioridad de Cristo es también muy clara. Cristo es profeta, sacerdote y rey eterno. Cuando habló, no lo hizo como vocero de alguien más, sino por su propia autoridad profética como el Hijo de Dios. Cristo realizó un solo sacrificio inocente que fue suficiente para todas las edades, desempeñándose como la víctima y como el sacerdote. También es el Rey de reyes y Señor de señores, que gobierna a través de toda la historia, para que las puertas del infierno no prevalezcan contra su iglesia.

Sin embargo, la superioridad de Cristo no disminuye el alto honor que el Señor le dio a Moisés. El pacto que medió tenía su propio nivel de gloria, que se demuestra en el hecho de que el rostro de Moisés brillaba cada vez que salía de estar ante la presencia del Señor en el tabernáculo de reunión (2 Corintios 3:7 en adelante). El brillo temporal en el rostro de Moisés cumplía los propósitos misericordiosos de Dios en el período anterior a la venida de Cristo.

Aunque es cierto que el pacto del Antiguo Testamento estaba lleno de sombras e imágenes del Cristo que venía, ese pacto llevaba el mensaje de perdón para el hombre caído. Por lo tanto, aunque nosotros, como el pueblo del Nuevo Testamento, nos podemos regocijar en toda la realidad de la obra redentora de Cristo, los sacrificios diarios y los del gran Día de la Expiación llevaban el mismo mensaje redentor al pueblo que vivió antes de Cristo. Aunque sabemos que el sacrificio de Jesús es suficiente para todas las épocas, el hecho mismo de la repetición era una instrucción constante a los creyentes del Antiguo Testamento, que

les recordaba que sin la redención por el derramamiento de sangre no hay perdón de los pecados (Hebreos 9:22). Todos los sacrificios de sangre del Antiguo Testamento eran sombras que apuntaban al sacrificio que Cristo iba a hacer.

Moisés en verdad disfrutó de un alto privilegio al comunicar el mensaje de Dios a su pueblo; esa revelación fue el fundamento del pacto de Dios por 1500 años. Sólo la revelación de Cristo la sustituyó (Hebreos 1:1-4). El sacerdocio y los sacrificios, que se instituyeron en el tiempo de Moisés, fueron el punto culminante en el trato de Dios con los creyentes del Antiguo Testamento. Sólo el sacerdocio y el sacrificio de Cristo, podían reemplazar lo que Dios estableció por medio de Moisés (Hebreos 7:20 en adelante; 9:23). El Señor estableció el pacto antiguo en los cuarenta años del ministerio de Moisés. Solamente en otro período de cuarenta años, que incluyó la vida de nuestro Salvador, se iba a establecer un pacto “superior” (Hebreos 8:6).

En realidad, hasta en los sucesos de la vida de Moisés, hay interesantes paralelos con la vida de Cristo. Por ejemplo, a ambos se les rescató de los designios asesinos de un rey malvado (Éxodo 2:2-10; Mateo 2:14,15). Otros paralelos son los milagros relacionados con agua (Éxodo 14:21; Mateo 8:26); la alimentación de una multitud (Éxodo 16:15; Mateo 14:20-21). Los dos mostraron rostros radiantes (Éxodo 34:35; Mateo 17:2), también se les desacreditó entre sus conciudadanos (Números 12:1 en adelante; Juan 7:5), e hicieron oraciones intercesoras por el pueblo (Éxodo 32:32; Juan 17:9). Ambos tuvieron setenta colaboradores (Números 11:16-17; Lucas 10:1), y reaparecieron después de la muerte (Mateo 17:3; Hechos 1:3).

Moisés fue en efecto, de muchas maneras, un instrumento especial del Señor. En Números podremos observarlo en su trabajo al servicio del Señor.

Impacto

Los acontecimientos que se registran en Números, quedaron profundamente grabados en las mentes de los hijos de Israel. Una y otra vez, los profetas y los salmistas le recordaron al pueblo que no pusieran a prueba al Señor como lo habían hecho en el desierto. Ecos de esa amonestación vuelven a ocurrir tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Aun hoy la rebelión de los hijos de Israel en Cades es una advertencia para nosotros.

Por otro lado, también el libro de Números muestra la fidelidad y el poder de Dios. Él siempre está dispuesto a derramar sus abundantes bendiciones sobre los que le sirven. A través de todas las épocas, los creyentes pueden proclamar con Josué y Caleb: “¡Jehová está con nosotros!”

Propósito

El propósito evidente del libro de Números es registrar los acontecimientos históricos que ocurrieron mientras los hijos de Israel viajaban del Sinaí al río Jordán. Con el fin de cumplir ese propósito, el libro narra incidentes que sucedieron en varios campamentos. No obstante, el hecho de que en algunos campamentos no se registren sucesos, también muestra que este es un relato selectivo de la historia espiritual de los hijos de Israel.

Como se trata de una historia espiritual, no nos debe sorprender que Moisés nos lleve desde las gozosas alturas llenas de emoción que el pueblo experimentó en la dedicación del tabernáculo y en la primera celebración de la Pascua, descendiendo por la creciente crítica de ellos hacia Dios, hasta las profundidades de la negativa de ellos a obedecer el mandato de Jehová de entrar en Canaán. Cuando leemos esa historia, entendemos los treinta y ocho años de castigo que transcurrieron entre la primera y la segunda estadía en Cades. Después de la forzada permanencia en el desierto, las continuas bendiciones de Dios marcan un agudo

contraste con los actos que muestran la infidelidad del pueblo. Una y otra vez, se presenta el tema del libro con claridad: “Jehová está con nosotros”.

Así que, por encima de las acciones y las reacciones de Israel, vemos la historia del amor de Dios al tratar con su pueblo escogido. Durante todo este período el Señor permaneció completamente fiel. Aunque muchas veces el pueblo puso a prueba su paciencia, Dios lo siguió llamando su nación escogida. A pesar de los repetidos actos de rebelión, el Señor preservó la nación para llevar a cabo su misericordioso plan de enviar al Salvador. Bajo el grandioso y predominante propósito de enviar al Mesías, el Señor proveyó, en forma milagrosa, comida para su pueblo, le concedió muchas victorias, protegió a los soldados en la batalla, frustró la conspiración de un falso profeta, y finalmente llevó a los hijos de Israel a la tierra prometida.

Al estudiar el libro de Números, nos vamos a concentrar en el Señor y en su fidelidad. Es lo que Josué y Caleb querían proclamar al pueblo cuando dijeron: “Jehová está con nosotros” (Números 14:9). Estaban listos a seguir adelante con esa confianza en el Señor. ¡Qué este lema nos fortalezca, como ha fortalecido a los fieles en todas las épocas!

PARTE I

DEL SINAÍ A CADES

NÚMEROS 1:1-14:15

La primera parte del libro de Números comienza con los sucesos que ocurrieron en el monte Sinaí y nos conduce hasta la rebelión en Cades. Cuando los hijos de Israel estaban en el monte Sinaí, el Señor les ordenó que contaran a los hombres de veinte años o mayores que fueran aptos para la guerra. Era obvio que Dios había bendecido grandemente a los descendientes de Abraham.

Según indica el censo, el Señor designó también la posición de las tribus en el campamento, que estaba diseñado de tal forma que la atención se enfocaba en el centro, en el tabernáculo de reunión, que estaba rodeado por los levitas. En el círculo exterior se encontraba la gente de las diferentes tribus. El Señor dio, además, instrucciones para contar a los levitas y les dio responsabilidades específicas a cada uno de los clanes levitas.

La vida en la comunidad

Los primeros cuatro capítulos de Números, se centran en asuntos importantes para toda la comunidad. El conteo del pueblo mostró lo bien que Dios había cumplido su promesa de convertir en una gran nación a los descendientes de Abraham. Con el fin de que la gran multitud procediera de una manera ordenada, también era necesario diseñar una distribución ordenada del campamento. También se especifican las responsabilidades de los sacerdotes y de los levitas, para que la comunidad llevara una vida de adoración.

Se ordena un censo

1 Habló Jehová a Moisés en el desierto de Sinaí, en el Tabernáculo de reunión, el primer día del segundo mes, el año segundo de su salida de la tierra de Egipto, y le dijo: ²«Haced el censo de toda la congregación de los hijos de Israel, por sus familias y por las casas de sus padres, registrando uno por uno los nombres de todos los hombres. ³De veinte años para arriba, tú y Aarón registraréis a todos los que pueden salir a la guerra en Israel, según el orden de sus ejércitos. ⁴Y estará con vosotros un hombre de cada tribu, uno que sea jefe de la casa de sus padres. ⁵Estos son los nombres de los hombres que estarán con vosotros:

»De la tribu de Rubén, Elisur hijo de Sedeur;

⁶»de Simeón, Selumiel hijo de Zurisadai;

⁷»de Judá, Naasón hijo de Aminadab;

⁸»de Isacar, Natanael hijo de Zuar;

⁹»de Zabulón, Eliab hijo de Helón;

¹⁰»de los hijos de José: de Efraín, Elisama hijo de Amiud; de Manasés, Gamaliel hijo de Pedasur;

¹¹»de Benjamín, Abidán hijo de Gedeoni;

¹²»de Dan, Ahiezer hijo de Amisadai;

¹³»de Aser, Pagiel hijo de Ocrán;

¹⁴»de Gad, Eliasaf hijo de Deuel;

¹⁵»de Neftalí, Ahira hijo de Enán».

¹⁶Estos fueron los nombrados de entre la congregación, príncipes de las tribus de sus padres, capitanes de los millares de Israel.

El tono de todo el libro de Números se establece precisamente en las primeras palabras: “Habló Jehová a Moisés”, frase que se repite por lo menos ochenta veces en el libro. Es muy evidente que la vida del pueblo, los dos censos, las instrucciones para la vida de adoración y las decisiones para trasladarse de un campamento a otro estuvieron bajo la supervisión directa del Señor.

El libro de Números informa repetidamente que el Señor designó a Moisés como su vocero, comunicándose con él cara a cara en el tabernáculo de reunión. El Señor se cernía sobre el tabernáculo en la forma de una nube de día y en una columna de fuego durante la noche. Entonces, cuando el Señor quería hablar con Moisés, lo llamaba al tabernáculo y allí se dirigía a él.

El lugar y la fecha en los que el Señor le habló a Moisés están claramente anotados en lo que se narra al comienzo del libro. La fecha fue el día primero del segundo mes, en el segundo año después de que el pueblo había salido de Egipto. Los hijos de Israel todavía estaban acampando al pie del monte Sinaí. Al comparar esta fecha con Éxodo y Levítico, es claro que los sucesos que se relatan en la primera parte de Números están relacionados estrechamente con la dedicación del tabernáculo de reunión. La celebración de la dedicación había comenzado el día primero del segundo año (vea Éxodo 40). Además, los acontecimientos que se narran en el libro de Levítico, también habían ocurrido durante el primer mes de la celebración. Las instrucciones que Dios les había dado para la vida de adoración a los hijos de Israel en Levítico también se habían realizado durante el mismo mes.

Estos hechos se anotan para mostrar que los libros de Moisés están estrechamente relacionados entre sí. En efecto, la primera palabra hebrea en el libro de Números tiene un prefijo que se puede traducir “y entonces”. Al usar esta conjunción, Moisés estaba simplemente continuando la narración del libro de Levítico. Entre Levítico y Números no debe haber más vacilación que la que haríamos en la frase: “Fui al almacén de abarrotes; y después a la ferretería”. Es probable que exista una división causada por las limitaciones en el tamaño de un rollo, pero no en el mensaje ni en el contenido.

Cuando el Señor le habló a Moisés, las instrucciones que le dio para el censo fueron sencillas y directas. Moisés, Aarón y un jefe de cada una de las tribus de Israel eran los encargados de llevar a cabo el censo. El Señor incluso nombró a cada jefe de la tribu. Aunque las Escrituras no nos proporcionan ninguna información

biográfica sobre los doce príncipes, resulta interesante examinar sus nombres, porque muchos de ellos indican una clara referencia a Dios. Note las sílabas: El (significa “Dios”), Elí (“mi Dios”), Abí (“mi padre”), Ahí (“mi hermano”).

Elisur	— Mi Dios (Elí), la Roca
Selumiel	— Dios (El), mi Salvación
Eliasaf	— Mi Dios (Elí) que reúne
Naasón	— El Adivinador
Natanael	— Dios (El), el Dador
Eliab	— Mi Dios (Elí), el Padre
Elisama	— Mi Dios (Elí), el Oidor
Gamaliel	— Dios (El), el Recompensador
Abidán	— Mi Padre (Abí) es Juez
Ahiezer	— Mi Hermano es Ayuda
Pagiel	— Mi destino es Dios (El) o mi oración-Dios
Ahira	— Mi hermano es un Amigo

¡El Señor ha designado a los trabajadores! Sin embargo, el trabajo presenta algunos problemas porque no hay una única palabra en castellano que describa los deberes que tenían. Los traductores vacilan entre “censo” y “pasar revista”. Como se hizo un conteo, la palabra censo parece ser apropiada. No obstante, como el conteo incluía sólo a los hombres de veinte años o más, que podían ir a la guerra, se podría usar con toda propiedad el término militar “pasar revista”.

El procedimiento para pasar revista se definió con cuatro términos: tribu, clan, familia, nombre. El término más amplio fue el de *tribu*. Las tribus de Israel recibieron sus nombres de los doce hijos de Jacob, que habían vivido unos cuatro siglos antes, como, por ejemplo: la tribu de Simeón, la tribu de Judá, la tribu de Dan, y así sucesivamente.

Dentro de cada tribu había *familias*. Los nombres de las familias se derivaban de los nombres de los nietos de Jacob. Por ejemplo: Simeón tuvo cuatro hijos, motivo por el cual dentro de

El censo

¹⁷ Tomaron, pues, Moisés y Aarón a estos hombres que fueron designados por sus nombres, ¹⁸ y reunieron a toda la congregación el día primero del mes segundo. Entonces fueron registrados por familias y según las casas de sus padres, anotando uno por uno los nombres de los de veinte años para arriba. ¹⁹ Tal como Jehová se lo había mandado, Moisés los contó en el desierto de Sinaí.

²⁰ Hijos y descendientes de Rubén, primogénito de Israel, registrados por familias y según las casas de sus padres, y anotados uno por uno los nombres de todos los hombres de veinte años para arriba, o sea, todos los que podían salir a la guerra; ²¹ fueron contados de la tribu de Rubén cuarenta y seis mil quinientos.

²² Hijos y descendientes de Simeón, registrados por familias y según las casas de sus padres, y anotados uno por uno los nombres de todos los hombres de veinte años para arriba, o sea, todos los que podían salir a la guerra; ²³ fueron contados de la tribu de Simeón cincuenta y nueve mil trescientos.

²⁴ Hijos y descendientes de Gad, registrados por familias y según las casas de sus padres, y anotados los nombres de los de veinte años para arriba, o sea, todos los que podían salir a la guerra; ²⁵ fueron contados de la tribu de Gad cuarenta y cinco mil seiscientos cincuenta.

²⁶ Hijos y descendientes de Judá, registrados por familias y según las casas de sus padres, y anotados los nombres de los de veinte años para arriba, o sea, todos los que podían salir a la guerra; ²⁷ fueron contados de la tribu de Judá setenta y cuatro mil seiscientos.

²⁸ Hijos y descendientes de Isacar, registrados por familias y según las casas de sus padres, y anotados los nombres de los de veinte años para arriba, o sea, todos los que podían salir a la guerra; ²⁹ fueron contados de la tribu de Isacar cincuenta y cuatro mil cuatrocientos.

³⁰ Hijos y descendientes de Zabulón, registrados por familias y según las casas de sus padres, y anotados los nombres de los de veinte años para arriba, o sea, todos los que podían salir a la guerra; ³¹ fueron contados de la tribu de Zabulón cincuenta y siete mil cuatrocientos.

³² Hijos de José: los hijos y descendientes de Efraín, registrados por familias y según las casas de sus padres, y anotados los nombres de los de veinte años para arriba, o sea, todos los que podían salir a la guerra; ³³ fueron contados de la tribu de Efraín cuarenta mil quinientos. ³⁴ Y de los hijos y descendientes de Manasés, registrados por familias y según las casas de sus padres, y anotados los nombres de los de veinte años para arriba, o sea, todos los que podían salir a la guerra; ³⁵ fueron contados de la tribu de Manasés treinta y dos mil doscientos.

³⁶ Hijos y descendientes de Benjamín, registrados por familias y según las casas de sus padres, y anotados los nombres de los de veinte años para arriba, o sea, todos los que podían salir a la guerra; ³⁷ fueron contados de la tribu de Benjamín treinta y cinco mil cuatrocientos.

³⁸ Hijos y descendientes de Dan, registrados por familias y según las casas de sus padres, y anotados los nombres de los de veinte años para arriba, o sea, todos los que podían salir a la guerra; ³⁹ fueron contados de la tribu de Dan sesenta y dos mil setecientos.

⁴⁰ Hijos y descendientes de Aser, registrados por familias y según las casas de sus padres, y anotados los nombres de los de veinte años para arriba, o sea, todos los que podían salir a la guerra; ⁴¹ fueron contados de la tribu de Aser cuarenta y un mil quinientos.

⁴² Hijos y descendientes de Neftalí, registrados por familias y según las casas de sus padres, y anotados los nombres de los de veinte años para arriba, o sea, todos los que podían salir a la guerra; ⁴³ fueron contados de la tribu de Neftalí cincuenta y tres mil cuatrocientos.

⁴⁴Estos fueron los registrados por Moisés y Aarón, junto con los príncipes de Israel, uno por cada casa paterna. ⁴⁵Y todos los hijos de Israel de veinte años para arriba, todos los que podían salir a la guerra en Israel, ⁴⁶fueron registrados por familias; y fueron contados seiscientos tres mil quinientos cincuenta.

⁴⁷Pero los levitas, por sus familias, no fueron registrados junto con ellos, ⁴⁸porque Jehová le había dicho a Moisés: ⁴⁹«Solamente no contarás a la tribu de Leví, ni harás el censo de ellos entre los hijos de Israel, ⁵⁰sino que confiarás a los levitas el tabernáculo del Testimonio, con todos sus utensilios y todas las cosas que le pertenecen. Ellos llevarán el Tabernáculo y todos sus enseres, servirán en él y acamparán alrededor del Tabernáculo. ⁵¹Cuando el Tabernáculo haya de trasladarse, los levitas lo desarmarán, y cuando el Tabernáculo haya de detenerse, los levitas lo armarán. Y el extraño que se acerque, morirá. ⁵²Los hijos de Israel acamparán cada uno en su campamento, y cada uno junto a su bandera, según el orden de sus ejércitos. ⁵³Pero los levitas acamparán alrededor del tabernáculo del Testimonio, para que no se desate la ira sobre la congregación de los hijos de Israel. Los levitas tendrán la custodia del tabernáculo del Testimonio.»

⁵⁴E hicieron los hijos de Israel conforme a todas las cosas que mandó Jehová a Moisés. Así lo hicieron.

Moisés y Aarón procedieron con su tarea inmediatamente. Ese mismo día reunieron a los doce hombres que habían sido designados para ayudar, y luego procedieron con el censo.

Aquí encontramos por primera vez en el libro de Números una sección que parece innecesariamente tediosa y llena de repeticiones. Sin embargo, esto resalta el hecho de que los hijos de Israel llevaron a cabo los mandatos del Señor con toda fidelidad. Ya habían tenido varias oportunidades para darse cuenta de que el Señor hablaba con absoluta seriedad: ¿No envió a los

egipcios una plaga tras otra, tal y como dijo que lo iba a hacer? ¿No rescató a los hijos de Israel en el mar Rojo exactamente como lo predijo? ¿Acaso no se reveló en el monte Sinaí de una manera que inspiraba temor y respeto? ¿No había destruido sólo unos días antes a Nadab y a Abiú, en el tabernáculo de reunión, debido a que no siguieron con precisión sus instrucciones (Levítico 10:1-7)?

¡No se podía jugar con los mandatos del Dios de Israel! ¡Por eso no importa que parezcan tediosos! Cuando se realizó el conteo en cada una de las tribus, obedecieron cada detalle de los mandatos del Señor. Los que fueron contados tenían veinte años, eran aptos para servir en el ejército e inscribieron cada nombre de acuerdo a su clan y familia. Lo hicieron correctamente, tal como el Señor había mandado. ¡Este es un ejemplo que merece ser imitado!

Al terminar el conteo, se hicieron las sumas para cada tribu y para toda la nación.

Un vistazo rápido del total del censo para cada tribu muestra que once de los números terminan en centenas y uno termina en cincuenta. Aunque sería posible suponer que los números se aproximaron al múltiplo de cincuenta más cercano, es difícil imaginar que Moisés hubiera permitido tal imprecisión. En todo lo demás se observa que los hijos de Israel hicieron exactamente lo que el Señor había mandado. ¿Podría ser que no siguieron con precisión la determinación de los números, ya que cada uno iba a ser contado “por nombre”? Parecería que los números son tan precisos como el resto de la información que tenemos del censo. Por lo tanto, una explicación es que Dios en su sabiduría escogió este día en particular para hacer que los números resultaran en pares de 50 y de 100, para todas las tribus de Israel. En el tercer capítulo de Números, se encuentra un respaldo para esta posibilidad. En ese punto, se nota una diferencia de 273 entre el censo de los levitas y el conteo de los primogénitos de Israel. Por un mandato similar del Señor, se anotó el número exacto, de modo que existen motivos para suponer que esos números tienen la misma precisión.

Otra explicación se centraría en las evaluaciones que implicaba el pasar revista a los hombres que podían ir a la guerra. Obviamente, a cualquiera que tuviera impedimentos mentales o físicos se le excluiría de inmediato del conteo. No obstante, con seguridad hubo muchas situaciones marginales. Si se supone que al pasar revista se hizo conteo en grupos de cincuenta, cuando se terminaba el último grupo completo de soldados hábiles de una tribu estaba, el proceso de pasar revista a la tribu se consideraba terminado. Los restantes serían considerados inhábiles para ir a la guerra. Entonces, utilizando ese razonamiento, los números resultarían múltiplos de 50 o de 100.

Cuando se terminó de pasar revista, el número total fue sorprendente: 603.550 hombres podían ir a la guerra. En efecto, el Señor cumplió la promesa que le hizo a Abraham, cuyos descendientes habían llegado a ser una gran nación (Génesis 12:2). Eran tan numerosos como las estrellas (Génesis 15:5). Cuando Jacob se trasladó a Egipto, iban setenta personas con él (Génesis 46:27). En ese momento el Señor repitió la promesa con las palabras: “No temas descender a Egipto, porque allí haré de ti una gran nación” (Génesis 46:3).

La fidelidad de Dios a la promesa que le dio a Abraham y a Jacob, es un tema que se observa en los primeros versículos del Éxodo. Después de cuatro siglos y medio, la bendición del Señor es evidente, como se nos dice en Éxodo 1:7: “Los hijos de Israel fructificaron y se multiplicaron, llegaron a ser numerosos y fuertes en extremo, y se llenó de ellos la tierra”. En respuesta a ese aumento, un nuevo rey de Egipto dijo: “Mirad, el pueblo de los hijos de Israel es más numeroso y fuerte que nosotros” (Éxodo 1:9). El faraón temía que los Israelitas se rebelaran y por eso les hizo la vida difícil. Sin embargo, en los dos versículos siguientes, la Biblia dice: “Cuanto más los oprimían [a los hijos de Israel], tanto más se multiplicaban y crecían” (Éxodo 1:12). A pesar de que el rey de Egipto había ordenado que mataran a los bebés de sexo masculino, aparentemente aun ese decreto pronto fue anulado, ya que la propia hija del faraón rescató a Moisés.

Para los cristianos que creen en la Biblia, es suficiente motivo la declaración que hay en las Escrituras de que había 603.550 hombres para aceptar la cifra como precisa. Por otro lado, también hay motivo para unir las cifras que nos dan las Escrituras y mostrar que el crecimiento de Israel no fue irrazonable.

En Éxodo 12:40,41, nos enteramos de que el período que transcurrió desde la llegada de Jacob a Egipto hasta el día de la salida de la nación bajo el liderazgo de Moisés fue exactamente de 430 años. Si aquí estamos hablando en términos de generaciones de treinta años, habría catorce y un tercio generaciones, desde la época de Jacob hasta el tiempo del éxodo. Por consiguiente, es posible proyectar que cada generación hubiera tenido que producir 2.01 hijos vivos para alcanzar más de 600.000 en el tiempo del éxodo. Probablemente habría un número igual de hijas. Eso sugeriría que la familia promedio tenía cuatro hijos vivos. Cuando Jacob emigró a Egipto, había cincuenta y seis hijos y nietos adultos del patriarca (Génesis 46:8-27). Como tres de los hijos eran de Leví, y como los levitas no están incluidos en este censo de la nación, cualquier proyección estadística tendría que comenzar con cincuenta y tres varones descendientes de Jacob. La siguiente tabla muestra el posible crecimiento del árbol genealógico de Jacob:

Generación	Número
1	53
2	107
3	214
4	430
5	865
6	1.739
7	3.495
8	7.025
9	14.120
10	28.382
11	57.047

12	114.665
13	230.447
14	463.260
1/3 de generación	617.680

Aunque las estadísticas se pueden manipular para que muestren cualquier cosa, esta tabla indica que no es irrazonable aceptar el informe de que el total del censo de la nación fue de 603.550.

Se puede llegar a la conclusión, por el total del censo, de que el número total de integrantes del pueblo en el campamento de Israel fue probablemente de más de 2.000.000. Una manera de estimar esa cifra sería suponer que el 55% de los hombres de una nación tendría más de diecinueve años. La hipótesis sugeriría que el número total de hombres y jóvenes entre los hijos de Israel, fue de 1.097.363. Al doblar esa cifra para incluir a las mujeres, la población total de los hijos de Israel se proyectaría en 2.194.727.

¡Es claro que el Señor había bendecido el crecimiento de esta nación! ¡Era una gran multitud para alimentar con maná en el desierto!

Hay quienes han tratado de desacreditar las cifras de este censo. Por supuesto, cuando la gente critica con suposiciones el poder y la fidelidad de Dios, las cifras que hay en el libro de Números parecen presentar problemas. Algunos han sugerido que a todos los números se les ha agregado un cero. Otros sugieren que la palabra hebrea para miles se debe traducir como “líder del ejército”. De acuerdo con esa teoría, debió haber cuarenta y seis líderes y alrededor de 500 soldados. Sin embargo, esta hipótesis falla por dos razones: (1) No hay evidencia clara que respalde la traducción propuesta, y (2) No hay manera para que el número de líderes del ejército y de tropas en cada tribu pueda ser reconciliado con la suma total para la nación. ¡Sin embargo, estos críticos atrevidamente consideran que su teoría es más confiable que el registro bíblico!

En realidad, sólo hay un problema detrás de esas objeciones a las Escrituras: los críticos sencillamente no quieren creerle al Señor. No pueden confiar en las promesas de Dios ni en sus bendiciones. Tampoco reconocen que él es capaz de proporcionar información precisa en la Biblia ni de realizar los milagros que se han registrado en las Escrituras.

Así como el faraón fue incapaz de detener el crecimiento de la nación judía, los críticos de los tiempos modernos no han podido desacreditar las Escrituras. Por eso, cuando los números se toman en su valor nominal, los propósitos del Señor son claros. Uno de ellos era el de mostrar que tan grande había llegado a ser esta nación, como lo testificó el censo. Las promesas que Dios le hizo a Abraham se habían cumplido.

El segundo propósito era que los hijos de Israel estuvieran plenamente conscientes del hecho de que la mano poderosa del Señor estaba proveyendo comida para una multitud en el desierto. Cuando se piensa en cuántos camiones de comida se distribuyen cada día en una gran ciudad, se ve con toda claridad la dádiva milagrosa del Señor al proveer maná para los hijos de Israel, cada día que pasaron en el desierto de Sinaí. ¡Cuán grande y poderoso es el Señor! Él puede proporcionar el pan necesario para cada día, aun en el desierto.

El tercer propósito del censo era organizar a los hijos de Israel para las batallas que se aproximaban. Las líneas de mando en realidad eran muy sencillas, iban desde los ancianos de cada tribu y pasaban por el árbol genealógico hasta llegar a cada individuo en el campamento. De esta manera el Señor dispuso que la nación fuera el instrumento por el cual iba a castigar el pecado del pueblo de Canaán.

Desde el punto de vista histórico, es fácil ver que Dios tuvo también un propósito oculto. El que conoce el fin desde el principio sabía que iba a ser vital para los hijos de Israel que tuvieran una lista precisa de los hombres de veinte años que habían cruzado el mar Rojo. Esa lista se consultó una generación después

en las riberas del río Jordán, para establecer que todos los hombres de la generación rebelde habían muerto en el desierto. Con excepción de Caleb y de Josué, ninguno de los hombres que se contaron en ese censo sobrevivió para entrar a la tierra prometida.

Por otro lado, el propósito más urgente del censo era establecer el orden para el campamento y para la marcha.

Al examinar el propósito de Dios, resulta muy evidente que es el Dios de orden (1 Corintios 14:40). Le agrada mucho cuando los asuntos relacionados con su pueblo y su servicio se realizan de una manera ordenada.

En relación con el censo, el Señor organizó el campamento de acuerdo con su voluntad. Como el Dios de orden, mandó que cada una de las doce tribus tuviera un lugar asignado en el campamento. (Los levitas, de quienes oiremos más en el capítulo 3, iban a estar separados de las otras tribus.) Dentro del área de cada tribu, las familias individuales y las casas de sus padres, también iban a tener lugares claramente designados. Dicho orden también iba a eliminar en gran parte las disputas, cuando, en los años siguientes, los hijos de Israel se trasladaran de un campamento a otro.

Un diagrama sencillo nos puede ayudar a visualizar la información de este capítulo.

Disposición de los campamentos de las tribus

2 Habló Jehová a Moisés y a Aarón, y les dijo: ² «Los hijos de Israel acamparán alrededor del Tabernáculo de reunión, cada uno junto a su bandera, bajo las enseñas de las casas de sus padres.

³ »Estos acamparán al frente, hacia el este: la bandera del campamento de Judá, según el orden de sus ejércitos. El jefe de los hijos de Judá era Naasón hijo de Aminadab. ⁴ Su cuerpo de ejército, según el censo: 74.600 hombres. ⁵ Junto a él acamparán los de la tribu de Isacar. El jefe de los hijos de Isacar era Natanael hijo de Zuar. ⁶ Su cuerpo de ejército, según el censo: cincuenta y cuatro mil cuatrocientos



- ☒ El tabernáculo de reunión
- ✕ Las tiendas de Moisés, Aarón, Eleazar e Itamar

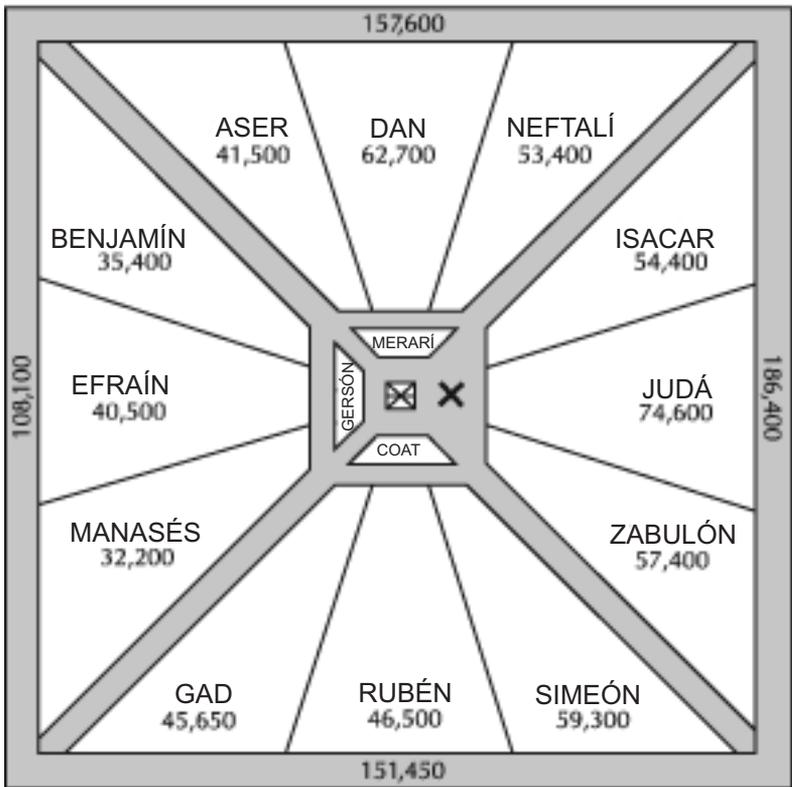


Diagrama del campamento

hombres. ⁷También acampará la tribu de Zabulón. El jefe de los hijos de Zabulón era Eliab hijo de Helón. ⁸Su cuerpo de ejército, según el censo: 57.400. ⁹Todos los censados en el campamento de Judá, 186.400 hombres, marcharán delante según el orden de sus ejércitos.

¹⁰»La bandera del campamento de Rubén estará al sur, según el orden de sus ejércitos. El jefe de los hijos de Rubén era Elisur hijo de Sedeur. ¹¹Su cuerpo de ejército, según el censo: 46.500. ¹²Acamparán junto a él los de la tribu de Simeón. El jefe de los hijos de Simeón era Selumiel hijo de Zurisadai. ¹³Su cuerpo de ejército, según el censo: 59.300. ¹⁴También acampará la tribu de Gad. El jefe de los hijos de Gad era Eliasaf hijo de Reuel. ¹⁵Su cuerpo de ejército, según el censo: 45.650. ¹⁶Todos los censados en el campamento de Rubén, 151.450 hombres, marcharán los segundos según el orden de sus ejércitos.

¹⁷»Luego irá el Tabernáculo de reunión, con el campamento de los levitas, en medio de los campamentos. En el orden en que acamparon, así marchará cada uno junto a su bandera.

¹⁸»Al occidente, la bandera del campamento de Efraín, según el orden de sus ejércitos. El jefe de los hijos de Efraín era Elisama hijo de Amiud. ¹⁹Su cuerpo de ejército, según el censo: 40.500. ²⁰Junto a él estará la tribu de Manasés. El jefe de los hijos de Manasés era Gamaliel hijo de Pedasur. ²¹Su cuerpo de ejército, según el censo: 32.200. ²²También acampará la tribu de Benjamín. El jefe de los hijos de Benjamín era Abidán hijo de Gedeoni. ²³Su cuerpo de ejército, según el censo: 35.400. ²⁴Todos los censados en el campamento de Efraín, 108.100 hombres, marcharán los terceros según el orden de sus ejércitos.

²⁵»La bandera del campamento de Dan estará al norte, según el orden de sus ejércitos. El jefe de los hijos de Dan era Ahiezer hijo de Amisadai. ²⁶Su cuerpo de ejército, según el

censo: 62.700. ²⁷ Junto a él acamparán los de la tribu de Aser. El jefe de los hijos de Aser era Pagiel hijo de Ocrán. ²⁸ Su cuerpo de ejército, según el censo: 41.500. ²⁹ También acampará la tribu de Neftalí. El jefe de los hijos de Neftalí era Ahira hijo de Enán. ³⁰ Su cuerpo de ejército, según el censo: 53.400. ³¹ Todos los censados en el campamento de Dan, 157.600, marcharán los últimos tras sus banderas».

³² Estos fueron los hijos de Israel censados según las casas de sus padres. Todos los registrados por campamentos, según el orden de sus ejércitos: 603.550. ³³ Pero los levitas no fueron contados entre los hijos de Israel, como Jehová lo mandó a Moisés.

³⁴ E hicieron los hijos de Israel conforme a todas las cosas que Jehová mandó a Moisés. Así acamparon bajo sus banderas, y así marcharon cada uno por sus familias, según las casas de sus padres.

Al examinar el diagrama y el texto, se nota inmediatamente que las doce tribus están divididas en cuatro secciones con tres tribus en cada una de ellas. Cuando se observan las posiciones de las cuatro divisiones, es de notar que Judá tiene la posición de liderazgo y de honor en el oriente. Esa posición la determinó Dios en la bendición que Jacob le dio a su hijo Judá antes de morir (Génesis 49:8-12). En esa bendición, Jacob había profetizado que Judá en verdad iba a prosperar e iba a ser el antepasado del Salvador, el León de la tribu de Judá.

Anticipando algunos eventos posteriores, también es interesante darse cuenta de que la tribu de Rubén está localizada al lado del clan de los coatitas. Esta proximidad fue posteriormente un factor en un complot de rebelión contra Moisés y Aarón (Números 16).

Al visualizar el campamento, parece que en el punto situado más adentro en cada uno de los campamentos de las tribus, el líder erigía su tienda al lado del estandarte o bandera de brigada de la

tribu. Entonces las diferentes familias se iban a ordenar en arcos siempre crecientes. Las familias individuales también iban a tener sus banderas particulares (vea el versículo 2), para que la persona se guiara mejor en el campamento.

La disposición era también muy eficiente para comunicarse: Moisés podría reunir a los líderes que estaban en el círculo interno para darles el mensaje. Ellos a su vez podrían pasar la voz a las diferentes familias hasta alcanzar los límites exteriores del campamento.

¡El sentido de nación y de tribu debió haber sido muy claro! Las personas no tenían problema para definir sus raíces, ya que a diario veían todas las banderas de las tribus y de las de las familias, dispuestas en arcos cada vez más amplios alrededor del tabernáculo de reunión.

¡El diseño del campamento también mostraba claramente la intención de Dios para la nación! El campamento miraba hacia adentro en dirección al tabernáculo de reunión; la nación se reunía conscientemente alrededor del lugar donde la gloria de Jehová mostraba visiblemente su presencia. Fluyendo hacia fuera desde el tabernáculo de reunión fue la fortaleza y la guía que el Señor les daba. Al mirar hacia adentro, el campamento estaba diseñado para enfocar la vida religiosa del pueblo hacia el tabernáculo de reunión. En otras palabras, toda la vista mostraba que sus vidas debían estar centradas en el tabernáculo de reunión y en el Dios misericordioso que estaba presente allí.

El simbolismo del plan de Dios para el campamento es obvio: la adoración iba a ser absolutamente fundamental en toda su vida. El compañerismo con el Señor debía ser el privilegio de su pueblo; el servicio a Dios, su deleite.

Otra forma para mantener el orden fue la designación del orden en que las diversas divisiones debían emprender la marcha.

Judá, junto con las otras dos tribus de esa división, conformaba el grupo más grande de los israelitas, e iba a ser la vanguardia. Le iban a seguir las divisiones de Rubén y Efraín, y la retaguardia iba

a ser el grupo de la tribu de Dan. Las tres tribus de esta última división conformaban el segundo grupo más grande, y por eso era apropiado que formaran la retaguardia cuando la nación marchaba.

El Señor es en verdad el Dios a quien le complacen el orden y la sabiduría. Los hijos de Israel hicieron exactamente lo que él les mandó (versículo 34).

Los levitas

3 Estos eran los descendientes de Aarón y de Moisés, en el día en que Jehová habló a Moisés en el monte Sinaí.

² Estos son los nombres de los hijos de Aarón: Nadab, el primogénito, Abiú, Eleazar e Itamar. ³ Estos son los nombres de los hijos de Aarón, sacerdotes ungidos, a los cuales consagró para ejercer el sacerdocio. ⁴ Pero Nadab y Abiú murieron delante de Jehová cuando ofrecieron fuego extraño delante de Jehová en el desierto de Sinaí. Y no tuvieron hijos. Eleazar e Itamar ejercieron el sacerdocio en presencia de Aarón su padre.

Los levitas no fueron incluidos en el censo militar, porque Dios los había designado para servirle a él directamente. Disfrutaron de ese alto honor porque se habían reunido para apoyar a Moisés y para castigar al pueblo que adoró al becerro de oro.

Por eso el Señor, lejos de olvidar a los levitas, tenía responsabilidades especiales para ellos. Como la narración habla ahora de los levitas, un punto de partida natural son los dos hombres de la tribu que, de acuerdo con el plan de Dios, fueron los más destacados: Moisés y Aarón.

Desde luego, Moisés fue el gran dirigente de los hijos de Israel y el gran tipo de Cristo (vea los comentarios en la introducción). Sin embargo, aquí no se dice nada más respecto a Moisés porque no transmitió ningún oficio a sus hijos y ellos ni siquiera se mencionan.

Por otro lado, el gran trabajo del sumo sacerdote le fue transferido a los hijos de Aarón, por lo cual se mencionan sus cuatro hijos. Mediante ellos, el sacerdocio iba a pasar de una generación a otra.

No obstante, sólo dos de los hijos de Aarón desempeñaron realmente el sacerdocio; los otros dos, Nadab y Abiú, habían muerto en el tabernáculo veinte días antes de los hechos que se registran en este capítulo. En el día de su ordenación habían provocado la ira de Dios porque actuaron sin la autorización del Señor en el santuario. Cometieron un error porque ofrecieron en el santuario “fuego extraño” y lo usaron para los sacrificios. El Señor los destruyó de inmediato. Vea Levítico 10 para más detalles. Números 4 recuerda el triste incidente y registra que Nadab y Abiú murieron sin hijos.

Así el sacerdocio iba a pasar a través de los hijos sobrevivientes de Aarón, Eleazar e Itamar. Las responsabilidades del sacerdocio en relación con los sacrificios, se presentaron en los primeros ocho capítulos de Levítico; aquí Moisés detalla las responsabilidades que tenían en relación a los otros levitas y al cuidado del tabernáculo.

Los levitas pertenecen totalmente al Señor

⁵ Jehová habló a Moisés y le dijo: ⁶ «Haz que se acerque la tribu de Leví, y ponla delante del sacerdote Aarón, para que lo sirvan. ⁷ Estarán a su servicio y al de toda la congregación delante del Tabernáculo de reunión, sirviendo en el ministerio del Tabernáculo. ⁸ Cuidarán de todos los utensilios del Tabernáculo de reunión, y de todo lo encargado a ellos por los hijos de Israel, ministrando en el servicio del Tabernáculo. ⁹ Confiarás los levitas a Aarón y a sus hijos, pues le son enteramente dados de entre los hijos de Israel. ¹⁰ A Aarón y a sus hijos les encargarás que ejerzan su sacerdocio. Y el extraño que se acerque, morirá».

¹¹ Jehová habló a Moisés y le dijo: ¹² «Yo he tomado a los

levitas de entre los hijos de Israel en lugar de todos los primogénitos, los primeros nacidos entre los hijos de Israel; serán, pues, míos los levitas ¹³ porque mío es todo primogénito. Desde el día en que yo hice morir a todos los primogénitos en la tierra de Egipto, santifiqué para mí a todos los primogénitos en Israel, tanto de hombres como de animales. Míos serán. Yo, Jehová».

Estos párrafos bosquejan ampliamente el lugar de los levitas en el plan de Dios; le iban a pertenecer por completo al Señor. Se consagró a toda la tribu para el desempeño de funciones especiales en el tabernáculo de reunión. Aunque iban a cumplir su trabajo dentro del tabernáculo de reunión y alrededor de éste, no iban a ser sacerdotes. En cambio, iban a servir bajo la guía de los sacerdotes, y especialmente de Aarón, el sumo sacerdote, y sus sucesores.

Con el fin de simbolizar esta relación, a Moisés se le ordenó que presentara a los levitas ante Aarón. Mediante esta presentación formal, iba a quedar muy claro para todos cuál era la orientación de su trabajo y la relación de los levitas con Aarón y con el Señor.

Como una definición amplia de sus responsabilidades, el Señor les indicó que iban a cuidar los utensilios del santuario e iban a desempeñar varias responsabilidades en representación de los israelitas. Al asignarles esas responsabilidades a los levitas, Dios se aseguró de que hubiera una preparación apropiada y tuvieran cuidado con las actividades de adoración en el santuario. Esa preparación era necesaria, ya que se le daría muerte a la persona que realizara actos impropios en el tabernáculo de reunión. Las tareas de los levitas eran tan importantes a los ojos del Señor, que no permitía substitutos para ellos.

Este censo une dos acontecimientos que les habían ocurrido a los hijos de Israel el año anterior. El primero fue la gran Pascua en la noche en que los israelitas fueron liberados de Egipto. En esa ocasión, el Señor había matado a todos los primogénitos en Egipto, excepto en los hogares donde la sangre de un cordero había sido

puesta en los dos postes y en el dintel de la casa. En esa noche, el Señor consagró para él a todos los primogénitos de los israelitas, porque en su misericordia el ángel de la muerte los había pasado por alto. Su intención era que el primogénito de todas las generaciones y de todas las familias, le perteneciera y le sirviera en el tabernáculo.

El segundo acontecimiento ocurrió en relación con la adoración idólatra al becerro de oro. Cuando Moisés bajó de la montaña, después de cuarenta días, le solicitó al pueblo que castigara a los idólatras. En ese momento los levitas fueron especialmente celosos en matar a los que habían adorado al becerro de oro (Vea Éxodo 32:25 en adelante para más detalles). En reconocimiento a la lealtad de los levitas, Dios determinó que los iba a consagrar para servir en el tabernáculo en lugar de los hijos primogénitos. En agradecimiento por ese acuerdo, todos los padres estaban obligados a ofrecer sacrificios para redimir a sus hijos primogénitos.

En el Nuevo Testamento, estamos familiarizados con el sacrificio por el primogénito mediante las acciones de José y María. Ellos presentaron el sacrificio prescrito cuando nació Jesús. En obediencia cuidadosa, llevaron a Jesús al templo y ofrecieron dos tórtolas como sacrificio redentor por él (Lucas 2:22-24).

Al reclamar a los hijos primogénitos y a los levitas, el Señor dice: “Mío es todo primogénito. Míos son los levitas. Yo Jehová.”

El nombre que Dios escogió tenía cuatro consonantes: JHVH o JHWH. Algunas traducciones transcriben esas consonantes en las palabras “Jehová” o “Yahvé”. Mucho más importante que las letras o que la forma del nombre en español, es la proclamación que el Señor hizo de su nombre en Éxodo 34:5-7. En esa ocasión, mientras Moisés estaba escondido en una grieta de una peña, Dios indicó que quería ser conocido primero y principalmente como el Dios de la gracia gratuita y fiel. Con mucho gusto perdona: la maldad, la rebelión y el pecado. Sin embargo, con seguridad castigará a los que desprecien su evangelio.

Como los anteriores pensamientos le pertenecen al nombre de Dios, hacemos bien en considerarlos cada vez que se presenta este nombre. En la situación actual notamos que es Jehová, el Dios compasivo y misericordioso, el que reclama a los hijos primogénitos de Israel. Él los perdonó en el día de la Pascua en Egipto. Por ser el mismo Jehová que muestra misericordia a millares, decidió darles a los levitas el alto honor de servir en el tabernáculo de reunión, donde iban a desempeñar muchas funciones específicas directamente en su servicio.

Sin embargo, es el mismo Jehová que no dejará sin castigo al pecador impenitente. Sólo unos pocos días antes, el Señor había destruido a Nadab y Abiú. Desde luego, se esperaba que los que iban a servir en el tabernáculo actuaran delante de él con temor reverente. Este mismo Jehová santo y misericordioso, es el que separó a los levitas para su santa vocación. Con toda seriedad ratificó su propósito diciendo: “Yo Jehová”.

Censo: Los levitas en representación de los primogénitos

¹⁴ Jehová habló a Moisés en el desierto de Sinaí, y le dijo:
¹⁵ «Haz un censo de los hijos de Leví según las casas de sus padres y por familias: registrarás a todos los varones de un mes para arriba.» ¹⁶ Y Moisés los registró conforme a la palabra de Jehová, como le fue mandado.

¹⁷ Los nombres de los hijos de Leví fueron estos: Gerson, Coat y Merari.

¹⁸ Los nombres de los hijos de Gerson por sus familias son estos: Libni y Simei.

¹⁹ Los hijos de Coat por sus familias son: Amram, Izhar, Hebrón y Uziel.

²⁰ Los hijos de Merari por sus familias: Mahli y Musi. Estas son las familias de Leví, según las casas de sus padres.

²¹ De Gerson procedía la familia de Libni y la de Simei; ésas son las familias de Gerson. ²² Los registrados de ellos, contando a todos los varones de un mes para arriba, fueron

7.500. ²³ Las familias de Gerson acampaban a espaldas del Tabernáculo, al occidente. ²⁴ El jefe del linaje de los gersonitas era Eliasaf hijo de Lael. ²⁵ Los hijos de Gerson estaban encargados, en el Tabernáculo de reunión, de la tienda y su cubierta, la cortina de la puerta del Tabernáculo de reunión, ²⁶ las cortinas del atrio y la cortina de la puerta del atrio que rodea el Tabernáculo y el altar; así como de las cuerdas necesarias para todo el servicio.

²⁷ De Coat procedía la familia de los amramitas, la familia de los izharitas, la familia de los hebronitas y la familia de los uzielitas; éstas son las familias coaitas. ²⁸ El número de todos los varones de un mes para arriba era de 8.600. Tenían la custodia del santuario. ²⁹ Las familias de los hijos de Coat acampaban al lado del Tabernáculo, hacia el sur. ³⁰ El jefe del linaje de las familias de Coat era Elizafán hijo de Uziel. ³¹ A su cuidado estaban el Arca, la mesa, el candelabro, los altares, los utensilios del santuario con que ministran, el velo y todo su servicio.

³² El principal de los jefes de los levitas era Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, jefe de los que tienen la custodia del santuario.

³³ De Merari era la familia de los mahlitas y la familia de los musitas; éstas son las familias de Merari. ³⁴ Los registrados de ellos, contando a todos los varones de un mes para arriba, fueron 6.200. ³⁵ El jefe de la casa paterna de Merari era Zuriel hijo de Abihail. Acampaban al lado del Tabernáculo, hacia el norte. ³⁶ A cargo de los hijos de Merari estaba la custodia de las tablas del Tabernáculo, sus barras, sus columnas, sus basas y todos sus enseres, con todo su servicio, ³⁷ así como las columnas alrededor del atrio, sus basas, sus estacas y sus cuerdas.

³⁸ Al oriente, frente al santuario y delante del Tabernáculo de reunión, hacia el este, acampaban Moisés, Aarón y sus hijos, que estaban a cargo de la custodia del santuario en

nombre de los hijos de Israel. Y el extraño que se acercara, debería morir.

³⁹ Todos los levitas censados, que Moisés y Aarón registraron por familias, conforme a la palabra de Jehová, todos los varones de un mes para arriba, fueron 22.000.

⁴⁰ Jehová dijo a Moisés:

«Haz un censo de todos los primogénitos varones entre los hijos de Israel de un mes para arriba, y registra sus nombres. ⁴¹ Luego tomarás para mí a los levitas en lugar de todos los primogénitos de los hijos de Israel, y los animales de los levitas en lugar de todos los primogénitos de los animales de los hijos de Israel. Yo, Jehová».

⁴² Moisés hizo el censo, como Jehová le mandó, de todos los primogénitos de los hijos de Israel. ⁴³ Y todos los primogénitos varones registrados por nombre, de un mes para arriba, fueron 22.273.

⁴⁴ Luego habló Jehová a Moisés y le dijo: ⁴⁵ «Toma a los levitas en lugar de todos los primogénitos de los hijos de Israel, y los animales de los levitas en lugar de sus animales, y los levitas serán míos. Yo, Jehová. ⁴⁶ Pero para el rescate de los doscientos setenta y tres primogénitos de los hijos de Israel que exceden a los levitas, ⁴⁷ tomarás cinco siclos por cabeza; conforme al siclo del santuario los tomarás (el siclo tiene veinte geras). ⁴⁸ Entregarás a Aarón y a sus hijos el dinero del rescate de los que exceden».

⁴⁹ Tomó, pues, Moisés el dinero del rescate de los que excedían el número de los redimidos por los levitas, ⁵⁰ y recibió de los primogénitos de los hijos de Israel, en dinero, mil trescientos sesenta y cinco siclos, conforme al siclo del santuario. ⁵¹ Después Moisés entregó el dinero de los rescates a Aarón y a sus hijos, conforme a la palabra de Jehová, según lo que Jehová le había mandado.

Las reglas para el censo de los levitas eran diferentes de las que se establecieron para el resto de Israel. Entre los levitas se debían contar no sólo los hombres con edad para servir en el ejército, sino a todos los varones de un mes y mayores. Esas reglas eran apropiadas porque los levitas iban a ser ofrecidos a cambio de todos los primogénitos de los israelitas.

Al contar las familias de los levitas, primero se informó el número total. Después, Moisés añadió información respecto al lugar que cada familia tenía dentro del campamento, del líder designado y a las responsabilidades especiales de cada familia y del sacerdote a quien debía responder cada familia.

Como Moisés y Aarón pertenecían a los levitas, también se informa la posición de sus campamentos. Sus tiendas debían estar ubicadas al lado oriental del tabernáculo, en frente a la entrada, de tal manera que pudieran llevar a cabo con facilidad sus funciones especiales.

A los gersonitas se les asignó el cuidado de la tienda del tabernáculo. Esta tarea incluía: las cortinas exteriores de la entrada principal, las cortinas alrededor del atrio, y todos los enseres relacionados. Los coatitas estaban encargados de los enseres que se encontraban dentro del mismo santuario, como, por ejemplo, los altares, el velo del lugar santísimo y todos los utensilios relacionados. Los meraritas tenían la responsabilidad de las tablas pesadas y de las barras que conformaban la estructura del tabernáculo y de la cerca del atrio, además de todos los enseres relacionados.

Sin embargo, el enfoque de esta sección es el número total de los levitas. Notamos de nuevo que la cifra es muy razonable si suponemos que en cada generación cada familia en promedio tenía dos hijos que sobrevivieran, y ellos a su vez tenían dos hijos. Al comenzar con los tres hijos de Leví que fueron a Egipto con Jacob 430 años antes, la proyección resulta apenas por encima de 22.000 levitas que tenían un mes de edad o más.

Aun más importante era el hecho de que a los levitas se les iba a cambiar por los hijos primogénitos de entre los hijos de Israel.

Por eso también se fueron contados los primogénitos. Los resultados fueron muy similares: 22.000 levitas; 22.273 hijos primogénitos. Aquí notamos que el conteo de los primogénitos no es un número redondo, lo cual aumenta el apoyo a la conclusión de que todas las cifras se deben tomar tal y como se presentan. De todas maneras, había 273 hijos primogénitos más. El Señor decidió que debían ser rescatados, con el precio de cinco siclos por persona.

Tocante al número de hijos primogénitos, se debe tomar en cuenta que la cifra que aquí se presenta probablemente tendría que ser la de los hijos que nacieron después de la Pascua en Egipto, de otra manera el número es demasiado bajo. En realidad, ellos fueron los únicos que verdaderamente estuvieron bajo el acuerdo en el cual se iba a presentar a los hijos primogénitos como trabajadores en el tabernáculo del Señor.

Incluso el ganado de los levitas iba a ser considerado un precio de rescate para el ganado primogénito de los demás israelitas.

Los coatitas

4 Habló Jehová a Moisés y a Aarón, y les dijo: ²«Haced un censo de los hijos de Coat entre los hijos de Leví, por sus familias y según las casas de sus padres, ³de treinta años para arriba, hasta los cincuenta años de edad, de todos los que puedan entrar en el servicio del Tabernáculo de reunión.

⁴»El oficio de los hijos de Coat en el Tabernáculo de reunión, en el Lugar santísimo, será este: ⁵ Cuando haya que mudar el campamento, vendrán Aarón y sus hijos, desarmarán el velo de la tienda y cubrirán con él el Arca del testimonio. ⁶ Pondrán sobre ella la cubierta de pieles de tejones, extenderán encima un paño todo de azul y le pondrán sus varas. ⁷ Sobre la mesa de la proposición extenderán un paño azul, y pondrán sobre ella las escudillas, las cucharas, las copas y los tazones para libar; el pan estará continuamente sobre ella. ⁸ También extenderán sobre ella

un paño carmesí que cubrirán con la cubierta de pieles de tejones. Luego le pondrán sus varas. ⁹ Tomarán un paño azul y cubrirán el candelabro del alumbrado, sus lámparas, sus despabiladeras, sus platillos y todos los utensilios del aceite con que se sirve. ¹⁰ Lo pondrán con todos sus utensilios en una cubierta de pieles de tejones y lo colocarán sobre unas varas para transportarlo.

¹¹ »Sobre el altar de oro extenderán un paño azul, lo cubrirán con la cubierta de pieles de tejones, y le pondrán sus varas. ¹² Tomarán todos los utensilios del servicio de que hacen uso en el santuario, los pondrán en un paño azul, los cubrirán con una cubierta de pieles de tejones y los colocarán sobre unas varas para transportarlo. ¹³ Quitarán la ceniza del altar y extenderán sobre él un paño de púrpura. ¹⁴ Pondrán sobre él todos los instrumentos que se emplean en su servicio: las paletas, los garfios, los braseros y los tazones, todos los utensilios del altar. Extenderán sobre él la cubierta de pieles de tejones y le pondrán además las varas. ¹⁵ Después que acaben Aarón y sus hijos de cubrir el santuario y todos los utensilios del santuario, cuando haya que mudar el campamento, llegarán los hijos de Coat para llevarlos, pero no tocarán ninguna cosa santa, no sea que mueran. Estas serán las cosas que cargarán los hijos de Coat en el Tabernáculo de reunión. ¹⁶ Pero a cargo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, estará el aceite del alumbrado, el incienso aromático, la ofrenda continua y el aceite de la unción. También cuidará de todo el Tabernáculo y de todo lo que está en él, del santuario y de sus utensilios».

¹⁷ Habló Jehová a Moisés y a Aarón, y les dijo: ¹⁸ «No permitáis que desaparezca la tribu de las familias de Coat de entre los levitas. ¹⁹ Para que ellos vivan y no mueran cuando se acerquen a los objetos santísimos, haréis esto: Aarón y sus hijos irán y pondrán a cada uno de ellos en su oficio y junto a su carga. ²⁰ No entrarán para ver cuando cubran las cosas santas, porque morirán».

En el momento en que Jehová le dijo a Moisés que contara a los levitas, también definió las responsabilidades que cada uno de las tres familias levitas iba a desempeñar. Además, definió ciertas responsabilidades de los sacerdotes, que eran también de la tribu de Leví. El trabajo de cada familia se divide en dos amplias categorías: (1) las tareas relacionadas con la adoración de los israelitas y (2) las tareas relacionadas con el traslado del tabernáculo de un lugar a otro durante los años que anduvieran errantes. Es interesante notar que sólo los hombres que estaban en la flor de la vida iban a participar en el trabajo de los levitas. Con suficiente madurez a los treinta años y con la fuerza adecuada hasta los cincuenta, los levitas desempeñaban su servicio en la misma presencia del Señor.

Se describe primero el trabajo de los coatitas. Sus responsabilidades estaban relacionadas con el cuidado de los “objetos santísimos”. Ese término designaba los utensilios y enseres que se usaban directamente en las actividades de adoración en el Tabernáculo de reunión. Dado que el Señor decidió manifestar su presencia allí y había consagrado el tabernáculo de reunión y todos sus enseres al aparecer en una nube (vea Éxodo 40 para más detalles), ahora definió exactamente quién tenía la responsabilidad de los utensilios del tabernáculo de reunión y describió los procedimientos para cuidarlos y trasladarlos.

En el manejo de los “objetos santísimos”, el trabajo de los coatitas, estaba sujeto a la supervisión de los sacerdotes. Cada vez que iban a trasladar el campamento, los sacerdotes comenzaban el proceso de desarmar el tabernáculo de reunión para el viaje. Primero, bajaban la cortina que pendía entre el lugar santísimo y el lugar santo, y con ella cubrían el arca del testimonio. Después de eso, colocaban una cubierta de pieles de tejones y otra cubierta de color azul. Después insertaban las varas en los anillos que había a los lados del arca. Con las varas colocadas en su sitio, los levitas podían llevar el arca sin mirarla ni tocarla. Se seguían procedimientos similares para la mesa de la proposición, el candelabro del alumbrado, el altar de oro y el altar de bronce. A

los utensilios más pequeños los colocaban en unas varas, que probablemente eran similares a camillas.

Después de que los sacerdotes habían cubierto todos los enseres, a los coatitas se les permitía entrar y llevar los elementos del tabernáculo de reunión. Debido a que estos objetos eran los objetos santísimos, se les ordenó a los coatitas que los llevaran en la mano. No se les permitía ni siquiera poner uno de esos utensilios en una carreta. Es más, se les advirtió que no tocaran ni miraran a ninguno de los objetos ni por un instante, ya que eso significaría la muerte instantánea. El Señor ordenó que cada coatita recibiera instrucción cuidadosa y detallada. Aunque castigaría la desobediencia o el descuido con la muerte, no quería dar muerte a personas que no sabían lo que estaban haciendo.

¡Aquí hay una solemne advertencia para los que tratan con las cosas sagradas de Dios en cualquier época! En el Nuevo Testamento, el mensaje de la reconciliación, que se basa en la redención que el Salvador ganó, es el objeto santísimo. ¡Ese mensaje no se debe corromper! Por supuesto, la reverencia que merece el mensaje no se puede transferir a las partes o enseres de nuestras iglesias. Aunque podemos mostrar respeto por los utensilios de la comunión o delante del altar, la función de todo ello es señalarnos la Palabra de Dios, la cual es el objeto santísimo del Nuevo Testamento.

Eleazar, el sacerdote, el hijo de Aarón, supervisaba el trabajo de los coatitas. Él tenía la responsabilidad adicional de estar al cuidado del “aceite del alumbrado, el incienso aromático, la ofrenda continua, y el aceite de la unción”.

Los gersonitas

²¹ Jehová habló a Moisés y le dijo: ²² «Haz también un censo de los hijos de Gerson según las casas de sus padres y por familias. ²³ Registrarás a los de treinta años para arriba hasta cincuenta años de edad; es decir, todos los que puedan entrar en el servicio del Tabernáculo de reunión.

²⁴»Este será el oficio de las familias de Gerson, su ministerio y su carga: ²⁵Llevarán las cortinas del Tabernáculo, el Tabernáculo de reunión, su cubierta, la cubierta de pieles de tejones que está encima de él, la cortina de la puerta del Tabernáculo de reunión, ²⁶las cortinas del atrio, la cortina de la puerta del atrio que rodea el Tabernáculo y el altar, sus cuerdas y todos los instrumentos de su servicio, y para todo lo que será hecho por ellos: así servirán. ²⁷Bajo las órdenes de Aarón y de sus hijos desempeñarán todo su ministerio los hijos de Gerson, en todas sus funciones y en todo su servicio. Les encomendaréis el cuidado de toda su carga. ²⁸Este es el servicio de las familias de los hijos de Gerson en el Tabernáculo de reunión. Lo llevarán a cabo bajo la dirección de Itamar, hijo del sacerdote Aarón.

Después de que los coatitas habían quitado los enseres consagrados, los gersonitas se acercaban para llevar todo lo que estaba hecho de tela, tanto el tabernáculo de reunión como todas las cortinas que rodeaban el atrio que había alrededor de él. Esa tela era voluminosa, pero relativamente no muy pesada. Un poco más adelante veremos que se tomaban precauciones para que un carro trasladara esos materiales.

Los meraritas

²⁹»Harás un censo de los hijos de Merari, por familias y según las casas de sus padres. ³⁰Registrarás desde el de treinta años para arriba hasta el de cincuenta años de edad; es decir, todos los que puedan entrar en el servicio del Tabernáculo de reunión. ³¹Su responsabilidad en cuanto a su servicio en el Tabernáculo de reunión será transportar las tablas del Tabernáculo, sus barras, sus columnas y sus basas, ³²las columnas del atrio que lo rodea y sus basas, sus estacas y sus cuerdas, con todos sus instrumentos y todo lo que se

necesita para su servicio. Asignaréis por sus nombres todos los utensilios que ellos tienen que transportar. ³³ Este será el servicio de las familias de los hijos de Merari durante todo su ministerio en el Tabernáculo de reunión, bajo la dirección de Itamar, hijo del sacerdote Aarón».

El trabajo de los meraritas consistía en transportar la estructura de madera que sostenía tanto el tabernáculo de reunión como las cortinas que rodeaban el atrio. La madera y el metal eran voluminosos y pesados. Posteriormente notaremos de nuevo que se proveían varios carros para el transporte de esos elementos.

Itamar, que también era sacerdote e hijo de Aarón, supervisaba el trabajo de los gersonitas y los meraritas.

Cuando el Señor dio instrucciones específicas para cada clan de los levitas, también mandó que a cada persona se le debiera asignar una función particular. A cada levita se le debía instruir minuciosamente para que pudiera realizar su trabajo con precisión. Ese cuidado era vital, ya que cualquier error le podía costar la vida.

Definir el trabajo, dar instrucciones cuidadosas, esperar que el trabajo se hiciera como se había instruido—con esos principios administrativos básicos, el Señor verdaderamente mostraba su interés en que no ocurriera el mínimo error.

El censo de los levitas quienes iban a trabajar en el tabernáculo

³⁴ Moisés, pues, y Aarón, y los jefes de la congregación, hicieron el censo de los hijos de Coat por familias y según las casas de sus padres, ³⁵ desde el de edad de treinta años para arriba hasta el de cincuenta años de edad; es decir, todos los que podían entrar en el servicio del Tabernáculo de reunión. ³⁶ Y los registrados por familias fueron dos mil setecientos cincuenta. ³⁷ Estos fueron los registrados de las familias de Coat, todos los que ministran en el Tabernáculo de reunión, los cuales registraron Moisés y Aarón, como lo mandó Jehová por medio de Moisés.

³⁸ Se hizo el censo de los hijos de Gerson por familias y según las casas de sus padres, ³⁹ desde el de edad de treinta años para arriba hasta el de cincuenta años de edad; es decir, de todos los que podían entrar en el servicio del Tabernáculo de reunión. ⁴⁰ Los registrados, por familias y según las casas de sus padres, fueron dos mil seiscientos treinta. ⁴¹ Estos fueron los registrados de las familias de los hijos de Gerson, todos los que ministran en el Tabernáculo de reunión, los cuales registraron Moisés y Aarón por mandato de Jehová.

⁴² Se hizo el censo de las familias de los hijos de Merari por familias y según las casas de sus padres, ⁴³ desde el de edad de treinta años para arriba hasta el de cincuenta años de edad; es decir, de todos los que podían entrar en el servicio del Tabernáculo de reunión. ⁴⁴ Los registrados por familias fueron tres mil doscientos. ⁴⁵ Estos fueron los registrados de las familias de los hijos de Merari, según el censo hecho por Moisés y Aarón, según lo mandó Jehová por medio de Moisés.

⁴⁶ Todos los levitas que Moisés, Aarón y los jefes de Israel registraron por familias y según las casas de sus padres, ⁴⁷ desde el de edad de treinta años para arriba hasta el de cincuenta años de edad, todos los que podían entrar en el servicio y el transporte del Tabernáculo de reunión, ⁴⁸ fueron, según el censo, ocho mil quinientos ochenta. ⁴⁹ Como lo mandó Jehová por medio de Moisés, fueron registrados, cada uno según su oficio y según su carga: su censo lo hizo él, como le fue mandado.

El propósito de este censo fue determinar quiénes, en realidad, iban a servir en el tabernáculo de reunión. Había 8.580 levitas entre las edades de treinta y cincuenta años. Obviamente no era necesario que cada levita sirviera todos los días; podían compartir las responsabilidades turnándose para que no fueran una carga. Por supuesto, también debió haber alguna cooperación para que

los que tenían la responsabilidad de transportar el tabernáculo y sus enseres recibieran ayuda ese día para desplazar a sus familias.

El Señor había indicado que el trabajo de los levitas conllevaba responsabilidades muy graves. Por eso, también limitó el número de los oficiantes a los que estaban en la flor de la vida. Hacia los treinta años ya serían lo suficientemente maduros como para no cometer errores por descuido; hasta el momento en que llegaron a los cincuenta años tendrían la fortaleza física necesaria.

¡Qué gran honor les dio el Señor a los levitas! Tenían el privilegio de servir en el tabernáculo directamente bajo las órdenes del sacerdote. ¡Tenían la responsabilidad de transportar el tabernáculo de reunión! Es cierto que ese alto honor también significaba que en algunas ocasiones esos hombres iban a tener que ponerse de acuerdo con amigos y vecinos, para trasladar a sus familias. ¡No obstante, tal parece que encontraban personas deseosas y capaces de ayudar!

Con este alto honor, los levitas también asumían una gran responsabilidad. Tenían que manipular los enseres del tabernáculo con mucho cuidado, precisamente como el Señor les había mandado. Si no lo hacían así, el castigo iba a ser la muerte, un castigo que Dios podía imponer.

El Señor muestra con toda claridad que es importante que las personas que le sirvan en el ministerio público se preparen bien, de tal manera que verdaderamente hagan lo que él desea. Por otro lado, el hombre siempre debe ir delante de Dios con temor y respeto ya que no existe nadie superior a él, ni más grande, ni más poderoso. ¡Sin embargo, tampoco existe alguien que sea más misericordioso, bondadoso y bueno! ¡Sírvale! ¡Sírvale bien!

A los levitas se les dijo con exactitud cuáles eran sus responsabilidades individuales. A partir de ese momento, sabían automáticamente lo que se esperaba de ellos. Ese tipo de sabia distribución de cargas es recomendable hoy en la iglesia de Cristo para mejorar el trabajo en la viña del Señor.

La vida de los individuos

En los capítulos cinco y seis, Dios dirige su atención a aspectos que afectaban a los individuos en el campamento israelita. Las leyes relacionadas a la impureza ceremonial ya se han tratado en Levítico. Aquí el Señor ordenó que se purificara el campamento. En la ley de los celos, el Señor habla de la posibilidad de que se desatara una contienda significativa en el campamento, si dejaban que prevalecieran los celos. La primera parte del capítulo seis define varias leyes relacionadas con los que decidieran hacer votos voluntarios. Cada uno de estos temas tiene que ver con la manera como el israelita individual debía conducirse en su vida personal.

Purificación del campamento

5 **Jehová habló a Moisés y le dijo: ²«Manda a los hijos de Israel que echen del campamento a todo leproso, a todos los que padecen flujo de semen y a todo impuro por contacto con muerto. ³Tanto a hombres como a mujeres echaréis; fuera del campamento los echaréis, para que no contaminen el campamento de aquellos entre los cuales yo habito».**

⁴Así lo hicieron los hijos de Israel: los echaron fuera del campamento. Como Jehová lo dijo a Moisés, así lo hicieron los hijos de Israel.

En Levítico 13-15, el Señor dio instrucciones relacionadas con el diagnóstico de varias enfermedades de la piel y forúnculos, manchas e infecciones. Declaró ceremonialmente impuro al que tuviera ese tipo de enfermedad, y también a los que hubieran estado en contacto con un cadáver. La impureza ceremonial significaba que la persona tenía que estar fuera del campamento, usar ropas rasgadas, cubrir la parte inferior de su cara y que debía

gritar: “¡Impuro! ¡Impuro!”, siempre que alguien se acercara. Durante el tiempo que estuviera impura, la persona estaba excluida del campamento; no podía participar en la vida de adoración ni en la vida social del pueblo.

En Números, el Señor le mandó a Moisés que pusiera en práctica esas instrucciones y que separara a los inmundos del campamento. El motivo para eso se encuentra en las palabras: “entre los cuales yo habito”. El Señor, quien es la fuente de vida y la luz, estaba presente en el campamento de Israel y no quería que la enfermedad y muerte contaminaran el campamento. Se enumeran tres categorías de impureza ceremonial: las personas con enfermedades infecciosas de la piel, las personas con flujos y los que habían estado en contacto con un cadáver. A todos ellos se les excluía del campamento.

La exigencia de separar del campamento a las personas, aun temporalmente, trae a la mente la imagen de personas que en efecto eran marginadas. En el ministerio de nuestro Salvador, se presenta la impureza ceremonial con frecuencia, especialmente en el caso de los leprosos que acudieron a él. Cuando la consecuencia de la impureza era la expulsión de la sociedad y de la iglesia, nos podemos imaginar la urgencia que había en las súplicas de los diez leprosos (Lucas 17:12), y la desesperación de la mujer que había padecido de hemorragia durante doce años (Mateo 9:20). ¡Nuestro Salvador actuó con gran misericordia al sanar a los marginados!

Cuando una persona ofende a otra

⁵ Jehová habló a Moisés y le dijo: ⁶ «Di a los hijos de Israel: El hombre o la mujer que cometa cualquiera de los pecados con que los hombres son infieles contra Jehová, se hace culpable. ⁷ Aquella persona confesará el pecado que cometió, compensará enteramente el daño, añadirá sobre ello la quinta parte y lo dará a aquel contra quien pecó. ⁸ Y si aquel hombre no tiene pariente al cual sea compensado el daño, se dará la indemnización del agravio a Jehová entregándola al

sacerdote, además del carnero de las expiaciones, con que el sacerdote hará expiación por él.

⁹»Cualquier ofrenda de todas las cosas santas que los hijos de Israel presenten al sacerdote, suya será. ¹⁰Y lo santificado por cualquiera será suyo; asimismo lo que cualquiera dé al sacerdote, suyo será».

Mientras los seres humanos vivan juntos, en contacto cercano, habrá siempre muchas maneras en que se ofenderán unos a otros.

Cuando se hubiera cometido un pecado contra otra persona, se debían considerar tres puntos. Primero, el ofensor debía reconocer que era culpable, y que para la culpa no se puede presentar excusa. Segundo, la persona culpable debiera confesar su pecado delante del Señor. La seriedad del pecado siempre se encuentra en el hecho de que la persona está “infiel contra Jehová”, aunque el acto haya sido cometido contra alguna persona. Finalmente, la persona culpable tenía que compensar todo el daño y añadir sobre ello la quinta parte.

¡El Señor muestra con claridad que toma en serio el pecado, tanto que aun cuando el pecado se cometa contra algún ser humano, Dios lo considera como si fuera contra él mismo! La ofensa contra Dios es el aspecto más grave del pecado.

El rey David reconoció este principio muy claramente. Cuando el profeta Natán ayudó para que David confesara su pecado, la respuesta del rey fue: “Pequé contra Jehová” (2 Samuel 12:13). Por encima del abrumador sentimiento de culpa por haber pecado contra Betsabé y contra Urías, el esposo de ella, estaba el haber pecado contra Dios.

El requisito de añadir la quinta parte a la restitución total nos recuerda un bello ejemplo que se narra en el Nuevo Testamento. Jesús fue al hogar de un hombre llamado Zaqueo (Lucas 19:1-10) y cuando el evangelio llegó al corazón de este hombre, entonces se mostró ansioso por complacer al Señor. Fue más allá del requisito del Antiguo Testamento, prometiendo devolver cuatro veces más a cualquiera que él hubiera defraudado y dar la mitad

de sus posesiones a los pobres. ¡El evangelio tiene gran poder para cambiar los corazones!

Por medio de Moisés, el Señor también se refirió a un caso excepcional. Suponiendo que la persona ofendida no puede recibir personalmente la restitución (por ejemplo, si ya ha muerto), si no había algún pariente vivo que actuara en representación de la persona ofendida, entonces el ofensor tenía la responsabilidad de hacer la restitución a través del sacerdote. Los elementos comprendidos en la restitución pasaban a ser de propiedad del sacerdote, junto con el carnero necesario para la expiación. Está claro que el primer objetivo del Señor era dar la restitución a la parte ofendida. Sin embargo, aun en un caso extraordinario, el ofensor debía saber que su pecado en esencia era contra el Señor.

El párrafo se cierra con un principio general: cualquier ofrenda que una persona decida llevar le pertenece hasta que decida ofrendarla. Sin embargo, una vez que se tomó la decisión, la ofrenda le pertenece al sacerdote, como representante de Dios.

La ley de los celos

¹¹ Jehová habló a Moisés y le dijo: ¹² «Habla a los hijos de Israel y diles: Si la mujer de alguien se descarría y le es infiel, ¹³ y alguien cohabita con ella sin que su marido lo haya visto, por haberse ella mancillado ocultamente, ni haya ningún testigo contra ella ni ella haya sido sorprendida en el acto; ¹⁴ si viene sobre él un espíritu de celos y siente celos de su mujer, habiéndose ella mancillado; o bien, si viene sobre él un espíritu de celos y siente celos de su mujer, aunque ella no se haya mancillado, ¹⁵ entonces el marido llevará su mujer al sacerdote, y con ella presentará su ofrenda, la décima parte de un efa de harina de cebada. No derramará sobre ella aceite ni pondrá sobre ella incienso, porque es ofrenda de celos, ofrenda recordativa, que trae a la memoria el pecado.

¹⁶»El sacerdote hará que ella se acerque y se ponga delante de Jehová. ¹⁷Luego echará el sacerdote un poco de agua santa en un vaso de barro, y tomando del polvo que haya en el suelo del Tabernáculo, lo mezclará con el agua.

¹⁸Asimismo el sacerdote hará que la mujer se mantenga en pie delante de Jehová, descubrirá la cabeza de la mujer y pondrá sobre sus manos la ofrenda recordativa, que es la ofrenda de celos. El sacerdote sostendrá en sus manos las aguas amargas que acarrean maldición. ¹⁹Entonces el sacerdote le tomará juramento y le dirá: “Si ninguno ha dormido contigo, y si no te has apartado de tu marido ni te has mancillado, libre seas de estas aguas amargas que traen maldición; ²⁰pero si te has descarriado de tu marido y te has mancillado, y ha cohabitado contigo alguien que no sea tu marido ²¹(el sacerdote proferirá sobre la mujer este juramento de maldición, y le dirá): Que Jehová te haga objeto de maldición y execración en medio de tu pueblo, y haga Jehová que tu muslo caiga y que tu vientre se hinche, ²²que estas aguas que dan maldición entren en tus entrañas y hagan hinchar tu vientre y caer tu muslo”. Y la mujer dirá: “Amén, amén”.

²³»El sacerdote escribirá estas maldiciones en un libro y las borrará con las aguas amargas. ²⁴Dará a beber a la mujer las aguas amargas que traen maldición, y las aguas que obran maldición entrarán en ella para provocarle amargura. ²⁵Después el sacerdote tomará de la mano de la mujer la ofrenda de los celos, la mecerá en presencia de Jehová y la ofrecerá delante del altar. ²⁶El sacerdote tomará un puñado de la ofrenda en memoria de ella y lo quemará sobre el altar.

»Después que el sacerdote le haya dado a beber las aguas a la mujer, ²⁷si esta es impura y ha sido infiel a su marido, las aguas que obran maldición entrarán en ella para provocarle amargura, su vientre se hinchará, caerá su muslo y la mujer será objeto de maldición en medio de su pueblo. ²⁸Pero si la

mujer no es impura, sino que está limpia, quedará libre y será fecunda.

²⁹»Esta es la ley de los celos, cuando la mujer cometa infidelidad contra su marido y se mancille, ³⁰ o cuando del marido se apodere un espíritu de celos y sienta celos de su mujer: entonces la presentará delante de Jehová, y el sacerdote hará con ella como manda esta ley. ³¹ El hombre quedará libre de culpa y la mujer cargará con su pecado».

El Señor designó esta sección como la “ley de los celos” (versículo 29). Aquí se debe distinguir entre los celos y el adulterio.

En la ley mosaica, el castigo por el adulterio no dejaba dudas en cuanto a la seriedad de ese pecado contra la ley de Dios. Si se sorprendía a alguna persona en el acto del adulterio, la ley de Dios exigía que tanto el hombre como la mujer debieran ser ejecutados de inmediato. Más adelante en Números, hay un ejemplo de pena de muerte por adulterio. El sacerdote Fineés ejecutó a una pareja en el acto del adulterio, atravesándolos a los dos con su lanza (Números 25:6 en adelante). ¡El adulterio es un pecado!

Aquí Dios anunció un procedimiento para tratar con un esposo que sentía celos. Ya sea que los celos fueran legítimos o infundados, Dios procuró que el sentimiento corrosivo fuera tratado y quitado. Con la finalidad de comprender lo que sigue, será útil recordar las condiciones temporales e inestables en las que los israelitas vivieron por casi cuarenta años en el desierto, condiciones que les presentaban tentaciones especiales. Cuando varios familiares y parientes políticos, casados y solteros, vivían bajo el mismo techo, la tentación de cometer adulterio era una amenaza constante. Por eso, Dios bosquejó un plan para el marido que sospechara de la infidelidad de su esposa.

Se citan dos casos como ejemplos. Uno, cuando la esposa le ha sido infiel a su marido y él sospecha, aunque no tiene pruebas. En el otro, cuando los celos son muy reales, pero simplemente son

el resultado de sus propias sospechas. En realidad no existe fundamento.

Fueran apropiados o inapropiados, los sentimientos del esposo eran reales. Con el fin de evitar más deterioro en el matrimonio, se le ordenaba al esposo llevar a la esposa y una ofrenda delante del sacerdote. Al hacerlo así, ponía el asunto delante del Señor para que lo juzgara.

Dos actos simbólicos sobresalen particularmente: la preparación de las aguas amargas y el juramento solemne con su maldición.

En relación con las aguas amargas el sacerdote realizaba dos actos solemnes adicionales. Primero, tomaba polvo del piso del tabernáculo y lo mezclaba con agua. Eso era para resaltar la santidad de los actos que iban a seguir. Segundo, el juramento con la maldición se escribía en un libro y después se borraba la escritura con las aguas. Este acto era para simbolizar que el juramento era más que simples palabras. La maldición sería real dentro de la mujer, ya fuera que la maldición finalmente se llevara a cabo o no. Sin embargo, sólo en el caso de infidelidad la mujer iba a ser afectada por la maldición. Entonces, al hincharse su vientre y al adelgazarse sus caderas, la adúltera iba a perder además la capacidad para tener hijos.

La función del sacerdote consistía en presentar la ofrenda, recitar el juramento a la mujer, pedirle a ella su solemne “amén, amén”, escribir la maldición en el libro y borrarla con las aguas.

Después de que la mujer había tomado el agua, el asunto estaba en manos del Señor. Por supuesto, el poder estaba con el Señor, no en los materiales que iban a usar. Si después del ritual era claro que la esposa era inocente, el Señor indicaba con gran énfasis que podría tener hijos. Por otro lado, si de veras ella había sido infiel, debía soportar las consecuencias de su pecado. Su cuerpo se consumiría y no podría tener hijos.

En esta extraña sección de las Escrituras, tenemos evidencia adicional de la preocupación de Jehová por preservar la pureza del

pueblo que había escogido como suyo. Por una parte, Dios no quería que un esposo celoso pusiera en peligro la vida de un hombre porque sospechaba que había seducido a su esposa. Sin embargo, Dios tampoco quería que su pueblo fuera indiferente a la inmoralidad sexual y tolerara un comportamiento adúltero. También se puede mencionar que la esposa inocente, ultrajada, podía insistir en esta justificación pública de ella misma, para humillación de su esposo.

De todas maneras, las Escrituras no registran ninguna situación en la que alguien invocara esta “ley de los celos”.

Se desconoce una medida como ésta en el Nuevo Testamento. ¡Sin embargo, todo cristiano debe recordar la necesidad de mantener su vida sexual sin mancha, ya sea que su estado civil sea casado o soltero!

Votos nazareos o voluntarios: los requisitos

6 **Habló Jehová a Moisés y le dijo: ²«Habla a los hijos de Israel y diles: El hombre o la mujer que se aparte haciendo voto de nazareo, para dedicarse a Jehová, ³se abstendrá de vino y de sidra. No beberá vinagre de vino ni vinagre de sidra, ni beberá ningún licor de uvas, ni tampoco comerá uvas frescas ni secas. ⁴En todo el tiempo de su nazareato, de todo lo que se hace de la vid, desde los granillos hasta el hollejo, no comerá. ⁵En todo el tiempo del voto de su nazareato no pasará navaja por su cabeza: hasta que se cumplan los días de su consagración a Jehová, será santo y se dejará crecer el cabello.**

El Señor les ordenó a los hijos de Israel muchos aspectos de la adoración en detalle. Sin embargo, también les dio la oportunidad de expresar su fe llevando ofrendas voluntarias. Una de éstas era el voto de nazareo.

La palabra “nazareo” está relacionada con el vocablo hebreo para voto. El voto de nazareo era voluntario; no tenían la

obligación de hacer esos votos. No obstante, si un israelita lo hacía, tenía que cumplir ciertos requisitos. El voto implicaba que se habían hecho ciertos compromisos específicos.

El primer requisito para el nazareo era el de abstenerse de cualquier tipo de bebida alcohólica. ¡El Señor conoce bien la naturaleza humana! Dice muy claramente que no quiere que se juegue con el límite entre lo que está bien y lo que está mal. El nazareo no debía tomar jugo de uva, ni comer pasas, ni ningún producto derivado de la uva. Dios no quiso que para ese voto voluntario se hiciera un juego del límite entre lo correcto y lo incorrecto.

El segundo requisito consistía en que el nazareo no debía pasar navaja sobre su cabeza durante todo el tiempo que se había comprometido con su voto. Debía permitir que su cabello creciera, ya que éste era un testimonio delante de otras personas de que había hecho voto voluntario al Señor.

Los cristianos probablemente están familiarizados con el voto nazareo principalmente por la historia de Sansón (Jueces 13-16), que fue un nazareo de por vida. Dios le hizo la promesa especial de que mientras no se cortara el cabello, iba a conservar su gran fuerza. La caída vino cuando rompió el voto al Señor, despreciando su condición de nazareo, y Dalila le cortó el cabello.

El voto nazareo o voluntario: una prohibición

⁶ Durante todo el tiempo que se aparte para Jehová, no se acercará a persona muerta. ⁷ Ni aun por su padre ni por su madre, ni por su hermano ni por su hermana, podrá contaminarse cuando mueran, pues la consagración de su Dios lleva sobre su cabeza. ⁸ Todo el tiempo de su nazareato estará consagrado a Jehová.

⁹ »Si alguien muere súbitamente junto a él y contamina su cabeza consagrada, el día de su purificación, es decir, el séptimo día, se afeitará la cabeza. ¹⁰ Al octavo día traerá dos tórtolas o dos palominos al sacerdote, a la puerta del

Tabernáculo de reunión. ¹¹ El sacerdote ofrecerá uno como expiación y el otro como holocausto, y hará expiación por lo que pecó a causa del muerto. Aquel día volverá a santificar su cabeza: ¹² se consagrará a Jehová por los días de su nazareato, y traerá un cordero de un año en expiación por la culpa. Los días anteriores serán anulados, por cuanto fue contaminado su nazareato.

El tercer requisito para la persona que había hecho un voto de nazareo era que por ninguna circunstancia se podía acercarse a una persona muerta, ni siquiera a un familiar cercano. Porque él mismo se había consagrado al Señor mediante su voto, y por lo tanto debía tener muchísimo cuidado para evitar cualquier situación que lo hiciera ceremonialmente impuro por el contacto con un cadáver.

No obstante, también existía la posibilidad de que estuviera en presencia de alguien que hubiera muerto de repente. Si eso sucedía, se tendría que afeitar la cabeza al séptimo día, el día de su purificación de la impureza ceremonial. Al día siguiente debía empezar a cumplir su voto de nuevo, llevando tres ofrendas. Tenía que llevar una ofrenda por el pecado (una paloma o una tórtola) para hacer expiación, esto tenía el propósito de restablecer el pacto con Dios, que había sido quebrantado por el contacto con un cadáver. Una ofrenda en holocausto (de nuevo una paloma o una tórtola), que sería la manera como el nazareo se iba a volver a dedicar totalmente al Señor. La tercera ofrenda era un cordero como una ofrenda de culpa, como una expiación por el pecado.

En el día de su purificación, la persona tenía que comenzar de nuevo para cumplir las estipulaciones de su voto. Los días anteriores no contaban; tenía que comenzar desde el principio.

Voto nazareo o voluntario: la conclusión

¹³ »Esta es, pues, la ley del nazareo el día que se cumpla el tiempo de su nazareato: Vendrá a la puerta del Tabernáculo de reunión, ¹⁴ y presentará su ofrenda a Jehová, un cordero

de un año sin tacha para un holocausto, una cordera de un año, sin defecto, para expiación, y un carnero sin defecto para una ofrenda de paz. ¹⁵ Además, un canastillo de tortas sin levadura, de flor de harina amasadas con aceite, hojaldres sin levadura untadas con aceite, su ofrenda y sus libaciones. ¹⁶ El sacerdote lo ofrecerá delante de Jehová, y hará su expiación y su holocausto. ¹⁷ Luego ofrecerá el carnero como sacrificio de paz a Jehová, junto con el canastillo de los panes sin levadura; ofrecerá asimismo el sacerdote su ofrenda y sus libaciones. ¹⁸ Entonces el nazareo se afeitará su cabeza consagrada a la puerta del Tabernáculo de reunión, tomará los cabellos de su cabeza consagrada y los pondrá sobre el fuego que está debajo de la ofrenda de paz. ¹⁹ Después tomará el sacerdote la pierna cocida del carnero, una torta sin levadura del canastillo y una hojaldre sin levadura, y las pondrá sobre las manos del nazareo, después que sea afeitada su cabeza consagrada. ²⁰ El sacerdote presentará aquello como ofrenda mecida delante de Jehová, lo cual será cosa santa, destinada al sacerdote, además del pecho mecido y de la pierna reservada. Después el nazareo podrá beber vino.

²¹ »Esta es la ley del nazareo que haga un voto de ofrenda a Jehová por su nazareato, además de lo que sus recursos le permitan. Según el voto que haga, así lo cumplirá, conforme a la ley de su nazareato».

Al concluir su voto, el nazareo se presentaba en el tabernáculo de reunión y ofrecía tres sacrificios. El primero era una ofrenda por el pecado. ¡Qué bien conoce el Señor las inclinaciones de la naturaleza pecaminosa! El nazareo apenas habría terminado un período de días o meses, o hasta de años, en el cual voluntariamente había estado haciendo algo extra al servicio del Señor. Sin embargo, al final del voto no se le permitía pensar que había obtenido alguna condición especial delante del Señor. La ofrenda por el pecado simbolizaba que la muerte era necesaria para

pagar el pecado, y el Señor estaba preparando el Substituto (Jesús) que iba a hacer el pago por nuestro pecado. Eso era muy necesario debido a que la naturaleza humana es demasiado inclinada a ir ante el Señor y decir: “¡Mire, Señor! ¡Mire lo que he hecho!” Después de la ofrenda por el pecado, el nazareo presentaba la ofrenda de holocausto, como símbolo de su total dedicación a Dios.

Después de que el sacerdote había presentado las ofrendas por el pecado y la del holocausto, era hora para presentar la ofrenda de paz. Ésta expresaba la alegría del adorador por su compañerismo con Dios. El que presentaba la ofrenda se reunía con el sacerdote, que en este caso era el representante de Dios ante el pueblo, en una comida de compañerismo, que era una celebración de la comunión que existía entre Dios y el pecador perdonado. ¡Qué maravilloso es ese compañerismo restablecido! De nuevo la sangre animal que se derramaba hacía énfasis en que el compañerismo descansa en el sacrificio por el pecado. ¡Tenemos buena razón para presentarnos ante el Señor con humildad, aun en las ocasiones en las que hemos hecho cosas especiales para su servicio!

En conexión con la presentación de la ofrenda de paz, el nazareo tenía que afeitarse el cabello que había dedicado al Señor y debía ponerlo en el fuego debajo de la ofrenda de paz. Este acto simbolizaba que el hombre puede perecer tan fácilmente como el cabello se consume en el fuego. La única esperanza para la humanidad pecadora se encuentra en un compañerismo restablecido, basado en la gracia de Dios. Al concluir esta sección sobre los votos nazareos, notamos que esos votos eran voluntarios. Dios quería que su pueblo considerara los votos como una oportunidad, no como un requisito. Sin embargo, una vez que se había hecho el voto, se debía cumplir. Los sacrificios que se hacían al concluir el voto tenían el propósito de recordarle al nazareo su falta de mérito. Los sacrificios mostraban exactamente los pensamientos que se expresan en la segunda estrofa del himno “Roca de la Eternidad”:

Aunque yo aparezca fiel,
Y aunque llore sin cesar,
Del pecado no podré
Justificación lograr;
Sólo en Ti, teniendo fe,
Puedo mi perdón hallar.

DEL SINAÍ A CADES

La vida de adoración

Una proclamación que el Señor le hizo a Moisés ha llegado a nosotros a través de los siglos. Todavía usamos en los cultos de nuestra iglesia la bendición aarónica. Dios le dio inicialmente esta bendición al pueblo de Israel para su vida de adoración. Otros aspectos de la vida de adoración de Israel incluían las generosas ofrendas que llevaron los líderes de cada tribu a la dedicación del tabernáculo y las lámparas que debían colocar dentro del santuario. Los levitas fueron consagrados al Señor como colaboradores en la vida de adoración de Israel. Después, cuando había transcurrido un año completo desde que los israelitas salieron de Egipto, celebraron su primera Pascua conmemorativa.

La bendición del Señor

²² Jehová habló a Moisés y le dijo: ²³ «Habla a Aarón y a sus hijos, y diles: “Así bendeciréis a los hijos de Israel:

²⁴ »“Jehová te bendiga y te guarde.

**²⁵ Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti
y tenga de ti misericordia;**

**²⁶ Jehová alce sobre ti su rostro
y ponga en ti paz”.**

²⁷ »Así invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré».

En la vida de adoración de los israelitas, el Señor quería que lo conocieran como el Dios misericordioso y clemente. Por eso les dio a los sacerdotes la bendición aarónica. Como las palabras de esta bendición presentan muy claramente al Señor como el Dios de gracia gratuita y fiel, ésta también se usa con gran regocijo en

la era del Nuevo Testamento. Los cristianos la hemos acogido para concluir nuestros cultos de adoración.

Dios usa aquí el nombre personal y especial que escogió para él mismo. Con este nombre se nos presenta como “misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado” (Éxodo 34:6,7). Y como tal llega hasta nosotros para bendecirnos.

Percibimos una referencia a la Trinidad en la triple repetición de la palabra “Jehová”. Aunque como criaturas estamos limitados en nuestra capacidad para sondear las profundidades de la Trinidad, podemos apreciar la verdad de que el Dios trino actúa a nuestro favor. Mientras cada una de las personas de la divinidad realiza su obra, el Dios trino bendice a todos los que creen en el Mesías, nuestro Señor Jesucristo. Los tres participan en nuestra salvación.

La primera frase se refiere en particular al trabajo de Dios Padre, y su bendición abarca todos los aspectos de nuestra vida. A donde quiera que miremos podemos ver que el Señor nos bendice por medio de las posesiones materiales que nos da. La explicación de Lutero del Primer Artículo del Credo Apostólico da un resumen conciso de esas bendiciones, notando que el Señor “me ha dado mi cuerpo y mi alma, mis ojos y mis oídos y todos mis miembros, mi razón y todos mis sentidos”, y “me da vestido y calzado, comida y bebida, casa y hogar, consorte e hijos, campos, animales y toda clase de bienes; que me provee a diario y abundantemente de todo lo que mi cuerpo y mi vida necesitan”.

¡Sólo necesitamos echar una mirada alrededor de nuestros hogares! Mire la comida y los muebles, los niños y los carros, la vajilla y los vestidos, los trajes y los sofás, y aun la electricidad misteriosamente presente en los tomacorrientes. Cuente todas las maneras en que el Señor nos bendice con dones temporales. De igual manera nos bendice con talentos y habilidades. De hecho, podemos ganarnos la vida usando la mente y las manos, y con ellas podemos servirle a Dios.

Además, nuestro Padre celestial nos bendice y nos guarda, al contestar nuestras peticiones cuando oramos en el Padre nuestro: “No nos dejes caer en tentación; más líbranos del mal”. ¡Con cuánta frecuencia el Señor nos libra de los problemas y los peligros que nos abruma! ¡Con cuánto celo trabaja el Señor para evitar que vayamos a los lugares donde podríamos estar tentados a pecar! Sin embargo, por otro lado, el Señor es muy amoroso cuando permite que vengan pruebas a nuestra vida, porque promete que nos dará la salida y además nos promete que todas las cosas obrarán para el bien de los que lo aman. Finalmente, su suprema bendición es mantenernos fieles al evangelio hasta el final de nuestra vida. También es una bendición librarnos de este mundo malo y llevarnos a la perfección de su gloria en los cielos. Al Señor le agrada incluir todos estos beneficios en la bendición: “Jehová te bendiga, y te guarde”.

La segunda frase de la bendición aborda el hecho de que los seres humanos son pecadores. Desde el momento de nacer, el hombre está en rebelión contra Dios. Los rebeldes encuentran su única esperanza en el hecho de que Dios es misericordioso para con nosotros. En la obra de nuestro Redentor Jesucristo vemos claramente su amor hacia nosotros. En la explicación que hace Lutero del Segundo Artículo del Credo Apostólico, notamos que Dios es misericordioso con nosotros en Jesús, quien “me ha redimido a mí, hombre perdido y condenado, y me ha rescatado y librado de todos mis pecados, de la muerte y del poder del diablo; mas no con oro ni plata, sino con su santa y preciosa sangre y con su inocente pasión y muerte; todo lo cual hizo para que yo sea suyo y viva bajo él en su reino, y le sirva en justicia, inocencia y bienaventuranza eternas”. Esa es la gracia de Dios, el favor inmerecido de Dios para con nosotros. Es gracia en Cristo, porque en él Dios nos muestra su profundo amor aunque nosotros, debido a nuestro pecado, de ningún modo lo merecemos. En ese amor, Dios hace resplandecer su rostro sobre nosotros. Así como el rostro de la orgullosa madre que acaba de dar a luz irradia amor, así nos mira Dios, cubriendo todos nuestros pecados con la redención

perfecta que Cristo ha comprado para nosotros. Al Señor le agrada incluir todos estos beneficios en la bendición: “Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga de ti misericordia”.

En la tercera frase de la bendición, vemos la obra de la tercera persona de la Trinidad: Dios el Espíritu Santo. La frase “Jehová alce sobre ti su rostro” señala la gustosa mirada del Señor a cada uno de nosotros como individuos. En contraste, qué triste sería si Dios nos diera la espalda, si nos desconociera, y nos dejara a la suerte que merecemos. ¡Cuán maravillosa es esta obra del Espíritu Santo! ¡Él convierte a los rebeldes en sus hijos, llevándolos a la fe en Cristo Jesús! Hace a los ciegos ver, llevándolos a Cristo, la Luz del mundo. Como el Dador de la vida, otorga vida a los que están muertos en transgresiones y pecados. ¡Cada creyente es un milagro del Espíritu Santo! Él “me ha llamado mediante el Evangelio, me ha iluminado con sus dones y me ha santificado y guardado mediante la verdadera fe” (Catecismo de Lutero). En el milagro de la conversión, el Espíritu Santo nos da paz, porque sabemos que por medio de Cristo somos reconciliados con Dios. También, con la certeza de la fe, sabemos que mientras seamos justificados con Dios por medio de Cristo, todo en nuestra vida resultará para nuestro bien. El creyente disfruta una paz que permanece en las pruebas más difíciles; sí, aun al enfrentar la muerte. Nos da una gran paz el saber que ya sea que vivamos o que muramos, somos del Señor. Sostenidos por esta fe, podemos exclamar con San Pablo: “Ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8:38-39). Los ángeles proclamaron esa paz en la primera Navidad: “En la tierra paz, buena voluntad para con los hombres”. Jesús prometió la paz del Espíritu Santo cuando dijo: “La paz os dejo, mi paz os doy” (Juan 14:27). Después de cada sermón, el pastor les asegura de esta paz: “Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4:7).

¡Qué maravillosas bendiciones les da el Señor a todos los creyentes! En la bendición, su poder divino y su amor están detrás de cada una de estas palabras: “Así invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré”. En efecto, el nombre de Dios estaba sobre los israelitas, porque incluido en el nombre de Israel es la frase “hombre de Dios”. En el Nuevo Testamento, su nombre también está sobre nosotros cuando llevamos el nombre “cristiano”, que significa en realidad que somos seguidores de Cristo. A dichos creyentes, el Señor les dice con mucho gusto: “Yo los bendeciré”. Con esa promesa, la bendición es mucho más que simples palabras o un deseo piadoso. El Señor, el Dios trino, respalda cada palabra y le agrada conceder estas bendiciones a cada uno de nosotros.

A esa bendición los creyentes en todas las épocas han dicho alegremente: “Amén. Así sea”.

¡Amén; así sea! ¡Jehová, Dios Padre, Creador, y Preservador, bendícenos y guárdanos!

¡Amén; así sea! ¡Jehová, Jesucristo, Salvador, y Señor, haz resplandecer tu rostro sobre nosotros y sé misericordioso con nosotros!

¡Amén; así sea! ¡Jehová, Espíritu Santo, Santificador, y Consolador, vuelve tu rostro a nosotros y danos paz!

Las ofrendas de los jefes de Israel el día de la dedicación

7 Aconteció que cuando Moisés acabó de levantar el Tabernáculo, lo ungió y lo santificó junto con todos sus utensilios. Asimismo ungió y santificó el altar y todos sus utensilios. ² Entonces los príncipes de Israel, los jefes de las casas de sus padres, los cuales eran los príncipes de las tribus que estaban sobre los registrados en el censo, se acercaron ³ y trajeron sus ofrendas delante de Jehová: seis carros cubiertos y doce bueyes; por cada dos príncipes un carro, y por cada uno un buey, y los ofrecieron delante del Tabernáculo.

⁴ Jehová habló a Moisés y le dijo: ⁵ «Recíbelos de ellos: serán para el servicio del Tabernáculo de reunión. Los darás a los levitas, a cada uno según su ministerio».

⁶ Entonces Moisés recibió los carros y los bueyes, y los dio a los levitas. ⁷ A los hijos de Gerson dio dos carros y cuatro bueyes, conforme a su ministerio, ⁸ y a los hijos de Merari dio cuatro carros y ocho bueyes, conforme a su ministerio, bajo la dirección de Itamar, hijo del sacerdote Aarón. ⁹ Pero a los hijos de Coat no les dio, porque tenían que llevar sobre sus hombros los objetos más santos.

La primera frase de esta sección nos recuerda la dedicación del tabernáculo (vea Éxodo 40). Los diversos eventos relacionados con el censo, escritos en los primeros seis capítulos de Números, realmente ocurrieron como un mes después de la dedicación. En el día de la dedicación del tabernáculo, los jefes de los israelitas llevaron ofrendas especiales. Al presentar los nombres, comienza a tener buen sentido el por qué Moisés registró primero el censo. Los jefes que se identifican en el censo son las personas que representan a cada tribu cuando llevan las ofrendas para la dedicación.

En el día de la dedicación, los jefes de Israel ofrendaron al Señor seis carros y doce bueyes. El Señor instruyó a Moisés para que aceptara las ofrendas y se las diera a los levitas para su trabajo de transportar el tabernáculo.

A los gersonitas, que tenían a su cargo las cortinas y las cubiertas del tabernáculo, se les dieron dos carros. A los meraritas, que tenían la responsabilidad de transportar los maderos mucho más pesados y voluminosos, que conformaban la estructura del tabernáculo, les dieron cuatro carros. No les asignaron carros a los coatitas porque se les había ordenado específicamente transportar todos los objetos sagrados sobre los hombros.

En esta situación, como en tantas en la iglesia, es importante ver la mano del Señor. Él abre los corazones de los miembros de su pueblo para proveer lo que sea necesario. Los creyentes hacen

bien en reconocer el mérito tanto del Señor como de los dadores.

Ofrendas para los doce días de la dedicación

¹⁰ Los príncipes presentaron las ofrendas para la dedicación del altar el día en que fue ungido. Hicieron los príncipes su ofrenda delante del altar. ¹¹ Y Jehová dijo a Moisés: «Presentarán su ofrenda, un príncipe un día y otro príncipe otro día, para la dedicación del altar».

¹² El que presentó su ofrenda el primer día fue Naasón hijo de Aminadab, de la tribu de Judá. ¹³ Su ofrenda fue un plato de plata de ciento treinta siclos de peso y un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda; ¹⁴ una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso; ¹⁵ un becerro, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto; ¹⁶ un macho cabrío para la expiación; ¹⁷ y para la ofrenda de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Naasón hijo de Aminadab.

¹⁸ El segundo día presentó su ofrenda Natanael hijo de Zuar, príncipe de Isacar. ¹⁹ Presentó como su ofrenda un plato de plata de ciento treinta siclos de peso y un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda; ²⁰ una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso; ²¹ un becerro, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto; ²² un macho cabrío para la expiación; ²³ y para la ofrenda de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Natanael hijo de Zuar.

²⁴ El tercer día, Eliab hijo de Helón, príncipe de los hijos de Zabulón, ²⁵ presentó su ofrenda: un plato de plata de ciento treinta siclos de peso y un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de flor de harina

amasada con aceite, para la ofrenda; ²⁶ una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso; ²⁷ un becerro, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto; ²⁸ un macho cabrío para la expiación; ²⁹ y para la ofrenda de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Eliab hijo de Helón.

³⁰ El cuarto día, Elisur hijo de Sedeur, príncipe de los hijos de Rubén, ³¹ presentó su ofrenda: un plato de plata de ciento treinta siclos de peso y un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda; ³² una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso; ³³ un becerro, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto; ³⁴ un macho cabrío para la expiación; ³⁵ y para la ofrenda de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Elisur hijo de Sedeur.

³⁶ El quinto día, Selumiel hijo de Zurisadai, príncipe de los hijos de Simeón, ³⁷ presentó su ofrenda: un plato de plata de ciento treinta siclos de peso y un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda; ³⁸ una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso; ³⁹ un becerro, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto; ⁴⁰ un macho cabrío para la expiación; ⁴¹ y para la ofrenda de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Selumiel hijo de Zurisadai.

⁴² El sexto día, Eliasaf hijo de Deuel, príncipe de los hijos de Gad, ⁴³ presentó su ofrenda: un plato de plata de ciento treinta siclos de peso y un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda; ⁴⁴ una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso; ⁴⁵ un becerro, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto; ⁴⁶ un macho cabrío para la expiación; ⁴⁷ y para la ofrenda de paz, dos bueyes,

cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Eliasaf hijo de Deuel.

⁴⁸ El séptimo día, el príncipe de los hijos de Efraín, Elisama hijo de Amiud, ⁴⁹ presentó su ofrenda: un plato de plata de ciento treinta siclos de peso y un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda; ⁵⁰ una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso; ⁵¹ un becerro, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto; ⁵² un macho cabrío para la expiación; ⁵³ y para la ofrenda de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Elisama hijo de Amiud.

⁵⁴ El octavo día, el príncipe de los hijos de Manasés, Gamaliel hijo de Pedasur, ⁵⁵ presentó su ofrenda: un plato de plata de ciento treinta siclos de peso y un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda; ⁵⁶ una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso; ⁵⁷ un becerro, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto; ⁵⁸ un macho cabrío para la expiación; ⁵⁹ y para la ofrenda de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Gamaliel hijo de Pedasur.

⁶⁰ El noveno día, el príncipe de los hijos de Benjamín, Abidán hijo de Gedeoni, ⁶¹ presentó su ofrenda: un plato de plata de ciento treinta siclos de peso y un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda; ⁶² una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso; ⁶³ un becerro, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto; ⁶⁴ un macho cabrío para la expiación; ⁶⁵ y para la ofrenda de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Abidán hijo de Gedeoni.

⁶⁶ El décimo día, el príncipe de los hijos de Dan, Ahiezer hijo de Amisadai, ⁶⁷ presentó su ofrenda: un plato de plata de ciento treinta siclos de peso y un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda; ⁶⁸ una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso; ⁶⁹ un becerro, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto; ⁷⁰ un macho cabrío para la expiación; ⁷¹ y para la ofrenda de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Ahiezer hijo de Amisadai.

⁷² El undécimo día, el príncipe de los hijos de Aser, Pagiel hijo de Ocrán, ⁷³ presentó su ofrenda: un plato de plata de ciento treinta siclos de peso y un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda; ⁷⁴ una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso; ⁷⁵ un becerro, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto; ⁷⁶ un macho cabrío para la expiación; ⁷⁷ y para la ofrenda de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Pagiel hijo de Ocrán.

⁷⁸ El duodécimo día, el príncipe de los hijos de Neftalí, Ahira hijo de Enán, ⁷⁹ presentó su ofrenda: un plato de plata de ciento treinta siclos de peso y un jarro de plata de setenta siclos, según el siclo del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda; ⁸⁰ una cuchara de oro de diez siclos, llena de incienso; ⁸¹ un becerro, un carnero, un cordero de un año, para el holocausto; ⁸² un macho cabrío para la expiación; ⁸³ y para la ofrenda de paz, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año. Esta fue la ofrenda de Ahira hijo de Enán.

⁸⁴ Esta fue la ofrenda que los príncipes de Israel presentaron para la dedicación del altar, el día en que fue

ungido: doce platos de plata, doce jarros de plata, doce cucharas de oro. ⁸⁵ Cada plato de ciento treinta siclos, y cada jarro de setenta; toda la plata de la vajilla era dos mil cuatrocientos siclos, según el siclo del santuario. ⁸⁶ Las doce cucharas de oro llenas de incienso, de diez siclos cada cuchara, según el siclo del santuario; todo el oro de las cucharas era ciento veinte siclos.

⁸⁷ Todos los bueyes para el holocausto fueron doce becerros; doce los carneros, doce los corderos de un año, con su ofrenda, y doce los machos cabríos para la expiación. ⁸⁸ Y todos los bueyes de la ofrenda de paz fueron veinticuatro novillos, sesenta los carneros, sesenta los machos cabríos y sesenta los corderos de un año. Esta fue la ofrenda para la dedicación del altar, después que fue ungido.

En la fecha de la dedicación del altar, los príncipes llevaron ofrendas generosas en representación de cada tribu de Israel. Al registrar estos eventos, el Espíritu Santo nombra muy cuidadosamente cada ofrenda por separado para mostrar que el Señor conoce, reconoce y se complace con las ofrendas de cada individuo. Por supuesto, se recuerda también la ofrenda que llevó la viuda pobre al templo, y el reconocimiento y los comentarios de nuestro Salvador al respecto (Lucas 21:1 en adelante).

Al considerar estas ofrendas, es interesante notar que son idénticas, aunque había una diferencia considerable en el tamaño de las doce tribus. Eso mostraba claramente que cada tribu era por igual una parte de la nación escogida, teniendo la misma necesidad del pacto de gracia de Dios, que iba a compartir igualmente las bendiciones del pacto.

La ofrenda de cada tribu se puede dividir en tres categorías: tres utensilios llegaron a formar parte del equipo para el tabernáculo (un plato de plata, un jarro de plata, una cuchara de oro llena de incienso); tres animales se consumían en los sacrificios (un becerro, un carnero para el holocausto y un macho cabrío para la expiación); y las ofrendas de paz que consistían en

diecisiete animales (dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos de un año). Como las ofrendas de paz terminaban en una comida festiva para celebrar la paz con Dios, se supone que de alguna manera los representantes de cada tribu participaban en esta comida festiva. Como ocurre con las comidas que se sirven cuando se dedica una iglesia en nuestros días, la comida festiva de la ofrenda de paz tenía el propósito de que los miembros de cada tribu pudieran disfrutar del hecho de que la relación del pacto con Dios era real. Eso era especialmente cierto en relación con la dedicación del altar. El mensaje de los sacrificios presentaba la nota positiva de que el Señor en su misericordia quería reafirmar su relación del pacto mediante la expiación y el holocausto. Este significado era válido, así como también la expiación y los holocaustos en realidad tenían valor delante de Dios, sólo porque señalaban al futuro sacrificio de Cristo en la cruz.

El Señor le habla a Moisés desde el lugar santísimo

⁸⁹ Cuando entraba Moisés en el Tabernáculo de reunión para hablar con Dios, oía la voz que le hablaba de encima del propiciatorio que estaba sobre el Arca del testimonio, de entre los dos querubines. Así hablaba con él.

Este versículo nos proporciona información sobre el método que usó el Señor para hablar con Moisés. Manifestó su gloria en el tabernáculo de reunión cuando los doce jefes de Israel terminaron de presentar las ofrendas.

Anteriormente, cuando Jehová consagró el sacerdocio con su presencia, le manifestó su gloria a todo el pueblo (Levítico 9). Con esta acción, Dios indicó que en el pacto del Antiguo Testamento iba a tratar con el pueblo mediante un sacerdocio. Como el Señor en esta ocasión quiso reconocer las ofrendas de los jefes de las tribus, usó la forma de su presencia que iba a permanecer en el tabernáculo. Por eso, cuando se completaron los doce días de

ofrendas, Moisés entró en el tabernáculo de reunión y el Señor le habló desde el espacio que había sobre del arca del testimonio y entre los dos querubines de oro. A Moisés ya se le había prometido esta manifestación de la presencia de Dios cuando recibió las instrucciones para construir el tabernáculo (Éxodo 25:22). Se había informado el cumplimiento de la promesa en Levítico 16:2 en conexión con las instrucciones para el gran día de la expiación.

El Señor, al manifestar su presencia continua en el lugar Santísimo, muestra claramente que estaba complacido con los hijos de Israel porque habían sido muy obedientes en la preparación y el equipamiento el tabernáculo. ¡Aunque el Señor no habita en templos hechos por manos humanas, era en realidad un alto privilegio que disfrutaban los hijos de Israel! ¡El Señor Dios quiso manifestarse a ellos en el tabernáculo! Le habló a Moisés justo desde el espacio que había encima del arca del testimonio en el lugar santísimo. En realidad, esa manifestación de la presencia del Señor, que sucedió después de las ofrendas de los príncipes, fue una demostración de que el Señor se complacía en aceptar a toda la nación como el pueblo del pacto.

La forma verbal hebrea en este versículo expresa actividad continua. Por lo tanto, esta declaración se entiende mejor diciendo que desde ese momento en adelante Moisés recibió mensajes divinos en el lugar santísimo en el propiciatorio. Las solemnes palabras: “Habló Jehová a Moisés”, indican que Moisés estaba presente en el tabernáculo y entonces el Señor le habló desde el lugar santísimo.

Se encienden las lámparas

8 Habló Jehová a Moisés y le dijo: ² «Habla a Aarón y dile: Cuando enciendas las lámparas, las siete lámparas del candelabro alumbrarán hacia adelante.» ³ Aarón lo hizo así: colocó las lámparas en la parte anterior del candelabro, tal como Jehová lo mandó a Moisés. ⁴ El candelabro estaba hecho de oro labrado a martillo; desde el pie hasta las flores

era labrado a martillo. Conforme al modelo que Jehová le mostró a Moisés, así hizo el candelabro.

Los candelabros a los que se hace referencia aquí se describen con mayor detalle en Éxodo 25:31-40 y fueron fabricados de oro labrado a martillo. Otra vez, esta ofrenda costosa para el servicio del Señor sirve como ejemplo para los creyentes de cualquier época. Realmente sentimos un impulso interno de ofrecer al Señor las mejores ofrendas que podemos en nuestros lugares de adoración.

Las instrucciones se centran en la posición de los candelabros en el tabernáculo. Era necesario tener esas lámparas dentro del tabernáculo porque no había ventanas. Las lámparas debían estar en una posición tal que alumbraran hacia el frente del candelabro. Al estar estas lámparas delante del lugar santísimo, simbolizaban la idea de que toda la luz verdadera viene del Señor.

Instrucciones para apartar a los levitas

⁵ Jehová habló a Moisés y le dijo: ⁶«Aparta a los levitas de entre los demás hijos de Israel, y haz expiación por ellos. ⁷Así harás para purificarlos: Rocía sobre ellos el agua de la expiación y haz pasar la navaja por todo su cuerpo; ellos lavarán sus vestidos y así quedarán purificados. ⁸Luego tomarán un novillo, con su ofrenda de flor de harina amasada con aceite, y tú tomarás otro novillo para la expiación. ⁹Harás que los levitas se acerquen al Tabernáculo de reunión, y reunirás a toda la congregación de los hijos de Israel. ¹⁰Cuando hayas acercado a los levitas a la presencia de Jehová, pondrán los hijos de Israel sus manos sobre los levitas. ¹¹Entonces presentará Aarón a los levitas delante de Jehová como ofrenda de los hijos de Israel, y servirán en el ministerio de Jehová. ¹²Después los levitas pondrán sus manos sobre las cabezas de los novillos: uno lo ofrecerás como expiación y el otro como holocausto a Jehová, para

hacer expiación por los levitas. ¹³ Colocarás luego a los levitas delante de Aarón y de sus hijos, y los presentarás como ofrenda a Jehová. ¹⁴ Así apartarás a los levitas de entre los hijos de Israel, y serán míos los levitas. ¹⁵ Después de eso vendrán los levitas a ministrar en el Tabernáculo de reunión. Serán purificados y los presentarás como una ofrenda.

¹⁶ Porque enteramente me son dedicados a mí los levitas de entre los hijos de Israel, en lugar de todo primer nacido; los he tomado para mí en lugar de los primogénitos de todos los hijos de Israel. ¹⁷ Porque mío es todo primogénito de entre los hijos de Israel, así de hombres como de animales; desde el día en que yo herí a todo primogénito en la tierra de Egipto, los santifiqué para mí. ¹⁸ Y he tomado a los levitas en lugar de todos los primogénitos de los hijos de Israel. ¹⁹ Yo he dado los levitas, como un don, a Aarón y a sus hijos, de entre los hijos de Israel, para que ejerzan el ministerio de los hijos de Israel en el Tabernáculo de reunión, y reconcilien a los hijos de Israel, y no haya plaga entre los hijos de Israel cuando se acerquen al santuario».

Los levitas debían ser instalados en sus responsabilidades en el tabernáculo mediante el ritual que el Señor prescribe aquí.

El primer paso del ritual consistía en hacer a los levitas ceremonialmente limpios, rociándolos con el agua de la expiación. Luego se debían afeitar todo el cuerpo y lavar sus vestidos. El segundo paso consistía en hacer un holocausto y una expiación en nombre de ellos. Los levitas no podían servir al Señor en su casa sin antes ofrecer un sacrificio por sus propios pecados.

El hecho de que los levitas iban a sustituir al pueblo, especialmente a los primogénitos, se debía demostrar mediante la imposición de las manos en una solemne asamblea de la comunidad de Israel. Después se debía presentar a los levitas como una ofrenda mecida delante del Señor. El sacrificio en la ofrenda mecida (aquí los levitas) no se consumía en el fuego, sino sólo se

movía de un lado a otro delante del Señor y por lo tanto se presentaba para usarlo a su servicio.

Todo este ritual se basaba en el hecho de que en el monte Sinaí el Señor había afirmado su derecho a los levitas en sustitución de todos los varones primogénitos de Israel. Otra vez se explica el derecho del Señor sobre los primogénitos basado en lo que sucedió en la Pascua en Egipto.

Por medio de este ritual, los levitas iban a ser presentados ante Aarón y ante los sacerdotes, para realizar el trabajo en el tabernáculo de reunión. En un orden de responsabilidad cuidadosamente estructurado, los sacerdotes iban a hacer los sacrificios e iban a cumplir sus funciones en el lugar santo. Los levitas iban a ayudar a los sacerdotes como asistentes e iban a realizar muchas tareas relacionadas con el mantenimiento del tabernáculo. Sin embargo, al pueblo no le se le permitiría entrar en el tabernáculo de reunión. El Señor determinó que el pueblo se acercara a él sólo por medio de los sacerdotes y los levitas que él había designado.

Consagración de los levitas y su tiempo de servicio

²⁰ Moisés, Aarón y toda la congregación de los hijos de Israel hicieron con los levitas conforme a todas las cosas que mandó Jehová a Moisés acerca de los levitas; así hicieron con ellos los hijos de Israel. ²¹ Los levitas se purificaron y lavaron sus vestidos. Luego Aarón los presentó como ofrenda delante de Jehová, e hizo expiación por ellos para purificarlos.

²² Después de esto, los levitas fueron para ejercer su ministerio en el Tabernáculo de reunión delante de Aarón y delante de sus hijos. De la manera que mandó Jehová a Moisés acerca de los levitas, así hicieron con ellos.

²³ Luego habló Jehová a Moisés diciendo: ²⁴ «Los levitas de veinticinco años para arriba entrarán a ejercer su ministerio en el servicio del Tabernáculo de reunión. ²⁵ Pero desde los

cincuenta años dejarán de ejercer su ministerio, y nunca más lo ejercerán.²⁶ Servirán con sus hermanos en el Tabernáculo de reunión, para hacer la guardia, pero no servirán en el ministerio. Así harás con los levitas en cuanto a su ministerio».

De nuevo se observa la fidelidad con la que el pueblo siguió los mandatos del Señor. A los levitas se les consagró en sus responsabilidades de acuerdo con un ritual solemne. Inmediatamente después empezaron a desempeñarse en el tabernáculo de reunión.

Después, el Señor definió los límites de edad que se debían aplicar al servicio de los levitas. Iban a servir activamente en el tabernáculo de reunión desde los veinticinco años hasta los cincuenta. Al parecer, desde los veinticinco años hasta los treinta los levitas iba a ser aprendices (vea Números 4:3,4, donde se menciona la edad de treinta años), es decir, ellos iban a estar aprendiendo cuáles serían sus tareas. Después de los cincuenta, a los levitas se les iba a permitir que ayudaran, pero no iban a hacer el trabajo en el tabernáculo de reunión.

Una vez más notamos el cuidado con el que el Señor define y asigna responsabilidades. No habría excusa. Se debía hacer todo esfuerzo razonable para que el servicio en el tabernáculo no se profanara por ignorancia o descuido, y si esto pasaba, la culpa sería totalmente del individuo que pasó por alto las instrucciones del Señor.

Se muestra una y otra vez, en estas primeras secciones, el hecho de que nuestro Señor es el Dios a quien le complace el orden. Sería bueno que la iglesia de todas las épocas tomara nota de esto.

La celebración de la Pascua

9 **Habló Jehová a Moisés en el desierto de Sinaí, el primer mes del segundo año de su salida de la tierra de Egipto,**

y le dijo: ² «Los hijos de Israel celebrarán la Pascua a su debido tiempo. ³ La celebraréis el decimocuarto día de este mes, al atardecer, a su debido tiempo; conforme a todos sus ritos y conforme a todas sus leyes la celebraréis». ⁴ Entonces dijo Moisés a los hijos de Israel que celebraran la Pascua. ⁵ Celebraron la Pascua el primer mes, el día catorce del mes, al atardecer, en el desierto de Sinaí; conforme a todas las cosas que mandó Jehová a Moisés, así hicieron los hijos de Israel.

Había transcurrido un año desde que la mano poderosa del Señor había rescatado a los israelitas de Egipto. Dios le ordenó al pueblo que celebrara la Pascua para conmemorar la noche de la liberación. En recuerdo solemne, los israelitas debían celebrar el hecho de que el ángel de Jehová pasó por alto sus hogares, pero entró en cada una de las casas egipcias y mató al primogénito.

Había transcurrido un año muy ocupado y habían ocurrido muchos acontecimientos muy dramáticos. La liberación de Egipto, el escape a través del mar Rojo, la impresionante aparición del Señor en el monte Sinaí, los días y meses ocupados en la preparación del tabernáculo de reunión con todo su equipo, los días alegres de todo el mes de celebración de la dedicación; todos estos sucesos ocurrieron. El Señor cumplió maravillosamente su promesa de liberar a los israelitas y de establecerlos como su pueblo del pacto, por medio del cual iba a venir el Mesías prometido.

Como ya había transcurrido un año, otra vez era tiempo de celebrar la Pascua con todos sus ritos y leyes. A los catorce días del mes primero, los hijos de Israel celebraron su primera Pascua conmemorativa, y esta celebración se repitió cada año hasta la venida de Cristo. En ese momento se cumplieron los elementos proféticos y simbólicos de la Pascua. El cordero sacrificado y la sangre en los dinteles, alcanzaron su cumplimiento en el Cordero de Dios, cuya sangre nos limpia de todo pecado.

“¿Por qué se nos impedirá celebrar la Pascua?”

6 Pero ocurrió que algunos estaban impuros a causa de un muerto, y no pudieron celebrar la Pascua aquel día. Aquellos hombres se presentaron ese mismo día delante de Moisés y delante de Aarón,⁷ y les dijeron:

—Nosotros estamos impuros a causa de un muerto. ¿Por qué seremos impedidos de presentar la ofrenda a Jehová a su debido tiempo con los demás hijos de Israel?

⁸ Moisés les respondió:

—Esperad, y oiré lo que ordena Jehová acerca de vosotros.

⁹ Entonces Jehová dijo a Moisés: ¹⁰ «Habla a los hijos de Israel, y diles: Cualquiera de vosotros o de vuestros descendientes que esté impuro a causa de un muerto, o esté de viaje lejos, celebrará la Pascua a Jehová. ¹¹ La celebrarán el segundo mes, el día catorce del mes, al atardecer; con panes sin levadura y hierbas amargas la comerán. ¹² No dejarán nada del animal sacrificado para la mañana, ni le quebrarán ningún hueso; conforme a todos los ritos de la Pascua la celebrarán. ¹³ Pero el que esté limpio y no se encuentre de viaje, si deja de celebrar la Pascua, la tal persona será eliminada de en medio de su pueblo. Tal hombre cargará con su pecado, por cuanto no ofreció a su debido tiempo la ofrenda de Jehová.

¹⁴»Y si habita con vosotros algún extranjero, y celebra la Pascua a Jehová, conforme al rito de la Pascua y conforme a sus leyes la celebrará: un mismo rito tendréis, tanto el extranjero como el natural de la tierra».

Algunas personas habían tenido contacto con un cadáver y estaban ceremonialmente impuras el día catorce del mes primero. Como resultado, se les excluyó de la celebración de la Pascua. Sin embargo, su deseo de adorar al Señor en esta ocasión festiva se observa con mucha claridad en la pregunta: “¿Por qué seremos impedidos de ofrecer ofrenda a Jehová?”

Moisés era un verdadero servidor de Dios y por eso no contestó impulsivamente. Como no tenía instrucciones previas, les pidió que esperaran hasta que tuviera una respuesta del Señor.

La respuesta del Señor permitió dos situaciones excepcionales: cuando la persona se volviera impura por motivo de un cadáver y cuando la persona estuviera lejos por motivo de un viaje. En estas dos situaciones se les permitió a las personas celebrar la Pascua exactamente un mes más tarde. Aunque la fecha alterna se llegó a conocer como la “pequeña Pascua”, ésta iba a ser la única excepción, ya que todos los otros ritos y leyes se iban a seguir en su totalidad.

Sin embargo, el Señor muestra con claridad que conoce la naturaleza pecaminosa de los seres humanos. Primero, no debía haber ninguna omisión en la celebración que iban a hacer los que celebraran la Pascua un mes más tarde. La institución de la “pequeña Pascua” tampoco iba a ser una excusa fácil para los que pudieran tener inconveniente en celebrarla en el día señalado. De hecho, quienes no cumplieran los dos criterios para retrasar la Pascua y dejaban de celebrarla en el tiempo indicado iban a ser cortados del pueblo, es decir, iban a ser excomulgados.

Era necesario dar otra instrucción: los mismos ritos y leyes para la Pascua se aplicaban tanto al nativo de Israel como a cualquier extranjero que decidiera unirse a la celebración de la Pascua.

DEL SINAÍ A CADES

La vida mientras ellos viajaban

El cuarto tema general de la primera sección de Números se centra en el viaje del Sinaí a Cades. Después de más de un año, el Señor estaba listo para conducir a su pueblo escogido a la tierra prometida. Los guió por medio de una columna de nube y de fuego. Con el fin de mantener el orden, mandó que se usaran trompetas de plata.

Así que el viaje comenzó, pero durante el viaje surgió una creciente rebelión contra el Señor. Hubo algunas quejas generales entre los extranjeros que habían salido de Egipto con ellos. Después surgieron las quejas acerca de la comida; hasta Aarón y María se volvieron contra Moisés. Finalmente, el pueblo acogió el informe de la mayoría de los espías que habían ido a Canaán y se negó a seguir adelante con la bendición del Señor.

Con esos sucesos se colmó la paciencia del Señor, y él determinó que ninguna persona del pueblo que hubiera tenido veinte años o más al salir de Egipto iba a entrar en la tierra prometida. Como castigo de Dios, el pueblo anduvo vagando durante cuarenta años en el desierto.

La nube sobre el tabernáculo

¹⁵ El día que el Tabernáculo fue erigido, la nube cubrió el Tabernáculo sobre la tienda del Testimonio. Por la tarde había sobre el Tabernáculo como una apariencia de fuego, hasta la mañana. ¹⁶ Así era continuamente: la nube lo cubría de día, y de noche la apariencia de fuego. ¹⁷ Cuando se alzaba la nube del Tabernáculo, los hijos de Israel partían; y en el lugar donde la nube paraba, allí acampaban los hijos de Israel. ¹⁸ Al mandato de Jehová los hijos de Israel partían, y al mandato de Jehová acampaban; todos los días que la nube estaba sobre el Tabernáculo permanecían acampados.

¹⁹ Cuando la nube se detenía sobre el Tabernáculo muchos días, entonces los hijos de Israel guardaban la ordenanza de Jehová y no partían. ²⁰ Y cuando la nube estaba sobre el Tabernáculo pocos días, al mandato de Jehová acampaban, y al mandato de Jehová partían. ²¹ Cuando la nube se detenía desde la tarde hasta la mañana, y a la mañana la nube se levantaba, ellos partían; o si había estado un día, y a la noche la nube se levantaba, entonces partían. ²² Si la nube se detenía sobre el Tabernáculo dos días, un mes o un año, mientras la nube permanecía sobre él, los hijos de Israel seguían acampados y no se movían. Pero cuando ella se alzaba, ellos partían. ²³ Al mandato de Jehová acampaban, y al mandato de Jehová partían. Así guardaban la ordenanza de Jehová, como Jehová lo había dicho por medio de Moisés.

La sección anterior hizo un repaso de la liberación de Egipto. Durante aproximadamente un año los hijos de Israel habían acampado en el monte Sinaí; los sucesos que ocurrieron durante ese tiempo están registrados en el relato que comienza en Éxodo 19 y llegan hasta la primera parte del presente capítulo. Esta sección sirve de transición, y espera con ansia el viaje a la tierra prometida. Moisés resume el procedimiento por medio del cual el Señor les dio a los israelitas las órdenes de marcha. Durante los años que les quedaban de andar errantes en el desierto, el Señor usó la nube que permanecía suspendida sobre el tabernáculo para dar las señales.

La nube del Señor apareció primero para interceptar al ejército egipcio en el mar Rojo y después guió a toda la nación hasta el pie del monte Sinaí.

La columna de nube y de fuego ocupó un lugar prominente en la dedicación del tabernáculo (Éxodo 40). La nube entró y llenó todo el tabernáculo de reunión. Cuando el Señor tomó su lugar entre los querubines en el lugar santísimo, indicó que estaba presente con su gracia, y también indicó su presencia como el líder y protector de Israel mediante la columna de nube y de fuego que

estaba suspendida sobre el tabernáculo. En cualquier momento, ya fuera de día o de noche, un israelita podía mirar constantemente hacia el tabernáculo y recordar que aun en el medio ambiente hostil del desierto el Señor era el líder y protector del pueblo que escogió como suyo.

Dios usó señales sencillas y directas, para guiar a la nación. Cuando la nube se levantaba, los hijos de Israel partían del campamento, y cuando ésta se detenía, los hijos de Israel acampaban. La posición de la columna estaba “a la vista” (Éxodo 40:38) de todo el campamento. Se podía controlar a todo el pueblo con esta inequívoca señal visual.

La nube de la presencia del Señor permaneció con los israelitas desde el Sinaí hasta la entrada a la tierra prometida. Este punto es el énfasis principal de lo que se declara en Éxodo 40:36-38, donde Moisés empleó dos veces la frase “en todas sus jornadas”.

El énfasis de esta sección es algo diferente. Como la posición de la nube indicaba la voluntad del Señor, los hijos de Israel podían saber de un vistazo cuáles eran “las órdenes del día”. En este párrafo de ocho versículos hay ocho declaraciones directas de que la posición de la nube daba un mandato del Señor. ¡Esto muestra con claridad que Dios dirigió todo el viaje por el desierto! La única vez que se menciona a Moisés, el líder humano, es en la última frase, e incluso allí su función depende claramente de la palabra del Señor: “Como Jehová lo había dicho por medio de Moisés”. Ya sea que se tratara de la provisión diaria del maná, o de dar agua en Mara, o la decisión de trasladar el campamento, todo dependía de la voluntad del Señor.

Por otro lado, el registro bíblico también muestra a los hijos de Israel obedeciendo fielmente las órdenes de partir. Hubo muchas otras situaciones en las que el pueblo desobedeció al Señor. Sin embargo, de la misma manera como las Escrituras informan del pecado, también reconocen el mérito cuando se debe. Fue digno de elogio que los israelitas guardaran con fidelidad el mandato del Señor de trasladar el campamento. Con este pensamiento en mente, no parecen repeticiones innecesarias las

muchas referencias que se hacen al tiempo en este párrafo.

La obediencia a la “orden del día” era evidente en los períodos en los que la nube se detenía sobre el tabernáculo durante “muchos días”. Aunque el ciclo de los días en el desierto era tedioso y aburrido, los israelitas permanecían en su campamento. Por otro lado, aun si hubieran podido hacer su vida nómada más cómoda durante la estadía de muchos días, siempre que la nube se levantaba, desarmaban obedientemente el campamento. La misma sumisión a la voluntad del Señor era evidente si acampaban sólo “pocos días”. Aunque estuvieran impacientes por marcharse, los israelitas permanecían en el campamento hasta que el Señor diera la orden. Entonces, tan pronto como la nube se alzaba, sin saber qué día sería, desmontaban las tiendas, cargaban sus pertenencias y avanzaban. Eran igual de obedientes cuando la nube se detenía sobre el tabernáculo sólo “desde la tarde hasta la mañana”. Partían de nuevo aunque sus pies estuvieran inflamados de caminar y sus espaldas adoloridas por cargar sus posesiones. De esa manera los israelitas miraban al Señor para que los guiara a diario. Antes de que hicieran los planes para el día, tenían que comprobar la posición de la nube; si un día la nube se alzaba, el pueblo dejaba sus planes y partía. El Señor controlaba cada día y ellos obedecían su mandato, ya fuera que permanecieran en el campamento “dos días, o un mes, o un año”.

Es una alegría reflexionar sobre este aspecto positivo de la obediencia de los hijos de Israel. En los capítulos siguientes habrá oportunidad suficiente para señalar ejemplos de advertencia cuando no obedecieron.

La nube destacaba el hecho de que los israelitas dependían del Señor, y también les mostraba su cuidado providencial. De hecho, siempre que pongamos nuestros planes diarios bajo la misericordiosa dirección del Señor, encontraremos que sus caminos siempre son buenos. La obediencia y la confianza, en la guía del Señor también se incluyen cuando oramos: “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy.”

Las trompetas de plata

10 Jehová habló a Moisés y le dijo: ² «Hazte dos trompetas de plata: forjadas a martillo las harás. Te servirán para convocar la congregación y para hacer mover los campamentos. ³ Cuando las toquen, toda la congregación se reunirá ante ti en la puerta del Tabernáculo de reunión. ⁴ Pero cuando toquen sólo una, entonces se congregarán ante ti los príncipes, los jefes de millares de Israel. ⁵ Cuando toquéis alarma, entonces moverán los campamentos de los que están acampados al oriente. ⁶ Y cuando toquéis con aclamaciones la segunda vez, entonces moverán los campamentos de los que están acampados al sur; con aclamaciones tocarán para sus partidas. ⁷ Pero para reunir la congregación tocaréis, pero no con sonidos de aclamación. ⁸ Los hijos de Aarón, los sacerdotes, tocarán las trompetas: las tendréis como estatuto perpetuo por vuestras generaciones. ⁹ »Cuando salgáis a la guerra en vuestra tierra contra el enemigo que os ataque, tocaréis alarma con las trompetas. Así seréis recordados por Jehová, vuestro Dios, y seréis salvos de vuestros enemigos. ¹⁰ En vuestros días de alegría, como en vuestras solemnidades y principios de mes, tocaréis las trompetas sobre vuestros holocaustos y sobre los sacrificios de paz, y os servirán de memorial delante de vuestro Dios. Yo, Jehová, vuestro Dios».

En diversas ocasiones se ha dicho que el Señor dio varias instrucciones diseñadas para dar buen orden a los israelitas. La información sobre las trompetas de plata cumple el mismo propósito.

Se debían hacer dos trompetas de plata martillada, que iban a servir de la misma manera que sirvió una corneta a las tropas de caballería en tiempos más recientes. Las trompetas tuvieron tres funciones durante el tiempo que los israelitas estuvieron en el

desierto. La primera función era reunir a toda la comunidad de Israel en una asamblea solemne, la cual se anunciaba con dos trompetas. La segunda función consistía en reunir a los jefes de los clanes y para ello se tocaba una sola trompeta. Por último, enviaba señales para una salida ordenada de un lugar de campamento. En esa ocasión se tocaba una alarma de trompeta cuando cada una de las cuatro divisiones del campamento tenía que partir. Aunque la nube indicaba que había llegado el día de partir, cuando se alzaba sobre el tabernáculo, la alarma de las trompetas señalaba la hora exacta para que cada una de las divisiones partiera. De esta manera el campamento podía seguir ordenadamente su viaje.

El Señor también definió dos usos futuros para las trompetas. Aunque la nación todavía no estaba en la tierra prometida, las profecías del Señor lo aseguraban. Así que, cuando estuvieran en la tierra prometida, si tenían que ir a la guerra contra un enemigo, debían tocar las trompetas. En esa circunstancia el Señor les prometió: “Seréis recordados por Jehová vuestro Dios, y seréis salvos de vuestros enemigos”. El segundo uso iba a ser tocar las trompetas alegremente cuando los hijos de Israel estuvieran celebrando sus fiestas establecidas. En esas ocasiones las trompetas iban a llamar al pueblo a la adoración y lo iban a dirigir en ella.

Como una ordenanza perdurable, se estableció la regla de que los sacerdotes eran los únicos que iban a tocar las trompetas. Eso puede parecer un poco extraño, ya que algunos de los usos no estaban relacionados con las funciones sacerdotales. Sin embargo, cuando nos damos cuenta de que el Señor iba a establecer una teocracia, con Dios como comandante en jefe, la regla parece muy natural. El Señor habitaba en el tabernáculo y allí iba a dar a conocer su voluntad. Los sacerdotes que se desempeñaban en el tabernáculo iban a estar entre los primeros en conocerla. Por lo tanto, por lógica iban a ser los que tocaran las trompetas para difundir el mensaje.

En general, ya fuera durante la guerra o en ocasiones festivas, el sonido de la trompeta de plata tenía un significado espiritual: “Os servirán de memorial delante de vuestro Dios”. En otras palabras, a Israel se le podía reunir como ejército con un trompetazo. No obstante, Jehová era el líder y rey de esa multitud, y las trompetas que la reunían eran las de plata del santuario tocadas por los sacerdotes del Señor. Esos sonidos de trompeta reunían a Israel como el ejército del Señor delante de su Dios y rey.

Cuando Moisés informó que habían terminado de fabricar las trompetas, todo lo que el Señor había mandado estaba hecho. Ahora la nación estaba lista para salir del desierto del Sinaí.

Los israelitas salen del Sinaí

¹¹ El segundo mes del año segundo, el día veinte del mes, la nube se alzó del tabernáculo del Testimonio, ¹² y los hijos de Israel partieron del desierto de Sinaí según el orden de marcha. La nube se detuvo en el desierto de Parán.

¹³ Partieron la primera vez según el mandato que Jehová les había dado por medio de Moisés. ¹⁴ La bandera del campamento de los hijos de Judá abrió la marcha según el orden de sus ejércitos. Naasón hijo de Aminadab estaba sobre su cuerpo de ejército. ¹⁵ Sobre el cuerpo de ejército de la tribu de los hijos de Isacar estaba Natanael hijo de Zuar. ¹⁶ Y sobre el cuerpo de ejército de la tribu de los hijos de Zabulón estaba Eliab hijo de Helón.

¹⁷ Después que estaba ya desarmado el Tabernáculo, se movieron los hijos de Gersón y los hijos de Merari, que lo llevaban.

¹⁸ Luego comenzó a marchar la bandera del campamento de Rubén, según el orden de sus ejércitos. Elisur hijo de Sedeur estaba sobre su cuerpo de ejército. ¹⁹ Sobre el cuerpo de ejército de la tribu de los hijos de Simeón estaba Selumiel hijo de Zurisadai. ²⁰ Y sobre el cuerpo de ejército de la tribu

de los hijos de Gad estaba Eliasaf hijo de Deuel. ²¹ Luego comenzaron a marchar los coatitas llevando el santuario; entretanto ellos llegaban, los otros acondicionaron el Tabernáculo.

²² Después comenzó a marchar la bandera del campamento de los hijos de Efraín, según el orden de sus ejércitos. Elisama hijo de Amiud estaba sobre su cuerpo de ejército.

²³ Sobre el cuerpo de ejército de la tribu de los hijos de Manasés estaba Gamaliel hijo de Pedasur. ²⁴ Y sobre el cuerpo de ejército de la tribu de los hijos de Benjamín estaba Abidán hijo de Gedeoni.

²⁵ Luego comenzó a marchar la bandera del campamento de los hijos de Dan, según el orden de sus ejércitos, a la retaguardia de todos los campamentos. Ahiezer hijo de Amisadai estaba sobre su cuerpo de ejército. ²⁶ Sobre el cuerpo de ejército de la tribu de los hijos de Aser estaba Pagiél hijo de Ocrán. ²⁷ Y sobre el cuerpo de ejército de la tribu de los hijos de Neftalí estaba Ahira hijo de Enán.

²⁸ Este era el orden de marcha de los hijos de Israel, repartidos por ejércitos, cuando partían.

El Señor libró a Israel de Egipto y lo condujo al Sinaí. Durante el año que acamparon en el Sinaí, Dios estableció su pacto con los israelitas y lo restableció después de la idolatría del becerro de oro. El tabernáculo y sus enseres se habían fabricado y dedicado. A los sacerdotes y a los levitas los habían instalado en sus respectivos oficios. El pueblo había sido censado y organizado para acampar y marchar. Así que era natural que el siguiente paso fuera que la nube se alzara sobre el tabernáculo y el Señor guiara a los israelitas a la tierra prometida. La salida del Sinaí tuvo lugar en el segundo año, en el segundo mes, el día veinte del mes, después de la liberación de Egipto. La salida se programó para dar a los israelitas una oportunidad de celebrar la Pascua, ya que por la impureza ceremonial no habían podido celebrar la fiesta en la fecha normal un mes antes (vea Números 9:10 en adelante).

Moisés señala otra vez la fidelidad de los hijos de Israel al seguir las órdenes de marcha que les dio el Señor. El pueblo se ubicó exactamente en el orden que el Señor había prescrito. Cuando se da de esta manera la orden de marcha, resulta fácil darse cuenta de la sabiduría práctica en la disposición de los levitas que iban a transportar el tabernáculo.

Los gersonitas y los meraritas partieron antes, porque ellos transportaban la estructura y las cubiertas del tabernáculo. Al final de la marcha del día, podían levantar todo el tabernáculo antes de que llegaran los coatitas. Entonces éstos podrían poner todas las cosas sagradas en su lugar y el tabernáculo estaría completamente en servicio en el momento en el que el resto de los hijos de Israel terminara de armar el campamento.

Moisés invita a Hobab a unirse a Israel

²⁹ Entonces dijo Moisés a su suegro Hobab hijo de Ragüel, el madianita:

—Nosotros partimos para el lugar del cual Jehová ha dicho: “Yo os lo daré”. Ven con nosotros y te trataremos bien, porque Jehová ha prometido el bien a Israel.

³⁰ Él le respondió:

—Yo no iré, sino que me marcharé a mi tierra y a mi parentela.

³¹ Moisés insistió:

—Te ruego que no nos dejes, pues tú conoces los lugares donde hemos de acampar en el desierto y serás como nuestros ojos. ³² Y si vienes con nosotros, cuando tengamos el bien que Jehová nos ha de conceder, lo compartiremos contigo.

Mientras que los israelitas permanecieron en el Sinaí estuvieron en la región donde vivía la familia de la esposa de Moisés. Al momento de partir, Moisés invitó a su suegro Hobab para que los acompañara y le señaló las bendiciones que iba a

recibir. Es obvio que Hobab sería bendecido por el hecho de que el pueblo lo trataría bien. Además, sería bendecido porque el Señor había “prometido el bien a Israel”. Moisés sabía que la gracia y el amor que se ofrecen en la fórmula: “Yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo” también se ofrece a cualquiera que comparta su suerte con el pueblo de Dios.

Aunque Hobab no aceptó la invitación, Moisés insistió. Agregó el hecho de que el conocimiento que tenía Hobab del desierto le sería de utilidad a Israel. Es un poco desconcertante notar que Moisés sugiriera que Hobab podía ayudar a escoger lugares para acampar, lo cual parece contradecir el hecho de que el Señor iba a escoger el lugar para acampar, mediante la columna de nube. Resulta inaceptable decir que Moisés contradijo al Señor. La respuesta probablemente está en la segunda parte, donde Moisés indica que Hobab podría ser los “ojos” para los hijos de Israel y, desde luego, prestar un gran servicio. Los ojos de un experimentado habitante del desierto podían encontrar pistas que ayudarían a encontrar agua, ya sea en oasis o en áreas protegidas, donde se junta el agua de las escasas lluvias, lo que la vista inexperta nunca vería.

El informe no indica aquí si Hobab fue con Israel. Posteriormente, en Jueces 1:16, se hacen acuerdos para que los descendientes de Hobab recibieran una porción de la tierra prometida con la tribu de Judá. Así que, según parece, Hobab compartió su suerte con los israelitas.

Después de un viaje de tres días, se establece un ritual

³³ Así partieron del monte de Jehová para una jornada de tres días. El Arca del pacto de Jehová fue delante de ellos los tres días de camino, buscándoles un lugar de descanso.

³⁴ Desde que salieron del campamento, la nube de Jehová iba sobre ellos de día. ³⁵ Cuando el Arca se movía, Moisés decía:

«¡Levántate, Jehová!

**¡Que sean dispersados tus enemigos
y huyan de tu presencia los que te aborrecen!»**

³⁶Y cuando ella se detenía, decía:

**«¡Descansa, Jehová,
entre los millares de millares de Israel!»**

Durante tres días seguidos, el Señor alzó su nube del tabernáculo mientras los hijos de Israel marchaban por el desierto del Sinaí. Aquí se informa que cuando viajaban el arca del pacto iba al frente de la columna. Al parecer, se tomaba inmediatamente el arca del tabernáculo de reunión al comenzar la marcha y ésta encabezaba la columna en marcha. Es evidente que la nube del Señor que estaba sobre el arca en realidad guiaba a los israelitas.

En esos tres días, Moisés también estableció un ritual que seguía cuando el arca partía. Las palabras que dijo se enfocaban en la nube como la garantía solemne de que el Señor estaba presente con su pueblo. Cuando el arca partía, Moisés decía: “¡Levántate, Jehová! ¡Que sean dispersados tus enemigos y huyan de tu presencia los que te aborrecen!” ¡El Señor guiaba al pueblo! ¡Él le daba al pueblo las órdenes de marcha! El Señor sería el único que iba a dispersar a los enemigos delante de Israel. Él estaba sumamente involucrado, ya que cualquiera que se opusiera a Israel realmente se oponía a él. El Señor iba a ser victorioso aun sobre los que lo aborrecían. Esa era la confianza que Israel tenía por el desierto cuando seguían la manifestación de la presencia de Dios en la columna de nube y fuego.

Cuando el arca descansaba en el lugar donde se detenía la nube, Moisés decía: “¡Descansa, Jehová, entre los millares de millares de Israel!” Aquí se presenta a Dios como un héroe conquistador que regresa a su pueblo. Por eso, Moisés oró para que el Señor nuevamente prestara atención al cuidado diario de los millares de israelitas. A diario tenían ellos motivo para alabar y glorificar al Señor, que había dispersado y echado a la fuga a los enemigos.

Moisés expresó la audaz confianza de la fe. Aquí hay una oración que con seguridad se escuchará. ¡Qué los cristianos de todas las épocas oren con esa confianza! Toda la iglesia de Cristo desde luego ha vencido las fuerzas de las tinieblas en la fortaleza del Señor. Moisés también tuvo la confianza en que las puertas del infierno no iban a prevalecer contra el Señor. Todo cristiano sabe que Dios lo guarda en todos sus caminos y aún en la noche lo defiende de todo mal y peligro. Con esa confianza oramos: “Líbranos del mal”.

El fuego del Señor

11 Aconteció que el pueblo se quejó a oídos de Jehová; lo oyó Jehová y ardió su ira. Se encendió entre ellos un fuego de Jehová que consumió uno de los extremos del campamento. ² El pueblo clamó a Moisés, y Moisés oró a Jehová. Entonces el fuego se extinguió. ³ Por eso llamaron a aquel lugar Tabera, porque el fuego de Jehová se encendió en ellos.

Este párrafo es el principio de una serie de incidentes que muestran cómo la actitud de los israelitas degeneró de una queja general a una abierta rebelión contra el Señor. ¡Pero qué contraste tan marcado con las muchas ocasiones en que demostraron la obediencia estricta y fiel, que prometieron cuando acamparon en el monte Sinaí! Qué desconcertante es observar que el ánimo de la gente cambia por completo. Habían obedecido al Señor en todos los detalles y ahora se quejan ingratamente contra él.

Tenían sólo tres días de viaje y el pueblo ya se estaba quejando de las dificultades. La Biblia no especifica con claridad esas quejas; la queja generalizada probablemente culpaba a Dios por el dolor que sentían en los pies, en la espalda y en los músculos.

¡Esa actitud provocó la ira del Señor! Dios reconoció la gravedad del pecado y trató de cortarlo desde la raíz. Por lo tanto, el fuego del Señor se encendió y consumió uno de los extremos

del campamento. Aparentemente no aniquiló a ningún ser humano; no obstante, deben haber sentido el mismo temor que siente la gente cuando hay un incendio incontrolable en una pradera. Aunque no hay indicación del origen del incendio, al llamarlo “fuego de Jehová”, la Biblia deja en claro que el Señor dirigía los sucesos, ya sea por medios naturales o milagrosos.

El pueblo turbado acudió a Moisés, el mediador aprobado por Dios. Y el Señor contestó su oración extinguiendo el fuego.

El suceso hizo que los hijos de Israel llamaran al lugar Tabera, que significa “incendio”.

Cuando los hijos de Dios murmuran contra su trato paternal, a veces es necesario disciplinarlos. En cambio, cuando claman a él con corazón arrepentido, él se vuelve nuevamente con toda su gracia y misericordia. Sin embargo, en el caso de los hijos de Israel, desoyeron la advertencia misericordiosa y las quejas sólo aumentaron.

El deseo de comer carne pone a Moisés en un dilema

⁴ La gente extranjera que se mezcló con ellos se dejó llevar por el hambre, y los hijos de Israel también volvieron a sus llantos, diciendo: «¡Quién nos diera a comer carne! ⁵ Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos. ⁶ ¡Ahora nuestra alma se seca, pues nada sino este maná ven nuestros ojos!»

⁷ El maná era como semilla de culantro, y su color como color de bedelio. ⁸ El pueblo se esparcía y lo recogía, lo molía en molinos o lo majaba en morteros, y lo cocía en caldera o hacía de él tortas. Su sabor era como sabor de aceite nuevo. ⁹ Cuando descendía el rocío sobre el campamento de noche, el maná descendía sobre él.

¹⁰ Moisés oyó al pueblo que lloraba, cada uno con su familia a la entrada de su tienda. La ira de Jehová se

encendió mucho, y también le pareció mal a Moisés, ¹¹ quien dijo a Jehová:

—¿Por qué has hecho mal a tu siervo? ¿Y por qué no he hallado gracia a tus ojos, que has puesto la carga de todo este pueblo sobre mí? ¹² ¿Concebí yo a todo este pueblo? ¿Lo engendré yo, para que me digas: “Llévalo en tu seno, como lleva la que cría al que mama, a la tierra que juraste dar a sus padres”? ¹³ ¿De dónde conseguiré yo carne para dar a todo este pueblo? Porque vienen a mí llorando y diciendo: “Danos carne para comer”. ¹⁴ No puedo yo solo soportar a todo este pueblo: es una carga demasiado pesada para mí. ¹⁵ Y si así vas a hacer tú conmigo, te ruego que me des muerte, si he hallado gracia a tus ojos, para que yo no vea mi mal.

Una segunda queja se originó en la multitud mixta o “gente extranjera”, que viajaba con los israelitas. Al parecer, había algunos egipcios que se habían casado con israelitas y habían decidido viajar con los hijos de Israel a la tierra prometida. El motivo de la queja fue la supuesta insuficiencia del maná, la comida milagrosa que Dios le daba todos los días a su pueblo errante. El pueblo quería carne y verduras. El deseo en sí no era malo, pero la actitud quejumbrosa hizo que la gente recordara los provocativos sabores de los deleites que Egipto les había ofrecido. ¡Los israelitas olvidaron con rapidez toda la situación! ¿Cómo se atrevían a decir que la comida en Egipto era “de balde”? ¿Por qué olvidaron tan pronto la amarga carga de servidumbre que habían soportado bajo la dominación de los egipcios?

Para presentar un cuadro equilibrado, Moisés inserta un párrafo sobre el maná y también describe las diversas formas de prepararlo. Lo más importante de todo es que el alimento estaba allí todas las mañanas con el rocío (vea Éxodo 16:31-35 para más información sobre el maná, especialmente en su forma natural). Aunque el maná no era del gusto de todos, era una comida muy adecuada.

La queja se extendió por todo el campamento, y Moisés podía escuchar al pueblo sentado en frente de sus tiendas llorando. También se dio cuenta de que el Señor estaba airado y se sintió presionado por los dos lados. Aunque estar en el medio es el lugar natural para un mediador, el lamento de Moisés se centró en el hecho de que le parecía imposible dirigir y guiar a ese pueblo en particular. Sin embargo, había más: ¿Por qué le había puesto el Señor una carga tan imposible sobre él? ¿Por qué iba a ser responsable si él no había engendrado a la nación? ¿Cómo podía producir carne como ellos esperaban de él? ¿Por qué no simplemente acabar con su vida ahora en lugar de dejarlo morir poco a poco?

Aunque la queja de Moisés era desesperada, también fue una oración de liberación. En las palabras “si he hallado gracia en tus ojos”, Moisés oró como lo hizo nuestro Salvador cuando dijo: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”. El Señor contesta gustosamente una oración como esa.

Setenta ancianos y la promesa de darles carne

16 Entonces Jehová dijo a Moisés:

—Reúneme a setenta hombres entre los ancianos de Israel, de los que tú sabes que son ancianos del pueblo y sus principales, tráelos a la puerta del Tabernáculo de reunión, y que esperen allí contigo. ¹⁷Yo descenderé y hablaré allí contigo; tomaré del espíritu que está en ti y lo pondré en ellos, para que lleven contigo la carga del pueblo y no la lleves tú solo. ¹⁸Pero al pueblo dirás: “Santificaos para mañana y comeréis carne, porque habéis llorado a oídos de Jehová, diciendo: ‘¿Quién nos diera a comer carne! ¿Ciertamente mejor nos iba en Egipto!’ Jehová, pues, os dará carne, y comeréis. ¹⁹No comeréis un día, ni dos días, ni cinco días, ni diez días, ni veinte días, ²⁰sino hasta un mes entero, hasta que os salga por las narices y la aborrezcáis, por

cuanto menospreciasteis a Jehová que está en medio de vosotros, y llorasteis delante de él, diciendo: ‘¿Para qué salimos acá de Egipto?’”

²¹ Entonces dijo Moisés:

—Seiscientos mil de a pie es el pueblo en medio del cual yo estoy, ¡y tú dices: “Les daré carne, y comerán un mes entero”! ²² ¿Se degollarán para ellos ovejas y bueyes que les basten? ¿O se juntarán para ellos todos los peces del mar para que tengan lo suficiente?

²³ Entonces Jehová respondió a Moisés:

—¿Acaso se ha acertado la mano de Jehová? Ahora verás si se cumple mi palabra, o no.

²⁴ Salió Moisés y comunicó al pueblo las palabras de Jehová. Luego reunió a los setenta hombres entre los ancianos del pueblo, y los reunió alrededor del Tabernáculo.

²⁵ Entonces Jehová descendió en la nube y le habló. Luego tomó del espíritu que estaba en él, y lo puso en los setenta hombres ancianos. Y en cuanto se posó sobre ellos el espíritu, profetizaron; pero no volvieron a hacerlo.

²⁶ En el campamento habían quedado dos hombres, uno llamado Eldad y el otro Medad, sobre los cuales también reposó el espíritu. Estaban estos entre los inscritos, pero no habían venido al Tabernáculo. Y profetizaron en el campamento. ²⁷ Un joven corrió a avisar a Moisés, y le dijo:

—Eldad y Medad profetizan en el campamento.

²⁸ Entonces respondió Josué hijo de Nun, ayudante de Moisés, uno de sus jóvenes, y le dijo:

—Señor mío Moisés, no se lo permitas.

²⁹ Moisés le respondió:

—¿Tienes tú celos por mí? Ojalá todo el pueblo de Jehová fuera profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos.

³⁰ Luego Moisés volvió al campamento con los ancianos de Israel

En respuesta a la oración de Moisés, el Señor primero consideró las necesidades de Moisés y procedió a ayudarlo. Debía seleccionar a setenta ancianos que fueran conocidos por ser jefes responsables. Su deber iba a consistir en ayudarlo a Moisés en la administración de la nación. El Señor iba a poner sobre ellos su Espíritu.

Con esa decisión, Moisés obtuvo la ayuda necesaria y sintió de inmediato el alivio. Hoy también el Señor da entendimiento y sabiduría a los hombres que tienen cargos en la iglesia. ¡El Señor permita que le sirvan en todas las cosas con la apropiada mansedumbre!

Después el Señor anunció que el pueblo se debía santificar para el día siguiente, porque iba a tener carne para comer. La carne iba a ser tan abundante que la comerían durante todo un mes; en efecto, iba a ser tanta que les iba a parecer excesiva. Iban a sentir que se les salía por la nariz y les iba causar repulsión.

La promesa de la generosidad de Dios dejó sin aliento a Moisés. ¿Iba a usar los rebaños y los hatos para satisfacer ese antojo del pueblo? Inclusive parecía que ni aun todos los peces del mar bastarían para alimentar a una nación tan grande. Moisés reaccionó de la misma manera que reaccionaron los discípulos de Jesús cuando le ofrecieron al Salvador los panes y los peces para alimentar a 5.000 hombres, y preguntaron: “Pero ¿qué es esto para tantos?” (Juan 6:9).

A las preguntas de Moisés, Dios simplemente respondió: “¿Acaso se ha acortado la mano de Jehová?”, es decir, “¿Es limitado el poder del Señor?” ¡Un recordatorio muy pertinente de que no debemos subestimar al Señor y su poder! A Moisés, que le había dado mucho énfasis al “yo” en su queja, se le recordó de una manera muy abrupta que acudiera al Señor para liberación. Otra vez Moisés iba a experimentar que el Señor cumple su palabra, aun cuando se tratara de proveer vastas cantidades de comida para una gran nación.

Después Moisés seleccionó a los setenta ancianos. Se les ordenó presentarse a la mañana siguiente en el tabernáculo de

reunión.

En la mañana era evidente la presencia del Señor en la nube de luz y de fuego, que se detuvo sobre el tabernáculo. Entonces, como se prometió, el Espíritu se puso sobre los ancianos. Esta fue más una extensión de la obra del Espíritu que una división del Espíritu. Un erudito de la Biblia usó la apropiada comparación de que esto fue como prender setenta velas con una vela. Con ese procedimiento se logra una ampliación del fuego y de la luz, sin disminuir la luz de la primera. Cuando los hombres recibieron al Espíritu, comenzaron a profetizar, es decir, empezaron a proclamar la palabra del Señor.

Por alguna razón desconocida, Eldad y Medad, dos de los hombres que habían sido seleccionados, no se presentaron en el tabernáculo. Sin embargo, comenzaron a profetizar (es decir, a predicar o proclamar) en el campamento. Algunos, incluyendo a Josué, pensaron que se debía detener a esos dos. No obstante, Moisés respondió que deseaba que todo el pueblo hubiera recibido al Espíritu.

Mediante los hombres que ayudaban a administrar, se resolvieron muchas de las dificultades de Moisés.

Codornices y muerte

³¹ Entonces Jehová envió un viento que trajo codornices del mar y las dejó sobre el campamento, un día de camino de un lado y un día de camino del otro lado, alrededor del campamento, y casi dos codos sobre la superficie de la tierra. ³² El pueblo estuvo levantado todo aquel día y toda la noche y todo el día siguiente, recogiendo codornices. El que menos, recogió diez montones, y las tendieron a secar alrededor de todo el campamento. ³³ Aún tenían la carne entre sus dientes, antes de haberla masticado, cuando la ira de Jehová se encendió contra el pueblo, y lo hirió Jehová con una plaga muy grande. ³⁴ Y llamaron a aquel lugar Kibrot-hataava, por cuanto allí sepultaron al pueblo codicioso.

³⁵ De Kibrot-hataava partió el pueblo a Hazerot, y se quedó en Hazerot.

El Señor les dio la carne que les había prometido. Su brazo no se había “acortado”. A la orden del Señor, un viento trajo una inmensa bandada de codornices al campamento de los israelitas. Eran tan abundantes las codornices, que llenaron el espacio de un día de camino en todas las direcciones alrededor del campamento. Hay dos maneras de entender la expresión “casi dos codos sobre la superficie de la tierra”. Una es que las codornices estaban amontonadas hasta alcanzar una altura de dos codos. O es muy posible que el viento del Señor llevó las codornices tan cerca al suelo, “a la altura de casi dos codos sobre la faz de la tierra”, que los israelitas las podían atrapar fácilmente.

En cualquiera de los dos casos, los hijos de Israel tenían una cantidad asombrosa de carne disponible. El pueblo juntó codiciosamente canastas llenas de codornices. ¡Cada uno recogió alrededor de 2.100 litros! Una parte la comieron; otra la dejaron para que se secase afuera y disfrutarla más tarde.

Entonces llegó el castigo del Señor. Mientras la carne estaba todavía en su boca, el Señor envió una plaga que le causó la muerte a muchos.

Es obvio que no murió toda la nación. En algunos casos las muertes pueden haber sido causadas por la codicia. Sin embargo, era evidente que el Señor los estaba castigando. ¿Atacó la plaga sólo a los quejumbrosos? ¿O también a los que no se santificaron? ¿Se habían concentrado algunos completamente en sus quejas? No lo sabemos. No obstante, el Señor procedió de una manera clara para mostrar su disgusto porque el pueblo se había estado quejando amargamente y había menospreciado las bendiciones que él les había dado. El castigo del Señor fue tan severo que el lugar fue llamado Kibrot-hataava, lo que significa “tumbas de codicia”. Esto debe ser una constante advertencia para nosotros de que es fácil aceptar el alimento que el Señor nos da en una forma tan despreocupada que resulta casi un insulto para Dios.

Una nota final indica que los hijos de Israel avanzaron hasta Hazerot.

El siguiente problema

12 María y Aarón hablaron contra Moisés a causa de la mujer cusita que había tomado, pues él había tomado una mujer cusita. ² Decían: «¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros?» Y lo oyó Jehová. ³ Moisés era un hombre muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra.

En lugar de dar una lista completa de los sucesos en orden cronológico, los relatos bíblicos se concentran en eventos que muestran la progresión de la condición espiritual de los israelitas. Al partir ellos del Sinaí, su condición espiritual comenzó a decaer. En los acontecimientos que se registran, podemos observar una rebeldía progresiva contra el Señor. En Kibrot-hataava, el pueblo estaba descontento con la comida que Dios le había dado; un descenso más grave ocurre en Hazerot, donde las Escrituras informan de un caso de deslealtad y rebeldía.

¡Qué sacudida tan brusca para Moisés! Las primeras semillas de rebeldía surgieron en su propia familia. Sus hermanos María y Aarón, desafiaron la posición de Moisés como el único líder del pueblo.

Parece que fue María la instigadora; dos puntos del texto apoyan esa conclusión. Por lo común, en hebreo se nombraba al hombre antes que a la mujer. Sin embargo, aquí se mencionó primero a María. El segundo punto es que el verbo hebreo tiene una forma femenina. Una traducción literal revelaría este énfasis al decir: “María y Aarón, ella comenzó a hablar...” Aarón, que era el hermano mayor, parece haber seguido de muy buena gana la iniciativa de su hermana. Parece que de nuevo Aarón no tuvo la debida fuerza de voluntad. También fue evidente ese defecto en

su carácter cuando el pueblo pidió el becerro y él cedió. También en esta situación se dejó llevar, y mostró su falta de convicción y valentía.

Hubo dos motivos de ese ataque contra Moisés. Por una parte cuestionaban si Moisés era digno del liderazgo, debido a que se había casado en forma poco apropiada. María y Aarón atacaron a Moisés por su esposa, llamándola “mujer cusita”. Quizás ese término se interprete mejor como un comentario racista, como un “golpe bajo”, muy común incluso en la actualidad. Por lo acalorado de la situación, María y Aarón en su ataque no tuvieron mucho cuidado en limitarse a la verdad. A Séfora, de cuyo matrimonio con Moisés se informa en Éxodo 2:21, sería más apropiado llamarla madianita. Si alguien se siente impulsado a reconciliar esta diferencia, también se puede hacer mediante la tabla genealógica de Génesis 10 y 11, donde se nos cuenta que parte de la familia de Cus se estableció en la península del Sinaí. En consecuencia, por las venas de Séfora pudo haber estado corriendo sangre cusita.

Encontramos por primera vez el orgullo étnico de los israelitas, un primer ejemplo de desprecio hacia otras naciones. Por desgracia, esa actitud apareció una y otra vez en la historia de Israel. Como el pueblo perdió de vista el hecho de que Dios los escogió por gracia, su actitud se convirtió en orgullo racial, en vez del orgullo apropiado de ser el pueblo apreciado por Dios, de quien iba a salir el Salvador.

Sin embargo, la verdadera razón de ese ataque parece haber sido el oficio de Moisés. El énfasis estaba en la palabra “solamente”. La pretensión de María por el liderazgo se fundaba en el hecho de que ella fue llamada profetisa en Éxodo 15:20. Ese título se le dio cuando dirigió a las mujeres de Israel en un canto de alabanza después de que Israel había sido liberado en el mar Rojo. La pretensión de Aarón se basaba en el hecho de que él, el hermano mayor de Moisés, era el sumo sacerdote a quien el Señor se había revelado y también le había hablado. Con estas razones

María y Aarón pretendían que el Señor había “hablado también por nosotros”. Querían igualdad con Moisés, su hermano menor.

¡Había surgido la envidia!

El versículo 3 presenta un problema porque a Moisés, el autor de Números, se le describe como el más manso, es decir, humilde de todos los hombres. A primera vista parece que Moisés describe una humildad que se enorgullece de sí misma. ¿No es una contradicción evidente el tener orgullo de su humildad? Por supuesto, la respuesta está en el hecho de que el Espíritu Santo permitió que se escribieran estas palabras. Con esta declaración, el Señor pone su sello de aprobación sobre Moisés; Dios consideró apropiado mencionar aquí la humildad de Moisés, porque él no tomó represalias contra sus hermanos. El líder escogido de Dios quiso esperar a que el Señor solucionara el problema.

Una solución alternativa pero inferior está en un posible significado de la palabra hebrea que se traduce aquí como “manso”. Algunos traductores toman la palabra con el significado de “aflicto, perturbado, plagado o miserable”. Los pensamientos que se relacionan con la aflicción y la perturbación, desde luego se acomodan muy bien en este momento de la vida de Moisés. No obstante, esta traducción obliga a que la palabra se aleje de su significado primario.

Rápidamente el Señor mismo intervino a favor de su siervo escogido:

El Señor los llamó a una audiencia

⁴ Luego dijo Jehová a Moisés, a Aarón y a María: «Salid vosotros tres al Tabernáculo de reunión».

Y salieron ellos tres. ⁵ Entonces Jehová descendió en la columna de la nube y se puso a la puerta del Tabernáculo. Llamó a Aarón y a María, y se acercaron ambos. ⁶ Y Jehová les dijo: «Oíd ahora mis palabras. Cuando haya entre vosotros un profeta de Jehová, me apareceré a él en visión, en sueños le hablaré. ⁷ No así con mi siervo Moisés, que es fiel

en toda mi casa. ⁸ Cara a cara hablaré con él, claramente y no con enigmas, y verá la apariencia de Jehová. ¿Por qué, pues, no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés?»⁹ Entonces la ira de Jehová se encendió contra ellos; luego se fue.

Dios actuó decisivamente para resolver el problema y los convocó de inmediato.

Cuando Moisés, Aarón y María se reunieron en el tabernáculo, el Señor apareció en la nube de su presencia. Sin embargo, en el hecho de que reveló su presencia sólo en la nube, había ya una indicación de juicio. Además, el Señor se presentó a la entrada del tabernáculo de reunión. María no podía entrar hasta el lugar santo del tabernáculo, mucho menos al lugar santísimo, donde Dios hablaba normalmente con Moisés. Por eso, Dios se reunió con ellos afuera, entre el altar y el tabernáculo de reunión.

No se necesitaban testigos. El Señor sabía cada palabra que se había hablado. De inmediato se dirigió a Aarón y María. No había duda de que el Señor tenía la intención de justificar a Moisés por completo. Trató tres puntos. Primero, es el Señor, no los seres humanos, quien escoge a los profetas y les da visiones y sueños. Segundo, el Señor estableció que a Moisés se le había dado un puesto superior al de todos los demás profetas. El hecho de que le habló a Moisés cara a cara demostraba la superioridad de Moisés (Deuteronomio 34:10). En muchas ocasiones el Señor abiertamente y con palabras inteligibles se comunicó en conversación con Moisés. Otro aspecto de la superioridad de Moisés era el privilegio de ver la apariencia del Señor. Desde que Dios habló con Moisés en la zarza ardiente, volvió a hablarle con frecuencia. Una y otra vez el Señor le había revelado su presencia a Moisés, en especial en el monte Sinaí y en el tabernáculo de reunión.

El último punto fue una acusación directa por la rebeldía. María y Aarón eran culpables porque habían ido más allá de lo que les estaba permitido. Aunque pensaron que estaban atacando al

hombre Moisés, en realidad se estaban rebelando contra el mismo Señor, que llamó a Moisés “mi siervo”. Desafiaban directamente la sabiduría y los derechos de Dios, desacreditando a su siervo. Con qué claridad y poder mostró Dios que él respaldaba la declaración: “El que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió” (Lucas 10:16).

¡El caso se había decidido! María y Aarón no tuvieron oportunidad para explicaciones, excusas u objeciones. No hubo necesidad de un interrogatorio. El Señor omnisciente conocía los hechos. Les habló, y luego se fue.

El Señor habló en juicio y misericordia

¹⁰Tan pronto la nube se apartó del Tabernáculo, María se llenó de lepra, y tenía la piel blanca como la nieve. Cuando Aarón miró a María y vio que estaba leprosa, ¹¹dijo a Moisés: «¡Ah! señor mío, no pongas ahora sobre nosotros este pecado, porque locamente hemos actuado y hemos pecado. ¹²No quede ella ahora como el que nace muerto, que al salir del vientre de su madre tiene ya medio consumida su carne».

¹³Entonces Moisés clamó a Jehová diciendo: «Te ruego, Dios, que la sanes ahora».

¹⁴Respondió Jehová a Moisés: «Si su padre hubiera escupido en su rostro, ¿no se avergonzaría durante siete días? Sea expulsada, pues, fuera del campamento durante siete días, y después volverá a la congregación».

¹⁵Así María fue expulsada del campamento durante siete días, y el pueblo no siguió adelante hasta que se reunió María con ellos. ¹⁶Después el pueblo partió de Hazerot, y acamparon en el desierto de Parán.

Contra esta rebelión el Señor actuó con severidad y rapidez. La sentencia se ejecutó de inmediato. María se volvió leprosa; sólo ella fue afligida. Este hecho sustenta aun más la anterior

conclusión de que ella fue la principal instigadora.

Cuando Aarón se dio cuenta de la enfermedad de su hermana, le suplicó a Moisés. Con las palabras “señor mío” demostró que otra vez deseaba someterse voluntariamente a Moisés como el mediador escogido de Dios, aceptando su propia posición subordinada. Esta vez las acciones y las palabras muestran una clara mejora en comparación con la forma de proceder en la ocasión del becerro de oro. En aquella ocasión, Aarón trató de culpar al pueblo; en el momento presente mencionó las palabras “pecado... locamente hemos actuado... pecado”. Estos términos suenan a verdadero arrepentimiento. A Aarón se le había quitado su disposición a discutir. Sólo suplica la misericordia: quítale a María el terrible castigo. No permitas que quede como el niño que nace muerto.

Moisés, en respuesta a las súplicas de Aarón, actuó otra vez como mediador en representación de sus hermanos. Hizo una sencilla oración en nombre de María, y el Señor la contestó. Y al hacerlo así, Dios puso de una manera muy enfática su sello de aprobación sobre Moisés como su mediador. Aunque el Señor actuó con misericordia, manifestó que no había verdadera razón para la clemencia. Entre los israelitas aun un padre humano que hubiera escupido a una hija rebelde, la hubiera enviado fuera del campamento por siete días. ¿Debería el Señor ser menos enérgico con esta hija rebelde? A pesar de que Dios pudo haber actuado con más severidad, permitió que el castigo fuera acortado a siete días de exclusión del campamento, una disciplina muy apropiada, porque María en realidad sufría de lepra. Aunque el Señor en su bondad la sanó de inmediato, todavía debía cumplir con el requisito de seguir con el procedimiento normal para los leprosos sanados. Debía ser enviada fuera del campamento durante siete días. Después de ese tiempo, el sacerdote la iba examinar y la iba a declarar limpia. Sólo entonces se le iba a permitir que regresara a la vida normal del campamento.

Sin embargo, la bondad del Señor es evidente en otra forma, ya que no alzó la nube del tabernáculo durante los siete días que

María estuvo excluida del campamento. Sus aflicciones hubieran sido infinitamente mayores si Dios hubiera puesto en marcha al pueblo dejándola a ella atrás.

¡Una gráfica lección de humildad! Es cierto que el Señor había tenido a María como profetisa; también había designado a Aarón como sumo sacerdote. Ellos debieron haber reconocido que el hecho de encargarles esas funciones ya era un acto de gracia de parte de Dios. ¡Debieron haber estado muy agradecidos por el privilegio! ¡Dios los pudo avergonzar fácilmente! Bien pudo haberlos apartado del cargo; incluso, por medio de la lepra pudo sacarlos en ese momento de su pueblo escogido. Aunque el castigo fue muy severo y repentino, aun más notables son la misericordia y la bondad del Señor. Le permitió a María continuar en comunión con su pueblo; realmente ella fue bendecida con ese castigo cuando se dio cuenta de la medida de la gracia de Dios para con ella. ¡Cuán maravillosa es su misericordia!

En todos los tiempos, Dios mismo es el juez entre sus siervos y los que se atreven a hacer alarde de sus propios pensamientos delante de él. ¡Siempre será peligroso desafiar la autoridad de quienes tienen la palabra de Dios de su lado!

Envío de los espías y sus instrucciones

13 Jehová habló a Moisés y le dijo: ² «Envía unos hombres que reconozcan la tierra de Canaán, la cual yo doy a los hijos de Israel; enviaréis un hombre por cada tribu paterna, todos ellos príncipes».

³ Entonces los envió Moisés desde el desierto de Parán, conforme a la palabra de Jehová. Todos aquellos hombres eran príncipes de los hijos de Israel. ⁴ Estos son sus nombres: De la tribu de Rubén, Samúa hijo de Zacur. ⁵ De la tribu de Simeón, Safat hijo de Horí. ⁶ De la tribu de Judá, Caleb hijo de Jefone. ⁷ De la tribu de Isacar, Igal hijo de José. ⁸ De la tribu de Efraín, Oseas hijo de Nun. ⁹ De la tribu de Benjamín, Palti hijo de Rafú. ¹⁰ De la tribu de Zabulón,

Gadiel hijo de Sodi. ¹¹ De la tribu de José, por la tribu de Manasés, **Gadi hijo de Susi.** ¹² De la tribu de Dan, **Amiel hijo de Gemali.** ¹³ De la tribu de Aser, **Setur hijo de Micael.** ¹⁴ De la tribu de Neftalí, **Nahbi hijo de Vapsi.** ¹⁵ De la tribu de Gad, **Geuel hijo de Maqui.**

¹⁶ Estos son los nombres de los hombres que Moisés envió a reconocer la tierra. A Oseas hijo de Nun le puso Moisés el nombre de Josué.

¹⁷ Los envió, pues, Moisés a reconocer la tierra de Canaán, diciéndoles:

«Subid de aquí al Neguev y luego subid al monte.

¹⁸ Observad cómo es la tierra y el pueblo que la habita, si es fuerte o débil, escaso o numeroso; ¹⁹ cómo es la tierra habitada, si es buena o mala; cómo son las ciudades habitadas, si son campamentos o plazas fortificadas, ²⁰ y cómo es el terreno, si es fértil o estéril, si en él hay árboles o no. Esforzaos y traed de los frutos del país».

Era el tiempo de las primeras uvas.

Los sucesos que se registran en los siguientes dos capítulos van a repercutir en toda la historia de Israel. La consecuencia inmediata de la rebelión en Cades-barnea fue vagar por el desierto, y en todo el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento se repiten las referencias a la permanencia en el desierto.

El asunto era sencillo: ¿Iba a entrar el pueblo a la tierra prometida confiando en la fortaleza y la bondad del Señor? ¿O serían engañados por lo que iban a ver sus ojos? Dicho de otra manera: ¿Los iba a llevar la duda a cuestionar las promesas de Dios y a aceptar la fatal canción de Satanás: “¿Conque Dios os ha dicho...?” (Génesis 3:1)

Había bastante razón para proceder con fe; la poderosa mano de Dios los había librado de los egipcios. Habían llegado a Cades-barnea, aunque al principio se habían dirigido al sur, al mar Rojo y al monte Sinaí. El Señor los había alimentado con maná y en ocasiones con carne. Les había dado una victoria milagrosa sobre

los amalecitas. También los había favorecido revelándoles su ley y el pacto. Se había consagrado el tabernáculo y se había establecido el sacerdocio entre ellos. En Moisés tenían un destacado líder y mediador. El Señor les había prometido repetidas veces que iban a ir a la “tierra que yo os daré”.

Pero se acercaba el momento decisivo. ¿Iban a proceder ahora confiando en las promesas del Señor, o iban a actuar de acuerdo con su propio juicio y habilidad humana?

Cuando Moisés volvió a relatar estos sucesos en Deuteronomio 1:19-25, informó que el pueblo había solicitado que se enviaran espías. Querían saber qué ruta tomar y la naturaleza de las ciudades. Según parece, Moisés siguió su procedimiento usual cuando consideraba una solicitud como ésa de parte del pueblo. Sabemos que había consultado al Señor, porque el texto en Deuteronomio empieza con la declaración del permiso de Dios con las palabras: “Jehová habló a Moisés”. Sin embargo, cuando el Señor mandó enviar espías, incluyó la promesa de que Canaán era la tierra que “yo doy a los hijos de Israel”. ¡El Señor dio la promesa! ¡También les iba a dar el éxito! ¡Los espías fueron enviados sólo porque el pueblo lo solicitó! ¡Dios no los necesitaba!

Así que seleccionaron a los espías de acuerdo con las instrucciones del Señor; se escogió uno de cada tribu. Después de haberlos escogido, Moisés les dio instrucciones detalladas. Debían examinar todo el país desde el sur (Neguev) hasta el norte (Hamat). Debían investigar si la tierra era buena o mala, si el pueblo era fuerte o débil, numeroso o escaso. Debían ver las ciudades para determinar si el pueblo vivía en campamentos o en ciudades amuralladas. Debían esforzarse por regresar trayendo con ellos algún fruto de la tierra.

Ninguna de esas órdenes era inapropiada, aun si el pueblo proseguía con confianza en el Señor. Porque si seguían adelante con fe, la información que los espías pudieran reunir iba a exaltar al Señor. Dios les estaba dando la tierra; con su poder iban a vencer aun a los habitantes más poderosos. Por lo tanto, cuánto más grande el adversario, más se iba a exaltar el Señor al concederles

la victoria. Entre más precisa y completa fuera la información, con más claridad se podría ver la bendición del Señor.

El espionaje y el informe

²¹ Ellos subieron y reconocieron la tierra desde el desierto de Zin hasta Rehob, junto a la entrada de Hamat. ²² Subieron al Neguev y llegaron hasta Hebrón. Allí vivían Ahimán, Sesai y Talmái, hijos de Anac. Hebrón fue edificada siete años antes de Zoán en Egipto. ²³ Llegaron hasta el arroyo Escol y allí cortaron un sarmiento con un racimo de uvas, el cual llevaron entre dos en un palo, y también granados e higos. ²⁴ Y se llamó aquel lugar el valle del Escol, por el racimo que allí cortaron los hijos de Israel. ²⁵ Al cabo de cuarenta días regresaron de reconocer la tierra. ²⁶ Fueron y se presentaron ante Moisés, Aarón y toda la congregación de los hijos de Israel, en el desierto de Parán, en Cades. Les dieron la información a ellos y a toda la congregación, y les mostraron los frutos de la tierra. ²⁷ También les contaron:

«Nosotros llegamos a la tierra a la cual nos enviaste, la que ciertamente fluye leche y miel; estos son sus frutos. ²⁸ Pero el pueblo que habita aquella tierra es fuerte, y las ciudades muy grandes y fortificadas; también vimos allí a los hijos de Anac. ²⁹ Amalec habita el Neguev; el heteo, el jebuseo y el amorreo habitan en el monte; el cananeo habita junto al mar y a la ribera del Jordán».

³⁰ Entonces Caleb hizo callar al pueblo delante de Moisés, y dijo:

—Subamos luego, y tomemos posesión de ella, porque más podremos nosotros que ellos.

³¹ Pero los hombres que subieron con él dijeron:

—No podemos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros.

³² Y hablaron mal entre los hijos de Israel de la tierra que habían reconocido, diciendo:



Las uvas de Canaán

—La tierra que recorrimos y exploramos es tierra que se traga a sus habitantes. Todo el pueblo que vimos en medio de ella es gente de gran estatura. ³³ También vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes. Nosotros éramos, a nuestro parecer, como langostas, y así les parecíamos a ellos.

Los espías siguieron las órdenes con mucho cuidado; en su recorrido abarcaron toda la tierra desde el desierto de Zin al sur hasta el lejano norte (Rehob y Hamat). También observaron áreas especiales como Hebrón, la residencia de los anaceos (que al parecer eran muy altos), y el valle de Escol donde consiguieron un gran racimo de uvas.

Después de cuarenta días, los espías regresaron y presentaron su informe delante de Moisés y del pueblo. El informe de la mayoría fue: La tierra en verdad es buena como lo demuestra el fruto que trajimos. “Mas”: (1) el pueblo es fuerte; (2) las ciudades son fortificadas; y (3) el pueblo es feroz (descendientes de Anac, amalecitas, heteos, jebuseos, amorreos, y cananeos).

Caleb intervino cuando se dio cuenta del rumbo que estaba tomando el informe de la mayoría. Mirando más allá de los datos evidentes, los exhortó así: “Subamos y tomemos posesión. De seguro los venceremos.” Valientemente, Caleb animó al pueblo para seguir adelante con plena confianza en la promesa y el poder del Señor.

Pero la mayoría refutó: “No podemos”. “Ellos son muy fuertes.” “La tierra se traga a sus moradores”. (Al parecer querían decir que este era un país rodeado por naciones feroces que estaban en un permanente estado de guerra para poseerla.) “Vimos allí... raza de gigantes, y éramos nosotros a nuestro parecer como langostas y así les parecíamos a ellos”.

El informe de la mayoría fue correcto cuando usó la expresión “no podemos” para decir “no somos capaces”. No podían conquistar la tierra con su propia fuerza. Sin embargo, estaban equivocados al pasar por alto la promesa que le hizo el Señor a Israel. También olvidaron que eran los instrumentos de Dios para

imponer un juicio contra el pueblo de Canaán, que había hecho rebosar la copa de la ira de Dios.

Los gigantes eran como langostas para Dios. Él podía darle a Israel la victoria total, pero la mayoría hizo caso omiso a ese factor especial.

Por desgracia, el informe de la mayoría prevaleció. Por eso, este incidente es una advertencia para la iglesia de todas las épocas. Siempre están equivocadas las mayorías que se oponen o no hacen caso a la Palabra de Dios. Desafortunadamente la opinión de esas mayorías prevalece con demasiada frecuencia.

¡Había llegado el momento crítico! La nación falló en este punto y se convirtió en una imagen de la futura generación que tampoco reconoció la bendición que tenía y la fuente de su fortaleza. Y como la generación de Moisés en su incredulidad se negó a entrar a la tierra prometida, rebelándose contra Dios y contra Moisés, una generación posterior incluso iba a rechazar al Salvador. Le iba a dar la espalda a Jesucristo, repudiándolo y gritando: “¡Crucifícale! ¡Crucifícale!”

En todas las épocas, las cosas han llegado a un infortunado momento en la iglesia, en el que los que son llamados a ser líderes de la congregación no pueden distinguir entre la luz y la oscuridad espirituales. Qué triste resulta cuando los líderes pierden el valor y temen ir a la batalla contra los poderes de Satanás. No obstante, Dios siempre tiene algunos testigos y siervos que animan a su pueblo y proclaman la promesa de la victoria segura con la ayuda del Señor. ¡Dios permita siempre que conscientemente los cristianos sencillos escojan seguir a quienes se fundamentan en la Palabra de Dios!

El pueblo se rebela

14Entonces toda la congregación gritó y dio voces; y el pueblo lloró aquella noche. ² Todos los hijos de Israel se quejaron contra Moisés y contra Aarón, y toda la multitud les dijo: «¡Ojalá hubiéramos muerto en la tierra de Egipto!»

¡Ojalá muriéramos en este desierto! ³ ¿Por qué nos trae Jehová a esta tierra para morir a espada, y para que nuestras mujeres y nuestros niños se conviertan en botín de guerra? ¿No nos sería mejor regresar a Egipto?» ⁴ Y se decían unos a otros: «Designemos un capitán y volvamos a Egipto».

⁵ Moisés y Aarón se postraron sobre sus rostros delante de toda la multitud de la congregación de los hijos de Israel. ⁶ Y Josué hijo de Nun y Caleb hijo de Jefone, que eran de los que habían reconocido la tierra, rompieron sus vestidos ⁷ y dijeron a toda la congregación de los hijos de Israel:

—La tierra que recorrimos y exploramos es tierra muy buena. ⁸ Si Jehová se agrada de nosotros, él nos llevará a esta tierra y nos la entregará; es una tierra que fluye leche y miel. ⁹ Por tanto, no seáis rebeldes contra Jehová ni temáis al pueblo de esta tierra, pues vosotros los comeréis como pan. Su amparo se ha apartado de ellos y Jehová está con nosotros: no los temáis.

¹⁰ Entonces toda la multitud propuso apedrearlos.

El pueblo se la pasó llorando toda la noche porque creyó el informe de la mayoría de los espías, y en la mañana se quejaron contra Moisés y Aarón. Sin embargo, lo más significativo era que se estaban rebelando contra Jehová. El repetido lamento del pueblo hizo eco en el campamento: “¡Ojalá hubiéramos muerto en la tierra de Egipto! ¡Ojalá muriéramos en este desierto!” Sus sentimientos eran tan pesimistas que suponían que todo iba a salir mal si entraban a la tierra de Canaán. ¿Acaso los había llevado Moisés allí para que murieran a espada? ¿No iban a caer prisioneros sus esposas e hijos?

Es interesante notar cómo sus temores pecaminosos producen una absurda exageración: la derrota es inevitable. “Todo” este pueblo es más fuerte que nosotros, con ciudades que están amuralladas hasta el cielo (Deuteronomio 1:28).

Moisés respondió con paciencia a sus temores, señalando al

verdadero líder de Israel: Jehová su Dios, el cual va delante de ustedes; él peleará por ustedes (Deuteronomio 1:30). Las experiencias que habían tenido les daban toda la razón para confiar en el Señor. Él los libró de las situaciones desesperadas en Egipto y les dio su apoyo en el desierto. Con palabras inequívocas, Moisés también señaló el meollo del problema: “No creísteis a Jehová vuestro Dios” (Deuteronomio 1:32).

La escena también muestra a Josué y a Caleb, abogando enérgicamente por el informe de la minoría. Su pesar y consternación se hicieron evidentes cuando se rasgaron los vestidos. “Si Jehová se agrada de nosotros, él nos llevará a esta tierra, y nos la entregará... Por tanto, no seáis rebeldes contra Jehová.” Josué y Caleb además indicaron que el pueblo de la tierra prometida iba a caer en manos de los israelitas: “Su amparo se ha apartado de ellos y Jehová está con nosotros: no los temáis”.

Jehová está con nosotros. Qué bien sirve esta afirmación como tema para todo el libro de Números. Se expresa aquí, en este momento crucial de la historia de Israel. La evidencia del pasado era clara e incontrovertible. El testimonio de Moisés, Caleb y Josué debía persuadirlos. El momento era decisivo, como si estuvieran en el filo de la navaja. Todo estaba listo para que recibieran bendición por la obediencia, pero con seguridad para recibir castigo el Señor por la desobediencia.

Sin embargo, ya se había tomado la decisión. En el temor y la incredulidad, el pueblo se disgustó. Se volvieron en contra de los fieles líderes, y pensaron seriamente en apedrear a los que los exhortaban a seguir adelante con confianza en el Señor. Al apartarse de las promesas del Señor, trajeron sobre ellos mismos el juicio que este capítulo va a expresar más tarde: “Según habéis hablado a mis oídos, así haré yo con vosotros... Así conoceréis mi castigo” (Números 14:28,34).

Aquí tenemos una imagen de la manera en que los incrédulos rechazan las pruebas de la bondad y la misericordia de Dios, y repudian las advertencias y las amonestaciones de los testigos fieles del Señor. Sin embargo, Dios no puede ser burlado; de

acuerdo con su plan, sus juicios caen sobre el mundo con demostraciones impresionantes de su poder.

El Señor está listo para juzgar

Pero la gloria de Jehová se mostró en el Tabernáculo de reunión a todos los hijos de Israel. ¹¹Y Jehová dijo a Moisés:

—¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo? ¿Hasta cuándo no me creerán, con todas las señales que he hecho en medio de ellos? ¹²Yo los heriré de mortandad y los destruiré, y a ti te pondré sobre gente más grande y más fuerte que ellos.

La paciencia del Señor para con el pueblo se había agotado. Se apareció en la especial manifestación de su gloria que usaba cuando hablaba con Moisés. La crítica principal que le hizo al pueblo fue: “¿Hasta cuándo no me creerán, con todas las señales que he hecho en medio de ellos?” El Señor estaba listo para castigar al pueblo, pero aun así iba a cumplir su gran propósito para el mundo. “Yo los heriré de mortandad y los destruiré, y a ti (Moisés) te pondré sobre gente más grande y más fuerte que ellos.”

La oración de Moisés a favor del pueblo

¹³ Pero Moisés respondió a Jehová:

—Lo oirán luego los egipcios, porque de en medio de ellos sacaste a este pueblo con tu poder, ¹⁴y se lo dirán a los habitantes de esta tierra, los cuales han oído que tú, Jehová, estabas en medio de este pueblo, que cara a cara aparecías tú, Jehová, y que tu nube estaba sobre ellos, que de día ibas delante de ellos en una columna de nube, y de noche en una columna de fuego. ¹⁵Si haces morir a este pueblo como a un solo hombre, las gentes que hayan oído tu fama dirán: ¹⁶”Por cuanto no pudo Jehová introducir a este pueblo en la tierra que había jurado darle, los ha matado en el desierto”.

¹⁷Ahora, pues, yo te ruego que sea magnificado el poder del Señor, como lo prometiste al decir: ¹⁸”Jehová es tardo para la ira y grande en misericordia, perdona la maldad y la rebelión, aunque de ningún modo tendrá por inocente al culpable, pues castiga el pecado de los padres sobre los hijos hasta la tercera y la cuarta generación”. ¹⁹Perdona ahora la maldad de este pueblo según la grandeza de tu misericordia, como has perdonado a este pueblo desde Egipto hasta aquí.

Aunque aquí se le presentó a Moisés la tentación del beneficio personal, este siervo fiel permaneció leal al llamado de Dios, como mediador e intercesor del pueblo. En su oración por el pueblo, sólo pudo repetir los mismos argumentos que presentó cuando el pueblo pecó al adorar el becerro de oro. En ambos casos el mediador cumplió con fidelidad su papel, obrando en representación del pueblo al que servía, en lugar de obtener beneficio personal. Esa mediación es en verdad una bella imagen que prefigura la actitud y la obra de Cristo, el gran Mediador entre el hombre y Dios.

Moisés adujo primero que la gloria del Señor estaba en peligro. Las naciones habían escuchado que el Señor estaba en medio de ese pueblo, que se aparecía cara a cara a Moisés, y que la nube de su presencia viajaba con los israelitas. Si ahora el Señor destruía esa nación, las otras naciones iban a decir: “No pudo Jehová introducir a este pueblo en la tierra que había jurado darle”. Esa conclusión ciertamente iba a desacreditar al Señor.

La segunda súplica estaba dirigida a la amorosa misericordia del Señor. Una súplica como esa es la base de toda oración que se presenta delante de Dios. El amor constante de Dios era la única esperanza del pueblo, especialmente en vista de su pecado y rebelión. Inspirado en la propia proclamación de Dios sobre su santo nombre en Éxodo 34, Moisés suplicó: “Perdona ahora la maldad de este pueblo según la grandeza de tu misericordia, como has perdonado a este pueblo desde Egipto hasta aquí”. He aquí la base de una oración efectiva: se acoge a la Palabra y a las promesas

del Señor, y no cederá hasta que sea contestada.

La decisión del Señor

20 Entonces Jehová dijo:

—Yo lo he perdonado, conforme a tu dicho. ²¹ Pero tan ciertamente como vivo yo y mi gloria llena toda la tierra, ²² que ninguno de los que vieron mi gloria y las señales que he hecho en Egipto y en el desierto, los que me han tentado ya diez veces y no han oído mi voz, ²³ verá la tierra que juré dar a sus padres; no, ninguno de los que me han irritado la verá. ²⁴ Pero a mi siervo Caleb, por cuanto lo ha animado otro espíritu y decidió ir detrás de mí, yo lo haré entrar en la tierra donde estuvo, y su descendencia la tendrá en posesión. ²⁵ Ahora bien, el amalecita y el cananeo habitan en el valle; volveos mañana y salid al desierto, camino del Mar Rojo.

²⁶ Jehová habló a Moisés y a Aarón, y les dijo:

²⁷ —¿Hasta cuándo soportaré a esta depravada multitud que murmura contra mí? Ya he oído las querellas de los hijos de Israel que de mí se quejan. ²⁸ Diles: Vivo yo, dice Jehová, que según habéis hablado a mis oídos, así haré yo con vosotros. ²⁹ En este desierto caerán vuestros cuerpos, todo el número de los que fueron contados de entre vosotros, de veinte años para arriba, los cuales han murmurado contra mí. ³⁰ A excepción de Caleb hijo de Jefone y Josué hijo de Nun, ninguno de vosotros entrará en la tierra por la cual alcé mi mano y juré que os haría habitar en ella. ³¹ Pero a vuestros niños, de los cuales dijisteis que se convertirían en botín de guerra, yo los introduciré, y ellos conocerán la tierra que vosotros despreciasteis. ³² En cuanto a vosotros, vuestros cuerpos caerán en este desierto. ³³ Vuestros hijos andarán pastoreando en el desierto cuarenta años, y cargarán con vuestras rebeldías, hasta que vuestros cuerpos sean consumidos en el desierto. ³⁴ Conforme al número de los días, de los cuarenta días que empleasteis en reconocer la

tierra, cargaréis con vuestras iniquidades: cuarenta años, un año por cada día. Así conoceréis mi castigo. ³⁵Yo, Jehová, he hablado. Así haré a toda esta multitud perversa que se ha juntado contra mí. En este desierto serán consumidos, y ahí morirán.

El Señor se dirigió primero a la última súplica de Moisés: “Yo lo he perdonado, conforme a tu dicho. Pero tan ciertamente como vivo yo y mi gloria llena toda la tierra, que ninguno de los que vieron mi gloria y las señales que he hecho en Egipto y en el desierto, los que me han tentado ya diez veces y no han oído mi voz, verá la tierra que juré dar a sus padres; no, ninguno de los que me han irritado la verá. A excepción de Caleb hijo de Jefone y Josué hijo de Nun, ninguno de vosotros entrará en la tierra por la cual alcé mi mano y juré que os haría habitar en ella” (Números 14:24,30).

Antes de dar más detalles del castigo, el Señor hace el juramento solemne de que llevará a cabo el juicio (versículo 28). (Ese juicio se repitió muchas veces en Ezequiel, cuando era inminente otro juicio del Señor.) Se iba a cumplir lo que concluyeron con incredulidad los que dijeron que iban a morir en el desierto, en lugar de ir a Canaán. “Vuestros cuerpos caerán en este desierto” (versículo 32). No obstante, el lamento de que sus hijos serían víctimas no se iba a hacer realidad. Al preservar la nación, la gloria y el poder del Señor iban a ser magnificados en esos hijos.

Él también iba a llevar victoriosamente a esos mismos hijos a la tierra prometida, aunque a los escépticos les habían parecido tan vulnerables. Los hijos, sufriendo por la infidelidad de sus padres, iban a ser pastores, es decir, que iban a vagar en el desierto durante cuarenta años. Cada uno de los cuarenta años iba a corresponder a cada uno de los cuarenta días que los espías habían observado la tierra.

Se lleva a cabo un juicio inmediato

³⁶ Los hombres que Moisés envió a reconocer la tierra, y que al volver habían hecho murmurar contra él a toda la congregación, desacreditando aquel país, ³⁷ aquellos hombres que habían hablado mal de la tierra, murieron de plaga delante de Jehová. ³⁸ Pero Josué hijo de Nun y Caleb hijo de Jefone quedaron con vida de entre aquellos hombres que habían ido a reconocer la tierra.

El juicio del Señor aún no había terminado. Los diez espías que dieron el informe mayoritario negativo “murieron de plaga delante de Jehová”. El juicio de Dios sobre los espías miedosos fue inmediato. Los que ocupan puestos de liderazgo entre el pueblo de Dios tienen una seria responsabilidad.

La mano del Señor se manifestó en dos formas. No sólo fueron destruidos los que se manifestaron en contra de ir a Canaán, sino que, a Caleb y Josué que habían afirmado: “Jehová está con nosotros”, se les perdonó la vida. De esa manera el Señor mostró la seriedad de la rebelión. Al mismo tiempo mostró con certeza que iba a llevar a cabo el castigo que había descrito. Sin embargo, el mensaje tampoco dejaba dudas de que Dios iba a bendecir a los que creyeron que él estaba con su pueblo.

Un retroceso completo

³⁹ Moisés dijo estas cosas a todos los hijos de Israel, y el pueblo se enlutó mucho. ⁴⁰ Se levantaron muy de mañana y subieron a la cumbre del monte, diciendo:

—Aquí estamos para subir al lugar del cual ha hablado Jehová, porque hemos pecado.

⁴¹ Moisés les respondió:

—¿Por qué quebrantáis el mandamiento de Jehová? Esto tampoco os saldrá bien. ⁴² No subáis, pues Jehová no está en medio de vosotros: no seáis heridos delante de vuestros

enemigos. ⁴³ Porque el amalecita y el cananeo están allí delante de vosotros, y caeréis bajo su espada, pues Jehová no estará con vosotros, por cuanto os habéis negado a seguirlo.

⁴⁴ Ellos, sin embargo, se obstinaron en subir a la cima del monte; pero ni el Arca del pacto de Jehová ni Moisés se apartaron de en medio del campamento. ⁴⁵ Entonces descendieron el amalecita y el cananeo que habitaban en aquel monte, los hirieron, los derrotaron y los persiguieron hasta Horma.

¡Cuántos cambios pueden suceder en un día! Los israelitas se dieron cuenta de que si hubieran seguido adelante con el Señor, ciertamente habrían obtenido la tierra. ¡Ayer la tierra prometida estaba tan cerca! ¡Hoy la habían perdido! ¡Jamás alguno de los adultos iba a entrar en ella! Razonaron que si ayer habían obrado mal, hoy harían lo contrario. Con seguridad, lo opuesto debe ser lo correcto. Sin embargo mostraron, tanto en el cambio de actitud como en la rebelión original, que no se daban cuenta de que se debe buscar al Señor cuando puede ser hallado. Así que, de la desesperación incrédula pasaron a la presunción temeraria.

En su ceguera, el pueblo dio un giro completo. Los rebeldes resentidos repentinamente estaban ansiosos y entusiasmados por tomar la tierra. “Aquí estamos para subir al lugar del cual ha hablado Jehová.” ¡Qué cambio en un solo día! ¡Ahora, los que antes se negaban a buscar la fortaleza del Señor, estaban dispuestos a subir con su propia fuerza sin Jehová! Aunque Moisés les advirtió: “Caeréis bajo su espada”, insistieron en su plan.

Al insistir, el pueblo procedió sin el Señor, sin Moisés y sin el Arca del pacto. ¡Qué comentario es éste sobre el poder del pecado! Las Escrituras nos cuentan que “ellos se obstinaron” (versículo 44) y “con altivez” (Deuteronomio 1:43). Esta obediencia fingida no se basaba en la fe sencilla en la promesa del Señor, sino que era una confianza en ellos mismos. En realidad sólo era otra forma de incredulidad. Puede ser difícil distinguir el remordimiento del arrepentimiento, hasta que conducen a la acción. Entonces el

remordimiento llega a ser tan obstinado como la acción que le dio origen, mientras que el arrepentimiento delante de Dios conduce a una nueva obediencia a él.

El Señor no necesitaba usar su poder milagroso para castigar a Israel en esas circunstancias. Cuando el pueblo salió sin su dirección ni su protección, los amalecitas y los cananeos pudieron hacer precisamente lo que el pueblo había temido. ¡Resultó en una derrota rotunda! La fuga se extendió desde Seír hasta Horma. Moisés hizo una descripción gráfica de la derrota: “Os persiguieron como hacen las avispas” (Deuteronomio 1:44).

Esto ilustra muy bien la afirmación: “Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano” (Isaías 55:6). “Demasiado tarde” es una manera, triste y casi inadecuada para describir el anhelo desacertado del remordimiento de los israelitas. El día anterior se les había enseñado que su aparente debilidad podía ser su verdadera fortaleza, mientras el Señor estuviera con ellos. Este día tuvieron la amarga experiencia de que su aparente fortaleza no tenía valor cuando el Señor no estaba con ellos.

La severidad del Señor es clara; actuó con gran dureza porque los israelitas rechazaron su liderazgo. Sin embargo, su misericordia fue igualmente clara, porque al condenarlos a andar errantes por el desierto hasta que se terminaran los cuarenta años, también se comprometió a sostenerlos. Les dio el maná durante todos esos años (Éxodo 16:35) y no permitió que su ropa envejeciera (Deuteronomio 8:4). Los siguió perdonando. Finalmente cumplió la promesa de introducir a los hijos en la tierra prometida. De eso trata el resto del libro de Números.

En verdad, aunque estaban bajo el juicio de Dios, es claro que los creyentes en Israel todavía podían exclamar: “Jehová está con nosotros”.

PARTE II

LOS AÑOS QUE ANDUVIERON ERRANDO

NÚMEROS 15-19

La Biblia muy brevemente trata los cuarenta años que los israelitas anduvieron vagando por el desierto. El Señor aclaró unas cuantas leyes relacionadas con la adoración individual durante este período. Pero, en realidad, durante el tiempo que transcurrió desde cuando Israel salió del monte Sinaí hasta cuando la nación estuvo lista para entrar en su patria, sólo se registran unos pocos incidentes, que se refieren todos a la rebelión contra el Señor y su palabra.

Se nos cuenta acerca de uno que violó el sábado, y de la rebelión de Coré. Esos sucesos se registran para mostrar que era justo el juicio del Señor sobre este pueblo.

El Señor puso su sello de aprobación en Aarón mediante el milagro de la vara que floreció, para mostrar su voluntad respecto a la vida de adoración de los hijos de Israel. Otros aspectos adicionales de la vida de adoración incluyen leyes relacionadas con los sacerdotes y los levitas, y con el agua de la purificación que usaban los que eran ceremonialmente impuros.

La vida como individuos

El Señor trata a la gente de la generación que estaba a punto de morir en el desierto casi como si no contaban como personas. Sin embargo, notamos sus intenciones misericordiosas de largo plazo para la nación en las instrucciones que da respecto a las ofrendas. Para despertar en el pueblo la esperanza de llegar a la tierra prometida y para acrecentar su expectativa, Dios dijo que el pueblo debía seguir estas leyes cuando “entren a la tierra que yo les doy”. Con el fin de ayudarlos en la adoración personal, el Señor les dio una ley para que usaran flecos en los vestidos como un recordatorio de todos los mandamientos que les dio. En medio de

esos dos grupos de instrucciones se encuentra el triste relato sobre el hombre que, por quebrantar el sábado, incurrió en la ira de Dios.

Ofrendas adicionales

15 Jehová habló a Moisés y le dijo: ² «Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os daré por habitación, ³ y presentéis ofrenda que se quema a Jehová, holocausto o sacrificio de vacas o de ovejas, como voto especial o como ofrenda voluntaria, o para ofrecer en vuestras fiestas solemnes olor grato a Jehová, ⁴ entonces, el que presente su ofrenda a Jehová traerá como ofrenda la décima parte de un efa de flor de harina, amasada con la cuarta parte de un hin de aceite. ⁵ De vino para la libación ofrecerás por cada cordero la cuarta parte de un hin, además del holocausto o del sacrificio. ⁶ Por cada carnero presentarás una ofrenda de dos décimas de flor de harina, amasada con la tercera parte de un hin de aceite; ⁷ y de vino para la libación presentarás la tercera parte de un hin, como ofrenda de olor grato a Jehová. ⁸ Cuando ofrezcas un novillo como holocausto o sacrificio, como voto especial o de paz a Jehová, ⁹ ofrecerás con el novillo una ofrenda de tres décimas de flor de harina, amasada con la mitad de un hin de aceite; ¹⁰ y de vino para la libación presentarás la mitad de un hin, como ofrenda quemada de olor grato a Jehová. ¹¹ Así se hará con cada buey o carnero o cordero de las ovejas o cabrito. ¹² Sea cual sea el número de animales, así haréis con cada uno de ellos. ¹³ Todo natural hará estas cosas así, para presentar una ofrenda quemada de olor grato a Jehová. ¹⁴ »Si un extranjero que habite con vosotros, o cualquiera que viva entre vosotros, quiere presentar una ofrenda de olor grato a Jehová, lo hará tal como vosotros lo hacéis, por vuestras generaciones. ¹⁵ Un mismo estatuto tendréis en la congregación para vosotros y para el extranjero que con vosotros viva. Será estatuto perpetuo por vuestras

generaciones; igual que vosotros, así será el extranjero delante de Jehová. ¹⁶Una misma ley y un mismo decreto tendréis, vosotros y el extranjero que con vosotros viva».

¹⁷Habló Jehová a Moisés y le dijo: ¹⁸«Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra a la cual yo os llevo, ¹⁹cuando comencéis a comer del pan de la tierra, presentaréis una ofrenda a Jehová. ²⁰De lo primero que amaséis, presentaréis una torta como ofrenda; como la ofrenda de la era, así la ofreceréis. ²¹De las primicias de vuestra masa daréis a Jehová una ofrenda por vuestras generaciones.

A pesar de la rebelión de Israel, el Señor permaneció fiel a su promesa. El capítulo anterior terminó mostrando la severa nota del juicio de Dios sobre una generación infiel, y el castigo por el atrevido intento de entrar a la tierra prometida. Sin embargo, las primeras palabras de este capítulo verdaderamente muestran la fidelidad y el amor de Dios: “Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os daré por habitación”. El Señor no iba a faltar a su promesa; iba a haber un tiempo futuro cuando los israelitas entrarían a la tierra prometida. Por lo tanto, era apropiado dar instrucciones en cuanto a los sacrificios que se iba a hacer en ese futuro prometido.

Las instrucciones que el Señor dio aquí se refieren a las ofrendas de: harina, aceite, y vino, que se debían de presentar junto con las diferentes ofrendas de animales. La manera más sencilla de presentarlas es usando la siguiente tabla:

	harina	aceite	vino
1 cordero	1/10 efa	1/4 hin	1/4 hin
1 carnero	2/10 efa	1/3 hin	1/3 hin
1 toro	3/10 efa	1/2 hin	1/2 hin

La tabla indica que las ofrendas de harina, aceite y vino debían ser proporcionales al tamaño de la ofrenda del animal. (Una efa era una medida seca equivalente a 37 litros. Un hin era una medida líquida equivalente a 4 litros.)

Otro punto que requería aclaración era que los extranjeros debían obedecer las mismas leyes que los israelitas nativos. Como aclaración, se debe tomar en cuenta que esos extranjeros se habían convertido al judaísmo; no eran totalmente paganos. Sin embargo, note con qué claridad pone Dios en el mismo plano a los convertidos y a los israelitas de nacimiento. Una vez que la persona entraba a la familia de Dios, no se debían hacer distinciones en la adoración al Señor.

En el párrafo final de esta sección se presenta otra vez la promesa: “Cuando hayáis entrado en la tierra a la cual yo os llevo”. Aunque se iba a castigar a la generación actual, el Señor no iba a quebrantar la promesa de largo plazo que le hizo a la nación. Las instrucciones específicas suponen que los israelitas se iban a establecer e instalar en la tierra prometida. En ese tiempo los israelitas debían llevar una ofrenda de las primicias de la era. Mediante esa ofrenda iban a mostrar que reconocían que todas las bendiciones venían de Dios. Los cristianos de todas las épocas deben recordar que el Señor quiere las primicias, no las ofrendas que son “más o menos buenas” ni las sobras.

Ofrendas por los pecados cometidos sin intención

²²»Cuando involuntariamente dejéis de cumplir cualquiera de estos mandamientos que Jehová ha comunicado a Moisés, ²³cualquiera de las cosas que Jehová os ha mandado por medio de Moisés, desde el día que Jehová lo mandó en adelante, por generaciones, ²⁴si el pecado involuntario fue cometido ignorándolo la congregación, toda la congregación ofrecerá un novillo como holocausto de olor grato a Jehová, con su ofrenda y su libación conforme a la ley, y un macho cabrío como expiación. ²⁵Luego el sacerdote hará expiación por toda la congregación de los hijos de Israel, y les será

perdonado, porque se trata de un error involuntario. Ellos presentarán sus ofrendas, ofrenda que se quema a Jehová, y sus expiaciones delante de Jehová, por esos errores. ²⁶ Y será perdonado a toda la congregación de los hijos de Israel, y al extranjero que vive entre ellos, por cuanto es una falta involuntaria de todo el pueblo.

²⁷ »Si una persona peca involuntariamente, ofrecerá una cabra de un año para expiación. ²⁸ El sacerdote hará expiación por la persona que haya pecado involuntariamente delante de Jehová, la reconciliará, y le será perdonado.

²⁹ Una misma ley tendréis para el que peque involuntariamente, ya se trate de uno de los hijos de Israel o del extranjero que viva entre ellos.

³⁰ »Pero la persona que haga algo con soberbia, sea el natural o el extranjero, ultraja a Jehová; esa persona será eliminada de en medio de su pueblo. ³¹ Por cuanto tuvo en poco la palabra de Jehová y menospreció su mandamiento, esa persona será eliminada por completo y su pecado caerá sobre ella».

Aquí el Señor se refiere al hecho de que el pecado puede ser involuntario o intencional. Cuando los pecados eran involuntarios, ya sea que toda la comunidad fuera culpable o sólo un individuo, la relación del pacto con Dios se podía restablecer presentando la ofrenda apropiada por el pecado.

El párrafo final, presenta lo fundamental en cuanto a los pecados de soberbia. Esos pecados voluntarios o deliberados presentaban una situación muy peligrosa. Dios no designó un sacrificio específico para cubrir esa situación. La relación del pacto con Dios no se podía restablecer con ningún tipo de sacrificio mientras que el desafío continuara. La persona culpable del pecado deliberado debía ser “eliminada”, es decir, debía ser apartada del compañerismo con el pueblo de Dios. De acuerdo con Éxodo 31:14 y Levítico 20:2-3, esa “eliminación” con frecuencia era sinónimo de ejecución.



Matan al que quebrantó el sábado

Estas instrucciones, traducidas a los términos del Nuevo Testamento, nos recuerdan que cuando las amonestaciones fraternales no surten efecto, el pecador impenitente debe ser excomulgado de la congregación. La rebelión abierta contra la Palabra de Dios convierte al individuo impenitente en un pagano y cobrador de impuestos (Mateo 18:20). Sin embargo, la excomunión es un acto de amor, porque con ella sencillamente estamos expresando en público la realidad que ya se ha dado por la impenitencia de la persona. Por otro lado, los miembros de las congregaciones cristianas nunca deben olvidar que se convertirán en partícipes de los pecados de otros hombres si permiten que continúe haciéndose el mal entre ellos sin reprenderlo, y si no toman los pasos que Dios estableció para llamar al pecador impenitente al arrepentimiento.

Matan al que quebrantó el sábado

³² Cuando los hijos de Israel estaban en el desierto, hallaron a un hombre que recogía leña en sábado. ³³ Los que lo hallaron recogiendo leña lo llevaron ante Moisés, Aarón y toda la congregación. ³⁴ Lo pusieron en la cárcel, porque no estaba determinado qué se le había de hacer. ³⁵ Entonces Jehová dijo a Moisés: «Irremisiblemente ese hombre debe morir: apedréelo toda la congregación fuera del campamento». ³⁶ La congregación lo sacó fuera del campamento, y lo apedrearon hasta que murió, como Jehová había mandado a Moisés.

Es muy obvia la conexión entre el incidente que se describe en este párrafo y los pecados deliberados que se discutieron en el párrafo anterior. El caso del violador del sábado presenta un incidente que fue una clara demostración de rebelión contra Dios. Al irse desarrollando, una tras otra, situaciones como éstas, pareciera que Dios estuviera marcando este período con las diferentes formas en las cuales la antigua generación murió en

rebelión, dejando sus cadáveres en el desierto.

La situación era sencilla y clara. Un hombre recogía leña, en desobediencia a la ley del sábado. Lo vieron varias personas, por lo tanto no hubo duda respecto a los hechos implicados. De hecho, los testigos lo llevaron a Moisés y Aarón, y delante de toda la congregación.

Era claro que Dios le había prohibido a su pueblo trabajar en sábado. No obstante, no estaba claro cómo quería el Señor que se castigara al culpable. Así que el Señor le dio la respuesta a Moisés: el hombre debía ser apedreado. Ese pecado pertenecía a la misma categoría que la blasfemia contra Dios.

Flecos en los vestidos

³⁷ Jehová habló a Moisés y le dijo: ³⁸ «Habla a los hijos de Israel y diles que se hagan unos flecos en los bordes de sus vestidos, por sus generaciones; y pongan en cada fleco de los bordes un cordón de azul. ³⁹ Llevaréis esos flecos para que cuando los veáis os acordéis de todos los mandamientos de Jehová. Así los pondréis por obra y no seguiréis los apetitos de vuestro corazón y de vuestros ojos, que han hecho que os prostituyáis. ⁴⁰ Así os acordaréis y cumpliréis todos mis mandamientos, para que seáis santos ante vuestro Dios. ⁴¹ Yo soy Jehová, vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios. Yo, Jehová, vuestro Dios».

Al reconocer que los seres humanos fácilmente pueden olvidar ciertas cosas importantes, el Señor estipuló que los israelitas deberían tener un recordatorio permanente. Deberían poner flecos en los bordes de sus vestidos. Esos adornos iban a ser para ellos un recordatorio constante de que eran el pueblo de Dios. También los iban a animar a llevar una vida devota. Ese adorno característico les recordaba a los israelitas que Dios había establecido un pacto con ellos. El pacto de compañerismo entre

los creyentes y el Señor, es aun más íntimo en el Nuevo Testamento. ¡Debemos recordar ese privilegio, incluso sin que haya flecos que nos lo recuerden!

Al mirar a la época de Cristo, parece que Jesús usó flecos en los bordes de su ropa. Por lo menos eso parece sugerir el texto que narra cuando una mujer se le acercó silenciosamente por detrás y tocó el borde de su manto (Mateo 9:20; Lucas 8:44). Por otro lado, los fariseos, de una manera típica de su orgullo pecaminoso, se jactaron del tamaño de los flecos de los bordes de sus mantos (Mateo 23:5). Vemos de nuevo cómo Satanás puede tomar lo que Dios destina para bien y convertirlo en un equivocado acto de orgullo.

LOS AÑOS QUE ANDUVIERON ERRANTES

La vida en la comunidad

Durante los cuarenta años que anduvieron errantes en el desierto, un trágico evento, la rebelión de Coré, ilustra el ánimo de rebelión que afectó a la mayoría de los miembros del pueblo de Israel. Fue un claro desafío al Señor. El pueblo rechazó tanto a Moisés, su líder nacional, como a Aarón, su sumo sacerdote y mediador. La rebelión demostró que en verdad Dios fue justo al dejar que la generación desobediente muriera en el desierto.

La doble rebelión

16 Coré hijo de Izhar hijo de Coat hijo de Leví, con Datán y Abiram hijos de Eliab, y On hijo de Pelet, descendientes de Rubén, tomaron gente ² y se levantaron contra Moisés con doscientos cincuenta hombres de los hijos de Israel, príncipes de la congregación, miembros del consejo, hombres de renombre. ³ Se juntaron contra Moisés y Aarón, y les dijeron:

—¡Basta ya de vosotros! Toda la congregación, todos ellos son santos y en medio de ellos está Jehová. ¿Por qué, pues, os encumbráis vosotros sobre la congregación de Jehová?

⁴ Cuando oyó esto Moisés, se postró sobre su rostro. ⁵ Luego habló a Coré y a todo su séquito, y les dijo:

—Mañana mostrará Jehová quién le pertenece y quién es santo, y hará que se acerque a él. Al que él escoja, lo acercará a sí. ⁶ Haced esto: tomad los incensarios de Coré y de todo su séquito, ⁷ poned fuego en ellos y echad en ellos incienso delante de Jehová mañana. Aquel a quien Jehová escoja, ése será el santo; esto os baste, hijos de Leví.

⁸ Dijo Moisés a Coré:

—Oíd ahora, hijos de Leví: ⁹ ¿Os es poco que el Dios de

Israel os haya apartado de la congregación de Israel, acercándoos a él para que ministréis en el servicio del tabernáculo de Jehová y estéis delante de la congregación para ministrarles? ¹⁰ Hizo que te acercaras, junto con todos tus hermanos, los hijos de Leví, ¿y ahora procuráis también el sacerdocio? ¹¹ Por tanto, tú y todo tu séquito sois los que os juntáis contra Jehová; porque ¿quién es Aarón para que contra él murmuréis?

¹² Luego Moisés mandó llamar a Datán y Abiram, hijos de Eliab. Pero ellos respondieron:

—No iremos allá. ¹³ ¿Es poco que nos hayas hecho venir de una tierra que destila leche y miel, para hacernos morir en el desierto, sino que también te quieres enseñorear de nosotros imperiosamente? ¹⁴ Tampoco nos has metido tú en tierra que fluya leche y miel, ni nos has dado heredades de tierras y viñas. ¿Sacarás los ojos de estos hombres? ¡No subiremos!

¹⁵ Entonces Moisés se enojó mucho, y dijo a Jehová:

—¡No aceptes su ofrenda! Ni aun un asno he tomado de ellos, ni a ninguno de ellos he hecho mal.

¹⁶ Después dijo Moisés a Coré:

—Tú y todo tu séquito, poneos mañana delante de Jehová; tú, ellos y Aarón. ¹⁷ Que cada uno tome su incensario, le ponga incienso y se acerque a la presencia de Jehová cada uno con su incensario: doscientos cincuenta incensarios en total. Tú también, y Aarón, cada uno con su incensario.

¹⁸ Tomó cada uno su incensario, pusieron en ellos el fuego, echaron en ellos incienso y se pusieron a la puerta del Tabernáculo de reunión junto con Moisés y Aarón. ¹⁹ Ya Coré había reunido contra ellos a toda la congregación a la puerta del Tabernáculo de reunión; entonces la gloria de Jehová se apareció a toda la congregación. ²⁰ Jehová habló a Moisés y a Aarón, y les dijo:

²¹ —¡Apartaos de esta congregación, y los consumiré en un momento!

²² Ellos se postraron sobre sus rostros y dijeron:

—Dios, Dios de los espíritus de toda carne, ¿no es un solo hombre el que pecó? ¿Por qué airarte contra toda la congregación?

La rebelión había tenido un débil comienzo con las quejas que surgieron en el extremo del campamento. Aumentó con la rebelión de María y Aarón, y llegó a su clímax con la rebeldía que ocurrió en Cades, cuando el pueblo se negó a entrar a la tierra prometida.

Fue muy natural que las actitudes de rebeldía llegaran a ser más marcadas después de que los israelitas tuvieron que retroceder sin entrar a Canaán. Sin querer admitir su propia culpa, las frustraciones de algunos tomaron forma concreta en la rebelión de Coré. Con actitud desafiante (vea 15:31), culparon a los líderes y a Dios de sus desafortunadas circunstancias. Aunque esa revuelta estaba abiertamente dirigida contra Moisés y Aarón, muestra con claridad que todo pecado es en realidad una rebelión contra Dios.

Esta rebelión, lo mismo que el incidente con el violador del sábado, sólo muestra con mayor claridad que Dios obró con justicia con una generación rebelde. Aunque algunos argumentos pueden ubicar este incidente a fines de los treinta y ocho años del exilio en el desierto, parece ajustarse con más naturalidad como una secuela inmediata del incidente de los espías.

Con qué naturalidad debieron fluir esos pensamientos de rebelión después de los acontecimientos en Cades-barnea. Primero, el pueblo se negó avanzar bajo la bendición del Señor, y después insistieron en ir confiando en sus propias fuerzas, aunque el Señor les había advertido que no lo hicieran. Cuando sufrieron la derrota, no habiendo ido Moisés con ellos, ¿no era lo más natural echarle a la culpa a él y a Aarón? ¿Acaso no es natural que los pecadores les echen la culpa de sus actos a otros, y en especial a los líderes? Parafraseando las palabras de Adán en Génesis 3:12, casi los podemos escuchar diciendo: “Los líderes que nos diste, Señor, nos han dirigido mal. Y por eso no hemos podido entrar a la tierra prometida”.

De esas actitudes resultó una rebelión que apuntaba en dos direcciones. Se dirigió contra el sacerdocio de Aarón y contra el liderazgo nacional de Moisés. A la cabeza, como vocero principal, estaba Coré, que tenía el deseo de ascender de levita a sacerdote. Coré desempeñaba un papel de liderazgo, debido a que era un pariente cercano de Aarón y de Moisés (Éxodo 6:18). Lo apoyaron por completo tres líderes de la tribu de Rubén que estaban, al parecer, tristes porque su tribu no desempeñaba un papel de liderazgo, aunque Rubén había sido el hijo mayor de Jacob. Una base aun más amplia para fomentar la rebelión la proporcionaron 250 líderes de la nación.

La primera declaración de los rebeldes reveló las falsas ideas que había detrás de sus actos (Números 16:3). El error no es tan claro en la traducción, ya que no se distinguen plenamente dos palabras hebreas claves. Una de ellas designa al pueblo de acuerdo con su organización natural, es decir, la nación. La otra designa al pueblo de acuerdo con su llamamiento divino y el propósito dado por Dios, o sea, la iglesia.

La declaración de los rebeldes confundió esas dos palabras. En lugar de decir que la iglesia, es decir, el grupo de los creyentes fieles, era santa, Coré aseguró que toda la nación era santa, y para darle énfasis agregó las palabras “todos ellos”. Lo absurdo de esa declaración es evidente cuando se mira hacia atrás y se ven los errores que cometió el pueblo desde que salió de Egipto. Aquí se revela otra vez la fea aparición del falso orgullo nacionalista, como sucedió cuando María y Aarón, desafiaron el liderazgo de Moisés (Números 12:1).

La siguiente afirmación de los rebeldes: “En medio de ellos está Jehová”, es en sí correcta. Esa es la parte verídica de los alegatos de los rebeldes la que le dio a su pretensión la apariencia de rectitud. Sin embargo, con esto ya se manifestaba el orgullo pecaminoso que posteriormente iba a caracterizar al judaísmo. El tono indicaba que los seguidores de Coré veían la presencia de Dios como un derecho que les pertenecía, y no como una evidencia del amor de Dios basado en un pacto de gracia. Muy pronto se

habían olvidado de la condición ligada a su llamamiento: “Si dais oído a mi voz y guardáis mi pacto” (Éxodo 19:5).

Con esas falsas premisas, los rebeldes alegaron que Moisés y Aarón se habían establecido como los líderes de los israelitas. La acusación final de Números 16:3 estaba dirigida contra los oficios de Moisés y Aarón. Los rebeldes pasaron completamente por alto el hecho de que Dios mismo los había escogido, que él los nombró y los designó como mediadores entre él y la congregación. Dios les ordenó que capacitaran al pueblo para que algún día cumpliera el papel que Dios le había asignado de darle al Salvador de toda la humanidad.

El desafío de los rebeldes estaba ahora al descubierto. Insistían en que Moisés y Aarón eran usurpadores arrogantes. Como tales, no merecían los oficios de liderazgo espiritual y nacional en Israel.

La primera reacción de Moisés fue postrarse sobre su rostro en el tabernáculo de reunión (Números 16:4). Pudo haberse preguntado por qué el Señor no había destruido a Coré y a sus seguidores allí mismo. Moisés percibió la blasfemia en sus falsas aseveraciones acerca de la santidad de Israel. No obstante, el Señor decidió esperar hasta el día siguiente. A su debido tiempo, Dios mismo iba a poner muy en claro que él había llamado a Moisés y a Aarón a sus cargos de liderazgo.

El procedimiento que se propuso fue sencillo y directo. La prueba se iba a basar en el mandamiento del Señor de que sólo los sacerdotes debían quemar incienso en el tabernáculo. Si Coré y sus seguidores traían sus incensarios y quemaban incienso en el tabernáculo, desafiarían deliberadamente las ordenanzas de Dios. Por lo tanto, el procedimiento escogido le iba a permitir a Dios mostrar si aceptaba la ofrenda de incienso de Coré y sus seguidores, en preferencia a la de Aarón, el sumo sacerdote.

Pero aun mientras Moisés describía el procedimiento, se sintió impulsado a advertir a Coré y a sus seguidores que consideraran cuidadosamente lo que estaban haciendo. “Esto os baste” (Números 16:7). ¿No era suficiente el privilegio de haberlos apartado para el servicio en el tabernáculo como levitas?

“¿Procuráis también el sacerdocio?” Entonces Moisés también señaló la extrema gravedad de su desafío diciendo: “Tú y todo tu séquito sois los que os juntáis contra Jehová; porque, ¿quién es Aarón para que contra él murmuréis?” (Números 16:11). En esta declaración, Moisés señala que su rebelión realmente era contra el Señor, quien había designado y llamado a Aarón como sumo sacerdote.

El juicio del Señor

²³ Jehová habló a Moisés y le dijo:

²⁴—Habla a la congregación y diles: Apartaos de los alrededores de la tienda de Coré, Datán y Abiram.

²⁵ Moisés se levantó y fue adonde estaban Datán y Abiram, y los ancianos de Israel lo siguieron. ²⁶ Y habló a la congregación, diciendo:

—Apartaos ahora de las tiendas de estos hombres impíos, y no toquéis ninguna cosa suya, para que no perezcáis por todos sus pecados.

²⁷ Ellos se apartaron de los alrededores de las tiendas de Coré, de Datán y de Abiram; y Datán y Abiram salieron y se pusieron a la entrada de sus tiendas, con sus mujeres, sus hijos y sus pequeñuelos. ²⁸ Moisés dijo:

—En esto conoceréis que Jehová me ha enviado para que hiciera todas estas cosas, y que no las hice de mi propia voluntad. ²⁹ Si como mueren todos los hombres mueren estos, o si al ser visitados ellos corren la suerte de todos los hombres, Jehová no me envió. ³⁰ Pero si Jehová hace algo nuevo, si la tierra abre su boca y se los traga con todas sus cosas, y descienden vivos al seol, entonces conoceréis que estos hombres irritaron a Jehová.

³¹ Aconteció que cuando terminó de decir todas estas palabras, se abrió la tierra que estaba debajo de ellos.

³² Abrió la tierra su boca y se los tragó a ellos, a sus casas, a todos los hombres de Coré y a todos sus bienes. ³³ Ellos, con

todo lo que tenían, descendieron vivos al seol; los cubrió la tierra y desaparecieron de en medio de la congregación. ³⁴ Al oír sus gritos, todo Israel, los que estaban en derredor de ellos, huyeron, diciendo: «¡No sea que nos trague también la tierra!» ³⁵ También salió fuego de la presencia de Jehová, que consumió a los doscientos cincuenta hombres que ofrecían el incienso.

³⁶ Jehová habló a Moisés y le dijo: ³⁷ «Di a Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, que tome los incensarios de en medio del incendio y derrame más allá el fuego, porque están santificados ³⁸ los incensarios de estos que pecaron contra sus almas. Harán de ellos planchas batidas para cubrir el altar, por cuanto ofrecieron con ellos delante de Jehová y están santificados. Serán como una señal para los hijos de Israel.»

³⁹ El sacerdote Eleazar tomó los incensarios de bronce con que los quemados habían ofrecido, y los convirtieron en láminas para cubrir el altar, ⁴⁰ como recuerdo a los hijos de Israel de que ningún extraño que no sea de la descendencia de Aarón se acerque para ofrecer incienso delante de Jehová, no sea que le ocurra como a Coré y como a su séquito, según se lo dijo Jehová por medio de Moisés.

Este segundo desafío iba dirigido contra el liderazgo de Moisés. Para tratar abiertamente el asunto, Moisés mandó llamar a Datán y Abiram, los principales compañeros en la conspiración (Números 16:12 en adelante). Estos líderes se negaron con insolencia a asistir a la convocatoria. La queja contra Moisés consistía en que había conducido al pueblo al desierto para morir. Al describir a Egipto como una tierra donde fluye leche y miel, pasaban por alto los años de esclavitud y sufrimiento que el pueblo había soportado. Además, se quejaron de que el método de administración de Moisés era que sencillamente “te quieres enseñorear de nosotros imperiosamente” (Números 16:13), y aun más, que no había podido llevar a cabo la promesa de llevarlos a la tierra donde fluye leche y miel. Según ellos, era completamente

la culpa de Moisés que el pueblo no hubiera recibido su herencia. ¡Era el colmo! A Moisés no se le hubiera permitido engañarlos nunca más con falsas apariencias. “No subiremos” (Números 16:14).

Cuando se le informó esto a Moisés, se le agotó la paciencia. De ninguna manera había sido un capataz cruel con el pueblo. Ni siquiera había tomado un burro de ellos. “A ninguno de ellos he hecho mal”. No obstante, dejó el problema en las manos del Señor, aun cuando aseguraba que esa acusación no tenía fundamento.

Aunque Moisés parecía desear una solución inmediata, el Señor decidió esperar hasta el día siguiente para dar una solución final a esta rebelión.

Por lo tanto, Moisés les repitió las instrucciones a Coré y a sus seguidores, recordándoles que se presentaran el día siguiente con sus incensarios, y les aseguró que Aarón haría lo mismo.

Al día siguiente, Coré y su compañía se atrevieron a presentarse en el tabernáculo. Sin ningún temor caminaron hasta la entrada del tabernáculo de reunión, el lugar donde los sacerdotes debían desempeñar sus funciones. El pueblo se había reunido afuera para darle apoyo moral a la pretensión de Coré. La influencia de la rebelión ya se había extendido demasiado.

Sin embargo, había llegado el momento para el juicio de Dios. Apareció la “gloria de Jehová”, es decir, la luz mediante la cual se manifestaba entre los israelitas (Números 16:19). Como Moisés había indicado, el problema verdadero era que los rebeldes desafiaban las órdenes del Señor; por eso el Señor decidió el asunto. Debido a que el pueblo había dado apoyo moral a Coré y a los otros rebeldes, Dios otra vez estaba dispuesto a consumir a toda la nación “en un momento” (Números 16:21).

En esta crisis, Moisés y Aarón aún abogaron delante del Señor a favor del pueblo. Moisés, el vocero, apeló a Dios como el autor de la vida, y presentó el argumento que, aunque una persona sí había pecado, Dios no debería estar disgustado con toda la nación. En su misericordia, el Señor cedió en cuanto a todo el pueblo.

¡No obstante, los rebeldes tenían que ser castigados de inmediato! Dios le ordenó a Moisés que le pidiera al pueblo que se apartara de las tiendas de Datán, Abirám y de los otros líderes. Pero ni siquiera esta advertencia llegó a los corazones de los cabecillas.

Entonces Moisés llegó hasta las tiendas de Datán y Abiram. Además, anunció que si los rebeldes morían de muerte natural, sería apropiado concluir que el Señor no lo había escogido a él. Pero no tendrían una muerte natural; la tierra se iba a abrir y se iba a tragar a los rebeldes.

Sin embargo, los rebeldes permanecieron todavía impasibles. En una actitud de desafío, Datán y Abiram se quedaron a las puertas de sus tiendas con sus familias. Observaron con aire retador a Moisés mientras se acercaba.

Apenas había terminado de hablar Moisés cuando ocurrió el aterrador castigo. La tierra se abrió y tragó a Coré, Datán y Abiram, a sus casas, a sus seguidores, y a todos sus bienes. Fueron literalmente borrados de la faz de la tierra sin dejar rastro.

La repentina y abrumadora catástrofe hizo que el pueblo retrocediera lleno de pánico. Temían que el castigo los alcanzara a ellos también.

Mientras tanto, en el tabernáculo, el Señor puso en efecto su juicio contra los 250 hombres que estaban ofreciendo incienso. Salió fuego de “delante de Jehová”. De manera similar a la forma como Dios castigó a Nadab y Abiú (vea Levítico 10), que también habían ido al tabernáculo con fuego extraño, los 250 hombres que ofrecían incienso en el tabernáculo fueron consumidos con fuego. Sin embargo, la devastación parece haber sido más completa en esta situación, puesto que no se menciona el entierro de estas personas (Números 16:35). Al parecer, el fuego del Señor los consumió por completo. Los 250 hombres desaparecieron; sólo quedaron los incensarios de bronce que habían utilizado. Como los incensarios habían sido presentados en el tabernáculo, el Señor los consideró consagrados a él. Por esta razón, a Eleazar se le ordenó recogerlos y moldearlos a martillo en cubiertas de bronce

para el altar. En los años por venir, esa cubierta del gran altar iba a ser un recordatorio constante de que “ningún extraño que no sea de la descendencia de Aarón se acerque para ofrecer incienso delante de Jehová”.

Es necesario agregar una nota especial acerca de los hijos de Coré que aparecen en otras páginas de la Escritura. Tal parece que no todos los hijos de Coré se unieron a su rebelión, y en consecuencia, no murieron. Los descendientes se mencionan como cantores en relación con algunos salmos, por ejemplo el Salmo 42. Aunque Dios castiga generación tras generación del pueblo infiel, también es claro que recordará y bendecirá a los que permanecen fieles a él. Puede encontrar una forma para que le sirvan.

Otra vez se necesitaba un mediador

⁴¹ Al día siguiente, toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón, diciendo:

«Vosotros habéis dado muerte al pueblo de Jehová».

⁴² Aconteció que cuando se juntó la congregación contra Moisés y Aarón, miraron hacia el Tabernáculo de reunión y vieron que la nube lo había cubierto, y apareció la gloria de Jehová. ⁴³ Entonces fueron Moisés y Aarón delante del Tabernáculo de reunión, ⁴⁴ y Jehová dijo a Moisés:

⁴⁵ «¡Apartaos de en medio de esta congregación, y los consumiré en un momento!»

Ellos se postraron sobre sus rostros. ⁴⁶ Y Moisés dijo a Aarón:

«Toma el incensario, pon en él fuego del altar y échale incienso; vete enseguida adonde está la congregación, y haz expiación por ellos, porque el furor ha salido de la presencia de Jehová y la mortandad ha comenzado».

⁴⁷ Aarón tomó el incensario, como Moisés dijo, y corrió en medio de la congregación; la mortandad había comenzado ya en el pueblo. Puso el incienso e hizo expiación por el pueblo. ⁴⁸ Luego se puso entre los muertos y los vivos, y cesó

la mortandad. ⁴⁹ Los que murieron en aquella mortandad fueron catorce mil setecientos, sin contar los muertos por la rebelión de Coré. ⁵⁰ Después, cuando la mortandad había cesado, volvió Aarón con Moisés a la puerta del Tabernáculo de reunión.

¡La necesidad de encontrar a quien culpar todavía mostraba su siniestro rostro entre el pueblo! Estaban atemorizados por los acontecimientos que destruyeron a Coré y a sus seguidores. Resulta triste decirlo, pero esos juicios de Dios no los llevaron al arrepentimiento. Al día siguiente, todo el pueblo se rebeló otra vez contra Moisés y Aarón. Dijeron: “Vosotros habéis dado muerte al pueblo de Jehová” (Números 16:41). ¡Qué concepto tan alto tenían de Coré y de sus seguidores! ¡Qué concepto tan supersticioso tenían ellos de los poderes de Moisés y Aarón! El juicio de Dios sobre Coré mostró claramente su sello de aprobación sobre Moisés y Aarón. Sin embargo, el pueblo los acusó de retener sus cargos de una manera egoísta y mágica, exterminando al “verdadero pueblo de Dios”.

Ya sea con la esperanza de alivio o anticipando otro castigo, Moisés y Aarón se volvieron instintivamente hacia el tabernáculo de reunión. No se sintieron defraudados; la “gloria de Jehová” apareció nuevamente. El Señor otra vez estaba a punto de consumir a todo el pueblo en un instante.

¿Qué podría decir Moisés ahora? Había abogado con elocuencia en el monte Sinaí; también lo hizo fielmente en Cadesbarnea. El día anterior había buscado con desesperación un argumento para impedir que el Señor exterminara a la nación. ¿Qué se podía decir a favor del pueblo que otra vez se rebelaba? Moisés se puso a la altura de las circunstancias, usando la propia ordenanza de Dios, la ofrenda de incienso, presentada por Aarón, el sumo sacerdote designado por Dios. Moisés instruyó a Aarón para que ofreciera incienso de inmediato, ya que había comenzado la mortandad entre el pueblo.

Aarón obedeció. Con la audacia propia del siervo designado de Dios, Aarón corrió en medio del pueblo para ponerse entre los vivos y los muertos. Desde luego, se debe destacar y elogiar el valor que tuvo para salir a ponerse en contacto con el pueblo que momentos antes había estado tan irritado. Procedió como sumo sacerdote, incluso cuando el pueblo pecaba. Su ejemplo es digno de imitación por todos los que son llamados a ser ministros públicos del evangelio.

Mediante la acción de Aarón se detuvo la mortandad.

No obstante, la severidad del Señor fue evidente: 14.700 personas perecieron, “sin contar los muertos por la rebelión de Coré” (16:49). Sin embargo, también es evidente la bondad del Señor hacia este pueblo, ya que lo preservó y cumplió la promesa que les había hecho. De acuerdo con sus propósitos misericordiosos, los mantuvo durante los años restantes en el desierto.

El Señor también proveyó con gran misericordia lo necesario para su pueblo por medio del sacerdocio. Desde luego, Aarón demostró claramente la función de sustituto y de mediador del sacerdote. Estaba dispuesto a ofrecerse entre los vivos y los muertos. El incienso que ofreció representaba la oración delante del Señor. Cuando a Moisés se le habían agotado las palabras y las razones, las oraciones implícitas en la ofrenda de incienso fueron suficientes para contener la ira de Dios. Debemos recordar muy bien el papel del Espíritu Santo que “intercede por nosotros con gemidos indecibles” (Romanos 8:26). Sin duda, esta obra del Espíritu Santo estaba obrando cuando el Señor detuvo la mortandad.

LOS AÑOS QUE ANDUVIERON ERRANTES

La vida en adoración

El día anterior, Dios había demostrado la importancia del sacerdocio de Aarón mediante un juicio sobrecogedor. Ahora Dios escogió un bello símbolo para dar una prueba adicional de que había escogido a Aarón como sumo sacerdote. Lo demostró con el milagro de la vara que floreció. Otro aspecto de la voluntad de Dios incluyó instrucciones adicionales para los sacerdotes y para los levitas. Para la vida de adoración de su pueblo del Antiguo Testamento, el Señor decidió definir exactamente cómo se debía preparar el agua de la purificación. Se debía usar en la purificación de los que estaban ceremonialmente impuros.

Florece la vara de Aarón

17 Habló Jehová a Moisés y le dijo: ²«Habla a los hijos de Israel, y toma de todos sus príncipes una vara por cada casa paterna: doce varas en total, conforme a las casas de sus padres. Tú escribirás el nombre de cada uno sobre su vara, ³ y sobre la vara de Leví escribirás el nombre de Aarón, pues cada jefe de familia paterna tendrá una vara. ⁴ Las pondrás en el Tabernáculo de reunión delante del Testimonio, donde yo me manifestaré a vosotros. ⁵ Florecerá la vara del hombre que yo escoja, y así haré cesar delante de mí las quejas que murmuran los hijos de Israel contra vosotros».

⁶ Moisés habló a los hijos de Israel, y todos los príncipes de ellos le dieron varas; cada príncipe una vara en representación de sus casas paternas: en total doce varas. La vara de Aarón estaba entre las varas de ellos. ⁷ Moisés puso las varas delante de Jehová en el tabernáculo del Testimonio. ⁸ Y aconteció que al día siguiente fue Moisés al tabernáculo del Testimonio y vio que la vara de Aarón de la casa de Leví

había reverdecido, echado flores, arrojado renuevos y producido almendras. ⁹ Entonces sacó Moisés todas las varas de delante de Jehová ante todos los hijos de Israel; ellos lo vieron, y tomó cada uno su vara. ¹⁰ Y Jehová dijo a Moisés: «Vuelve a colocar la vara de Aarón delante del Testimonio, para que se guarde como señal para los hijos rebeldes. Así harás cesar sus quejas delante de mí, para que no mueran».

¹¹ Moisés hizo como le mandó Jehová: así lo hizo.

¹² Entonces los hijos de Israel dijeron a Moisés: «¡Nos estamos muriendo! ¡Estamos perdidos! ¡Todos nosotros estamos perdidos! ¹³ Cualquiera que se acerque, el que se llegue al tabernáculo de Jehová, morirá. ¿Acabaremos por perecer todos?»

El Señor procedió de otra manera para sofocar la rebelión. Su objetivo era librarse de las constantes murmuraciones de los israelitas contra él. Así que les dio una señal por la cual el pueblo iba a saber que, en efecto, él había escogido a Aarón para ser el sumo sacerdote. ¡La prueba era bien sencilla! El jefe de cada tribu debía llevar una vara y, para evitar cualquier duda, se debía escribir el nombre de cada jefe en su vara. Para esta prueba particular, Aarón debía llevar la vara de los levitas.

Dios prometió que iba a hacer florecer la vara del hombre que él había escogido. Así que colocaron las varas en la parte más interna del tabernáculo durante la noche. La madera seca de una de las varas iba a tener vida otra vez, iba a retoñar. Con su acostumbrado cuidado meticuloso, Moisés siguió las órdenes del Señor.

Al día siguiente sacaron las varas, y todos se dieron cuenta del asombroso poder del Señor, y fue evidente para todos a quien había escogido. La vara de Aarón no sólo había echado hojas, sino también capullos había florecido y produjo almendras. Dios no sólo le dio vida a la vara seca, sino que de la noche a la mañana hizo que sucediera lo que normalmente toma semanas y meses. En contraste, las otras varas quedaron secas, sin haber producido nada.

La señal del Señor en efecto respaldaba el sacerdocio de Aarón.

Dios tenía un propósito adicional para la vara de Aarón; quería que fuera guardada en el tabernáculo. Esa iba a ser la señal para las futuras generaciones de que el Señor había escogido sólo a Aarón y a sus descendientes para el sacerdocio y el sumo sacerdocio.

Incluso la colocación de la vara en el tabernáculo fue un acto de misericordia. El Señor esperaba librarse de las murmuraciones contra él. Ya sea que los murmuradores se dieran cuenta o no, el hecho de criticar a los líderes que Dios había escogido equivalía a criticarlo a él mismo, y el Señor deseaba que cesara todo eso. No quería que su paciencia se agotara. Quería que ellos tuvieran clara evidencia “para que no mueran” (Números 17:10). Por otro lado, las señales fueron claras. En adelante no iba a haber excusa para el pueblo si le volvían la espalda y eran destruidos.

El Señor hizo exactamente lo que prometió, pero el pueblo reaccionó con exageración una vez más. Note el orden ascendente de sus palabras: “muriendo - perdidos - todos perdidos – el que se llegue al tabernáculo - ¿acabaremos por perecer todos?” En la psicología de las masas, ellos partieron de la verdad, la sobrecargaron de emoción, y llegaron a una absurda exageración. ¡Con frecuencia Satanás aplica ingeniosamente ese error psicológico para hacer parecer muy irrazonable al Señor! ¡Qué maravilloso es el hecho de que Dios no procede según los excesos del hombre! ¡Tenemos al Dios clemente y misericordioso, que incluso perdona esas debilidades y exageraciones humanas!

En conclusión, debe tomarse nota de que Dios presenta la vara de Aarón como una imagen del eterno sacerdocio de Cristo, que puede salvar a los que por medio de él se acercan a Dios, puesto que él vive siempre para interceder por ellos (Hebreos 7:24,25).

Las responsabilidades de los sacerdotes y de los levitas

18 Jehová dijo a Aarón: «Tú, tus hijos y tu casa paterna cargaréis con el pecado del santuario; y tú y tus hijos cargaréis con el pecado de vuestro sacerdocio. ² Haz que también tus hermanos se acerquen a ti y se reúnan contigo: la tribu de Leví, la tribu de tu padre, y te servirán. Tú y tus hijos serviréis delante del tabernáculo del Testimonio. ³ Harán lo que tú ordenes y cuidarán de todo el Tabernáculo, pero no se acercarán a los utensilios santos ni al altar, para que no mueran ellos y vosotros. ⁴ Colaborarán, pues, contigo, y desempeñarán el ministerio del Tabernáculo de reunión, todo el servicio del Tabernáculo, y ningún extraño se ha de acercar a vosotros. ⁵ Tendréis el cuidado del santuario, y el cuidado del altar, para que no venga más la ira sobre los hijos de Israel. ⁶ Porque yo he tomado a vuestros hermanos, los levitas, de entre los hijos de Israel, dados a vosotros como un don de Jehová, para que sirvan en el ministerio del Tabernáculo de reunión. ⁷ Pero tú y tus hijos contigo os ocuparéis de vuestro sacerdocio en todo lo relacionado con el altar, del velo adentro, y ministrareis. Yo os he dado como un don el servicio de vuestro sacerdocio; el extraño que se acerque, morirá».

¿Habían perdido los levitas su posición por la rebelión de Coré? Para contestar esa clase de preguntas, Dios se dirige directamente a Aarón y aclara que los levitas todavía debían servir en el tabernáculo. Aarón (el sumo sacerdote), y sus hijos (los sacerdotes), y la familia de su padre, iban a cargar con las faltas cometidas contra el santuario. Sólo el sumo sacerdote y los sacerdotes serían responsables del pecado contra el sacerdocio, es decir, contra el adecuado trabajo de los sacerdotes. ¡Qué solemne responsabilidad! No se debía hacer nada que deshonrara al tabernáculo o al sacerdocio.

Las instrucciones anteriores se habían centrado en el traslado y en el cuidado del tabernáculo. Esta sección se centra en el servicio que los levitas debían prestar en apoyo a los sacerdotes en sus funciones sacerdotales. En efecto, el Señor tenía la intención de que los levitas fieles sirvieran después de la rebelión de Coré.

El trabajo de los levitas tenía que ver especialmente con las partes externas del tabernáculo. Los límites estaban muy claros. Puesto que el tabernáculo era el lugar donde habitaba la gloria del Señor en la tierra, sólo a los sacerdotes se les permitía encargarse de los utensilios del santuario o del altar. Entonces, los levitas eran responsables ante los sacerdotes y estos lo eran ante Dios. Si los sacerdotes y los levitas no seguían los mandatos del Señor, perderían sus vidas.

El Señor subraya de nuevo estas órdenes, al hacer hincapié en que él no quería que los israelitas sufrieran. Por eso, el cuidado del santuario y del altar, se le asignó sólo a los sacerdotes. En estos asuntos no se les permitió a los levitas sustituir a los sacerdotes.

Para evitar la tentación de una presunción como la de Coré, el Señor describió el servicio del sacerdocio como un “don” (18:7). No se ganaba el oficio del sacerdocio ni tampoco el privilegio de servir como levita. Por su misericordia, el Señor le había dado el sacerdocio a la familia de Aarón. En otro acto de bondad amorosa se les permitió a los levitas que ayudaran a los sacerdotes. Por eso, se describió apropiadamente a los sacerdotes y a los levitas como dones de Dios a Israel. Desde luego, el honor de servir en el tabernáculo también se designa como un don. Ni los levitas ni los descendientes de Aarón tenían el derecho de exigirle este honor o responsabilidad a Dios; se les asignó como un acto misericordioso de Dios. Iban a tener el alto honor de servir a Dios directamente y al mismo tiempo servir como un regalo para el pueblo. ¡Qué gran privilegio es el de ser líderes en la adoración al Dios misericordioso y clemente!

En el Nuevo Testamento, el Señor no ha apartado a un grupo tal de personas que deban servir en un sacerdocio como intermediarios entre el hombre y Dios. En efecto, la Biblia llama

a todos los creyentes reyes y sacerdotes en el reino de Dios (Apocalipsis 1:6). Cuán grande honor le otorga el Señor a cada creyente para que pueda acercarse directamente a él como un sacerdote y dirigirse a él como “¡Padre nuestro!” ¡Debemos considerar esta relación como un regalo especial! ¡Con cuánto gusto debemos servir al Dios tan generoso, ya que nosotros también recibimos nuestros privilegios sólo como un don de la gracia de Dios! No obstante, el Señor también dice que quienes son llamados a ser líderes en la iglesia son dones (Efesios 4:11).

Ofrendas para los sacerdotes y los levitas

⁸ Jehová dijo a Aarón: «Yo te he dado también el cuidado de mis ofrendas. Todas las cosas consagradas de los hijos de Israel te las he dado a ti y a tus hijos en virtud de la unción, por estatuto perpetuo. ⁹ Esto será tuyo de la ofrenda de las cosas santas, reservadas del fuego: todas las ofrendas que me han de presentar, todo presente suyo, toda expiación por su pecado y toda expiación por su culpa, será cosa muy santa para ti y para tus hijos. ¹⁰ En el santuario la comerás; todo varón comerá de ella. Cosa santa será para ti.

¹¹»Esto también será tuyo: la ofrenda elevada de sus dones y todas las ofrendas medidas de los hijos de Israel; te las he dado a ti, a tus hijos y a tus hijas por estatuto perpetuo. Cualquiera que esté limpio en tu casa, comerá de ellas. ¹² De aceite, de mosto y de trigo, todo lo más escogido, las primicias de ello, que presentarán a Jehová, para ti las he dado. ¹³ Las primicias de todas las cosas de su tierra, las cuales traerán a Jehová, serán tuyas. Cualquiera que esté limpio en tu casa, comerá de ellas. ¹⁴ Todo lo consagrado por voto en Israel será tuyo.

¹⁵»Todo lo que abre matriz, de toda carne, tanto de hombres como de animales que se ofrecen a Jehová, será tuyo. Pero harás que se redima el primogénito del hombre y harás también redimir el primogénito de animal inmundos.

16 De un mes de nacidos harás efectuar su rescate, conforme a tu estimación, por el precio de cinco siclos, conforme al siclo del santuario, que es de veinte geras. 17 Pero no redimirás el primogénito de vaca, el primogénito de oveja y el primogénito de cabra: santificados son. Rociarás su sangre sobre el altar y quemarás su grasa, ofrenda quemada de olor grato a Jehová. 18 Su carne será tuya; así como el pecho de la ofrenda mecida y la pierna derecha. 19 Todas las ofrendas elevadas de las cosas santas que los hijos de Israel presenten a Jehová, las he dado para ti, tus hijos y tus hijas por estatuto perpetuo. Un pacto de sal perpetuo es éste delante de Jehová para ti y tu descendencia».

20 Jehová dijo a Aarón: «De la tierra de ellos no tendrás heredad ni entre ellos tendrás parte. Yo soy tu parte y tu heredad en medio de los hijos de Israel. 21 Yo he dado a los hijos de Leví todos los diezmos en Israel como heredad por su ministerio, por cuanto ellos sirven en el ministerio del Tabernáculo de reunión. 22 Los hijos de Israel no se acercarán al Tabernáculo de reunión, para que no carguen con un pecado por el cual mueran. 23 Pero los levitas harán el servicio del Tabernáculo de reunión, y ellos cargarán con su iniquidad. Es estatuto perpetuo para vuestros descendientes: no poseerán heredad entre los hijos de Israel. 24 Porque a los levitas les he dado como heredad los diezmos de los hijos de Israel, que presentarán como ofrenda a Jehová, por lo cual les he dicho: “Entre los hijos de Israel no poseerán heredad”».

25 Jehová dijo a Moisés: 26 «Hablarás a los levitas y les dirás: Cuando toméis los diezmos de los hijos de Israel que os he dado como vuestra heredad, vosotros presentaréis de ellos, como ofrenda mecida a Jehová, el diezmo de los diezmos. 27 Se os contará vuestra ofrenda como grano de la era y como producto del lagar. 28 Así presentaréis también vuestra ofrenda a Jehová de todos los diezmos que recibáis

de los hijos de Israel; se la daréis al sacerdote Aarón como ofrenda reservada a Jehová. ²⁹ De todos los dones que recibáis, reservaréis la ofrenda a Jehová; de todo lo mejor de ellos separaréis la porción que ha de ser consagrada.

³⁰»También les dirás: Cuando hayáis separado lo mejor de los dones, que le será contado a los levitas como producto de la era y como producto del lagar, ³¹ lo comeréis en cualquier lugar, vosotros y vuestras familias, pues es vuestra remuneración por vuestro ministerio en el Tabernáculo de reunión. ³² No cargaréis con ningún pecado, cuando presentéis lo mejor. Así no contaminaréis las cosas santas de los hijos de Israel, y no moriréis».

La palabra “para” es la clave en el título de esta sección. En lugar de considerar las ofrendas que presentaban los sacerdotes, Dios nos informa que esas ofrendas también iban a ser el sustento para los sacerdotes y los levitas. En esta sección, el Señor indica que ciertas partes de las ofrendas que no se quemaban con el fuego se las iba a dar a los sacerdotes y a los levitas.

Los sacerdotes iban a tener las porciones de las ofrendas de cereales, de expiación por el pecado y de expiación por la culpa que el fuego no consumiera en el altar del Señor. De esas ofrendas podía comer todo varón de la familia del sacerdote. Esto se hacía para mostrar que la ofrenda era verdaderamente santa, es decir, consagrada al Señor.

Todos los miembros de las casas de los sacerdotes podían comer de las ofrendas molidas, de las primicias y de otras ofrendas que se consagraban al Señor. En la familia del sacerdote, el único requisito consistía en que cada persona debía estar ceremonialmente limpia.

Dar esas porciones de las ofrendas a los sacerdotes fue la manera como el Señor les dio una herencia entre los israelitas. Debido a que ellos dedicaban su vida al trabajo en el tabernáculo, en vez de darles tierra como herencia, Dios los sustentó con las ofrendas.

De una manera similar, el Señor sustentó a los levitas, cuyas vidas estaban también dedicadas al servicio del tabernáculo. Los levitas recibieron la décima parte de lo que el pueblo le ofrendara al Señor. Mediante esa disposición, el Señor les dio una herencia a los levitas. De ese modo podían dedicarse totalmente a la obra del Señor. Al igual que los sacerdotes, ellos no heredaron una tierra, sino que su herencia iba a ser su trabajo en la casa de Jehová.

De acuerdo con esas instrucciones, los levitas les debían dar a los sacerdotes una décima parte de las ofrendas que recibieran. Los sacerdotes a su vez le darían al sumo sacerdote la décima parte de lo que recibieran. Aquí se presenta con claridad el principio de que deben ofrendar incluso los que sirven al Señor directamente en la iglesia. No obstante, sin duda, toda esta sección presenta el principio de que el obrero es digno de su salario. Las personas que se dedican de tiempo completo al trabajo del Señor tienen el derecho de recibir su sustento de ese trabajo. El mismo principio se aplica en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento.

Las aguas para la purificación

19 Jehová habló a Moisés y a Aarón, y les dijo: ² «Esta es la ordenanza de la ley que Jehová ha prescrito, diciendo: Di a los hijos de Israel que te traigan una vaca rojiza, perfecta, en la cual no haya falta, sobre la cual no se haya puesto yugo. ³ La daréis a Eleazar, el sacerdote, quien la sacará fuera del campamento y la hará degollar en su presencia. ⁴ Entonces Eleazar, el sacerdote, tomará de la sangre con su dedo y rociará siete veces con ella hacia la parte delantera del Tabernáculo de reunión. ⁵ Después hará quemar la vaca ante sus ojos; hará quemar su cuero, su carne, su sangre y hasta su estiércol. ⁶ Luego tomará el sacerdote madera de cedro, hisopo y tela roja, y lo echará en medio del fuego en que arde la vaca. ⁷ El sacerdote lavará luego sus vestidos, lavará también su cuerpo con agua y después entrará en el campamento; y el sacerdote quedará

impuro hasta la noche. ⁸Asimismo el que la quemó lavará sus vestidos en agua, también lavará en agua su cuerpo, y quedará impuro hasta la noche. ⁹Un hombre que esté puro recogerá las cenizas de la vaca y las pondrá fuera del campamento en lugar limpio, y las guardará la congregación de los hijos de Israel para el agua de purificación; es un sacrificio de expiación. ¹⁰El que recogió las cenizas de la vaca lavará sus vestidos, y quedará impuro hasta la noche. Este será estatuto perpetuo para los hijos de Israel y para el extranjero que habita entre ellos.

¹¹»El que toque un cadáver de cualquier persona, quedará impuro siete días. ¹²Al tercer día se purificará con aquella agua, y al séptimo día será limpio. Si al tercer día no se purifica, no será limpio al séptimo día. ¹³Todo aquel que toque un cadáver de cualquier persona, y no se purifique, contamina el tabernáculo de Jehová. Esa persona será eliminada de Israel, por cuanto el agua de la purificación no fue rociada sobre él: impuro quedará, y su impureza permanecerá sobre él.

¹⁴»Esta es la ley para cuando alguien muera en la tienda: cualquiera que entre en la tienda, y todo el que esté en ella, quedará impuro durante siete días. ¹⁵Y toda vasija abierta, cuya tapa no esté bien ajustada, será inmunda.

¹⁶»Cualquiera que en campo abierto toque a algún muerto a espada, o algún cadáver o hueso humano o sepulcro, siete días quedará impuro.

¹⁷»Para el impuro tomarán de la ceniza de la vaca quemada de la expiación, y echarán sobre ella agua corriente en un recipiente. ¹⁸Luego un hombre que esté puro tomará hisopo, lo mojará en el agua y rociará sobre la tienda, sobre todos los muebles, sobre las personas que allí estén, y sobre aquel que haya tocado el hueso, el asesinado, el muerto o el sepulcro. ¹⁹El hombre que esté puro rociará sobre el impuro los días tercero y séptimo, y cuando lo haya purificado al séptimo día, lavará sus vestidos, se lavará a sí mismo con

agua y quedará limpio por la noche. ²⁰ La persona impura que no se purifique, será eliminada de en medio de la congregación, por cuanto contaminó el tabernáculo de Jehová; no fue rociada sobre él el agua de la purificación: es impuro. ²¹ Les será estatuto perpetuo. También el que rocíe el agua de la purificación lavará sus vestidos, y el que toque el agua de la purificación quedará impuro hasta la noche. ²² Y todo lo que el impuro toque, será inmundo; y la persona que lo toque a él, quedará impura hasta la noche».

Toda una generación de Israel iba a morir en el desierto. El lento conteo de la muerte iba en progreso. Contra este fondo, el Señor dio ahora instrucciones en cuanto a la impureza ceremonial que ocurría por causa de los cadáveres, y acerca de la purificación de esa impureza.

En el huerto de Edén, la muerte entró al mundo como castigo por el pecado. Por eso, a la vista de Dios la muerte era “impura”. La muerte fue una intrusión en el mundo perfecto de Dios. Un israelita, con el solo hecho de tocar un cadáver, quedaba ceremonialmente impuro. A la persona impura, se la excluía durante siete días de la vida religiosa del pueblo y también se la aislaba de la sociedad, ya que cualquier persona que llegara a tener contacto con ella quedaría impura. En los días tercero y séptimo se tenían que seguir ciertos ritos para restaurar a la persona al estado de limpieza.

Para llevar a cabo el rito de limpieza, se tenía que preparar cierto tipo de cenizas. Fuera del campamento, se debía quemar por completo una vaca rojiza, incluyendo su sangre. Se debían aumentar las cenizas agregando madera de cedro, hisopo y lana púrpura. Las cenizas resultantes se podían usar en el agua de purificación que se utilizaba en el ritual de purificación de los que estaban ceremonialmente impuros.

Los versículos 11-16 definen las situaciones en las que la persona en relación con un cadáver llegaba a ser ceremonialmente

impura. El principio básico consistía en que cualquiera que tocara un cadáver o incluso tocara un hueso humano o una tumba, sería impuro durante siete días. También se debía aplicar la condición de impuro a materiales y vasijas abiertas, que hubieran estado dentro de la tienda donde alguien hubiera muerto. Entre los factores que hacían tan difícil el estado de impureza estaba el hecho de que cualquier cosa que la persona tocara también quedaba inmundada.

Comenzando con el versículo 17, el capítulo se centra en el ritual de la purificación. Una parte esencial de ese ritual era el agua de purificación en la que se habían diluido las cenizas de una vaca rojiza. En los días tercero y séptimo, se rociaba el agua de purificación sobre la persona y sobre todo lo que se había vuelto inmundado por el contacto con un cadáver. En el día séptimo, la persona que había sido impura también tenía que lavar sus vestidos y su cuerpo como parte del proceso de purificación.

Había resultados adicionales de la impureza. La persona que rociaba el agua de purificación también quedaba impura hasta la noche.

Este capítulo nos ayuda a comprender algunos acontecimientos que se narran en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, el deseo de los líderes judíos al caer la tarde de bajar de las cruces a Jesús y a los dos malhechores, se basa en el hecho de que la muerte iba a producir impureza en un día santo. Para apresurar la muerte, le pidieron a Pilato que ordenara quebrar los huesos de las personas crucificadas.

Además, blanqueaban todos los cementerios y los sepulcros, para advertir a toda persona que accidentalmente pudiera hacerse impura. La costumbre proporcionó el fondo para la afirmación que hizo Jesús de que los fariseos eran “sepulcros blanqueados” (Mateo 23:27). El simbolismo de la afirmación de Jesús, fue que sus adversarios en realidad estaban muertos espiritualmente y cualquiera que se asociara con ellos también sería impuro a la vista de Dios y moriría.

La costumbre de un entierro rápido entre los judíos se debía a la impureza ceremonial que rodeaba a la persona muerta. En la época de Cristo, los judíos por lo general enterraban a sus muertos dentro de un término de veinticuatro horas.

Es muy diferente la situación en la época del Nuevo Testamento, cuando oímos las gloriosas noticias de que por la muerte y la resurrección de Cristo, la muerte es sorbida con victoria para los creyentes. A causa de nuestra victoria en Cristo, la muerte ya no nos derrota ni profana, sino que en Cristo ésta llega a ser la puerta de entrada al cielo. Por lo tanto, ahora la muerte es una victoria mediante la cual entramos en la presencia del Señor por toda la eternidad.

En Hebreos 9:13,14, hay otra aplicación de esta parte particular del rito del Antiguo Testamento. Con referencia a las cenizas de la vaca dice: “Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerro rociadas a los impuros, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” Hebreos 10:19-22 establece un paralelo entre ese rociar y nuestra limpieza en la sangre de Cristo: “Así que, hermanos, tenemos libertad para entrar en el Lugar santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne. También tenemos un gran sacerdote sobre la casa de Dios. Acerquémonos, pues, con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura.”

PARTE III

DE CADES HASTA EL JORDÁN

NÚMEROS 20—27

Cuando los cuarenta años que anduvieron errantes en el desierto estaban por concluir, los hijos de Israel se reunieron de nuevo en Cades. Por fin el Señor estaba a punto de llevar a cabo la promesa que le hizo al pueblo.

La tercera parte del libro de Números cubre un lapso bien corto. Los israelitas ahora avanzaban más de prisa desde Cades en el sur, hacia a la ribera oriental del río Jordán. Hay algunos otros ejemplos de quejas y problemas. También hay ejemplos notables del cuidado del Señor frente a ejércitos hostiles y ante un profeta codicioso. El pueblo pudo exclamar con mucha claridad: “¡Jehová está con nosotros! Él nos cuida cuando nos cambiamos de sitio; nos cuida en la vida que llevamos en comunidad y como individuos”.

La vida mientras ellos cambiaban de lugar

Cuando una multitud tan grande se reunió en Cades por segunda vez, surgió el problema tan familiar de la falta de agua. Cuando comenzaron a quejarse, casi parecía que se les iba a negar otra vez la entrada en la tierra prometida. Sin embargo, el Señor proveyó para su necesidad y después los guió alrededor de la tierra de Edom, a lo largo del borde del desierto de Arabia. Los eventos que rodearon a la serpiente de bronce les recordaron a los israelitas la bondad de Dios. Los sucesos que tuvieron que ver con la derrota del rey Sehón y del rey Og demostraron el poder de Dios. Así que, bajo la protección de Dios, su pueblo finalmente acampó a orillas del río Jordán.

Agua de la roca

20 Llegaron los hijos de Israel, toda la congregación, al desierto de Zin, en el primer mes, y acampó el pueblo en Cades. Allí murió María, y allí fue sepultada.

² Porque no había agua para la congregación, se juntaron contra Moisés y Aarón. ³ Y el pueblo se quejó contra Moisés, diciendo:

«¡Ojalá hubiéramos muerto cuando perecieron nuestros hermanos delante de Jehová! ⁴ ¿Por qué hiciste venir la congregación de Jehová a este desierto, para que muramos aquí nosotros y nuestras bestias? ⁵ ¿Y por qué nos has hecho subir de Egipto, para traernos a este horrible lugar? No es un lugar de sementera, de higueras, de viñas ni de granados, ni aun de agua para beber».

⁶ Moisés y Aarón, apartándose de la congregación, fueron a la puerta del Tabernáculo de reunión y se postraron sobre sus rostros. Entonces la gloria de Jehová se les apareció. ⁷ Y Jehová dijo a Moisés:

⁸ «Toma la vara y reúne a la congregación, tú con tu hermano Aarón, y hablad a la peña a la vista de ellos. Ella dará su agua; así sacarás para ellos aguas de la peña, y darás de beber a la congregación y a sus bestias.»

⁹ Entonces Moisés tomó la vara de delante de Jehová, como él le mandó. ¹⁰ Reunieron Moisés y Aarón a la congregación delante de la peña, y él les dijo:

«¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Haremos salir agua de esta peña para vosotros?»

¹¹ Y alzando su mano, Moisés golpeó la peña con su vara dos veces. Brotó agua en abundancia, y bebió la congregación y sus bestias. ¹² Pero Jehová dijo a Moisés y a Aarón:

«Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto, no entraréis con esta congregación en la tierra que les he dado».

¹³ Estas son las aguas de la rencilla, por las cuales contendieron los hijos de Israel con Jehová, y él manifestó su santidad en medio de ellos.

El exilio en el desierto había llegado a su fin. En Números 20:29 y 33:38, está claro que el primer mes al que se refiere aquí es el primer mes del año cuarenta. Desde el mismo sitio donde se interrumpió el viaje anterior, el pueblo se iba a poner en camino otra vez. Si la marcha anterior se detuvo, fue por la incredulidad del pueblo, no porque Dios no hubiera cumplido con su promesa. Ahora iba a reanudar su trabajo desde donde había sido interrumpido. Como un censo lo iba a mostrar más tarde, ninguno de los integrantes del pueblo de Israel que hubiera tenido más de veinte años cuando Israel atravesó el mar Rojo había sobrevivido. Era hora de que el Señor mostrara que en efecto les podía dar victoria y seguridad. Los hijos de los padres que habían pronosticado su destrucción treinta y ocho años antes, estaban próximos a tomar posesión de la tierra prometida.

El pueblo se reunió nuevamente en Cades. En una sola frase se menciona que María, la hermana de Moisés, murió y la enterraron. Otro de los cansados peregrinos estaba por fin en casa.

Con los años el camino del hombre pecador no ha cambiado mucho. Moisés enfrentaba un problema ya conocido, el pueblo no tenía agua ni sus comidas favoritas. En lugar de orar al Señor para que los librara, imitaron a sus padres y comenzaron a quejarse contra Jehová. Preferían morir en lugar de admitir que ellos eran el problema. Culpaban a Moisés de guiarlos inadecuadamente y recordaban a Egipto con nostalgia, aunque los mayores habían sido muy pequeños cuando salieron. Se habían olvidado de la esclavitud.

Moisés y Aarón, al oír estas quejas, siguieron el procedimiento acostumbrado de ir inmediatamente al tabernáculo de reunión. Les atemorizaba la renovada rebeldía de los hijos de Israel. Allí se postraron sobre sus rostros suplicando ante el Señor.

Una vez más, el Señor les manifestó su gloria, y en su misericordia decidió darle a esta generación una demostración de su poder. Puesto que esta generación no era adulta en esa época, y no había presenciado los milagros anteriores, Jehová procedió en misericordia y bondad. Las instrucciones que le dio a Moisés no prometían un juicio, sino un milagro misericordioso. Así que Moisés, junto con su hermano Aarón, tenían que tomar su vara y hablarle a la peña, y ella iba a dar suficiente agua para el pueblo y para sus bestias.

Piense por un momento en todas las veces en las que Moisés informó con tediosos detalles que él y el pueblo habían obedecido a cabalidad la palabra del Señor. Este incidente es un marcado contraste con aquellas situaciones, porque aquí Moisés y Aarón desobedecieron al Señor. Varias cosas nos llaman la atención cuando leemos el relato: “¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Haremos salir agua?”; “golpeó la peña con su vara dos veces”. El ánimo que se expresó con la palabra “rebeldes” es bastante diferente de la actitud anterior de Moisés, el mediador, cuando oró por los hijos de Israel después de que idolatrarón el becerro de oro. Otra distorsión ocurre cuando Moisés sugiere que él y Aarón iban a hacer que saliera el agua de la peña. Le estaban quitando gloria a Dios. Además, el doble golpe que le dio a la roca no muestra estricta obediencia al mandato del Señor. A Moisés se le había ordenado que le hablara a la peña.

En todas estas maneras, Moisés no siguió con cuidado las instrucciones del Señor. Por consiguiente, vemos al Señor haciendo dos cosas. Su intención misericordiosa todo el tiempo ha sido la de proporcionar agua a los israelitas. Él les dio ese regalo. Y después se dirigió a Moisés y a Aarón y les dijo que no les iba a permitir entrar en la tierra de Canaán. No le dieron a Dios el honor que se merece (Salmo 106:32,33). En efecto, pecaron contra el Primer Mandamiento y por eso Dios los castigó quitándoles la bendición de entrar en la tierra prometida.

Este incidente muestra con gran claridad que los héroes de la fe, aunque admirables en muchas ocasiones, fueron también

pecadores. Los héroes del Antiguo Testamento también tuvieron que confiar en el Salvador que vendría para el perdón de sus pecados, así como usted y yo confiamos. Aun Moisés, que simboliza a Cristo en muchas de sus actividades, y Aarón, cuyo oficio de sumo sacerdote prefiguró el trabajo redentor de Cristo, eran pecadores. Dios consideró prudente que recibieran la disciplina por su pecado aquí en la tierra y no les permitió el privilegio de entrar en la tierra de Canaán. Por otro lado, como los dos eran creyentes, tenemos motivos para creer que entraron en el Canaán celestial, que es una bendición mucho mayor y más importante.

Edom le niega el paso a Israel

¹⁴Envió Moisés embajadores al rey de Edom desde Cades, con este mensaje: «Así dice Israel, tu hermano: “Tú has sabido todas las dificultades por las que hemos pasado: ¹⁵cómo nuestros padres descendieron a Egipto, cómo estuvimos en Egipto largo tiempo y cómo los egipcios nos maltrataron a nosotros y a nuestros padres. ¹⁶Entonces clamamos a Jehová, que oyó nuestra voz, envió un ángel y nos sacó de Egipto. Ahora estamos en Cades, ciudad cercana a tus fronteras. ¹⁷Te rogamos que nos dejes pasar por tu tierra. No pasaremos por los campos de labranza ni por las viñas, ni beberemos agua de los pozos; por el camino real iremos, sin apartarnos a diestra ni a siniestra, hasta que hayamos atravesado tu territorio”».

¹⁸Edom le respondió:

—No pasarás por mi país; de otra manera, saldré contra ti armado.

¹⁹Los hijos de Israel le dijeron:

—Por el camino principal iremos, y si bebemos tus aguas yo y mis ganados, pagaremos su precio. Déjame solamente pasar a pie, nada más.

²⁰ Pero él respondió:

—No pasarás.

Y salió Edom contra él con mucho pueblo y mano fuerte.

²¹ No quiso, pues, Edom dejar pasar a Israel por su territorio. Entonces Israel se desvió de él.

Cuando los hijos de Israel estaban en Cades, la ruta más directa a Canaán era a través del área habitada por los edomitas. Ellos también eran descendientes de Abraham por medio de su nieto Esaú. La petición inicial para pasar se apoyaba en ese hecho histórico, e identificaba a los israelitas como “Israel tu hermano” (20:14). Toda la súplica se basaba en la relación familiar, en la historia, en las penalidades, y en la liberación por el ángel del Señor.

A pesar de las promesas del debido cuidado y de no hacer daño, el rey de Edom negó la solicitud. La segunda petición sólo ocasionó una segunda negativa. Para mostrar que actuaba con seriedad, el rey de los edomitas reunió a su ejército para enfrentar a los israelitas.

Por consiguiente, los israelitas se alejaron bajo la guía del Señor en otra dirección. Como los edomitas no pertenecían a las tribus cananeas, no estaban bajo la condenación de Dios. Por eso Israel no los atacó, y bajo la dirección de Jehová marcharon hacia el sur y hacia el oriente, para desplazarse alrededor de la tierra de los edomitas (vea el mapa). Eso significaba viajar a través de la profunda depresión conocida como el Arabá, una región de intenso calor y desolada, un hecho que aumentó el desánimo del pueblo.

Muerte de Aarón

²² Los hijos de Israel, toda aquella congregación, partieron de Cades y llegaron al monte Hor. ²³ Jehová habló a Moisés y a Aarón en el monte Hor, en la frontera de la tierra de Edom, diciendo: ²⁴ «Aarón va a ser reunido a su pueblo, pues no entrará en la tierra que yo di a los hijos de Israel, por

cuanto fuisteis rebeldes a mi mandamiento en las aguas de la rencilla. ²⁵ Toma a Aarón y a Eleazar, su hijo, y hazlos subir al monte Hor; ²⁶ desnuda a Aarón de sus vestiduras y viste con ellas a Eleazar, su hijo, porque Aarón será reunido a su pueblo, y allí morirá».

²⁷ Moisés hizo como Jehová le mandó. Subieron al monte Hor a la vista de toda la congregación. ²⁸ Luego Moisés desnudó a Aarón de sus vestiduras y se las puso a Eleazar, su hijo. Aarón murió allí en la cumbre del monte, y Moisés y Eleazar descendieron del monte. ²⁹ Al saber toda la congregación que Aarón había muerto, le hicieron duelo por treinta días todas las familias de Israel.

Otro cansado peregrino, adolorido de tanto caminar, iba a morir. El Señor decidió llamar al hogar celestial a un siervo que había trabajado bien y por largo tiempo. Se trataba de Aarón. No obstante, el Señor presentó el anuncio con las consoladoras palabras de que Aarón se iba a reunir con su pueblo, es decir, con el número de creyentes cuyas almas habían ido al cielo a esperar la gran resurrección. A la vez que el Señor les recordó a Moisés y a Aarón su pecado en Cades, incluyó este bello término que indicaba la continua existencia del pueblo en el cielo. Por lo que a Aarón se refería, “su pueblo” que había muerto, todavía vivía y podía reunirse con él. El consuelo en la resurrección de los muertos y el conocimiento de la existencia eterna en el cielo ya existían en el pueblo del Antiguo Testamento.

No obstante, antes de su muerte debía haber una solemne transferencia del cargo de sumo sacerdote. A la vista de todo el pueblo, los vestidos oficiales de sumo sacerdote pasaron de Aarón a su hijo, Eleazar. El pueblo vio la ceremonia, puesto que Aarón, Moisés y Eleazar estuvieron al lado del monte Hor. Se nos menciona que Aarón murió y sólo Moisés y Eleazar regresaron del monte. De esa manera el Señor se encargó de que no se interrumpiera el sacerdocio. El trabajo mediador del sumo sacerdote iba a continuar sin interrupción.



Moisés despoja a Aarón de los vestidos sacerdotales

En una demostración de respeto, el pueblo lamentó durante treinta días la muerte de su primer sumo sacerdote. Ese tributo es, desde luego, apropiado para un fiel servidor del Señor y es digno de imitación por todos los hijos de Dios.

A un ritmo lento morían los líderes de Israel. Sin embargo, podríamos pensar que era poco amable el haberle dicho a Aarón que le había llegado la hora de morir. Por otro lado, él tenía la plena seguridad de que el Señor había escogido el momento exacto. Esa seguridad es en verdad el consuelo que todo cristiano tiene en el momento de la muerte. Aunque la muerte es una consecuencia del pecado, la elección del momento sucede de acuerdo con la voluntad de Dios. Además, debido a que el Señor envió al Salvador, la tumba es sólo el lugar de descanso del cuerpo hasta el gran día de la resurrección final.

Dstrucción de Arad

21 Cuando el cananeo, el rey de Arad, que habitaba en el Neguev, oyó que venía Israel por el camino de Atarim, peleó contra Israel y le tomó algunos prisioneros. ² Entonces Israel hizo este voto a Jehová: «Si en efecto entregas este pueblo en mis manos, yo destruiré sus ciudades». ³ Jehová escuchó la voz de Israel y le entregó al cananeo, y los destruyó a ellos y a sus ciudades. Por eso recibió aquel lugar el nombre de Horma.

Este incidente relata la guerra con la que el Señor inició la destrucción de los cananeos. El pueblo era del reino de Arad, que estaba en el área desértica (Neguev) al sur de la tierra de Canaán.

Cuando el rey de Arad supo que Israel se aproximaba, al parecer atacó una de las áreas exteriores del campamento de Israel y tuvo éxito al tomar algunos israelitas prisioneros. A pesar de que afrontaron esa provocación, nos damos cuenta de que la respuesta de los israelitas fue muy apropiada. Indicaron su deseo de atacar a Arad, pero le pidieron al Señor que les diera la victoria. Después

prometieron que iban a destruir por completo las ciudades.

El Señor aprobó el plan y les concedió una victoria tan contundente que el lugar recibió el nombre de Horma, que significa “destrucción”. No obstante, debió haber algunos sobrevivientes u otras ramas del clan. Posteriormente, en Jueces 1:16,17 se informó de una destrucción total.

La serpiente de bronce

⁴ Después partieron del monte Hor, camino del Mar Rojo, para rodear la tierra de Edom. Pero se desanimó el pueblo por el camino ⁵ y comenzó a hablar contra Dios y contra Moisés:

«¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para que muramos en este desierto? Pues no hay pan ni agua, y estamos cansados de este pan tan liviano».

⁶ Entonces Jehová envió contra el pueblo unas serpientes venenosas que mordían al pueblo, y así murió mucha gente de Israel. ⁷ Entonces el pueblo acudió a Moisés y le dijo:

«Hemos pecado por haber hablado contra Jehová y contra ti; ruega a Jehová para que aleje de nosotros estas serpientes».

Moisés oró por el pueblo, ⁸ y Jehová le respondió:

«Hazte una serpiente ardiente y ponla sobre una asta; cualquiera que sea mordido y la mire, vivirá».

⁹ Hizo Moisés una serpiente de bronce, y la puso sobre un asta. Y cuando alguna serpiente mordía a alguien, este miraba a la serpiente de bronce y vivía.

Como el rey de Edom les negó el paso a los hijos de Israel, su ruta los condujo en dirección sur hacia el golfo de Aqaba y en dirección oriente hacia el desierto de Arabia. Y como la ruta no era directa, el pueblo comenzó a murmurar y a quejarse de nuevo. Aun esta generación, que había vivido cuarenta años fuera de

Egipto, repitió las quejas de la primera generación. “¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para que muramos en este desierto? Pues no hay pan ni agua, y estamos cansados de este pan tan liviano.” Su ánimo quejumbroso los cegó y olvidaron los regalos que Dios les había dado.

Para que el pueblo entrara en razón, el Señor les envió serpientes venenosas. Muchos murieron porque fueron mordidos por las serpientes. En ese momento se pudo ver la actitud mejorada de la nueva generación; reconocieron el castigo y confesaron su pecado de descontento. Por eso pidieron ayuda al Señor por medio de Moisés, quien otra vez actuó fielmente como mediador entre el pueblo y el Señor. Como respuesta a la oración, Dios le dijo a Moisés que hiciera una serpiente de bronce y prometió que cualquiera que la mirara viviría. Así que Moisés hizo una serpiente de bronce y la puso sobre un asta, donde todos la pudieran ver. El relato termina con el comentario de que el pueblo fue rescatado de la manera como el Señor había indicado. Las personas que creyeron en la promesa del Señor y miraron a la serpiente cuando habían sido mordidas se salvaron.

El pueblo del Nuevo Testamento tiene aprecio especial por este relato ya que Jesús se refirió a él en Juan 3. La serpiente de bronce prefiguraba la crucifixión de Cristo. Así como los israelitas se salvaron del veneno de las serpientes cuando miraron con fe a la serpiente de bronce, así también los creyentes de todos los tiempos pueden mirar con fe a Cristo y ser salvados del veneno espiritual del pecado. La gracia de Dios está detrás de ambas situaciones, así que los creyentes en las promesas de Dios fueron salvados y serán salvados. Jesús dijo: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:14-16).

El viaje a Moab

¹⁰ Después partieron los hijos de Israel y acamparon en Obot. ¹¹ Luego partieron de Obot y acamparon en Ijeabarim, en el desierto que está enfrente de Moab, hacia el nacimiento del sol. ¹² Partieron de allí y acamparon en el valle de Zered. ¹³ De allí partieron y acamparon al otro lado del Arnón, que está en el desierto y que sale del territorio del amorreo, pues el Arnón sirve de límite entre Moab y el amorreo. ¹⁴ Por eso se dice en el libro de las batallas de Jehová:

**«Lo que hizo en el Mar Rojo
y en los arroyos del Arnón;
¹⁵ y a la corriente de los arroyos
que va a parar en Ar
y descansa en el límite de Moab».**

¹⁶ De allí pasaron a Beer: este es el pozo del cual Jehová dijo a Moisés: «Reúne al pueblo, y les daré agua».

¹⁷ Entonces, entonó Israel este cántico:

**«¡Sube, pozo! ¡A él cantad!
¹⁸ Pozo que cavaron los señores,
que cavaron los príncipes del pueblo,
con sus cetros, con sus bastones».**

Del desierto fueron a Matana, ¹⁹ de Matana a Nahaliel, de Nahaliel a Bamot, ²⁰ y de Bamot al valle que está en los campos de Moab, y a la cumbre del Pisga, que mira hacia el desierto.

El relato de Moisés pasa rápidamente por los últimos kilómetros del viaje por las riberas del río Jordán. Este viaje debió haber sido muy emocionante para la generación que ahora había llegado a la mayoría de edad. La mitad de ellos sólo había conocido los paisajes austeros del desierto. Qué emocionante debió

haber sido experimentar la exuberante fertilidad del área que rodeaba la tierra prometida. ¡Cada día debió haber traído bellezas y esperanzas nuevas!

Se mencionan varios lugares donde acamparon. El último se describe a orillas del río Arnón, el límite entre la tierra de Moab y los amorreos. Los capítulos restantes del libro de Números registran los acontecimientos que tuvieron lugar en el rectángulo de tierra al oriente del río Jordán, entre el límite norte del mar Muerto y el límite sur del mar de Galilea (Quineret).

También se nombran dos lugares especiales donde acamparon. En relación con uno de ellos se escribió un poema para destacar el suceso. Moisés nos cuenta que el poema vino del “libro de las batallas de Jehová”, que no ha sobrevivido hasta nuestros días.

El segundo lugar donde acamparon (con el nombre de Beer, que significa “un manantial de agua”) también se destacó con una alegre canción especial que el pueblo cantó en cuanto a la abundancia de agua que Jehová les proporcionó allí.

Otra palabra interesante es “Bamot”. Es un nombre descriptivo para un lugar alto o una fortaleza.

Derrotas de Sehón y de Og

²¹ Entonces envió Israel embajadores a Sehón, rey de los amorreos, con este mensaje: ²² «Pasaré por tu tierra; no nos iremos por los sembrados ni por las viñas, ni beberemos las aguas de los pozos. Por el camino real iremos, hasta que atravesemos tu territorio».

²³ Pero Sehón no dejó pasar a Israel por su territorio, sino que juntó Sehón todo su pueblo y salió contra Israel en el desierto, llegó a Jahaza y allí peleó contra Israel. ²⁴ Israel lo hirió a filo de espada y se apoderó de su tierra desde el Arnón hasta el Jaboc, hasta los límites de los hijos de Amón, porque la frontera de los hijos de Amón estaba fortificada.

²⁵ Tomó Israel todas estas ciudades, y habitó Israel en todas las ciudades del amorreo, en Hesbón y en todas sus aldeas.

²⁶ Porque Hesbón era la ciudad de Sehón, rey de los amorreos, el cual había estado en guerra antes con el rey de Moab, y le había quitado todo su territorio hasta el Arnón.

²⁷ Por eso dicen los proverbistas:

**«¡Venid a Hesbón! ¡Que sea reedificada!
Que sea restaurada la ciudad de Sehón.**

**²⁸ Porque fuego ha salido de Hesbón,
y llama de la ciudad de Sehón,
que consumió a Ar de Moab,
a los señores de las alturas del Arnón.**

**²⁹ ¡Ay de ti, Moab!
¡Perciste, pueblo de Quemos!
Fueron puestos en fuga sus hijos,
y sus hijas en cautividad,
por Sehón, rey de los amorreos.**

**³⁰ Mas devastamos su reino;
pereció Hesbón hasta Dibón,
y destruimos hasta Nofa y Medeba».**

³¹ Así habitó Israel en la tierra del amorreo. ³² También envió Moisés a reconocer a Jazer; y tomaron sus aldeas y echaron al amorreo que estaba allí. ³³ Después volvieron y subieron camino de Basán. Salió contra ellos Og, rey de Basán, junto con toda su gente, para pelear en Edrei.

³⁴ Entonces Jehová dijo a Moisés: «No le tengas miedo, porque en tus manos lo he entregado, a él con todo su pueblo y su tierra. Harás con él como hiciste con Sehón, rey de los amorreos, que habitaba en Hesbón».

³⁵ Así lo hirieron a él, a sus hijos y a toda su gente, sin que quedara uno con vida, y se apoderaron de su tierra.

Como en ocasiones anteriores, se les ordenó a los israelitas que pidieran permiso para pasar por el territorio del rey Sehón. Se les negó el permiso. Sin embargo, los amorreos no estaban bajo la protección de Dios, como sí lo estaban los edomitas y los

moabitas. En este caso, el Señor tenía la intención de usar a los hijos de Israel como su arma para castigar al pueblo de Canaán. Los israelitas iban a atacar a Sehón cuando reuniera su ejército y avanzara contra ellos en Jahaza. Siguiendo las órdenes de marcha que les dio el Señor, los hijos de Israel obtuvieron una gran victoria en Jahaza. En la operación de exterminación que siguió, tomaron control de toda el área desde Arnón hasta Jaboc, incluyendo la ciudad capital, Hesbón. Bajo la bendición del Señor la victoria fue abrumadora.

La poesía refleja la victoria total. El poema tiene tres partes. La primera señala la derrota absoluta de los amorreos liderados por Sehón. La segunda es una ostentación y una mofa a Moab, porque Sehón había derrotado antes a Moab y ahora los israelitas habían derrotado a Sehón. La tercera parte vuelve a exponer la victoria completa de Israel.

La siguiente acción militar se enfoca en Jazer, a donde se habían enviado espías. Después de capturar a Jazer, a los israelitas se les indicó que atacaran a Og, el rey de Basán. El paisaje de esa tierra era como las cuestas empinadas de las grandes planicies en los Estados Unidos. En Edreí se llevó a cabo una batalla. El Señor prometió la victoria y ordenó que no dejaran sobrevivientes. Los hijos de Israel obedecieron, y por eso capturaron otra gran porción de tierra. Ahora los israelitas tenían pleno control del rectángulo de tierra al oriente del río Jordán que se extiende desde el mar de Galilea en el norte, hasta el mar Muerto en el sur. El Señor les había dado un anticipo de su promesa de darle a su pueblo escogido la tierra donde fluía leche y miel.

Esos acontecimientos nos dan toda la razón para creer que el Señor tiene la fuerza para vencer a todos sus enemigos. Siempre que veamos la mano poderosa de Dios en una victoria, démosle las gracias gustosamente por su misericordia y por la fidelidad a su promesa.

DE CADES AL JORDÁN

La vida en la comunidad

La segunda sección de esta parte de Números, que hemos titulado “De Cades al Jordán” nos muestra que Dios protege no sólo de los ejércitos, sino también de los falsos profetas. Los dos pueden ser bien peligrosos cuando Satanás trata de descarriar al pueblo de Dios. Balaam, un profeta codicioso, fue llamado para maldecir a los hijos de Israel. El Señor le impidió llevar a cabo su propósito. No obstante, el ambicioso profeta le sugirió entonces al rey de Moab que indujera a las israelitas a la idolatría. Esa estratagema tuvo bastante éxito. La sección termina con el segundo censo del pueblo, y muestra que los israelitas de veinte años o mayores que vivían al momento de cruzar el mar Rojo habían muerto.

Balac manda llamar a Balaam

22 Partieron los hijos de Israel y acamparon en los campos de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó.

² Vio Balac hijo de Zipor todo lo que Israel había hecho al amorreo, ³ y sintió Moab un gran temor por aquel pueblo, pues era muy numeroso. Se angustió Moab a causa de los hijos de Israel, ⁴ y dijo a los ancianos de Madián: «Ahora esta gente va a devorar todos nuestros contornos, como devora el buey la grama del campo».

Balac hijo de Zipor, que entonces era rey de Moab, ⁵ envió mensajeros a Balaam hijo de Beor, en Petor, que está junto al río en la tierra de los hijos de su pueblo, para que lo llamaran, diciendo: «Un pueblo que ha salido de Egipto cubre toda la tierra y se ha establecido frente a mí. ⁶ Ven pues, ahora, te ruego, y maldíceme a este pueblo, porque es más fuerte que yo; quizá yo pueda herirlo y echarlo de la

tierra, pues yo sé que el que tú bendigas bendito quedará, y el que tú maldigas maldito quedará».

⁷ Partieron los ancianos de Moab y los ancianos de Madián con las dádivas de adivinación en sus manos. Llegaron a Balaam y le comunicaron las palabras de Balac. ⁸ Balaam les respondió:

—Reposad aquí esta noche, y yo os responderé según Jehová me hable.

Así los príncipes de Moab se quedaron con Balaam.

⁹ Entonces se le apareció Dios a Balaam y le preguntó:

—¿Quiénes son estos que están contigo?

¹⁰ Balaam respondió a Dios:

—Balac hijo de Zipor, rey de Moab, ha enviado a decirme:

¹¹ “Este pueblo que ha salido de Egipto cubre toda la tierra. Ven pues, ahora, y maldícemelo; quizá podré pelear contra él y echarlo”.

¹² Entonces dijo Dios a Balaam:

—No vayas con ellos ni maldigas al pueblo, porque bendito es.

¹³ Balaam se levantó por la mañana y dijo a los príncipes de Balac:

—Volveos a vuestra tierra, porque Jehová no me quiere dejar ir con vosotros.

¹⁴ Los príncipes de Moab se levantaron, regresaron a donde estaba Balac y le dijeron:

—Balaam no quiso venir con nosotros.

¹⁵ Otra vez volvió Balac a enviar príncipes, en mayor número y más honorables que los otros, ¹⁶ los cuales fueron a ver a Balaam y le dijeron:

—Así dice Balac hijo de Zipor: “Te ruego que no dejes de venir a mí, ¹⁷ pues sin duda te honraré mucho y haré todo lo que me digas. Ven, pues, ahora, y maldíceme a este pueblo.”

¹⁸ Balaam respondió a los siervos de Balac:

—Aunque Balac me diera su casa llena de plata y oro, no

puedo traspasar la palabra de Jehová, mi Dios, para hacer cosa chica ni grande. ¹⁹ Os ruego, por tanto, ahora, que reposéis aquí esta noche, para que yo sepa qué me vuelve a decir Jehová.

²⁰ Y se le apareció Dios a Balaam de noche, y le dijo:

«Si vinieron para llamarte estos hombres, levántate y vete con ellos; pero harás lo que yo te diga».

El rey de Moab estaba molesto y atemorizado. Una gran multitud de personas, los hijos de Israel, había pasado por el oriente de su territorio. Después, se habían desplazado en dirección oeste y conquistaron los reinos vecinos de Sehón y Og. Una de esas naciones, los amorreos gobernados por el rey Sehón, había tenido suficiente poder para derrotar antes a Moab. El rey de Moab sintió pánico cuando vio ese ejército de invasores ubicado en su frontera norte. Bajo esas circunstancias, el rey de Moab necesitaba algo más que ejércitos. En una gráfica comparación, el rey describió a los israelitas como ganado que se come todo el pasto delante de ellos. Con tanta gente tan cerca, el rey de Moab se sintió tan impotente como el pasto.

Y así, al aliarse con los madianitas, Balac el rey de Moab envió mensajeros a Mesopotamia, a un profeta llamado Balaam. A Balac, con su mentalidad pagana, le pareció que la única oportunidad que tenía contra los hijos de Israel era hacer que algún reconocido adivino los maldijera.

El rey Balac recurrió a Balaam, a quien probablemente se le podría comparar con un especialista en religiones mundiales en nuestras universidades contemporáneas. Es posible que Balaam poseyera un conocimiento profundo de la religión de los israelitas, ya que usó el nombre especial del pacto del verdadero Dios.

Cuando los mensajeros llegaron a la casa de Balaam, le presentaron la petición de su rey. El profeta los invitó a quedarse esa noche, ya que tendría que esperar una respuesta del Señor. Balaam tal vez ni esperaba que el Señor le contestara. Puesto que

usó el nombre apropiado, “Jehová”, algunas personas han supuesto que era un profeta del Dios verdadero. Es más probable que Balaam consideraba a “Jehová” como uno de tantos dioses.

Para los propósitos del Señor, le convenía comunicarse con Balaam. Él vino a Balaam esa noche y le prohibió categóricamente ir con los mensajeros. Balaam estaba advertido. Para Jehová era un insulto que Balaam fuera y maldijera al pueblo que era bendecido por el Dios verdadero.

A la mañana siguiente, Balaam despidió a los mensajeros, insinuando que, si fuera por él, iría con mucho gusto, pero el Señor no se lo permitía. Se reveló la intriga de Balaam cuando no incluyó la explicación, es decir, que el Señor había bendecido a los israelitas y por lo tanto nadie podía maldecirlos. Esa explicación hubiera evitado cualquier intento de seguir negociando.

Al suponer que a Balaam se le podría persuadir a ir si se le hacía una oferta mayor, el rey Balac persistió. Envio mensajeros más nobles, y le prometieron mayores recompensas. A este segundo grupo de mensajeros, Balaam le expresó el pretexto de que las riquezas no iban a influir en él de ninguna manera. No podía hacer ninguna cosa, ni grande ni pequeña, que fuera más allá de lo que el Señor le permitiera hacer.

Al mismo tiempo, les dijo muy claramente a sus visitantes moabitas que estaba interesado en su propuesta. Invitó a los mensajeros para que se quedaran esa noche mientras que él vería qué más le iba a decir el Señor. En este momento, Balaam procedía exactamente como los adivinos paganos, esperaba poder influir en el Señor de alguna manera y así obtener el permiso para ir con los mensajeros. Abordó la situación con la pregunta: “¿Señor, puedo ir un poco más lejos?” Esa pregunta y la actitud que hay detrás de ella ha sido la caída de muchas personas, tal como lo fue para Balaam.

Sorprendentemente, el Señor le apareció a Balaam otra vez esa noche y le dijo a este pagano desafiante: “Muy bien, vete con ellos; pero harás lo que yo te diga”. Su permiso ya era un juicio sobre



Balaam y su asna

ese obstinado pagano, porque sabía que el Señor estaba bendiciendo a los hijos de Israel. Por lo tanto, fue inútil que Balaam esperara que se le permitiera maldecirlos como Balac quería. No obstante, Balaam se metió alegremente a una trampa de la que no tenía escape. Balac quería que él maldijera a Israel, pero Dios lo iba a obligar a bendecir a Israel.

La asna de Balaam

²¹ Balaam se levantó por la mañana, ensilló su asna y se fue con los príncipes de Moab.

²² Pero la ira de Dios se encendió porque él iba, y el ángel de Jehová se puso en el camino como un adversario suyo. Iba, pues, él montado sobre su asna, y con él dos criados suyos. ²³ Cuando el asna vio al ángel de Jehová, que estaba en el camino con la espada desnuda en la mano, se apartó del camino y se fue por el campo. Entonces azotó Balaam al asna para hacerla volver al camino. ²⁴ Pero el ángel de Jehová se puso en una senda de viñas que tenía pared a un lado y pared al otro. ²⁵ Al ver el asna al ángel de Jehová, se pegó a la pared, y apretó contra la pared el pie de Balaam. Él volvió a azotarla. ²⁶ El ángel de Jehová pasó más allá, y se puso en un sendero angosto donde no había camino para apartarse ni a la derecha ni a la izquierda. ²⁷ Cuando el asna vio al ángel de Jehová, se echó al suelo debajo de Balaam. Balaam se enojó y azotó al asna con un palo. ²⁸ Entonces Jehová abrió la boca al asna, la cual dijo a Balaam:

—¿Qué te he hecho, que me has azotado estas tres veces?

²⁹ —Porque te has burlado de mí —respondió Balaam al asna—. ¡Si tuviera una espada en mi mano, ahora mismo te mataría!

³⁰ El asna dijo a Balaam:

—¿No soy yo tu asna? Sobre mí has cabalgado desde que tú me tienes hasta este día ¿Acaso acostumbro a portarme así contigo?

—No —respondió él.

³¹ Entonces Jehová abrió los ojos de Balaam, que vio al ángel de Jehová en medio del camino, con la espada desnuda en la mano. Balaam hizo una reverencia y se postró sobre su rostro. ³² El ángel de Jehová le dijo:

—¿Por qué has azotado a tu asna estas tres veces? Yo soy el que ha salido a resistirte, porque tu camino es perverso delante de mí. ³³ El asna me ha visto y se ha apartado de mí estas tres veces. Y si de mí no se hubiera apartado, ya te hubiera matado a ti, y a ella la habría dejado viva.

³⁴ Entonces Balaam dijo al ángel de Jehová:

—He pecado, porque no sabía que tú te ponías delante de mí en el camino; pero ahora, si te parece mal, yo regresaré.

³⁵ Pero el ángel de Jehová respondió a Balaam:

—Ve con esos hombres; pero la palabra que yo te diga, ésa hablarás.

Así Balaam se fue con los príncipes de Balac.

³⁶ Cuando Balac oyó que Balaam venía, salió a recibirlo a la ciudad de Moab, que está junto al límite de Arnón, en los confines de su territorio. ³⁷ Y Balac dijo a Balaam:

—¿No envié yo a llamarte? ¿Por qué no has venido ante mí? ¿No puedo yo honrarte?

³⁸ Balaam respondió a Balac:

—Mira, ya he venido ante ti; pero ¿podré ahora decir alguna cosa? La palabra que Dios ponga en mi boca, ésa hablaré.

³⁹ Luego fue Balaam con Balac, y llegaron a Quiriat-huzot.

⁴⁰ Balac hizo matar bueyes y ovejas, y lo envió a Balaam y a los príncipes que estaban con él.

⁴¹ Al día siguiente, Balac tomó a Balaam y lo hizo subir a Bamot-baal, y desde allí vio una parte del pueblo.

Balaam no tenía excusa. Dios ya se le había dicho dos veces que los hijos de Israel eran benditos. También se le dijo que sólo debería hablar lo que el Señor le ordenara. Pero en el caso de que

Balaam no hubiera prestado atención, la obstinación de una asna atemorizada y la aparición del ángel de Jehová le iban a dar el mensaje una vez más, de una manera que no lo pudiera pasar por alto.

Balaam siguió con la premisa de que iba a ver hasta dónde lo dejaba llegar el Señor. Al actuar de esta manera, provocó al Señor. No obstante, Dios quería dejarlo seguir adelante porque lo iba a usar para sus propósitos. Ya fuera voluntaria o involuntariamente, Balaam iba a pronunciar una bendición sobre los hijos de Israel.

Sólo para que Dios estuviera seguro de que le haría caso, el ángel de Jehová apareció tres veces en frente de su asna. La primera vez ésta se apartó del camino; la segunda, se pegó contra la pared al lado del camino y apretó contra la pared el pie de Balaam; y la tercera vez se echó debajo de Balaam. En cada ocasión Balaam azotó a la asna, porque en esas ocasiones el Señor no le permitió ver al ángel.

Cuando Balaam estaba azotando a su asna por tercera vez, el Señor realizó uno de sus milagros más asombrosos: le dio a la asna muda la habilidad de hablar. El Señor pudo comunicarse hasta por medio de este animal. Así la asna reprendió al amo por su crueldad. Sólo en ese momento vio Balaam en medio del camino al ángel de Jehová, que entonces le dijo: “Tu camino es perverso delante de mí. El asna me ha visto y se ha apartado de mí estas tres veces. Y si de mí no se hubiera apartado, ya te hubiera matado a ti, y a ella la habría dejado viva.” En realidad, el asna le había salvado la vida. En este punto Balaam indicó que reconocía su pecado y que iba a regresar si así se lo decía el ángel. Con su respuesta, Balaam mostró que todavía quería tratar de sacar provecho de la situación. Entonces el ángel le permitió continuar, pero le dijo muy enfáticamente: “La palabra que yo te diga, esa hablarás”.

El ángel se identificó como Dios ya que repitió los mandatos anteriores del Señor. Por eso debemos concluir que este ángel es la segunda persona de la Trinidad. Siglos antes de que apareciera en forma humana en Belén, apareció como el ángel de Jehová varias veces en el Antiguo Testamento.

A pesar de las repetidas advertencias de Dios, Balaam continuó su viaje y llegó a la tierra de Moab, donde encontró al rey Balac. Se le había grabado tan profundamente en la cabeza que debía hablar sólo la voluntad de Dios, que le señaló de inmediato ese hecho a Balac cuando se encontraron.

De la manera como el Hijo de Dios le impidió a Balaam que llevara a cabo su mala intención de maldecir al pueblo de Dios, así nuestro Salvador ahora fortalece y sostiene a su iglesia en todas sus pruebas, e impide que sus enemigos le hagan algún daño permanente. Nuestro Salvador ha prometido: “Edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no la dominarán” (Mateo 16:18).

¡Es irónico, y también instructivo, que esta victoria del Señor estaba por suceder en un lugar que se llamaba “Bamot-baal”, es decir, *el lugar alto o fortaleza de Baal!*

El primer oráculo de Balaam

23 Balaam dijo a Balac:
—Edificame aquí siete altares, y prepárame aquí siete becerros y siete carneros.

² Balac hizo como le dijo Balaam, y ofrecieron Balac y Balaam un becerro y un carnero en cada altar.

³ Luego Balaam dijo a Balac:

—Ponte junto a tu holocausto, y yo iré; quizá Jehová salga a mi encuentro, y cualquier cosa que me muestre, te la haré saber.

Y se fue a un monte descubierto. ⁴ Entonces vino Dios al encuentro de Balaam, y éste le dijo:

—Siete altares he ordenado, y en cada altar he ofrecido un becerro y un carnero.

⁵ Jehová puso una palabra en la boca de Balaam y le dijo:

—Vuelve donde está Balac y comunícale lo que yo te he dicho.

⁶ Volvió a él y lo halló junto a su holocausto, acompañado de todos los príncipes de Moab. ⁷ Entonces Balaam

pronunció esta profecía:

**«De Aram me trajo Balac,
rey de Moab, desde los montes del oriente.**

**“¡Ven, maldíceme a Jacob;
ven, execra a Israel!”**

**⁸ ¿Por qué maldeciré yo al que Dios no maldijo?
¿Por qué he de execrar al que Jehová no ha execrado?**

**⁹ Porque desde la cumbre de las peñas puedo verlo,
desde los collados puedo mirarlo;
es un pueblo que habita confiado
y no se cuenta entre las naciones.**

**¹⁰ ¿Quién contará el polvo de Jacob
o el número de la cuarta parte de Israel?
Que muera yo la muerte de los rectos
y mi fin sea como el suyo».**

¹¹ Entonces Balac dijo a Balaam:

**—¿Qué me has hecho? Te he traído para que maldigas a
mis enemigos, y tú has proferido bendiciones.**

¹² Él respondió y dijo:

**—¿No debo cuidarme de decir lo que Jehová ponga en mi
boca?**

El adivino Balaam se hundía cada vez más en el lodo. Balac, el rey, lo presionaba para que maldijera al pueblo de Dios. Balaam dio instrucciones y se unió a Balac para ofrecer sacrificios. Ese sacrificio fue una abominación al Señor, fue un intento de combinar la adoración a los ídolos con la adoración al Dios verdadero, una práctica que se llama sincretismo. Esa adoración es un pecado contra el Primer Mandamiento, porque coloca a los ídolos en el mismo nivel que al Dios verdadero.

Balaam usó el número siete, que en la Escritura se considera el número completo o perfecto, para darle al procedimiento la apariencia correcta. No obstante, el Señor no fue engañado; él seguía teniendo el control. Después de que se ofrecieron los siete

sacrificios, Balaam se fue a un monte descubierto para esperar el mensaje de Dios, y cuando el Señor se comunicó con él, le recordó que debía hablar sólo el mensaje que había recibido de él. Note que Dios, al poner un oráculo en la boca de Balaam, se estaba comunicando aquí como el Dios del Pacto, es decir, Jehová.

El oráculo tuvo una breve introducción, que repasaba el propósito de Balaam. Como un segundo punto, Balaam preguntó: “¿Por qué maldeciré yo al que Dios no maldijo?” Después afirmó que ellos eran un pueblo diferente, el cual había sido apartado de las otras naciones. Finalmente, profetizó una numerosa descendencia para Israel y concluyó con la oración de que ojalá muriera la muerte de los rectos, y su fin fuera como el de Israel.

Por obvias razones, Balac estaba asombrado y enojado. Sin embargo, el rey esperaba con ansia que en otro momento y en otro lugar Balaam maldijera al pueblo.

¡Con cuánta claridad mostró el Señor su poder omnipotente, en oposición a los poderes del paganismo! Aun mientras se reunían para contender contra Israel, el Señor mostró su supremacía, revelando su propósito eterno, usando a una persona como instrumento pasivo para revelarlo.

El segundo oráculo de Balaam

¹³ Entonces dijo Balac:

—Te ruego que vengas conmigo a otro lugar desde el cual los veas, si no a todos, por lo menos a una parte de ellos, y desde allí me los maldecirás.

¹⁴ Y lo llevó al campo de Zofim, a la cumbre de Pisga. Allí edificó siete altares, y ofreció un becerro y un carnero en cada altar. ¹⁵ Entonces Balaam dijo a Balac:

«Ponte aquí, junto a tu holocausto, y yo iré a encontrar a Dios allí».

¹⁶ Jehová salió al encuentro de Balaam, puso una palabra en su boca, y le dijo:

«Vuelve donde está Balac, y dile así».

17 Volvió a él y lo halló junto a su holocausto, acompañado de los príncipes de Moab. Balac le preguntó:

«¿Qué ha dicho Jehová?»

18 Entonces Balaam pronunció esta profecía:

«Balac, levántate y oye;
escucha mis palabras, hijo de Zipor:

19 Dios no es hombre, para que mienta,
ni hijo de hombre para que se arrepienta.

¿Acaso dice y no hace?

¿Acaso promete y no cumple?

20 He recibido orden de bendecir;
él dio una bendición, y no podré revocarla.

21 No ha notado iniquidad en Jacob
ni ha visto perversidad en Israel.

Jehová, su Dios, está con él,
y ellos lo aclaman como rey.

22 Dios, que los ha sacado de Egipto,
tiene fuerzas como de búfalo.

23 Porque contra Jacob no vale agüero,
ni adivinación contra Israel.

Como ahora, será dicho de Jacob y de Israel:
¡Lo que ha hecho Dios!

24 Este pueblo, como león se levanta,
como león se yergue.

No se echará hasta que devore la presa
y beba la sangre de los muertos».

25 Entonces Balac dijo a Balaam:

—Ya que no lo maldices, tampoco lo bendigas.

26 Balaam respondió y dijo a Balac:

—¿No te he dicho que todo lo que Jehová me diga, eso tengo que hacer?

El cambio de momento y de lugar no alteró la voluntad de Dios. Siguiendo los mismos procedimientos de sacrificio, Balaam

se separó de Balac y recibió otro mensaje del Señor. El oráculo está compuesto de cinco estrofas de cuatro líneas, de las cuales las últimas dos líneas siempre dan la base para la declaración de las dos primeras. (En la cuarta estrofa las últimas dos líneas son muy largas, así que en forma impresa pasan de una línea a la otra.)

Este oráculo de Balaam hace los siguientes puntos:

1. Insta a Balac para que escuche, porque ¡Dios no cambia de opinión!
2. Dios no promete en vano, ¡y ha bendecido!
3. La desgracia no afligirá a Israel, ¡el Señor está con ellos!
4. Dios los sacó de Egipto, ¡vean lo que Dios ha hecho!
5. Ellos se levantan como un león, ¡y devorarán su presa!

Balac ya está a punto de explotar. Si no puede maldecir a los israelitas, por lo menos no debería bendecirlos. ¡Hasta sería preferible que Balaam se quedara callado! No obstante, Balaam explicó otra vez que sólo podía hacer lo que el Señor le había ordenado.

El tercer oráculo de Balaam

²⁷ Luego dijo Balac a Balaam:

—Te ruego que vengas, te llevaré a otro lugar. Quizás le parezca bien a Dios que desde allí me lo maldigas.

²⁸ Y Balac llevó a Balaam a la cumbre de Peor, que mira hacia el desierto. ²⁹ Entonces Balaam dijo a Balac:

—Edifícame aquí siete altares, y prepárame aquí siete becerros y siete carneros.

³⁰ Balac hizo como Balaam le dijo, y ofreció un becerro y un carnero en cada altar.

24 Cuando vio Balaam que le parecía bien a Jehová que él bendijera a Israel, no fue, como la primera y la segunda vez, en busca de agüero, sino que puso su rostro hacia el desierto. ² Al alzar sus ojos, vio a Israel acampado

por tribus, y el espíritu de Dios vino sobre él. ³ Entonces pronunció esta profecía:

«Dice Balaam hijo de Beor,
dice el varón de ojos abiertos,
⁴ dice el que oyó los dichos de Dios,
el que vio la visión del Omnipotente;
caído, pero abiertos los ojos:

⁵ ¡Cuán hermosas son tus tiendas, Jacob,
y tus habitaciones, Israel!

⁶ Como arroyos están extendidas,
como huertos junto al río,
como álces plantados por Jehová,
como cedros junto a las aguas.

⁷ De sus manos destilan aguas,
y su descendencia tiene agua en abundancia.

Su rey es más grande que Agag,
y su reino es engrandecido.

⁸ Dios, que lo sacó de Egipto,
tiene fuerzas como de búfalo.
Devora a las naciones enemigas,
desmenuza sus huesos

y las traspasa con sus flechas.

⁹ Se agazapa y se echa como un león,
como una leona. ¿Quién lo despertará?

¡Benditos sean los que te bendigan
y malditos los que te maldigan!»

¹⁰ Entonces se encendió la ira de Balac contra Balaam, y batiendo las manos le dijo:

—Para maldecir a mis enemigos te he llamado, pero tú los has bendecido ya tres veces. ¹¹ Ahora huye a tu lugar; yo dije que te honraría, pero Jehová te ha privado de honra.

¹² Balaam le respondió:

—¿No lo declaré yo también a los mensajeros que me enviaste, diciendo: ¹³”Aunque Balac me diera su casa llena

de plata y oro, yo no podré traspasar el dicho de Jehová para hacer cosa buena ni mala de mi arbitrio, pero lo que hable Jehová, eso diré yo”? ¹⁴ **Yo me voy ahora a mi pueblo; por tanto, ven, te indicaré lo que este pueblo ha de hacer a tu pueblo en los últimos días.**

Al comienzo de esta sección, se informa que Balaam ya no recurrió a la hechicería que había intentado practicar antes. En lugar de eso, el Señor tenía bajo su control total a este profeta y el Espíritu de Dios entró en él.

Este tercer oráculo pone énfasis en las siguientes verdades:

1. El oráculo de Balaam: él habla en un estado de éxtasis con los ojos abiertos.
2. Observa la belleza del campamento, las filas de tiendas como un jardín.
3. Prosperidad para Israel, con agua y con un rey.
4. Dios sacó a Israel, ¡ahora ellos son un búfalo, un ejército, un león!
5. La bendición de Abraham también es para ellos.

¡Hasta aquí lo soportó Balac! Retiró la recompensa que le había ofrecido y le dijo a Balaam que se fuera. Por supuesto, Balaam se escudó detrás del hecho de que tenía que hacer lo que el Señor le ordenara, como lo había dicho previamente. Sin embargo, el Señor todavía no había terminado con Balaam. Éste, bajo la influencia del Señor, iba a pronunciar otros oráculos, algunos de los cuales iban a ser de más malas noticias para Balac, pero buenas noticias para el pueblo de Dios.

El cuarto oráculo de Balaam

¹⁵ **Entonces pronunció esta profecía:**

«Dice Balaam hijo de Beor,

dice el varón de ojos abiertos;

¹⁶ dice el que oyó los dichos de Jehová,

**el que sabe la ciencia del Altísimo,
el que vio la visión del Omnipotente;
caído, pero abiertos los ojos:**

**¹⁷ Lo veo, mas no ahora;
lo contemplo, mas no de cerca:**

**Saldrá estrella de Jacob,
se levantará cetro de Israel,
y herirá las sienas de Moab
y destruirá a todos los hijos de Set.**

**¹⁸ Será tomada Edom,
será también tomada Seir por sus enemigos,
Israel realizará grandes prodigios.**

**¹⁹ De Jacob saldrá el vencedor
y destruirá lo que quede de la ciudad».**

En este oráculo no solicitado, las profecías de Balaam alcanzan su clímax. Balaam se describe a sí mismo como alguien que bajo la influencia de Dios puede ver con claridad. El Señor lo instruyó completamente mientras Balaam estaba en éxtasis. El segundo versículo señala la venida del Mesías, a quien él ve, “no ahora... no de cerca”. El Mesías, que se levantará de Israel será como una estrella y tendrá un cetro. La siguiente parte de la profecía parece combinar la época de David, que fue un gran rey terrenal, con la época del Mesías. Moab será destruido; Edom será conquistado. Este soberano vendrá de Israel y conquistará física y espiritualmente.

Las palabras claves para Balac fueron la solemne advertencia que hizo Dios de que Moab iba a ser destruida.

Oráculos finales de Balaam

²⁰ Al ver a Amalec, pronunció esta profecía:

**«Amalec es la cabeza de las naciones,
mas al fin perecerá para siempre».**

21 Al ver al ceneo, pronunció esta profecía:

**«Fuerte es tu habitación;
en la peña está tu nido.**

**22 Pero el ceneo será destruido,
cuando Asiria te lleve cautivo».**

23 Después pronunció esta profecía:

«¡Ay!, ¿quién vivirá cuando haga Dios estas cosas?

**24 Vendrán naves de la costa de Quitim,
afligirán a Asiria y afligirán también a Heber,
mas él también perecerá para siempre».**

**25 Entonces se levantó Balaam y se fue de regreso a su
lugar, y también Balac se fue por su camino.**

La visita a Moab concluyó con más oráculos no solicitados.

Amalec, que había sido la primera nación que atacó a Israel en la península de Sinaí, iba a ser la primera en ser destruida por completo.

Lo ceneos, una nación que fue cordial con Israel, iba a sobrevivir hasta que Asiria conquistara toda la región.

Los barcos de Quitim, que es una manera de referirse a las tierras occidentales del valle del Mediterráneo, iban a destruir a Asiria y a los hebreos, y a esa nación le tocará su turno para ser destruida. Ésta parece ser una profecía muy clara que anticipa la época del imperio romano casi 1.500 años después. Verdaderamente, el Señor usó a Balaam, así de traidor como era, para sus propios propósitos de revelar el futuro.

Después de que Balaam terminó sus oráculos, regresó a su casa en Mesopotamia. Según parece, volvió bastante rápido porque muy pronto lo vamos a encontrar otra vez entre los madianitas.

Balaam, el enigmático adivino, se menciona otras veces en la Escritura. Aunque no se le permitió pronunciar una maldición sobre los hijos de Israel, por lo visto trató de hacer lo que pudo para servir a Balac con el fin de obtener la recompensa. Había

tratado de alejar a Jehová de su pueblo. El siguiente plan que Balaam propuso fue alejar al pueblo de Jehová. En Números 31:16 y Apocalipsis 2:14, nos enteramos de que Balaam le aconsejó a Balac que llevara a los hijos de Israel a la idolatría y al adulterio, relacionado con la adoración de los ídolos. El adulterio como una forma de adoración idólatra era común entre los moabitas y los madianitas. Balaam tuvo éxito con ese consejo diabólico. Una parte del pueblo se alejó de su Dios. El consejo de Balaam originó tanto el problema como el juicio de Dios, que se describe en el capítulo siguiente.

Moab seduce a Israel

25 Israel estaba en Sitim cuando el pueblo empezó a prostituirse con las hijas de Moab, ² las cuales invitaban al pueblo a los sacrificios de sus dioses; el pueblo comió y se inclinó a sus dioses. ³ Así acudió el pueblo a Baal-peor, y el furor de Jehová se encendió contra Israel. ⁴ Jehová dijo a Moisés:

«Toma a todos los príncipes del pueblo y ahórcalos ante Jehová a plena luz del día, para que el ardor de la ira de Jehová se aparte de Israel».

⁵ Moisés dijo a los jueces de Israel:

«Matad cada uno a aquellos de los vuestros que se han juntado con Baal-peor».

⁶ Uno de los hijos de Israel llegó trayendo una madianita adonde estaban sus hermanos, ante los ojos de Moisés y de toda la congregación de los hijos de Israel, mientras ellos lloraban a la puerta del Tabernáculo de reunión. ⁷ Al ver esto, Finees hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, se levantó de en medio de la congregación, tomó una lanza en su mano, ⁸ entró tras aquel hombre de Israel a la tienda y los traspasó a ambos por el vientre, al varón de Israel y a la mujer. Y cesó la mortandad de los hijos de Israel. ⁹ Los que murieron a causa de aquella plaga fueron veinticuatro mil.

¹⁰ Entonces Jehová habló a Moisés y le dijo:

¹¹ «Finees hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, ha hecho apartar mi furor de los hijos de Israel, porque ha mostrado entre ellos un celo como el mío; por eso yo no he consumido en mi celo a los hijos de Israel. ¹² Diles, por tanto: “Yo establezco mi pacto de paz con él. ¹³ Será para él, y para su descendencia después de él, el pacto del sacerdocio perpetuo, por cuanto tuvo celo por su Dios e hizo expiación por los hijos de Israel”».

¹⁴ El nombre del hombre que fue muerto junto con la madianita era Zimri hijo de Salu, jefe de una familia de la tribu de Simeón. ¹⁵ Y el nombre de la mujer madianita muerta era Cozbi, hija de Zur, príncipe de pueblos, padre de familia en Madián.

¹⁶ Jehová habló a Moisés y le dijo:

¹⁷ «Atacad a los madianitas y heridlos, ¹⁸ por cuanto ellos os afligieron a vosotros engañándoos con sus ardides en lo tocante a Baal-peor, y en lo tocante a Cozbi, hija del príncipe de Madián, hermana de ellos, la cual fue muerta el día de la mortandad que vino por lo de Baal-peor».

¡Balaam no pudo maldecir a Israel! No obstante, procuró ganar algún dinero aconsejando a los madianitas y a los moabitas. Sugirió que sedujeran a los israelitas para que se unieran a ellos en su adoración idólatra y adúltera a Baal, el dios cananeo de la fertilidad. Aunque aquí el texto no se refiere específicamente a Balaam, las acciones engañosas de ese adivino relacionan este capítulo con los capítulos anteriores. Siguiendo el consejo que les dio Balaam, los moabitas y madianitas tentaron a los hijos de Israel para que se unieran a las orgías inmorales con las que adoraban a sus ídolos. El pretexto fue: “Nuestros dioses son tan buenos como sus dioses, así que acompañennos. Nos divertimos más adorando a nuestros dioses.” Algunos de los israelitas fueron seducidos a unirse a la adoración idólatra cuando les dieron el pretexto de que una forma de adorar a Dios es probablemente tan buena como otra.

Sin embargo, Dios no será burlado ni compartirá el honor que sólo él merece. Se ofende aun cuando el pueblo pretenda adorarlo con nombres creados por los hombres. Por eso el Señor, manifestando su ira, se dirigió a Moisés y le dio la orden de que los líderes debían proceder de acuerdo con las leyes que habían recibido. Las leyes de Dios les otorgaban a los líderes de Israel la responsabilidad de ejecutar a las personas responsables de idolatría o adulterio. En esa situación, el pueblo era culpable de ambos pecados. Los líderes debían identificar a los transgresores, ejecutarlos y exponer todo ese pecado vergonzoso a la luz del día. Sólo por medio de una acción severa se podía apartar la ira del Señor.

Moisés obedeció al Señor y asignó los jueces, y les dio órdenes estrictas de condenar a muerte a cualquiera que se hubiera unido a la adoración de Baal-peor.

Mientras el juicio estaba en proceso, se presentó un ejemplo descarado de adulterio delante de los propios ojos de los líderes. Un israelita llevó a una madianita al campamento y la condujo a su tienda, justo delante de su propia familia. En verdad, el hombre fue tan audaz que ni siquiera trató de esconder su intención de los líderes que estaban en el tabernáculo de reunión.

El sacerdote Finees actuó con gran rapidez, tomó una lanza y siguió al hombre hasta la tienda y atravesó al hombre y a la mujer. Normalmente un acto tan violento le estaba prohibido al sumo sacerdote, pero contra esa descarada idolatría y adulterio, Finees, desde luego, procedió en el nombre del Dios justo. Realmente su acción salvó al pueblo de que Dios prolongara su ira. Se nos dice que por la justa indignación de Finees cesó la mortandad. Se debe notar que en esa ocasión murieron 24.000 personas. El Señor no será burlado por el adulterio ni la idolatría.

El celo de Finees había apartado la ira del Señor. Luego, Dios, en un pacto, le prometió a Finees que el sacerdocio iba a quedar en su familia.

Este capítulo termina con la nota de que el nombre del israelita era Zimri. La mujer se llamaba Cozbi, hija de Zur, el jefe de una

tribu de los madianitas. Estos hechos muestran todos los esfuerzos de la sociedad madianita para descarriar a los israelitas. En respuesta a esa hostilidad, el Señor instruyó a los hijos de Israel para que trataran a los madianitas como enemigos, aunque eran descendientes de Abraham (vea Génesis 25:2).

El segundo censo

26 Aconteció después de la mortandad, que Jehová habló a Moisés y a Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, y le dijo: ²«Haced el censo de toda la congregación de los hijos de Israel, de veinte años para arriba, por las casas de sus padres, de todos los que pueden salir a la guerra en Israel.»

³ Moisés y el sacerdote Eleazar hablaron con ellos en los campos de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó, y les dijeron: ⁴«Registraréis a la gente de veinte años para arriba, como mandó Jehová a Moisés».

Los hijos de Israel que salieron de tierra de Egipto fueron:

⁵ Rubén, el primogénito de Israel; los hijos de Rubén: de Enoc, la familia de los enoquitas; de Falú, la familia de los faluitas; ⁶ de Hezrón, la familia de los hezronitas; de Carmi, la familia de los carmitas. ⁷ Estas son las familias de los rubenitas; y fueron registrados de ellas 43.730.

⁸ Los hijos de Falú: Eliab. ⁹ Y los hijos de Eliab: Nemuel, Datán y Abiram. Estos Datán y Abiram fueron los del consejo de la congregación que se rebelaron contra Moisés y Aarón con el grupo de Coré, cuando este se rebeló contra Jehová. ¹⁰ La tierra abrió su boca y se los tragó junto con Coré; así murió aquel grupo, cuando el fuego consumió a doscientos cincuenta hombres, para que sirvieran de escarmiento. ¹¹ Pero los hijos de Coré no murieron.

¹² Los hijos de Simeón, por familias: de Nemuel, la familia de los nemuelitas; de Jamín, la familia de los jaminitas; de Jaquín, la familia de los jaquinitas; ¹³ de Zera, la familia de

los zeraítas; de Saúl, la familia de los saulitas. ¹⁴ Estas son las familias de los simeonitas: 22.200.

¹⁵ Los hijos de Gad, por familias: de Zefón, la familia de los zefonitas; de Hagui, la familia de los haguítas; de Suni, la familia de los sunitas; ¹⁶ de Ozni, la familia de los oznitas; de Eri, la familia de los eritas; ¹⁷ de Arod, la familia de los aroditas; de Areli, la familia de los arelitas. ¹⁸ Estas son las familias de Gad; y fueron registrados de ellas 40.500.

¹⁹ Los hijos de Judá: Er y Onán; y Er y Onán murieron en la tierra de Canaán. ²⁰ Y fueron los hijos de Judá, por familias: de Sela, la familia de los selaítas; de Fares, la familia de los faresitas; de Zera, la familia de los zeraítas.

²¹ Los hijos de Fares fueron: de Hezrón, la familia de los hezronitas; de Hamul, la familia de los hamulitas. ²² Estas son las familias de Judá; y fueron registrados de ellas 76.500.

²³ Los hijos de Isacar, por familias; de Tola, la familia de los tolaítas; de Fúa, la familia de los funitas; ²⁴ de Jasub, la familia de los jasubitas; de Simrón, la familia de los simronitas. ²⁵ Estas son las familias de Isacar; y fueron registrados de ellas 64.300.

²⁶ Los hijos de Zabulón, por familias: de Sered, la familia de los sereditas; de Elón, la familia de los elonitas; de Jahleel, la familia de los jahleelitas. ²⁷ Estas son las familias de los zabulonitas; y fueron registrados de ellas 60.500.

²⁸ Los hijos de José, por familias: Manasés y Efraín. ²⁹ Los hijos de Manasés: de Maquir, la familia de los maquiritas; y Maquir engendró a Galaad; de Galaad, la familia de los galaaditas. ³⁰ Estos son los hijos de Galaad: de Jezer, la familia de los jezeritas; de Helec, la familia de los helequitas; ³¹ de Asriel, la familia de los asrielitas; de Siquem, la familia de los siquemitas; ³² de Semida, la familia de los semidaítas; de Hefer, la familia de los heferitas. ³³ Zelofehad hijo de Hefer no tuvo hijos sino hijas. Los nombres de las hijas de Zelofehad fueron Maala, Noa, Hogla, Milca y Tirsa. ³⁴ Estas son las familias de Manasés; y fueron registrados de ellas

52.700.

³⁵ Estos son los hijos de Efraín, por familias: de Sutela, la familia de los sutelaítas; de Bequer, la familia de los bequeritas; de Tahán, la familia de los tahanitas. ³⁶ Y estos son los hijos de Sutela: de Erán, la familia de los eranitas.

³⁷ Estas son las familias de los hijos de Efraín; y fueron registrados de ellas 32.500. Estos son los hijos de José, por familias.

³⁸ Los hijos de Benjamín, por familias: de Bela, la familia de los belaitas; de Asbel, la familia de los asbelitas; de Ahiram, la familia de los ahiramitas; ³⁹ de Sufam, la familia de los sufamitas; de Hufam, la familia de los hufamitas. ⁴⁰ Y los hijos de Bela fueron Ard y Naamán: de Ard, la familia de los arditas; de Naamán, la familia de los naamitas. ⁴¹ Estos son los hijos de Benjamín, por familias; y fueron registrados de ellos 45.600.

⁴² Estos son los hijos de Dan, por familias: de Súham, la familia de los suhamitas. Estas son las familias de los descendientes de Dan. ⁴³ De las familias de los suhamitas fueron registrados 64.400.

⁴⁴ Los hijos de Aser, por familias: de Imna, la familia de los imnitas; de Isúi, la familia de los isuitas; de Bería, la familia de los beriaítas. ⁴⁵ Los hijos de Bería: de Heber, la familia de los heberitas; de Malquiel, la familia de los malquielitas. ⁴⁶ El nombre de la hija de Aser fue Sera. ⁴⁷ Estas son las familias de los hijos de Aser; y fueron registrados de ellas 53.400.

⁴⁸ Los hijos de Neftalí, por familias: de Jahzeel, la familia de los jahzeelitas; de Guni, la familia de los gunitas; ⁴⁹ de Jezer, la familia de los jezeritas; de Silem, la familia de los silemitas. ⁵⁰ Estos son los descendientes de Neftalí, por familias; y fueron registrados de ellas 45.400.

⁵¹ Estos son los registrados de los hijos de Israel: 601.730.

⁵² Habló Jehová a Moisés y le dijo: ⁵³ «Entre estos se repartirá la tierra como heredad, conforme al número de los registrados. ⁵⁴ A los más numerosos darás mayor heredad; a

los menos numerosos, menor heredad. A cada uno se le dará su heredad según el número de los registrados.⁵⁵ Pero la tierra será repartida por suertes; heredarán según el número de los registrados por cada tribu paterna.⁵⁶ Conforme a la suerte será repartida su heredad entre el grande y el pequeño.»

⁵⁷ Los registrados de los levitas, por familias, son estos: de Gersón, la familia de los gersonitas; de Coat, la familia de los coatitas; de Merari, la familia de los meraritas.⁵⁸ Estas son las familias de los levitas: la familia de los libnitas, la familia de los hebronitas, la familia de los mahlitas, la familia de los musitas, la familia de los coreítas.

Coat engendró a Amram.⁵⁹ La mujer de Amram se llamó Jocabed, hija de Leví, que le nació a Leví en Egipto. Ella le dio de Amram estos hijos: Aarón, Moisés y María, su hermana.⁶⁰ A Aarón le nacieron Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar.⁶¹ Pero Nadab y Abiú murieron cuando ofrecieron fuego extraño delante de Jehová.⁶² De los levitas fueron registrados 23.000, todos hombres de un mes para arriba; porque no fueron registrados entre los hijos de Israel, pues no se les había de dar heredad entre los hijos de Israel.

⁶³ Estos son los censados por Moisés y el sacerdote Eleazar, los cuales hicieron el censo de los hijos de Israel en los campos de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó.⁶⁴ Entre estos no había ninguno de los registrados por Moisés y el sacerdote Aarón, quienes hicieron el censo de los hijos de Israel en el desierto de Sinaí.⁶⁵ Porque Jehová había dicho de ellos: «Morirán en el desierto», y no quedó ninguno de ellos, excepto Caleb hijo de Jefone y Josué hijo de Nun.

Los hijos de Israel acamparon al lado oriental del río Jordán. Desde allí podían ver la tierra prometida, al otro lado del río. En este momento el Señor mandó que se realizara un segundo censo. A este censo, como al anterior, se le podría llamar más apropiadamente pasar revista, ya que sólo fueron contados los

hombres de veinte años y mayores, que eran aptos para el servicio militar. Otra vez, las tribus y las familias se organizaron y se determinaron las sumas.

El número total del pueblo fue 601.730. Hay una muy pequeña disminución si se compara con la cifra de 603.550 que había sido contada cuando pasaron revista la primera vez (vea el capítulo 1). Normalmente se esperaría que la nación hubiera aumentado en número durante el período de treinta y ocho años. La disminución de la nación muestra con claridad que causas no naturales estaban obrando aquí.

Un examen más detallado de las sumas individuales de las tribus muestra que la tribu de Rubén perdió una parte considerable de su gente. Eso nos recuerda, más que nada, que la rebelión de Datán y Abiram comprometió principalmente a los rubenitas. Por lo tanto, parece que la tribu debió haber perdido un gran número de personas en ese tiempo. De igual manera, la tribu de Simeón se había reducido de 59.300 a 22.300. Puede ser que esa pérdida aterradora del sesenta por ciento de sus hombres de fuerza se deba a la mortandad reciente (vea 25:9,14). Por otro lado, Judá era la tribu que llevaba la promesa del Salvador. Por esta razón le agradó a Dios permitir que esa tribu creciera con mayor rapidez.

Al pedir este censo, el Señor quería recordarle al pueblo que él había cumplido sus promesas, a pesar de Balaam, Madián y Moab.

Otro de los propósitos de Dios anticipaba la entrada en la tierra prometida. Mediante esta revista, el pueblo iba a estar mejor capacitado para determinar cómo se iba a distribuir la tierra en Canaán entre las doce tribus. Se dieron instrucciones para que la tierra se asignara por suerte a los hombres que fueron contados en este momento. Además, el Señor había determinado que cada tribu iba a recibir territorio en proporción a su tamaño. Así que este censo también indicaba cuánto territorio era necesario para cada una de las tribus.

También se hizo el censo de los levitas. Se agregaron notas especiales relacionadas con el linaje de Aarón, Moisés y María. El

número total de los levitas fue de 23.000. El número de levitas había permanecido prácticamente inalterado durante los años que anduvieron en el desierto, aunque habían muerto 250 hombres levitas en la rebelión de Coré.

El propósito final de este censo se indica en las últimas oraciones de este capítulo. El Señor les estaba recordando aquel día fatal cuando los hijos de Israel no siguieron adelante bajo la bendición del Señor, a causa del temor que les inspiró el informe de los diez espías. En ese momento, el Señor dijo que a ninguna de las personas que habían sido contadas en el desierto de Sinaí se les iba a permitir entrar en la tierra prometida. Por eso, al finalizar el censo, hay una solemne declaración de que, con excepción de Caleb y Josué, ni una persona de las que estaban vivas cuando los israelitas fueron contados en el Sinaí vivía todavía. ¡Las dos excepciones, por su misma existencia, dieron mayor énfasis a la fidelidad de Dios! ¡Dios lo había prometido! Los dos habían exhortado a los hijos de Israel para seguir adelante. En fe exclamaron: “Jehová está con nosotros”. Por lo tanto, Dios había prometido específicamente que los dos iban a tener su propia herencia en la tierra que fluye leche y miel. ¡El Señor también iba a cumplir esa promesa!

DE CADES AL RÍO JORDÁN

La vida personal

El Señor le había dado victorias militares al pueblo escogido. Había transformado la maldición de un falso profeta en bendición para Israel. Y también el Señor nos permite una breve visión de su preocupación por los individuos y también por toda la nación. En una ocasión, varias mujeres estaban preocupadas por su herencia y Dios compartió su inquietud. En otra ocasión Moisés estaba preocupado por la transferencia del liderazgo. En cada caso el Señor dio instrucciones específicas.

Las hijas de Zelofehad

27 Se acercaron las hijas de Zelofehad hijo de Hefer hijo de Galaad, hijo de Maquir, hijo de Manasés, de las familias de Manasés hijo de José, los nombres de las cuales eran Maala, Noa, Hogla, Milca y Tirsa. ² Se presentaron delante de Moisés y delante del sacerdote Eleazar, delante de los príncipes y de toda la congregación, a la puerta del Tabernáculo de reunión, y dijeron: ³ «Nuestro padre murió en el desierto. Él no estuvo en la compañía de los que se juntaron contra Jehová en el grupo de Coré, sino que por su propio pecado murió, y no tuvo hijos. ⁴ ¿Por qué será borrado el nombre de nuestro padre de su familia? ¿Por no haber tenido hijos? Danos alguna heredad entre los hermanos de nuestro padre».

⁵ Moisés llevó su causa delante de Jehová, ⁶ y Jehová respondió a Moisés: ⁷ «Bien dicen las hijas de Zelofehad. Les darás la posesión de una heredad entre los hermanos de su padre, y traspasarás la heredad de su padre a ellas. ⁸ Y a los hijos de Israel les dirás: Cuando alguien muera sin dejar hijos, traspasaréis su herencia a su hija. ⁹ Si no tiene hija, daréis su herencia a sus hermanos; ¹⁰ y si no tiene hermanos,

daréis su herencia a los hermanos de su padre. ¹¹ Si su padre no tiene hermanos, daréis su herencia al pariente más cercano de su familia, y de este será». Para los hijos de Israel esto será una norma de derecho, como Jehová mandó a Moisés.

El antecedente de este hecho tiene que ver con las leyes relacionadas con la herencia. Por lo general, la propiedad pasaba a un heredero masculino. En consecuencia, la familia que se describe en este capítulo tenía un verdadero problema.

Las circunstancias eran muy simples y directas. El Señor no había bendecido a Zelofehad con un hijo y, en ese tiempo particular de la historia de Israel, el hecho tenía gran importancia. El censo se había planeado para preparar la toma de la tierra de Canaán. Como resultado secundario, el censo mostraba que a la familia de Zelofehad no se le iba a dar nada cuando se distribuyera la tierra, ya que no había heredero masculino en la familia a quien se le pudiera dar la tierra. De una manera muy respetuosa y loable, las hijas de Zelofehad presentaron su problema delante de los líderes de Israel. Como no había modelos para un caso como éste, Moisés le presentó el asunto al Señor.

El Señor reconoció que la petición de las hijas de Zelofehad era razonable. Por lo tanto, para hacerle justicia a Zelofehad, aunque estaba muerto, se le asignó una porción entre sus hermanos. Esa porción se iba a dividir entre las hijas. El Señor no quiso que esas mujeres fueran desheredadas. Ellas también iban a tener una porción entre el pueblo.

El Señor también aprovechó esta ocasión para dictar una ordenanza general, para mantener la herencia de tierra en la familia y en la tribu que la había recibido en un principio. El resultado específico de la ordenanza era que la tierra debía permanecer primero que nada en la familia, pero si no había familia, entonces se quedaría con el pariente más cercano dentro del clan. Esta iba a ser una ordenanza permanente para los hijos de Israel.

Josué reemplaza a Moisés

¹² Jehová dijo a Moisés:

—Sube a este monte Abarim y verás la tierra que he dado a los hijos de Israel. ¹³ Después que la hayas visto, tú también serás reunido con tu pueblo, como fue reunido tu hermano Aarón. ¹⁴ Pues fuisteis rebeldes a mi mandato en el desierto de Zin, en la rencilla de la congregación, no santificándome en las aguas a los ojos de ellos. Estas son las aguas de la rencilla de Cades, en el desierto de Zin.

¹⁵ Entonces respondió Moisés a Jehová:

¹⁶—Jehová, Dios de los espíritus de toda carne, ponga sobre la congregación un hombre ¹⁷ que salga delante de ellos y que entre delante de ellos, que los saque y los introduzca, para que la congregación de Jehová no sea como rebaño sin pastor.

¹⁸ Jehová dijo a Moisés:

—Toma a Josué hijo de Nun, hombre en el cual hay espíritu, y pon tu mano sobre él. ¹⁹ Preséntalo luego ante el sacerdote Eleazar y ante toda la congregación, y le darás el cargo en presencia de ellos. ²⁰ Pon parte de tu dignidad sobre él, para que toda la congregación de los hijos de Israel le obedezca. ²¹ Él se presentará ante el sacerdote Eleazar y le consultará por el juicio del Urim delante de Jehová. Por el dicho de él saldrán y por el dicho de él entrarán, él y toda la comunidad de los hijos de Israel junto con él.

²² Moisés hizo como Jehová le había mandado, pues tomó a Josué y lo presentó ante el sacerdote Eleazar y ante toda la congregación. ²³ Puso sobre él sus manos y le dio el cargo, como Jehová había mandado por medio de Moisés.

Al acercarse el tiempo para que los israelitas entraran a la tierra prometida, se aproximaba también el día de la muerte de Moisés. Por eso, el Señor le ordenó a Moisés que subiera a la cima del monte y observara la tierra de Canaán. Aunque a Moisés no se le

iba a permitir que entrara en la tierra, el Señor le concedió el privilegio de verla.

De nuevo, Moisés demostró ante todo que era un líder fiel de los hijos de Israel. No protestó porque había llegado la hora de su muerte. Tampoco se quejó de que el Señor los hubiera juzgado a él y a Aarón por haber pecado en Meriba. En cambio, se preocupó por el pueblo de Israel. Si el Señor se lo iba a llevar, los hijos de Israel no se podían quedar sin un líder. Moisés decidió presentarle al Señor esta inquietud.

El Señor indicó que Josué iba a ser el próximo líder. Josué ya tenía una medida del Espíritu de Dios que le había sido derramada cuando se seleccionaron los setenta ancianos (Números 11:24 en adelante), pero todavía faltaba nombrarlo líder en una ceremonia apropiada. Entonces el pueblo lo iba a reconocer como tal.

Había sido extraordinario que Moisés tuviera los oficios de profeta, sacerdote y rey. Ahora sólo se le iban a transferir a Josué las responsabilidades de rey. Además, él no iba a tener el privilegio de hablar directamente con Dios como lo tuvo Moisés. En cambio, para determinar la voluntad del Señor, Josué iba a consultar al sacerdote, que iba a usar el Urim (que era una parte de las herramientas del sumo sacerdote). Al consultar el Urim, el sumo sacerdote le iba a poder dar a Josué instrucciones de parte del Señor. Aunque su llamado no fue idéntico al de Moisés, se le confirió parte de la autoridad de Moisés a Josué. Su nombramiento fue público para que el pueblo lo pudiera presenciar. Entonces se le iba a dar a Josué autoridad divina, para que el pueblo se acostumbrara a seguirlo. Todo esto se planeó para que el pueblo pudiera salir y entrar bajo las órdenes de Josué.

¡De esta manera se pasó la antorcha del liderazgo nacional!

(Aquí se debe notar que en Deuteronomio 31:7; 31:14 en adelante; y 34:9, se encuentran otros relatos acerca del nombramiento de Josué. Esos relatos parecen referirse a este relato histórico y nos proporcionan más detalles de los que Moisés recordaba.)

PARTE IV

PREPARATIVOS EN EL JORDÁN

NÚMEROS 28-36

La cuarta parte del libro de Números se dedica al tiempo en el que los hijos de Israel estuvieron acampando en la ribera oriental del río Jordán. En esta sección el Señor se ocupó de las fases finales de la preparación antes de que la nación entrara en la tierra prometida.

Los temas específicos tienen que ver con la vida de adoración. Hay un resumen de todas las ofrendas y las fiestas, y más instrucciones sobre los votos. A los israelitas se les ordenó vengarse de los madianitas. La vida de la comunidad se centraba cada vez más en la inminente entrada a la tierra prometida. Varias tribus prefirieron establecerse al oriente del Jordán. Hay una retrospectiva a las etapas iniciales del viaje que ahora estaba llegando a su fin. Debido a que la promesa del Señor es segura, el pueblo pudo hasta conocer los límites y las ciudades. Con la finalidad de proteger a las personas, el Señor previó la necesidad de tener ciudades de refugio y también trató otro asunto para las hijas de Zelofehad.

La vida de adoración

Cuando los hijos de Israel estaban a punto de entrar en la tierra prometida, el Señor repasó todos los sacrificios que el pueblo iba a ofrecer y las fiestas que iba a celebrar. Había algunos ajustes que reflejaban el hecho de que el pueblo se iba a dispersar en lugar de vivir en un campamento. Sin embargo, lo más importante fue el repaso del programa anual de adoración. El voto es otro aspecto del culto que se considera en esta sección. Otras instrucciones tratan de las limitaciones que se pusieron a los votos dentro de la familia.

Ofrendas diarias

28 Habló Jehová a Moisés y le dijo: ² «Manda a los hijos de Israel y diles: Cuidaréis de presentarme a su tiempo mis ofrendas, mi pan con las ofrendas quemadas de olor grato para mí.

³ »También les dirás: Esta es la ofrenda quemada que presentaréis a Jehová: dos corderos sin tacha, de un año, cada día, será el holocausto continuo. ⁴ Ofrecerás un cordero por la mañana, y el otro cordero lo ofrecerás a la caída de la tarde; ⁵ y como oblación, la décima parte de un efa de flor de harina amasada con un cuarto de un hin de aceite de olivas machacadas. ⁶ Es el holocausto continuo de olor grato que fue ordenado en el monte Sinaí como ofrenda quemada para Jehová. ⁷ Su libación: la cuarta parte de un hin con cada cordero. Derramarás la libación de vino superior ante Jehová en el santuario. ⁸ Ofrecerás el segundo cordero a la caída de la tarde; conforme a la ofrenda de la mañana y conforme a su libación ofrecerás. Es una ofrenda quemada de olor grato a Jehová.

En los capítulos 28 y 29, el Señor le indicó a Moisés que escribiera una visión general y un resumen de las ofrendas programadas que los israelitas debían presentar. Esa lista comienza con el sacrificio más frecuente: las ofrendas de la mañana y las de la tarde. La ofrenda específica era un cordero sin tacha, junto con las ofrendas de harina y libación.

Mediante las ofrendas diarias, el Señor quería mantener algunas verdades importantes ante los ojos del pueblo. Una verdad fundamental, que era la base de todos los sacrificios de sangre, era el hecho de que la muerte es necesaria para expiar el pecado. Dios dejó muy en claro que la sangre era el vehículo de la expiación. “Y sin derramamiento de sangre, no hay remisión” (Hebreos 9:22). No obstante, el sacrificio de corderos por sí mismo no podía expiar el pecado. Por eso era necesario repetir todos los días el sacrificio.

Desde luego, cada sacrificio en realidad anticipaba al Cordero de Dios, el Cordero sin mancha y sin defecto, el Mesías. Sólo él podía expiar para siempre los pecados mediante su ofrenda por el pecado en la cruz. Cada cordero que se ofrecía, en esa diaria sucesión de ofrendas en la mañana y en la tarde, anticipaba a ese Cordero de Dios.

La otra verdad que mostraban los sacrificios de la mañana y de la tarde se puede ver en el hecho de que el sacrificio, conocido como la ofrenda quemada, era un holocausto. En los otros tres sacrificios, sólo se consumían en el fuego algunas partes del animal victimado. En el caso de la ofrenda quemada, toda la víctima sacrificada se quemaba y subía en humo. Simbolizaba la dedicación total de los adoradores a Dios (vea Romanos 12:1).

Ofrendas del sábado

⁹»Pero el sábado ofrecerás dos corderos de un año, sin defecto, y dos décimas de flor de harina amasada con aceite como oblación, con su libación. ¹⁰ Es el holocausto de cada sábado, además del holocausto continuo y su libación.

La segunda ofrenda más común era la del sábado. Cada séptimo día el pueblo debía llevar una ofrenda adicional al tabernáculo de reunión. Esto conmemoraba el hecho de que el Señor había descansado el séptimo día, y la esperanza del descanso que Dios iba a dar en el Mesías. El simbolismo era el mismo, ya que se sacrificaban dos corderos además de las ofrendas ordinarias de la mañana y de la tarde.

Ofrendas mensuales

¹¹»Al comienzo de vuestros meses ofreceréis en holocausto a Jehová dos becerros de la vacada, un carnero y siete corderos de un año, sin defecto; ¹² tres décimas de flor de harina amasada con aceite, como oblación por cada becerro;

dos décimas de flor de harina amasada con aceite, como oblación por el carnero,¹³ y una décima de flor de harina amasada con aceite, como oblación que se ofrecerá por cada cordero. Es un holocausto de olor grato, ofrenda que se quema a Jehová.¹⁴ Sus libaciones de vino: medio hin por cada becerro, la tercera parte de un hin por cada carnero y la cuarta parte de un hin por cada cordero. Este es el holocausto de cada mes para todos los meses del año.¹⁵ También un macho cabrío en expiación se ofrecerá a Jehová, además del holocausto continuo con su libación.

Cada mes el tiempo de luna nueva se destacaba con sacrificios adicionales. Además de las ofrendas quemadas, cada día el pueblo debía ofrecer dos becerros, un carnero y siete corderos machos. Esas ofrendas destacaban el hecho de que Dios había sido misericordioso con la nación durante el período más largo, mientras la luna crecía y menguaba.

La Pascua

¹⁶»Pero en el primer mes, el día catorce del mes, será la Pascua de Jehová,¹⁷ y el día quince de este mes será la fiesta solemne: durante siete días se comerán panes sin levadura.¹⁸ El primer día habrá santa convocación: ninguna obra de siervos haréis.¹⁹ Presentaréis, como ofrenda que se quema en holocausto a Jehová, dos becerros de la vacada, un carnero y siete corderos de un año, sin defecto.²⁰ Su ofrenda de harina amasada con aceite: tres décimas por cada becerro, dos décimas por el carnero,²¹ y por cada uno de los siete corderos ofreceréis una décima.²² También ofreceréis un macho cabrío como expiación para reconciliaros.²³ Esto ofreceréis además del holocausto de la mañana, que es el holocausto continuo.²⁴ Conforme a esto ofreceréis cada uno de los siete días, vianda y ofrenda que se quema con olor grato para Jehová: se ofrecerá además del holocausto

continuo y de su libación. ²⁵Y el séptimo día tendréis santa convocación: ninguna obra de siervos haréis.

La Pascua era la primera de las fiestas anuales que los hijos de Israel debían guardar. Todo el calendario religioso se basaba en la liberación de Egipto. Cada primavera, tan pronto como hubiera pasado la luna llena después del equinoccio de primavera, el pueblo, mediante la fiesta de la Pascua, debía recordar el momento en el que el Señor los había liberado misericordiosamente de la esclavitud en Egipto. Todos iban a participar, comiendo pan sin levadura, asistiendo a la asamblea solemne y dejando de trabajar el primero o el último día de la fiesta. Los rituales y los sacrificios de la Pascua se debían realizar aparte de los sacrificios regulares diarios. Los sacrificios de la Pascua también debían ser adicionales a los preparativos y a la celebración que se hacía en cada hogar. Los sacrificios prescritos debían ser en nombre de toda la nación y así iban a conmemorar la protección de los primogénitos de la muerte, la liberación de Egipto y el nacimiento de la nación.

De manera similar, en el Nuevo Testamento nos concentramos durante la estación de la primavera en la fiesta de la Pascua de Resurrección. Como nuestro Salvador se ha levantado como vencedor sobre el pecado, Satanás y la muerte, podemos celebrar nuestra liberación de estos tres malignos. Las fiestas del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento, como una celebración de liberación de la muerte, tienen algunos conceptos paralelos, aunque los rituales no son idénticos.

La fiesta de las Semanas

²⁶»Además, el día de las primicias, cuando presentéis la ofrenda de los nuevos frutos a Jehová en la fiesta de las Semanas, tendréis santa convocación: ninguna obra de siervos haréis. ²⁷ Ofreceréis, como holocausto de olor grato a Jehová, dos becerros de la vacada, un carnero y siete corderos de un año. ²⁸ La ofrenda correspondiente será de

flor de harina amasada con aceite, tres décimas por cada becerro, dos décimas por el carnero,²⁹ y por cada uno de los siete corderos una décima.³⁰ También un macho cabrío para hacer la expiación por vosotros.³¹ Los ofreceréis, además del holocausto continuo con sus ofrendas y sus libaciones. Los animales serán sin defecto.

La fiesta de las Semanas, que era la fiesta de la cosecha de Israel, tiene extraordinaria similitud a la fiesta cristiana del Pentecostés. Así como Pentecostés es cincuenta días después de la Pascua de Resurrección, también la fiesta de las semanas se celebraba cincuenta días después de la Pascua. Es de notarse de nuevo el número siete; la fiesta de las Semanas representa siete sietes (semanas).

Otra vez debían llevar ofrendas generosas al Señor y se debía guardar una celebración especial. La característica sobresaliente de la fiesta de las Semanas era la ofrenda de las primicias, que venían de la cosecha anual de cereales. Por lo tanto, esta festividad era una ocasión muy gozosa, llena de gratitud.

Cuando el Señor envió su Espíritu Santo a la iglesia del Nuevo Testamento en Pentecostés, aparecieron los primeros frutos de la cosecha de almas. Cuando los apóstoles hablaron en lenguas, pusieron en movimiento una cosecha que se extendió por toda la faz de la tierra.

La fiesta de las trompetas

29»En el séptimo mes, el primero de mes, tendréis santa convocación: ninguna obra de siervos haréis. Os será día de tocar las trompetas.² Ofreceréis como holocausto de olor grato a Jehová un becerro de la vacada, un carnero y siete corderos de un año, sin defecto,³ y su ofrenda de flor de harina amasada con aceite; tres décimas de efa por el becerro, dos décimas por el carnero⁴ y una décima por cada uno de los siete corderos;⁵ y un macho

cabrío como expiación para reconciliaros, ⁶ además del holocausto del mes y su ofrenda, del holocausto continuo, su ofrenda y sus libaciones, conforme a la Ley, como ofrenda de olor grato quemada a Jehová.

El séptimo mes era muy ocupado para el adorador israelita. Además de los sacrificios diarios y las celebraciones del sábado, había tres fiestas: la fiesta de las trompetas, el primer día del mes; el día de expiación, el diez; y la fiesta de los tabernáculos, que era el festival de las cosechas de otoño, desde el quince hasta el veintidós.

Mientras la alegría se expresaba por medio de las trompetas, para los israelitas era un recordatorio constante de que recibimos todos nuestros dones del Señor solamente por su bondad y misericordia divinas. Aun así, todo el pueblo tenía que presentarse delante del Señor con sacrificios por el pecado. Había una considerable combinación de sacrificios, ya que los sacrificios diarios, los mensuales y los especiales de esa fiesta debían llevarse al Señor en ese día particular.

El día de la expiación

⁷»El diez de este mes séptimo tendréis santa convocación, y afligiréis vuestras almas: ninguna obra haréis. ⁸ Ofreceréis como holocausto de olor grato a Jehová un becerro de la vacada, un carnero y siete corderos de un año, que serán sin defecto. ⁹ Sus ofrendas: flor de harina amasada con aceite, tres décimas de efa por el becerro, dos décimas por el carnero ¹⁰ y una décima por cada uno de los siete corderos; ¹¹ y un macho cabrío como expiación, además de la ofrenda de las expiaciones por el pecado, del holocausto continuo, de sus ofrendas y sus libaciones.

El día de la expiación era el Viernes Santo del Antiguo Testamento. En un ritual solemne, se sacrificaban las ofrendas por

el pecado y se rociaba la sangre sobre el propiciatorio en el lugar santísimo. Luego el sumo sacerdote ponía las manos sobre la cabeza del macho cabrío de la expiación, un acto que simbolizaba que el sumo sacerdote, en representación de todo el pueblo, ponía los pecados del pueblo sobre el macho cabrío. Después se sacaba al animal del campamento y se libraba, simbolizando así la manera como el Señor quitaba los pecados del pueblo.

Todo esto nos recuerda a los cristianos del Nuevo Testamento que Jesús llegó a ser nuestro “macho cabrío expiatorio” que fue sacado de Jerusalén y pagó por nuestros pecados en el Calvario. El día de la expiación era el único día del año en el que el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo y rociaba sangre sobre el propiciatorio. Con esa acción, Dios le mostraba al pueblo una vez más que la sangre era necesaria para expiar los pecados del pueblo.

La fiesta de los tabernáculos

¹² »También el día quince del séptimo mes tendréis santa convocación: ninguna obra de siervos haréis y celebraréis fiesta solemne a Jehová durante siete días. ¹³ Ofreceréis como holocausto, como ofrenda de olor grato que se quema a Jehová, trece becerros de la vacada, dos carneros y catorce corderos de un año, que han de ser sin defecto. ¹⁴ Sus ofrendas serán de flor de harina amasada con aceite, tres décimas de efa por cada uno de los trece becerros, dos décimas por cada uno de los dos carneros ¹⁵ y una décima por cada uno de los catorce corderos; ¹⁶ y un macho cabrío como expiación, además del holocausto continuo, su ofrenda y su libación.

¹⁷ »El segundo día ofreceréis doce becerros de la vacada, dos carneros y catorce corderos de un año, sin defecto, ¹⁸ con sus ofrendas y sus libaciones por los becerros, los carneros y los corderos, según su número, conforme a la Ley; ¹⁹ y un macho cabrío como expiación, además del holocausto continuo, su ofrenda y su libación.

²⁰ »El tercer día ofreceréis once becerros, dos carneros y

catorce corderos de un año, sin defecto, ²¹ con sus ofrendas y sus libaciones por los becerros, los carneros y los corderos, según su número, conforme a la ley; ²² y un macho cabrío como expiación, además del holocausto continuo, su ofrenda y su libación.

²³»El cuarto día ofreceréis diez becerros, dos carneros y catorce corderos de un año, sin defecto, ²⁴ con sus ofrendas y sus libaciones por los becerros, los carneros y los corderos, según su número, conforme a la Ley; ²⁵ y un macho cabrío como expiación, además del holocausto continuo, su ofrenda y su libación.

²⁶»El quinto día ofreceréis nueve becerros, dos carneros y catorce corderos de un año, sin defecto, ²⁷ con sus ofrendas y sus libaciones por los becerros, los carneros y los corderos, según su número, conforme a la Ley; ²⁸ y un macho cabrío como expiación, además del holocausto continuo, su ofrenda y su libación.

²⁹»El sexto día ofreceréis ocho becerros, dos carneros y catorce corderos de un año, sin defecto, ³⁰ con sus ofrendas y sus libaciones por los becerros, los carneros y los corderos, según su número, conforme a la Ley; ³¹ y un macho cabrío como expiación, además del holocausto continuo, su ofrenda y su libación.

³²»El séptimo día ofreceréis siete becerros, dos carneros y catorce corderos de un año, sin defecto, ³³ con sus ofrendas y sus libaciones por los becerros, los carneros y los corderos, según su número, conforme a la Ley; ³⁴ y un macho cabrío como expiación, además del holocausto continuo, su ofrenda y su libación.

³⁵»El octavo día tendréis solemnidad: ninguna obra de siervos haréis. ³⁶ Ofreceréis como holocausto, como ofrenda de olor grato que se quema a Jehová, un becerro, un carnero y siete corderos de un año, sin defecto, ³⁷ con sus ofrendas y sus libaciones por el becerro, el carnero y los corderos, según su número, conforme a la Ley; ³⁸ y un macho cabrío como

expiación, además del holocausto continuo, su ofrenda y su libación.

³⁹»Estas cosas ofreceréis a Jehová en vuestras fiestas solemnes, además de vuestros votos y ofrendas voluntarias, de vuestros holocaustos, ofrendas y libaciones, y de vuestras ofrendas de paz».

⁴⁰Y Moisés comunicó a los hijos de Israel todo lo que Jehová le había mandado.

30 **Habló Moisés a los príncipes de las tribus de los hijos de Israel y les dijo: «Esto es lo que Jehová ha mandado:**

¡Las acciones de gracias llegan a su clímax! En la fiesta de los tabernáculos, se sacrificaban ofrendas ricas y generosas a Jehová. Aunque el número de ofrendas iba a disminuir en cada uno de los siete días de la fiesta, el total es notable.

Cada año, cuando el pueblo hubiera terminado la cosecha de frutas en el otoño, se debían unir en una gran celebración que señalaba el hecho de que en verdad todas las bendiciones provenían del Dios de toda piedad y misericordia.

Al repasar los sacrificios y las fiestas, es evidente que las fiestas tenían lugar en un lapso de siete meses lunares, desde el primero hasta el séptimo. De esta manera los israelitas tenían medio año que era festivo en su vida de adoración. Así mismo, el año de la iglesia cristiana celebra una serie de fiestas desde Adviento hasta Pentecostés. Esto se conoce como la parte festiva del año eclesiástico, en la que hacemos lo mismo que hacían los israelitas: recordarles a los adultos y enseñarles a los niños pequeños las maravillas que Dios ha hecho. El resto del año eclesiástico tiene el propósito de animarnos a servir fielmente al Señor, que es tan misericordioso con nosotros.

Otra observación interesante en cuanto a la vida de adoración de los israelitas, es la frecuencia con la que se presenta el número siete. Tenían un sábado de días, que terminaba con el día de descanso cada sábado. (El término hebreo “sábado” significa tanto

“siete” como “descanso”.) Tenían un sábado de semanas, las siete semanas entre la Pascua y la fiesta de las primicias. Contaban con un sábado de meses ya que el séptimo mes comprendía una serie de fiestas especiales, incluyendo el gran día de la expiación. También tenían un sábado de años, en el que ellos destacaban especialmente cada séptimo año. Y cada cincuenta años tenían un sábado de años sabáticos, conocido como el año del jubileo. En ese año se perdonaban todas las deudas y las propiedades se tenían que devolver a sus propietarios originales. Todas estas combinaciones de sietes señalan el descanso que esperaba al pueblo de Dios (Hebreos 4:9). Cuando hayamos terminado nuestro paso por la tierra, el Señor nos llamará al descanso eterno en el cielo. En ese descanso, todos los otros sábados alcanzarán su propósito y meta final.

Los votos

² Cuando alguien haga un voto a Jehová, o haga un juramento ligando su alma con alguna obligación, no quebrantará su palabra; hará conforme a todo lo que salió de su boca.

³ »Pero cuando una mujer joven, que todavía vive en la casa de su padre, haga un voto a Jehová o asuma alguna obligación, ⁴ si su padre sabe de su voto o de la obligación con que ligó su alma, y su padre no dice nada, todos los votos de ella serán firmes, y toda obligación con que haya ligado su alma, firme será. ⁵ Pero si su padre se lo prohíbe el día en que se entera, ninguno de los votos y las obligaciones con que ella haya ligado su alma será firme. Y Jehová la perdonará, por cuanto su padre se lo prohibió.

⁶ »Pero si es casada y hace votos, o pronuncia con sus labios cosa con que obligue su alma, ⁷ y al enterarse su marido no dice nada, los votos de ella serán firmes, y la obligación con que ligó su alma, firme será. ⁸ Pero si cuando su marido se entera, se lo prohíbe, entonces queda anulado el voto que ella

hizo y el compromiso de sus labios con que ligó su alma. Y Jehová la perdonará.

⁹»Pero todo voto de viuda o repudiada con que ligue su alma será firme.

¹⁰»Si una mujer hace un voto en casa de su marido, y ha ligado su alma con alguna obligación bajo juramento, ¹¹ y al enterarse su marido no dice nada ni se lo prohíbe, entonces todos sus votos serán firmes, y toda obligación con que haya ligado su alma, firme será. ¹² Pero si su marido los anuló el día que se enteró, todo lo que salió de sus labios en cuanto a sus votos y en cuanto a la obligación de su alma, será nulo; su marido los anuló, y Jehová la perdonará.

¹³»Todo voto y todo juramento que obligue a afligir el alma, su marido lo confirmará, o su marido lo anulará.

¹⁴ Pero si su marido calla ante ello, día tras día, entonces confirmó todos sus votos y todas las obligaciones que pesan sobre ella; los confirmó, por cuanto calló ante ello el día que se enteró. ¹⁵ Pero si los anula después de haberse enterado, entonces él cargará con el pecado de ella».

¹⁶ Estas son las ordenanzas que Jehová mandó a Moisés entre el marido y su mujer, y entre el padre y la hija que, durante su juventud, todavía vive en casa de su padre.

Por mandato del Señor, Moisés vuelve otra vez al tema de los votos voluntarios. Por ellos, una persona se imponía una cierta disciplina o propósito mediante el cual quería servir al Señor. Los votos voluntarios eran adicionales a cualquiera de las leyes e instrucciones que formaban parte de las ordenanzas del Señor para todos los hijos de Israel.

El primer principio que se presenta aquí es que cualquiera que hiciera un voto al Señor tenía que cumplirlo con toda seriedad. Nadie tenía que hacer un voto al Señor, pero si lo hacía, debía cumplirlo. No podía volverse atrás. La persona tenía que llevar a cabo todo lo que había prometido. Este principio se aplicaba a la cabeza de familia sin reservas. En este capítulo, el jefe de la familia

era el padre de familia, o una mujer viuda o divorciada, que estaba encargada de la familia.

Sin embargo, el Señor también sabía que la naturaleza humana pecaminosa quiere oponer una autoridad a la otra. Por lo tanto, podía suceder que alguien que no fuera jefe de familia hiciera un voto. Con el entusiasmo del momento, la persona podía ir más allá de lo que era prudente y apropiado para esa familia. En esta circunstancia, el Señor claramente pone de relieve su voluntad de que el jefe de familia actuara como tal. Por eso, los votos de los que desempeñaban un papel subordinado en el hogar, dependían siempre de la aceptación del voto por parte de la cabeza de familia. Por consiguiente, los votos de los niños, las mujeres jóvenes y las mujeres casadas dependían de la aprobación de parte de la cabeza de familia. Por otro lado, si la cabeza de la familia complicaba la situación por indecisión, el simple hecho de que no dijera nada validaba el voto.

Cuando a la cabeza de familia se le informara del voto, tenía el derecho de tomar una decisión inmediata. Si lo aprobaba o al menos si no lo objetaba, el voto de la persona subordinada quedaba en pie. La decisión se debía tomar la primera vez que se le informaba al jefe de familia del voto. Por lo tanto, si él, como jefe de familia creía que el voto era inapropiado en su hogar, podía anularlo. El Señor indicaba su voluntad de aceptar la decisión del jefe de familia y proclamaba que no habría culpa. Por otro lado, la cabeza de familia no podía vacilar más tarde. No podía cambiar su decisión después. Si la persona no decidía de inmediato anular el voto la primera vez que lo escuchaba, el voto era válido y no podía retroceder. El que había hecho el voto tenía que continuar hasta que lo cumpliera.

De esta manera, el Señor evitó posibles conflictos que pudieran surgir cuando las personas subordinadas dijeran que habían hecho un voto al Señor y que por lo tanto el jefe de familia no los podía detener. Oponerse uno a otro hubiera resultado en confusión. No obstante, el Señor muestra aquí que toma muy en

serio el apoyo al jefe de familia. Específicamente le dio al jefe de la familia el derecho de anular hasta las ofrendas que los miembros de la misma le habían prometido a Dios.

¡Con cuánto cuidado contribuyen las instrucciones divinas al buen orden en las familias! ¡Cómo preserva el poder de los superiores y define la responsabilidad y reverencia de los que están bajo autoridad! En lugar de romper esos lazos, Dios hace a un lado sus propios derechos y anula la obligación de un voto solemne.

PREPARATIVOS EN EL JORDÁN

La vida durante el viaje

El Señor había llevado a los israelitas hasta el límite de la tierra prometida. Ya no quedaba mucho del viaje, pero sí quedaban algunos asuntos pendientes. Por lo tanto, el Señor condujo al pueblo para atacar a los madianitas, porque los israelitas debían ser los agentes vengadores de Dios contra un pueblo que los había seducido a propósito y los había conducido a la idolatría. Ocurrieron algunas cosas asombrosas. La mano del Señor les dio una victoria tan completa que ningún israelita murió en la batalla. También conmovió el corazón del pueblo para que ofrendaran una gran parte del botín al Señor.

La venganza contra los madianitas

31 Jehová habló a Moisés y le dijo: ² «Ejecuta la venganza de los hijos de Israel contra los madianitas; después irás a reunirte con tu pueblo».

³ Entonces Moisés dijo al pueblo:

«Armaos algunos de vosotros para la guerra contra Madián, y vayan a ejecutar la venganza de Jehová en Madián. ⁴ Enviaréis a la guerra a mil de cada tribu de todas las tribus de los hijos de Israel».

⁵ Así fueron aportados, de los millares de Israel, mil por cada tribu: doce mil hombres en pie de guerra. ⁶ Moisés los envió a la guerra; mil de cada tribu envió. Finees, hijo del sacerdote Eleazar, fue a la guerra con los vasos del santuario y con las trompetas en sus manos para tocar. ⁷ Pelearon contra Madián como Jehová lo mandó a Moisés, y mataron a todos los hombres. ⁸ Además de estas víctimas, mataron también a los reyes de Madián, Evi, Requem, Zur, Hur y Reba: cinco reyes de Madián. También mataron a espada a Balaam hijo de Beor. ⁹ Los hijos de Israel se llevaron cautivas

a las mujeres de los madianitas con sus niños, y les arrebataron todas sus bestias, todos sus ganados y bienes.

¹⁰ Incendiaron todas sus ciudades, aldeas y habitaciones.

¹¹ Tomaron todo el despojo y todo el botín, tanto de hombres como de bestias, ¹² y llevaron los cautivos, el botín y los despojos ante Moisés, ante el sacerdote Eleazar y ante la congregación de los hijos de Israel, al campamento en los llanos de Moab, que están junto al Jordán, frente a Jericó.

¹³ Salieron Moisés y el sacerdote Eleazar, y todos los príncipes de la congregación, a recibirlos fuera del campamento. ¹⁴ Pero Moisés se enojó contra los capitanes del ejército, contra los jefes de millares y de centenas que volvían de la guerra. ¹⁵ Les dijo Moisés:

«¿Por qué habéis dejado con vida a todas las mujeres?

¹⁶ Ellas, por consejo de Balaam, fueron causa de que los hijos de Israel pecaran contra Jehová en lo tocante a Baal-peor, y por eso hubo mortandad en la congregación de Jehová.

¹⁷ Matad, pues, ahora a todos los niños varones; matad también a toda mujer que haya tenido relaciones carnales con un hombre. ¹⁸ Pero dejaréis con vida a todas las niñas entre las mujeres que no hayan conocido hombre.

Se ha dicho: “Dios tarda, pero no olvida”. Los madianitas aprendieron esa verdad por las malas cuando el Señor tomó medidas contra ellos por la conducta pecaminosa que se describe en el capítulo 25. En ese tiempo los madianitas, aconsejados por Balaam, condujeron a los israelitas a sus prácticas idólatras y adúlteras de adoración (Números 25:1-18). El Señor decretó un castigo severo; en ese tiempo los jueces ejecutaron a 24.000 israelitas. El castigo alcanzó su clímax cuando el sacerdote Finees traspasó con una lanza al hombre que llevó a una madianita a su tienda. Al final del capítulo 25, hay una nota que indica que el Señor tenía que vengarse de la nación madianita. Ese era el momento.

Dios le pidió a Moisés que le ordenara al pueblo que los atacara. (También le dijo que después de ese ataque debería estar preparado para morir, o ser reunido con su pueblo.) Al parecer, Moisés fue el encargado de los detalles de la organización del ataque.

Reunió un ejército formado por 1.000 hombres de cada una de las doce tribus. Esa unidad de combate de 12.000 hombres iba a ser el instrumento de venganza de Dios. Se nota que el sacerdote Finees acompañó al ejército, llevando los vasos no identificados del santuario. El sacerdote también tomó las trompetas que se iban a usar para dar las órdenes a los soldados, tanto en la marcha como en la batalla.

Los israelitas obtuvieron una victoria rotunda y mataron a todos los hombres. Entre las víctimas estaban cinco reyes de los madianitas. Sobre todo, es digno de mención que Balaam, el profeta que trató infructuosamente de maldecir a Israel, estaba entre las víctimas. Por lo visto, después de que Balaam se alejó de Balac sin maldecir a Israel, había regresado a su hogar. Muy pronto después, debió haber regresado donde los madianitas. ¡Qué lástima que no se le concedió la oración de morir como los israelitas (23:10)! Había estado tan cerca, pero al parecer había vuelto a la adivinación, y con su consejo indujo a los hijos de Israel a seguir la adoración adúltera e idólatra.

Las ciudades y los campos de los madianitas, fueron totalmente destruidos. A las mujeres y a los niños los llevaron cautivos; los animales fueron el botín de guerra. El ejército regresó, con la gente y los animales, al campamento israelita. Naturalmente estaban contentos con ellos mismos.

¡Sin embargo, Moisés estaba furioso! Cuando vio que habían dejado con vida a las mujeres madianitas, habló con justificado enojo. Señaló con toda razón que esas mujeres habían descarriado a los israelitas. Ellas habían invitado a los hombres a participar en la adoración idólatra de Baal, el dios cananeo de la fertilidad. Por lo tanto, Moisés ordenó que todos los niños varones, junto con todas las mujeres que se habían acostado con un hombre, murieran.

Los hombres del ejército llevaron a cabo este severo juicio del Señor. Así que este clan de los madianitas fue efectivamente exterminado.

Es interesante notar que Moisés parecía saber que Balaam fue el instigador que había trabajado entre bastidores. Le echó a Balaam, el adivino, toda la culpa de la tentación que llevó a la apostasía de Israel y a la destrucción de los madianitas.

Al principio puede parecer extraño que Moisés y Eleazar, fueran a encontrar al ejército fuera del campamento. No obstante, debido a que las batallas implicaban muerte, los hombres del ejército estaban ceremonialmente impuros. Por consiguiente, Moisés y Eleazar, les recordaron la responsabilidad de restablecer la pureza ceremonial antes de que entraran en el campamento.

La purificación de la impureza

¹⁹ En cuanto a vosotros, cualquiera que haya dado muerte a una persona, y cualquiera que haya tocado un muerto, permaneced fuera del campamento siete días. Os purificaréis al tercer día y al séptimo, vosotros y vuestros cautivos.

²⁰ Asimismo purificaréis todo vestido, toda prenda de pieles, toda obra de pelo de cabra y todo utensilio de madera.»

²¹ El sacerdote Eleazar dijo a los hombres de guerra que venían de la guerra:

«Esta es la ordenanza de la ley que Jehová ha mandado a Moisés: ²² Ciertamente el oro y la plata, el bronce, el hierro, el estaño y el plomo, ²³ todo lo que resiste el fuego, por fuego lo haréis pasar, y quedará limpio, bien que en las aguas de purificación habrá de purificarse. Pero haréis pasar por agua todo lo que no resiste el fuego. ²⁴ Además lavaréis vuestros vestidos el séptimo día, y así quedaréis limpios; después entraréis en el campamento».

En el capítulo 19, Moisés había presentado las ordenanzas relacionadas con la impureza ceremonial de cualquiera que hubiera

estado en contacto con un cadáver. Es probable que la mayoría de los hombres en este ejército de 12.000 hubiera matado a alguien o hubiera tocado algún cadáver. Por lo tanto, tenían que seguir el ritual para la purificación ceremonial, tanto de ellos como de los cautivos que habían tomado. En los días tercero y séptimo tenían que usar el agua de la purificación.

En estos párrafos, la principal información nueva era que también tenían que purificarse los elementos hechos de pieles, de pelo de cabra, de madera o de metal. Cualquier cosa que se pudiera pasar por el fuego sin ser destruida se debía purificar con fuego. Posteriormente también tenía que ser purificada con el agua de purificación. Los elementos que no se podían hacer pasar por el fuego se debían purificar con las aguas de la purificación. Los vestidos se debían lavar el séptimo día. Entonces, después de que la gente se bañaba, quedaba ceremonialmente limpia. Sólo entonces podían regresar al campamento.

El reparto del botín

²⁵ Jehová habló a Moisés y le dijo: ²⁶ «Sacad la cuenta del botín que se ha hecho, tanto de las personas como de las bestias, tú y el sacerdote Eleazar, y los jefes de los padres de la congregación. ²⁷ Luego partirás por mitades el botín entre los que pelearon, los que salieron a la guerra y toda la congregación. ²⁸ Apartarás para Jehová el tributo de los hombres de guerra que salieron a la guerra; uno por cada quinientos, tanto de las personas como de los bueyes, de los asnos como de las ovejas. ²⁹ De la mitad de ellos lo tomarás, y darás al sacerdote Eleazar la ofrenda de Jehová. ³⁰ De la mitad perteneciente a los hijos de Israel tomarás uno por cada cincuenta, de las personas, los bueyes, los asnos, las ovejas y de todo animal, y los darás a los levitas, que tienen el cuidado del tabernáculo de Jehová».

³¹ Moisés y el sacerdote Eleazar hicieron como Jehová mandó a Moisés. ³² El total del botín, sin contar lo que

tomaron los hombres de guerra fue de seiscientas setenta y cinco mil ovejas,³³ setenta y dos mil bueyes,³⁴ y sesenta y un mil asnos.³⁵ En cuanto a las personas, las mujeres que no habían conocido hombre eran por todas treinta y dos mil.³⁶ La mitad correspondiente a la parte de los que habían salido a la guerra sumó trescientas treinta y siete mil quinientas ovejas,³⁷ y el tributo de las ovejas para Jehová fue de seiscientas setenta y cinco.³⁸ De los bueyes: treinta y seis mil; y de ellos el tributo para Jehová fue de setenta y dos.³⁹ De los asnos: treinta mil quinientos; y de ellos el tributo para Jehová fue de sesenta y uno.⁴⁰ De las personas: dieciséis mil; y de ellas el tributo para Jehová fue de treinta y dos personas.⁴¹ Moisés dio el tributo, para ofrenda reservada a Jehová, al sacerdote Eleazar, como Jehová lo mandó a Moisés.

⁴² La mitad perteneciente a los hijos de Israel, que apartó Moisés del botín de los hombres que habían ido a la guerra ⁴³ (la mitad para la congregación fue de trescientas treinta y siete mil quinientas ovejas,⁴⁴ treinta y seis mil bueyes,⁴⁵ treinta mil quinientos asnos ⁴⁶ y dieciséis mil personas). ⁴⁷ De esta mitad, correspondiente a los hijos de Israel, tomó Moisés uno de cada cincuenta, tanto de las personas como de los animales, y los dio a los levitas, que tenían el cuidado del tabernáculo de Jehová, como Jehová lo había mandado a Moisés.

El Señor decretó que el botín se debía repartir por mitades: una para los soldados que habían luchado y la otra para toda la nación. Sin embargo, incluso al dividir el botín, no se debía olvidar la parte que le correspondía al Señor. En este caso, el Señor iba a recibir un quinto del uno por ciento del botín que recibieron los soldados, y el dos por ciento del botín que recibió el pueblo en general. La parte para el Señor, de la porción de los soldados, se le debía dar al sumo sacerdote, y la parte del pueblo en general debía ir a los levitas.

Al examinar las cifras, es obvio que el botín aumentó considerablemente las riquezas de Israel.

Una ofrenda especial de agradecimiento

⁴⁸ Se acercaron a Moisés los jefes de las tropas de aquel ejército, los jefes de millares y de centenas, ⁴⁹ y dijeron a Moisés: «Tus siervos han hecho el recuento de los hombres de guerra que están a cargo nuestro, y no falta ninguno.

⁵⁰ Por lo cual hemos traído a Jehová como ofrenda lo que cada uno ha hallado: alhajas de oro, brazaletes, manillas, anillos, zarcillos y cadenas, para hacer expiación por nuestras almas delante de Jehová».

⁵¹ Moisés y el sacerdote Eleazar recibieron de ellos el oro y las alhajas, todas elaboradas. ⁵² Todo el oro de la ofrenda que ofrecieron a Jehová los jefes de millares y de centenas sumó 16.750 siclos. ⁵³ Los hombres del ejército habían tomado cada uno su botín. ⁵⁴ Recibieron, pues, Moisés y el sacerdote Eleazar el oro de los jefes de millares y de centenas, y lo llevaron al Tabernáculo de reunión, como memorial de los hijos de Israel delante de Jehová.

¡En plena victoria había sucedido algo extraordinario! ¡Aunque parece que el ejército israelita había sido superado en número, no había muerto ninguno de los soldados israelitas! Aun en una sola batalla, un resultado tan milagroso hubiera sido lo muy asombroso. Este milagro resultaba todavía más impresionante porque en esta campaña habían tomado varias ciudades y villas. Los jefes de millares y los jefes de centenas, habían hecho un conteo cuidadoso, y todas sus tropas habían sobrevivido. ¡El Señor los había protegido a todos! Una bendición así era mucho más grande de la que tenían derecho a esperar. Cada vez era más obvio que Dios podía proteger a los hijos, que lo que había sido para los israelitas de la generación anterior, que habían pensado que nunca

podrían tomar la tierra prometida. El Señor estaba guiando a su pueblo con mano fuerte y sobre alas poderosas. Otra vez recordamos las palabras de Josué y Caleb: “Jehová está con nosotros”.

Los oficiales y los soldados, deseaban expresar su agradecimiento por tan extraordinaria bendición. En consecuencia, los oficiales fueron a Moisés y le dijeron que querían ofrecer todo el botín de oro. Como el Señor no había pedido eso en las instrucciones anteriores, en realidad cada hombre era dueño de lo que hubiera encontrado. Sin embargo, ahora lo ofrecieron al Señor como una ofrenda de gratitud por su notable protección. De pasada, Moisés nota que la ofrenda de oro pesaba como 190 kilos.

Por medio de esta victoria sobre los madianitas, el Señor puso los toques finales para establecer un área segura para los israelitas. Todo el rectángulo de tierra comprendido entre el río Jordán al occidente y el desierto de Arabia al oriente; entre el mar de Galilea al norte y el mar Salado al sur, estaba ahora asegurado. Los israelitas ya no debían temer el hostigamiento de los madianitas que normalmente andaban por el límite del desierto al oriente del Jordán.

PREPARATIVOS EN EL JORDÁN

La vida en la comunidad

En los días finales, varias tribus israelitas tomaron una decisión de suma importancia, que afectó directamente su historia futura. A esas tribus les impresionó la geografía de la tierra que estaba al oriente del Jordán, la cual era muy apropiada para la ganadería. Como esta era su ocupación preferida, pidieron permiso para establecerse en la tierra que ya habían conquistado. Después de negociar, Moisés les dio el permiso. Lo que sigue es un registro de todas las etapas del viaje que hicieron los israelitas desde su liberación de Egipto. Ese repaso de la guía de Dios sólo puede hacer que surjan las palabras de alabanza: “¡Jehová ha estado con nosotros!”

Entonces, aunque no se había tomado ni un centímetro cuadrado de la tierra comprendida entre el Jordán y el mar Mediterráneo, el Señor definió las fronteras de la tierra que les estaba dando a los hijos de Israel. Con el fin de hacer su promesa aun más enfática, el Señor también dispuso que ciertas ciudades, que todavía no habían sido tomadas, estuvieran destinadas a ser ciudades para los levitas.

Las tribus transjordanas

32 Los hijos de Rubén y los hijos de Gad tenían una inmensa cantidad de ganado. Vieron la tierra de Jazer y de Galaad, y les pareció el país un lugar apropiado para el ganado. ² Fueron, pues, los hijos de Gad y los hijos de Rubén, y dijeron a Moisés, al sacerdote Eleazar y a los príncipes de la congregación:

³—Atarot, Dibón, Jazer, Nimra, Hesbón, Eleale, Sebam, Nebo y Beón, ⁴ la tierra que Jehová hirió delante de la congregación de Israel, es tierra de ganado, y tus siervos tienen ganado. ⁵ Por tanto —dijeron— si hallamos gracia a

tus ojos, da esta tierra a tus siervos en heredad y no nos hagas pasar el Jordán.

⁶ Pero Moisés respondió a los hijos de Gad y a los hijos de Rubén:

—¿Irán vuestros hermanos a la guerra, y vosotros os quedaréis aquí? ⁷ ¿Por qué desanimáis a los hijos de Israel para que no pasen a la tierra que les ha dado Jehová? ⁸ Así hicieron vuestros padres, cuando los envié desde Cades-barnea para que vieran la tierra. ⁹ Subieron hasta el torrente Escol y, después que vieron la tierra, desalentaron a los hijos de Israel para que no fueran a la tierra que Jehová les había dado. ¹⁰ La ira de Jehová se encendió entonces, y juró diciendo: ¹¹”Los hombres que subieron de Egipto, de veinte años para arriba, no verán la tierra que prometí con juramento a Abraham, Isaac y Jacob, por cuanto no me han sido fieles, ¹² excepto Caleb hijo de Jefone, el cenezeo, y Josué hijo de Nun, que fueron fieles a Jehová.” ¹³ Así la ira de Jehová se encendió contra Israel, y los hizo andar errantes durante cuarenta años por el desierto, hasta que se extinguió toda aquella generación que había obrado mal delante de Jehová. ¹⁴ Y ahora vosotros, prole de hombres pecadores, ocupáis el lugar de vuestros padres para añadir aún más a la ira de Jehová contra Israel. ¹⁵ Si os apartáis de él, él volverá otra vez a dejaros en el desierto, y destruiréis a todo este pueblo.

Con la bendición del Señor y bajo su dirección, los israelitas ya habían conquistado una porción bastante grande de campo abierto al lado oriental del río Jordán. El área que había alrededor de Jazer y Galaad, era adecuada para la ganadería. Las extensas e inclinadas colinas eran más apropiadas para el pastoreo que para el cultivo. La tierra ganadera era exactamente lo que los rubenitas y gaditas querían. Por lo tanto, le solicitaron a Moisés el permiso para establecerse en este territorio.

¡La reacción de Moisés fue casi vehemente! Comparó el deseo de los rubenitas y gaditas, con la rebeldía del pueblo que se había negado entrar a Canaán cuarenta años antes. Al principio, esto puede parecer un juicio bastante severo. Sin embargo, la propuesta había terminado con las palabras: “No nos hagas pasar el Jordán”.

Cuando consideramos la petición de los rubenitas y los gaditas, vemos que estaba llena de egoísmo. Querían establecerse ahí teniendo en cuenta sólo sus propios deseos e ignorando el vínculo de unidad con el resto de la nación. ¿Acaso no era desconsiderado que desearan los territorios que toda la nación había conquistado? ¿En realidad no tenían el propósito de ayudar a las otras tribus a conquistar una patria para ellos? La petición le pareció a Moisés muy similar a la actitud de la generación anterior cuando se negó a entrar en la tierra prometida. ¿Iba a desanimar su propuesta a las otras tribus? ¿Iba a impedir su decisión la entrada del resto de la nación a la tierra que Dios les estaba dando?

Esas posibilidades fueron tan abrumadoras para Moisés que calificó a los rubenitas y a los gaditas como una prole de hombres pecadores. También les advirtió que no fueran la causa de más destrucción del pueblo. Si el Señor se enojaba y condenaba al pueblo a andar por más tiempo errante en el desierto, sería culpa de ese grupo de personas pecadoras, egoístas e desconsideradas. ¡Qué necesidad era rebelarse contra el Señor escogiendo su propia “tierra prometida”, y estar insatisfechos con la tierra que el Señor les iba a dar!

La conquista de Canaán iba a ser un esfuerzo conjunto

¹⁶ Entonces fueron ellos ante Moisés, y le dijeron:

—Edificaremos aquí corrales para nuestro ganado y ciudades para nuestros niños. ¹⁷ Pero nosotros nos armaremos e iremos con diligencia delante de los hijos de Israel, hasta que los hagamos entrar en su territorio, mientras nuestros niños se quedan en ciudades fortificadas a causa de los habitantes del país. ¹⁸ No volveremos a nuestras

casas hasta que cada uno de los hijos de Israel tome posesión de su heredad. ¹⁹ Porque no reclamaremos heredad junto con ellos al otro lado del Jordán, ni más allá, por cuanto tendremos ya nuestra heredad al oriente, a este otro lado del Jordán.

²⁰ Entonces les respondió Moisés:

—Si lo hacéis así, si os disponéis para ir delante de Jehová a la guerra, ²¹ y todos vosotros pasáis armados el Jordán delante de Jehová, hasta que haya echado a sus enemigos de delante de sí, ²² y sea el país sojuzgado delante de Jehová, entonces podréis volver. Así quedaréis libres de culpa para con Jehová y para con Israel, y esta tierra será vuestra heredad delante de Jehová. ²³ Pero si así no lo hacéis, entonces habréis pecado ante Jehová, y sabed que vuestro pecado os alcanzará. ²⁴ Edificaos ciudades para vuestros niños y corrales para vuestras ovejas, pero haced lo que ha prometido vuestra boca.

²⁵ Los hijos de Gad y los hijos de Rubén respondieron a Moisés:

—Tus siervos harán como mi señor ha mandado.

²⁶ Nuestros niños, nuestras mujeres, nuestros ganados y todas nuestras bestias, estarán ahí en las ciudades de Galaad.

²⁷ Pero tus siervos, armados todos para la guerra, pasarán delante de Jehová para combatir de la manera que mi señor dice.

²⁸ Entonces les encomendó Moisés al sacerdote Eleazar, a Josué hijo de Nun y a los príncipes de los padres de las tribus de los hijos de Israel.

²⁹ Les dijo Moisés:

—Si los hijos de Gad y los hijos de Rubén pasan con vosotros el Jordán, armados todos para la guerra delante de Jehová, luego que el país sea sojuzgado delante de vosotros, les daréis la tierra de Galaad en posesión; ³⁰ pero si no pasan armados con vosotros, entonces tendrán su posesión entre vosotros, en la tierra de Canaán.

³¹ Los hijos de Gad y los hijos de Rubén respondieron:

—Haremos lo que Jehová ha dicho a tus siervos.

³² Nosotros pasaremos armados delante de Jehová a la tierra de Canaán, pero la heredad que poseamos estará a este lado del Jordán.

³³ Así Moisés dio a los hijos de Gad, a los hijos de Rubén y a la media tribu de Manasés hijo de José, el reino de Sehón, rey amorreo, y el reino de Og, rey de Basán, la tierra con sus ciudades y sus territorios, o sea, las ciudades de los alrededores.

No está claro si desde el principio los rubenitas y los gaditas habían tenido la intención de ayudar a conquistar el resto de la tierra prometida. De cualquier manera, insistieron con su petición y ofrecieron que iban a enviar a sus hombres de guerra para que fueran delante de los israelitas hasta que toda Canaán hubiera sido conquistada. Con esa promesa indicaron que de ninguna manera querían ignorar o evadir cualquier responsabilidad que tuvieran con el resto de la nación. En un sentido práctico, para los israelitas era bueno tener un grupo de soldados que marchara delante de ellos y que no estuvieran ocupados en el traslado de familia y posesiones.

Cuando quedó claro que los rubenitas y los gaditas, estaban listos para participar en la conquista de Canaán, Moisés cedió. Les dio permiso para construir las áreas fortificadas que iban a necesitar para sus familias y sus rebaños. Sin embargo, también les dio la responsabilidad de cumplir completamente sus promesas. Si no lo hacían, se les iba a negar el permiso de quedarse en Galaad y tendrían que vivir con los israelitas en una herencia que se les asignaría al lado occidental del Jordán.

La seriedad de su responsabilidad fue clara cuando Moisés les explicó solemnemente el acuerdo al sumo sacerdote, a Josué y a los príncipes de las tribus. En presencia de ese grupo de líderes, los rubenitas y gaditas repitieron su intención de enviar soldados para ayudar en la conquista de la tierra prometida. Y cumplieron

la promesa. Su fidelidad fue ejemplar, porque más tarde fueron liberados de la promesa después de la conquista de la tierra de Canaán (Josué 22:1-6).

Entonces las negociaciones llegaron a su fin. Casi al finalizarlas, la media tribu de Manasés debió haber pedido que los incluyeran. Por lo tanto, a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de Manasés se les permitió hacer los arreglos necesarios para que se establecieran en el área al oriente del Jordán.

Los asentamientos

³⁴ Los hijos de Gad edificaron Dibón, Atarot, Aroer, ³⁵ Atarot-sofán, Jazer, Jogbeha, ³⁶ Bet-nimra y Bet-arán, ciudades fortificadas; hicieron también corrales para las ovejas. ³⁷ Los hijos de Rubén edificaron Hesbón, Eleale, Quiriataim, ³⁸ Nebo, Baal-meón, cambiándoles sus nombres, y Sibma; y pusieron nuevos nombres a las ciudades que edificaron.

³⁹ Los hijos de Maquir hijo de Manasés fueron a Galaad, la tomaron y echaron al amorreo que estaba en ella. ⁴⁰ Entonces Moisés dio Galaad a Maquir hijo de Manasés, el cual habitó en ella. ⁴¹ También Jair hijo de Manasés fue y tomó sus aldeas, y las llamó Havot-jair. ⁴² Asimismo Noba fue y tomó Kenat y sus aldeas, y le puso su propio nombre: Noba.

La geografía de cualquier región en particular en el mundo tiende a indicar que ciertos lugares son naturales para establecer ciudades. Por consiguiente, muchas de las ciudades que las tribus transjordanas reconstruyeron se encontraban en los mismos sitios donde habían existido otras. En algunos casos, los lugares conservaron los mismos nombres que habían tenido antes. Por una buena razón cambiaron algunos nombres, especialmente los que se referían a alguna deidad pagana.

Entonces todo el mundo estaba feliz. Las tribus transjordanas tenían la tierra que satisfacía sus propósitos, y las tribus restantes

tenían los soldados adicionales que al parecer iban a necesitar para conquistar la tierra prometida.

Nos damos cuenta de lo bien que se aplica en el reino de Dios esta conocida regla: primero la guerra y la batalla, después la herencia. Los que no peleen la buena batalla no deben esperar una herencia.

Etapas del viaje de Israel

33 Estas son las jornadas de los hijos de Israel que salieron de la tierra de Egipto, según el orden de sus ejércitos, bajo el mando de Moisés y Aarón. ² Moisés escribió sobre el punto de partida de sus jornadas por mandato de Jehová. Estas, pues, son sus jornadas con arreglo al punto de partida.

³ De Ramesés salieron el mes primero, el día quince del mes primero. El segundo día de la Pascua salieron los hijos de Israel con mano poderosa, a la vista de todos los egipcios, ⁴ mientras enterraban los egipcios a los que Jehová había herido de muerte, a todos sus primogénitos; Jehová había hecho justicia también a sus dioses.

⁵ Salieron, pues, los hijos de Israel de Ramesés y acamparon en Sucot.

⁶ Salieron de Sucot y acamparon en Etam, que está en los límites del desierto.

⁷ Salieron de Etam y fueron hacia Pi-hahiroth, que está delante de Baal-zefón, y acamparon delante de Migdol.

⁸ Salieron de Pi-hahiroth, atravesaron el mar y llegaron al desierto. Anduvieron tres días de camino por el desierto de Etam y acamparon en Mara.

⁹ Salieron de Mara y llegaron a Elim, donde había doce fuentes de aguas y setenta palmeras; allí acamparon.

¹⁰ Salieron de Elim y acamparon junto al Mar Rojo.

¹¹ Salieron del Mar Rojo y acamparon en el desierto de Sin.

¹² Salieron del desierto de Sin y acamparon en Dofca.

¹³ Salieron de Dofca y acamparon en Alús.

¹⁴ Salieron de Alús y acamparon en Refidim, donde el pueblo no tuvo aguas para beber.

¹⁵ Salieron de Refidim y acamparon en el desierto de Sinaí.

¹⁶ Salieron del desierto de Sinaí y acamparon en Kibrot-hataava.

¹⁷ Salieron de Kibrot-hataava y acamparon en Hazerot.

¹⁸ Salieron de Hazerot y acamparon en Ritma.

¹⁹ Salieron de Ritma y acamparon en Rimón-peres.

²⁰ Salieron de Rimón-peres y acamparon en Libna.

²¹ Salieron de Libna y acamparon en Rissa.

²² Salieron de Rissa y acamparon en Ceelata.

²³ Salieron de Ceelata y acamparon en el monte Sefer.

²⁴ Salieron del monte Sefer y acamparon en Harada.

²⁵ Salieron de Harada y acamparon en Macelot.

²⁶ Salieron de Macelot y acamparon en Tahat.

²⁷ Salieron de Tahat y acamparon en Tara.

²⁸ Salieron de Tara y acamparon en Mitca.

²⁹ Salieron de Mitca y acamparon en Hasmona.

³⁰ Salieron de Hasmona y acamparon en Moserot.

³¹ Salieron de Moserot y acamparon en Bene-jaacán.

³² Salieron de Bene-jaacán y acamparon en el monte Gidgad.

³³ Salieron del monte Gidgad y acamparon en Jotbata.

³⁴ Salieron de Jotbata y acamparon en Abrona.

³⁵ Salieron de Abrona y acamparon en Ezión-geber.

³⁶ Salieron de Ezión-geber y acamparon en el desierto de Zin, que es Cades.

³⁷ Salieron de Cades y acamparon en el monte Hor, en la frontera del país de Edom. ³⁸ El sacerdote Aarón subió al monte Hor, conforme al dicho de Jehová, y allí murió a los cuarenta años de la salida de los hijos de Israel de la tierra de Egipto, en el quinto mes, el primero del mes. ³⁹ Aarón tenía ciento veintitrés años de edad cuando murió en el monte Hor.

⁴⁰ El cananeo, rey de Arad, que habitaba en el Neguev, en la tierra de Canaán, oyó entonces que habían llegado los hijos de Israel.

⁴¹ Salieron del monte Hor y acamparon en Zalmona.

⁴² Salieron de Zalmona y acamparon en Punón.

⁴³ Salieron de Punón y acamparon en Obot.

⁴⁴ Salieron de Obot y acamparon en Ije-abarim, en la frontera de Moab.

⁴⁵ Salieron de Ije-abarim y acamparon en Dibón-gad.

⁴⁶ Salieron de Dibón-gad y acamparon en Almón-diblataim.

⁴⁷ Salieron de Almón-diblataim y acamparon en los montes de Abarim, delante de Nebo.

⁴⁸ Salieron de los montes de Abarim y acamparon en los campos de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó.

⁴⁹ Finalmente acamparon junto al Jordán, desde Bet-jesimot hasta Abel-sitim, en los campos de Moab.

⁵⁰ Habló Jehová a Moisés en los campos de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó, y le dijo: ⁵¹ «Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis pasado el Jordán y entréis en la tierra de Canaán, ⁵² echaréis de delante de vosotros a todos los habitantes del país, destruiréis todos sus ídolos de piedra y todas sus imágenes de fundición, y destruiréis todos sus lugares altos. ⁵³ Echaréis a los habitantes de la tierra y habitaréis en ella, pues yo os la he dado para que sea vuestra propiedad. ⁵⁴ Heredaréis la tierra por sorteo, según vuestras familias. A las más numerosas daréis mucho como herencia, y a las menos numerosas daréis menos como herencia; donde le caiga la suerte, allí la tendrá cada uno. Por las tribus de vuestros padres heredaréis. ⁵⁵ Pero si no echáis a los habitantes del país de delante de vosotros, sucederá que los que de ellos dejéis serán como agujones en vuestros ojos y como espinas en vuestros costados, y os afligirán en la tierra sobre la que vais a habitar. ⁵⁶ Además, haré con vosotros como pensaba hacer con ellos».

Al examinar la lista de los lugares donde acamparon, se nota rápidamente que esta lista proporciona la única información que tenemos de algunos de los lugares donde acamparon. Como se había indicado antes, la Biblia registra la historia de la vida espiritual del pueblo de Dios, en lugar de ser un registro histórico mecánico. Debemos suponer que el Señor había determinado que no sucediera nada significativo que pudiera afectar la situación espiritual de los israelitas en los lugares donde no se da más información.

Antes hubo un registro constante de las quejas de los israelitas contra el Señor. Las quejas habían comenzado muy poco después de que salieron del Sinaí. El informe del fuego en el extremo del campamento presentaba esas quejas. Hay una breve nota acerca del lugar del campamento, pero fue el comienzo de las quejas y de la rebelión que aumentó y llegó a su clímax en la rebelión en Cades-barnea. De la misma manera, hay una descripción detallada de la situación con la serpiente de bronce, pero casi nada se dice sobre el lugar del campamento donde los israelitas estuvieron antes y después del suceso. Aquí esos eventos simplemente se colocan dentro del contexto de una lista completa de los lugares donde acamparon.

Es evidente el control que el Señor tiene sobre todos los eventos por la determinación del momento preciso en que acontecieron. No es coincidencia que Aarón muriera en el quinto mes del año cuarenta después de que los hijos de Israel salieron de Egipto. De igual manera, los sucesos restantes que se registran después de la muerte de Aarón se realizaron durante los meses finales del año 40. Por lo tanto, los israelitas llegaron al Jordán precisamente de acuerdo con el plan que Dios tenía para ellos.

Como el Señor le había mandado a Moisés que hiciera una lista de los lugares donde acamparon, aprovechó la ocasión de repetir las instrucciones del castigo que les quería aplicar a los cananeos por medio de los israelitas. En realidad, el Señor estaba usando a esa nación como instrumento para castigar a los cananeos. Por consiguiente, dio la orden de sacar y destruir a todos

los cananeos. Sobre todo, debían derrumbar y demoler los templos de los ídolos y los lugares altos. Sólo cuando obedecieran esas órdenes del Señor, se les iba a permitir que tomaran posesión de la tierra.

Como era seguro que iban a conquistar la tierra con la bendición de Dios, resultaba lógico anunciar el procedimiento general para la distribución de esa tierra. El plan estipulaba básicamente que cada individuo recibiera la misma porción de tierra. Por eso, las tribus más grandes iban a recibir más tierra que las tribus más pequeñas. Además, todo se iba a determinar por sorteo, lo cual evitaría acusaciones de favoritismo. La distribución final de la tierra a las tribus y a los individuos de las tribus se dejó al Señor, quien en efecto controla hasta los sorteos.

El capítulo termina con una solemne advertencia acerca de las serias consecuencias que se acarrearía Israel si no destruía a los cananeos ni demolía sus lugares altos. Su misión era: (1) sacar a los habitantes que se encontraban allí, y (2) destruir por completo todos los objetos para el culto y los santuarios que eran utilizados por los habitantes actuales. Si los israelitas permitían que algunos de los cananeos se quedaran en la tierra, éstos se iban a convertir en un serio problema. En el lenguaje gráfico que se emplea aquí, serían como agujijones en sus ojos.

Desde nuestro punto de vista histórico sabemos que, en efecto, los hijos de Israel permitieron que algunos cananeos sobrevivieran (por ejemplo, los filisteos), quienes, en los siglos venideros, originaron constantes problemas para los israelitas.

Dios les advirtió a los israelitas que si no echaban de entre ellos a los pobladores de Canaán, se iban a acarrear la ira de Dios. Les iba a dar el mismo castigo que ellos les iban a dar a los cananeos. ¡El Señor recuerda muy bien sus promesas y sus amenazas! Cuando los israelitas fueron infieles, se desató la ira de Dios contra ellos y en efecto los echó de la tierra que le fue prometida a su antepasado Abraham. No obstante, todas las promesas de misericordia en el Salvador se llevaron a cabo antes de que los israelitas finalmente fueran arrojados de la tierra. ¡El

gran propósito de Dios de dar salvación por medio de un descendiente de Abraham se iba a hacer realidad, y así sucedió!

El Señor todavía desea que los cristianos, aunque vivan entre los hijos impíos de este mundo incrédulo, se conserven sin contaminación del mundo. Exponerse a la idolatría llevará inevitablemente a la catástrofe.

Límites de Canaán

34 Jehová habló a Moisés y le dijo: ² «Manda a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra de Canaán, esta será la tierra que os ha de caer en herencia, y estos serán sus límites:

³ »Tendréis el lado del sur desde el desierto de Zin hasta la frontera de Edom, y su límite estará en el extremo del Mar Salado, hacia el oriente. ⁴ Este límite os irá rodeando desde el sur hasta la subida de Acrabim, y pasará hasta Zin; se extenderá del sur a Cades-barnea, continuará a Hasar-adar y pasará hasta Asmón. ⁵ Rodeará este límite desde Asmón hasta el torrente de Egipto, y terminará en el mar.

⁶ »El límite occidental será el Mar Grande; este límite será el límite occidental.

⁷ »El límite del norte será este: desde el Mar Grande trazaréis una línea hasta el monte Hor. ⁸ Del monte Hor trazaréis una línea hasta la entrada de Hamat, y seguirá aquel límite hasta Zedad. ⁹ Seguirá luego hasta Zifrón y terminará en Hazar-enán. Este será el límite del norte.

¹⁰ »Como límite al oriente trazaréis una línea desde Hazar-enán hasta Sefam. ¹¹ Este límite bajará desde Sefam a Ribla, al oriente de Aín. Seguirá descendiendo el límite y llegará a la costa del mar de Cineret, al oriente. ¹² Después descenderá este límite al Jordán y terminará en el Mar Salado:

»Esta será vuestra tierra con los límites que la rodean».

El territorio que el Señor les estaba dando a los israelitas tiene una forma más o menos rectangular. Si vemos el mapa, la esquina inferior derecha del rectángulo sería el extremo sur del mar Salado (es decir, el mar Muerto). La frontera sur de Israel sería una línea trazada en dirección oeste hacia el mar Grande (es decir, el mar Mediterráneo). El Mediterráneo sería el límite en el lado occidental. La frontera norte se extendería desde el mar Grande hasta la parte superior del mar de Quineret (es decir, el mar de Genesaret o mar de Galilea). El límite al oriente sería el río Jordán. Fuera de este rectángulo estarían Cades-barnea al sur, Lebo Hamat al norte (se desconoce su localización exacta) y la tierra de las dos y media tribus que se establecieron al oriente del Jordán.

Según estos datos, la tierra prometida queda exactamente en la parte superior de un istmo de tierra fértil entre el desierto de Arabia y el mar Mediterráneo. Las grandes caravanas de comercio que viajaban entre Egipto y los imperios por los ríos Tigris y Éufrates, tenían que pasar por una parte de ese rectángulo de tierra.

Por consiguiente, la tierra que Dios escogió como patria de su pueblo tenía aspecto cosmopolita y ambiente comercial. Esa tierra era también el campo de movilización para muchos ejércitos. Es claro que la mano del Señor dirigió todo. Usó la posición estratégica de Canaán como una oportunidad para extender el evangelio del Mesías que vendría. Con la guía de Dios, su Palabra se extendió por todas partes. En la historia posterior es evidente que los hijos de Israel prosperaron cuando fueron fieles al Señor. Sin embargo, envió ejércitos para castigarlos cuando fueron infieles.

El reparto de la tierra

¹³ Moisés dijo a los hijos de Israel: «Esta es la tierra que se os repartirá en heredades por sorteo, que mandó Jehová que diera a las nueve tribus y a la media tribu, ¹⁴ pues la tribu de los hijos de Rubén y la tribu de los hijos de Gad, con sus familias, y la media tribu de Manasés, han tomado ya su

heredad. ¹⁵ Dos tribus y media tomaron su heredad a este lado del Jordán, al oriente de Jericó, hacia el nacimiento del sol».

¹⁶ Habló Jehová a Moisés y le dijo: ¹⁷ «Estos son los nombres de los hombres que os repartirán la tierra: El sacerdote Eleazar y Josué hijo de Nun. ¹⁸ Tomaréis también de cada tribu un príncipe para dar la posesión de la tierra.

¹⁹ Estos son sus nombres:

»De la tribu de Judá, Caleb hijo de Jefone.

²⁰ »De la tribu de los hijos de Simeón, Semuel hijo de Amiud.

²¹ »De la tribu de Benjamín, Elidad hijo de Quislón.

²² »De la tribu de los hijos de Dan, el príncipe Buqui hijo de Jogli.

²³ »De los hijos de José: de la tribu de los hijos de Manasés, el príncipe Haniel hijo de Efod, ²⁴ y de la tribu de los hijos de Efraín, el príncipe Kemuel hijo de Siftán.

²⁵ »De la tribu de los hijos de Zabulón, el príncipe Elizafán hijo de Parnac.

²⁶ »De la tribu de los hijos de Isacar, el príncipe Paltiel hijo de Azán.

²⁷ »De la tribu de los hijos de Aser, el príncipe Ahiud hijo de Selomi.

²⁸ »Y de la tribu de los hijos de Neftalí, el príncipe Pedael hijo de Amiud».

²⁹ A estos mandó Jehová que hicieran la repartición de las heredades a los hijos de Israel en la tierra de Canaán.

La forma de repartir la tierra reflejaba los procedimientos que se habían usado en varias ocasiones anteriores. El líder político Josué, el líder espiritual Eleazar, más un líder de cada una de las doce tribus, iban a ser las autoridades. La lista no proporciona nombres especiales excepto el del fiel Caleb, con quien nos hemos encontrado en varias ocasiones. Era significativo que Caleb estuviera vivo, porque en Cades-barnea, él y Josué habían sido los

únicos que instaron al pueblo a seguir adelante. Con plena confianza en el Señor dijeron: “Jehová está con nosotros”. Esa fe recibió su bendición en este momento, porque Caleb estaba vivo para ayudar en la distribución de la tierra. Tomó posesión de un terreno propio como el Señor había prometido.

El pueblo debía distribuir el territorio por sorteo. De esa manera era claro que la mano del Señor iba a dirigir todos los aspectos del proceso de selección. No habría oportunidad para que surgieran los celos. Nadie se podía quejar de injusticia o favoritismo. Cada familia podía considerar su herencia como un regalo del Señor.

¿No es fascinante ver la fe que se relaciona con toda esta actividad? Todavía no se había conquistado la tierra de Canaán, todavía vivían en esa tierra las muchas tribus cananeas que cuarenta años antes los espías habían descrito tan gráficamente. No obstante, el pueblo de Dios continuó con la distribución de la tierra porque actuaron con fe, sabiendo que lo que el Señor prometía, lo cumplía. La confianza distingue a esta generación de la anterior. Vivieron a la luz de las palabras de Caleb: “Jehová está con nosotros”.

El Señor quiere que su pueblo tenga en todas las generaciones esa confianza. Cada promesa del Señor se cumplirá con seguridad. Las realidades divinas no son diferentes en nuestra época. ¡Lo que Dios ha prometido, lo cumplirá! Él muy bien puede llevar a cabo cada una de sus promesas, ya sea que se apliquen al presente o al futuro distante. Con esa confianza, cada cristiano debe llevar su vida y enfrentar la muerte.

Las ciudades para los levitas

35 Habló Jehová a Moisés en los campos de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó, y le dijo: ² «Manda a los hijos de Israel que den a los levitas, de la heredad que les pertenece, ciudades en que habiten; también daréis a los levitas los ejidos que están alrededor de esas ciudades. ³ Ellos

tendrán ciudades donde habitar, y sus ejidos serán para sus animales, su ganado y todas sus bestias. ⁴ Los ejidos de las ciudades que daréis a los levitas se extenderán mil codos a su alrededor, desde el muro de la ciudad hacia afuera. ⁵ Luego mediréis, fuera de la ciudad, dos mil codos hacia el lado del oriente, dos mil codos hacia el lado del sur, dos mil codos hacia el lado del occidente y dos mil codos hacia el lado del norte, y la ciudad quedará en el medio. Estos serán los ejidos de las ciudades.

Al principio, el Señor había ordenado que se le dedicaran a él todos los primogénitos de los israelitas. Con ese acuerdo, todas las familias tendrían a alguien que trabajaría en el templo. Debido a la manera como resultaron las cosas históricamente, el Señor determinó que los levitas iban a servir en el tabernáculo de reunión. Sin embargo, sería provechoso que la información llegara a toda la nación desde el centro de su religión. Por lo tanto, Dios determinó que a los levitas se les dieran ciudades distribuidas por toda la tierra. Iba a ser una levadura que ejercería una influencia benéfica sobre el pueblo en todas partes.

Otra vez viene a consideración la condición especial de los levitas. Como ellos habían sido apartados para el trabajo especial del tabernáculo, no iban a recibir una herencia ordinaria entre los israelitas. No obstante, necesitaban un lugar para vivir. Por lo tanto, el Señor dispuso que se debían dar a los levitas cuarenta y ocho ciudades distribuidas por toda la tierra; esas ciudades debían estar rodeadas de tierra para cultivar (hasta 450 metros del muro de la ciudad) y para pastar (hasta 900 metros del muro de la ciudad).

De esta forma, Dios les dio a los levitas lo necesario. Al mismo tiempo estipuló que la gente que trabajaba en el tabernáculo también se dispersara por toda la tierra. Así iban a servir como modelos y maestros para todo el pueblo de la tierra.

PREPARATIVOS EN EL JORDÁN

La vida como individuos

Como en otras partes de este libro, el Señor no sólo trata los aspectos que afectaban a toda la nación, sino que su preocupación siempre alcanza hasta el nivel personal. Incluso al preparar el momento en el que la tierra iba a ser conquistada y ocupada, el Señor mostró su preocupación por las personas. Una manifestación de esa preocupación fue la provisión de ciudades de refugio para las personas que hubieran matado a alguien por accidente, las cuales podían mantenerse a salvo de la familia vengadora, huyendo a la ciudad de refugio. Otra evidencia de la preocupación de Dios por los individuos se relacionaba de nuevo con las hijas de Zelofehad. Con anterioridad, el Señor había decretado que iban a recibir la herencia que le correspondía al padre de ellas. En este momento, otros miembros de la tribu preguntaron si la tribu iba a perder la tierra si las hijas de Zelofehad se casaban con hombres de otras tribus. El Señor indicó que debían casarse con alguien de la tribu o iban a perder el derecho a la tierra.

Las ciudades de refugio

⁶»De las ciudades que daréis a los levitas, seis de ellas serán de refugio, las cuales daréis para que el homicida se refugie allá. Además de estas, daréis cuarenta y dos ciudades. ⁷Todas las ciudades que daréis a los levitas serán cuarenta y ocho ciudades con sus ejidos. ⁸Y en cuanto a las ciudades que deis de la heredad de los hijos de Israel, del que tiene mucho tomaréis mucho y del que tiene poco tomaréis poco. Cada uno dará de sus ciudades a los levitas según la posesión que heredará».

⁹Habló Jehová a Moisés y le dijo: ¹⁰«Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis pasado al otro lado del Jordán hacia la tierra de Canaán, ¹¹señalaréis ciudades, ciudades

que os sirvan de refugio, donde huya el homicida que hiera a alguien de muerte, sin intención. ¹² Esas ciudades serán para refugiarse del vengador, y así no morirá el homicida antes de haber comparecido a juicio delante de la congregación. ¹³ De las ciudades, pues, que daréis, tendréis seis ciudades de refugio. ¹⁴ Tres ciudades daréis a este lado del Jordán, y tres ciudades daréis en la tierra de Canaán, las cuales serán ciudades de refugio. ¹⁵ Estas seis ciudades serán de refugio para los hijos de Israel, para el extranjero y el que habite entre ellos, para que huya allá cualquiera que hiera de muerte a otro sin intención.

¹⁶ »Si con instrumento de hierro lo hiere y muere, homicida es: el homicida morirá.

¹⁷ »Si lo hiere con una piedra que puede causar la muerte, y muere, homicida es: el homicida morirá.

¹⁸ »Si lo hiere con un palo que puede causar la muerte, y muere, homicida es: el homicida morirá. ¹⁹ El vengador de la sangre dará muerte al homicida; cuando lo encuentre, lo matará.

²⁰ »Si por odio lo empujó, o lanzó sobre él alguna cosa intencionalmente, y muere; ²¹ o por enemistad lo hirió con sus manos, y murió, el que lo ha herido morirá: es un homicida. El vengador de la sangre matará al homicida cuando lo encuentre.

²² »Pero si lo empujó casualmente y sin enemistad, o lanzó sobre él cualquier instrumento sin mala intención, ²³ o bien, sin verlo, hizo caer sobre él alguna piedra capaz de matarlo, y muere, pero él no era su enemigo ni procuraba su mal, ²⁴ entonces la congregación juzgará entre el que causó la muerte y el vengador de la sangre conforme a estas leyes, ²⁵ y la congregación librárá al homicida de manos del vengador de la sangre. La congregación lo hará volver a la ciudad de refugio en la que se había refugiado, y allí se quedará hasta que muera el sumo sacerdote, el cual fue ungido con el aceite santo.

26 »Pero si el homicida sale fuera de los límites de la ciudad de refugio en la que se asiló, **27** y el vengador de la sangre lo encuentra fuera del límite de la ciudad de su refugio, y el vengador de la sangre mata al homicida, no se le culpará por ello, **28** pues en su ciudad de refugio debería aquél habitar hasta la muerte del sumo sacerdote. Después que haya muerto el sumo sacerdote, el homicida volverá a la tierra de su posesión.

29 »Estas cosas serán una norma de derecho para vosotros y vuestros descendientes en todos los lugares donde habitéis.

30 »Cualquiera que dé muerte a alguien, según la declaración de los testigos morirá el homicida; pero un solo testigo no bastará para condenar a una persona a muerte.

31 »No aceptaréis rescate por la vida del homicida, porque está condenado a muerte: indefectiblemente morirá.

32 »Tampoco aceptaréis rescate por el que huyó a la ciudad de refugio, para que vuelva a vivir en su tierra antes que muera el sumo sacerdote.

33 »No contaminaréis la tierra donde viváis, porque esta sangre mancillará la tierra, y la tierra no puede ser purificada de la sangre derramada en ella si no es por la sangre del que la derramó.

34 »No contaminéis la tierra donde habitáis, en medio de la cual yo habito, pues yo, Jehová, habito en medio de los hijos de Israel».

Seis ciudades, de las cuarenta y ocho que les pertenecían a los levitas, iban a ser designadas ciudades de refugio. Tres de ellas iban a estar al oriente del Jordán y tres al oeste.

El beneficio especial de la ciudad de refugio era que esta iba a ser un lugar seguro para la persona que insistía en que había matado a otra por accidente. Con base en la pretensión de homicidio involuntario, la persona podía entrar en la ciudad de refugio. Allí podía permanecer segura hasta que tuviera la oportunidad de ser juzgada delante de la asamblea.

La idea de las ciudades de refugio está muy estrechamente relacionada con el concepto de “el vengador”. El vengador de sangre era una personada escogida entre los parientes del muerto. Se le nombraba para llevar a cabo la pena de muerte de la persona que había matado al pariente. Por temor al vengador de sangre, la persona responsable de la muerte de otra huía a la ciudad de refugio. Con el fin de protegerse en la ciudad de refugio, el acusado de asesinato debía permanecer dentro de los límites de esa ciudad. Sin embargo, si salía de la ciudad de refugio, el vengador de sangre podía ejecutarlo sin que se le culpara.

Por otro lado, cuando el sumo sacerdote moría, quedaba libre cualquier persona a la que se le había permitido permanecer en la ciudad de refugio bajo el juicio de homicidio por accidente. De cierta forma, eso muestra que el sumo sacerdote prefigura la obra de Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, cuya muerte nos libera de todo pecado y castigo.

El resto del capítulo tiene que ver con las definiciones de asesinatos premeditados y accidentales. El tener algo en la mano con lo que se podía dar muerte, cuando había existido algún rencor anterior, era evidencia de que había sido un asesinato premeditado. La muerte intencionada se definía como empujar, lanzar o dar un puñetazo cuando previamente se había mostrado hostilidad. Sin embargo, cuando no había existido ira previa y el instrumento o piedra estaba destinado para algún otro propósito, se suponía que era muerte accidental.

El asesino debía morir si se determinaba que había tenido la intención de matar. No debía haber excepción para este castigo por consideración a la persona o el dinero. El huir a una ciudad de refugio no libraba a la persona del castigo de asesinato premeditado. Sin embargo, en este juicio había la protección de que ninguna persona podía ser ejecutada por evidencia circunstancial. Tenía que haber dos testigos. Tampoco podía haber excepción al requisito de ejecutarla una vez que la persona había sido debidamente condenada por asesinato.

La tierra donde ocurría un asesinato se consideraba contaminada. Sólo castigando al asesino se podía descontaminar. No obstante, más importante que el castigo era la motivación para evitar el pecado. Aquí el Señor le recordó al pueblo que él también habitaba en la tierra y que por lo tanto el pueblo debía evitar ofenderlo.

Como Dios estaba presente en esa tierra, ¿se puede imaginar el horror que el Señor debió haber sentido cuando en esa misma tierra su unigénito Hijo compareció ante un tribunal y murió por asesinato judicial? Es un acto misericordioso el que Dios hubiera permitido que sólo hubiera oscuridad en la tierra cuando su Hijo estuvo en la cruz.

La herencia de las hijas de Zelofehad

36 Los príncipes de los padres de la familia de Galaad hijo de Maquir hijo de Manasés, de las familias de los hijos de José, se presentaron delante de Moisés y de los príncipes, los jefes de las casas paternas de los hijos de Israel, ² y dijeron:

—Jehová mandó a mi señor que por sorteo diera la tierra a los hijos de Israel en posesión. También ha mandado Jehová a mi señor que dé la posesión de Zelofehad, nuestro hermano, a sus hijas. ³ Pero si ellas se casan con algunos de los hijos de las otras tribus de los hijos de Israel, su parte de la herencia será quitada de la herencia de nuestros padres y será añadida a la herencia de la tribu a la cual se unan. Así disminuirá la porción de nuestra heredad. ⁴ Cuando llegue el jubileo de los hijos de Israel, la heredad de ellas será añadida a la heredad de la tribu de sus maridos, y la heredad de ellas será restada de la heredad de la tribu de nuestros padres.

⁵ Entonces Moisés, según el mandato de Jehová, ordenó a los hijos de Israel:

—La tribu de los hijos de José habla rectamente. ⁶ Esto es lo que ha mandado Jehová acerca de las hijas de Zelofehad:

“Cásense como a ellas les plazca, pero en la familia de la tribu de su padre se casarán,⁷ para que la heredad de los hijos de Israel no sea traspasada de tribu en tribu, porque cada uno de los hijos de Israel estará ligado a la heredad de la tribu de sus padres.⁸ Y cualquier hija que tenga heredad en las tribus de los hijos de Israel, con alguien de la familia de la tribu de su padre se casará, para que los hijos de Israel posean cada uno la heredad de sus padres,⁹ y no ande la heredad rodando de una tribu a otra, sino que cada una de las tribus de los hijos de Israel estará ligada a su heredad”.

¹⁰ Como Jehová mandó a Moisés, así hicieron las hijas de Zelofehad.¹¹ Maala, Tirsa, Hogla, Milca y Noa, hijas de Zelofehad, se casaron con hijos de sus tíos paternos.¹² Se casaron en la familia de los hijos de Manasés hijo de José, y así quedó su heredad en la tribu de la familia de su padre.

Las cinco hijas de Zelofehad estaban de nuevo en el centro del escenario. La tierra por lo general le pertenecía al hombre de la familia, conforme a las leyes de herencia de los israelitas. Sin embargo, si no había hijos varones en la familia y una hija había heredado alguna tierra de su padre, la heredad le debía pasar al esposo cuando ella se casara.

Una ley anterior había establecido que las cinco hijas del difunto Zelofehad iban a heredar la tierra que él hubiera heredado (Números 27:1-11). Eso causó alguna preocupación entre otros miembros de la tribu, y les presentaron el asunto a Moisés y a los jefes. Si las hijas de Zelofehad no se casaban con alguien de la tribu de Manases, la tierra iba a ser transferida a la tierra de la tribu a la que pertenecieran sus esposos. El resultado neto iba a ser que el territorio de la tribu de Manasés disminuiría.

A causa de esta situación y por todas las similares, el Señor decidió que la mujer que heredara tierra tenía que casarse dentro de la tribu en la que había nacido. Se podía casar con cualquiera, pero tenía que ser con alguien de la tribu.

El Señor le dio prioridad a la conservación de la identidad de las tribus, así como a conservar las tierras dentro de la tribu. Esto todavía quería decir que había varios miles de hombres entre los cuales podían escoger las hijas de Zelofehad. Seguramente, el hecho de que poseyeran tierra no les iba a quitar atractivo como esposas potenciales.

El Señor mostró una vez más que no solamente considera los problemas cósmicos; él conoce y se interesa por los problemas de cada persona. A los ojos de Dios, nadie es insignificante y hará exactamente lo que sea adecuado para cada uno.

Conclusión

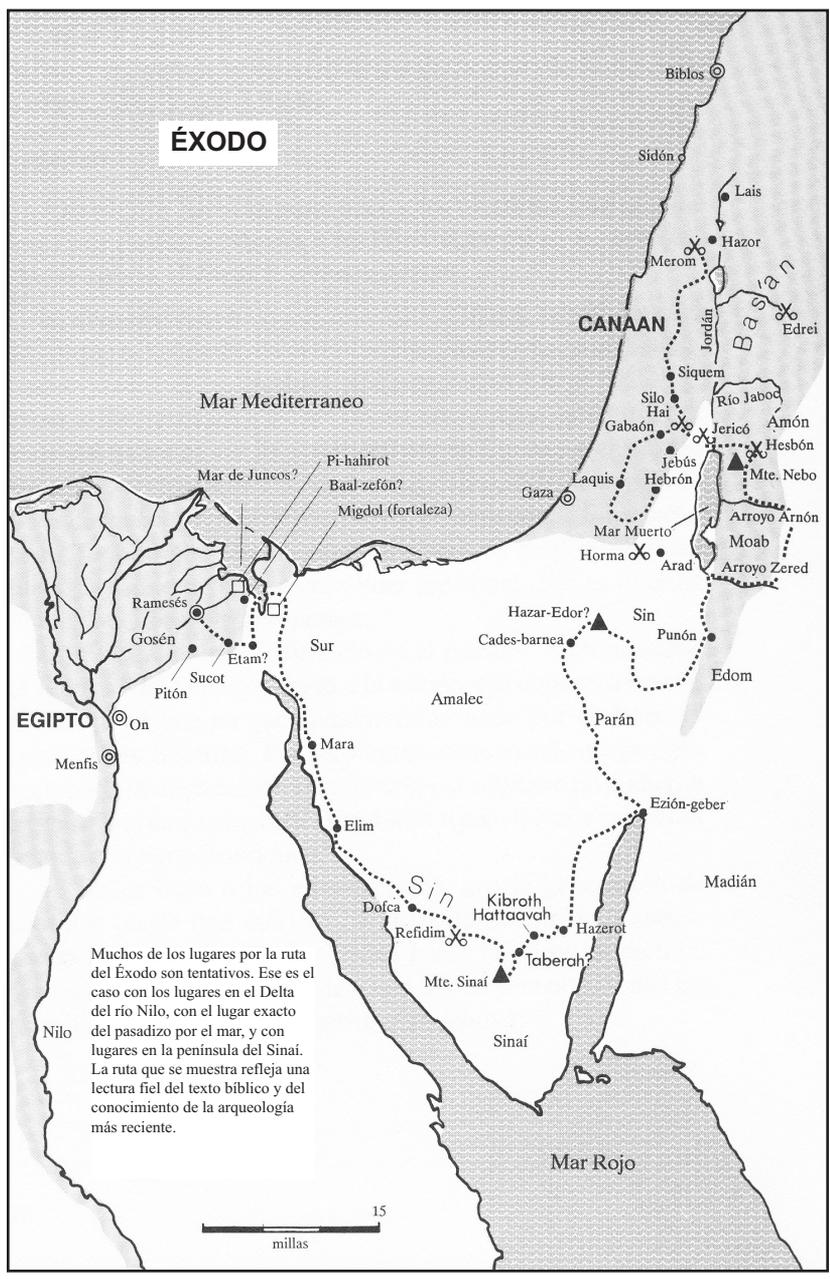
¹³ Estos son los mandamientos y los estatutos que dio Jehová, por medio de Moisés, a los hijos de Israel en los campos de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó.

El libro termina con una declaración sumaria que se refiere a las órdenes que el Señor dio a orillas del río Jordán. ¡Dios conocía muy bien las necesidades de su pueblo! ¡Cuán maravillosamente había provisto para todas sus necesidades a través de los años! ¡Con cuánta sabiduría había visto la situación de Canaán en el futuro y había provisto todo para esas circunstancias! En verdad, todo estaba listo para la entrada de Israel a la tierra prometida, la tierra donde fluye leche y miel. Todo lo que faltaba eran los discursos de despedida de Moisés y la muerte de este gran líder espiritual. Ése es el tema del siguiente libro, el Deuteronomio.

Años antes, Caleb había afirmado con fe: “El Señor está con nosotros”. El Señor protegió a la nación y la conservó intacta aun durante el tiempo en que anduvieron errando por el desierto. Las naciones hostiles, las serpientes venenosas, un profeta conspirador, las tentaciones a la idolatría y al adulterio no pudieron apartar a Dios de su propósito. Estaba listo para llevar a su nación escogida a la tierra prometida.

El Señor había llevado a los mismos hijos de la generación incrédula que supuso que iba a morir en las riberas del río Jordán. Cuando miraron al otro lado del río Jordán a la tierra prometida, tuvieron toda la razón para unirse con los creyentes de todas las épocas y exclamar: “¡Jehová está con nosotros!”

ÉXODO



Muchos de los lugares por la ruta del Éxodo son tentativos. Ese es el caso con los lugares en el Delta del río Nilo, con el lugar exacto del pasadizo por el mar, y con lugares en la península del Sinaí. La ruta que se muestra refleja una lectura fiel del texto bíblico y del conocimiento de la arqueología más reciente.

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSES	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSES	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Números cuenta la historia del pueblo de Dios en el desierto después de que ellos partieron del Monte Sinaí. Esa generación no quiso entrar en la Tierra Prometida y pasó el resto de su vida viajando por el desierto. Durante esos años, se levantó una nueva generación, la cual llegó hasta el río Jordán y estuvo lista para heredar lo que Dios les había prometido. Números es el cuarto libro escrito por Moisés, el gran líder de Dios.